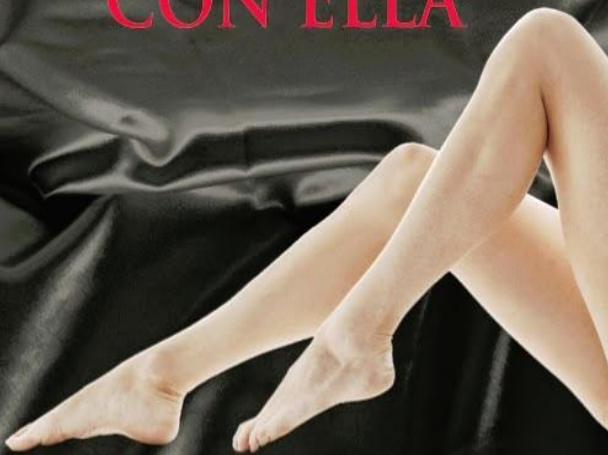


ANABELLA  
FRANCO

UNA  
NOCHE  
CON ELLA



  
VERGARA

## **Annotation**

Helena es el deseo de muchos, pero no puede desear ni sentir. El pasado ensombrece su alma: si hay una vida feliz parece solo reservada a los demás. Solo un ángel negro, un alma oscura como la suya, podrá adentrarse en su conciencia y despertar en ella sus fantasías más ocultas.

Mariano, un hombre solitario y sin afectos, encuentra en Helena a su

reflejo. Y lo que comenzó como un juego de seducción y negocios, les planteará un desafío: ¿podrán dominar los sentimientos o terminarán por quebrar las reglas? ¿Aprenderá Helena que existe el placer y Mariano, que no es tarde para amar? Anabella Franco, autora de Nada más que una noche, nos abre una puerta en esta vibrante novela erótica a la intimidad de conocidos y nuevos personajes. Como en una inmensa marea, los lectores —igual que los personajes de esta novela—

se dejarán llevar en un viaje  
de luz y oscuridad, de deseo  
y pasión.

---

**ANABELLA**

**FRANCO**

*Una noche con ella*

*Nada más que una noche*

*Nº2*

*Vergara*

# Sinopsis

Helena es el deseo de muchos, pero no puede desear ni sentir. El pasado ensombre su alma: si hay una vida

feliz  
parece  
solo  
reservada  
a los  
demás.  
Solo un  
ángel  
negro,  
un alma  
oscura  
como la  
suya,  
podrá  
adentrarse  
en su  
conciencia  
y



despertar  
en ella  
sus  
fantasías  
más  
ocultas.

Marian  
un  
hombre  
solitario  
y sin  
afectos,  
encuentra  
en  
Helena a  
su  
reflejo.  
Y lo que

comenzó  
como un  
juego de  
seducción  
y  
negocios,  
les  
planteará  
un  
desafío:  
¿podrán  
dominar  
los  
sentimier  
o  
terminaré  
por  
quebrar

las  
reglas?  
¿Aprende  
Helena  
que  
existe el  
placer y  
Mariano,  
que no  
es tarde  
para  
amar?  
Anabella  
Franco,  
autora  
de Nada  
más que  
una

noche,  
nos abre  
una  
puerta  
en esta  
vibrante  
novela  
erótica a  
la  
intimidación  
de  
conocido  
y nuevos  
personaje  
Como en  
una  
inmensa  
marea,

los  
lectores  
—igual  
que los  
personaje  
de esta  
novela  
— se  
dejarán  
llevar en  
un viaje  
de luz y  
oscuridad  
de deseo  
y pasión.

Autor: Franco, Anabella

©2013, Vergara

ISBN: 9789501525892

Generado con:

QualityEbook v0.73

# Índice

## PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Epílogo



# Prólogo

*3 de noviembre de 2001*

Hola. Soy Helena, hoy cumpla once años, y este es mi diario. Cuando sea grande, quiero ser bailarina. Mi hermana Lavinia me viste para que baile y me dice que bailo muy bien.

No sé qué más contar, no soy muy buena escribiendo, así que dejaré muchas hojas en blanco.

Chau.

*25 de diciembre de 2001*

Anoche mamá trajo un novio nuevo a casa, se llama Josué. Lo demás no lo recuerdo, el segundo nombre es muy raro. Ella siempre anda con algún hombre, pero me parece que este se piensa quedar mucho rato. No sé por qué, pero sentí la necesidad de escribirlo. De paso ocupó hojas para que no queden vacías.

*2 de abril de 2002*

No creo que vuelva a escribir más. Lo que pasó anoche me dio miedo, mucho miedo, y no quiero que me pase nunca.

Yo estaba dormida. Juro que cuando me desperté, ya era muy tarde. Creo que lo que vi una vez cuando espíé en la habitación de mamá, casi se hizo realidad de nuevo, pero en Lavinia.

Fue Josué. Cuando abrí los ojos, uno de sus amigos me

cubría la boca y él le quería hacer algo a mi hermana.

Yo no podía respirar. Sentía tanto miedo que pensé que me iba a hacer pis en la cama. Me costó pero pude girar la cabeza hacia donde estaba Lavinia y entonces vi que Josué se le sentaba encima de las piernas y se le acercaba como si quisiera olería. Mi hermana temblaba. A mí me parecía que iba a llorar, pero no la pude seguir mirando a la cara porque Josué le levantó el camisón y yo cerré los ojos.

Para mí Lavinia era valiente, pero me mintió. Me mintió porque no se movía. Josué le dijo que le iba a hacer algo a mamá, y Lavinia se calló. ¿Por qué se quedó callada? Yo no podía gritar porque me estaban tapando la boca, pero Lavinia siempre fue más fuerte que yo, y es más grande, y puede con todo. Entonces, ¿por qué no gritó? ¿Por qué no se defendió?

Cuando volví a mirar pude ver que Josué se había bajado los pantalones y le arrancaba la ropa interior.

¿Cómo Lavinia permitió eso? Si ella no hacía nada, tenía que hacer algo yo, por eso me retorcí. Yo quería defenderla, pero no me dejaron. Vino otro grandote y me apretó contra la cama.

Giré la cabeza porque pensaba pedirles que me soltaran, quería gritarles que los odiaba y que se fueran. Pero cuando los vi... cuando los vi yo también me quedé callada. Los dos me miraban y yo sentí miedo. En esos ojos había algo raro, me di cuenta de que me querían lastimar a mí también.

En ese momento, escuché que Josué insultaba:

—¡Carajo!

Lo que dijo hizo que sus amigos me soltaran. Josué se alejó de Lavinia y dio unos pasos atrás sin hacer bien el equilibrio. Yo me senté en la cama temblando, todavía no terminaba de entender qué pasaba. Los tres se fueron saltando por la ventana.

Entonces miré a Lavinia y la vi en la cama, quietita; le temblaban las manos y los párpados. ¡Pensé que mi hermana se estaba muriendo! Salté de la cama

y la sacudí, pero no reaccionaba.

—¡Lavinia! —le grité—.

¡Lavinia!

Y de pronto abrió los ojos, y yo los vi llenos de miedo, y entonces me largué a llorar.

El frío del piso me hacía mal a los pies, se me congelaban los dedos. Sentí que Lavinia me acariciaba el pelo y yo me escondí en su hombro y me abracé a ella. No me gustaba que la gente me viera llorar. De lo que más me acuerdo es del silencio, de que solo se



escuchaba mi llanto.

Fue horrible. Lavinia no se defendió. ¿Por qué no dijo nada si la estaban maltratando? No la entiendo. No entiendo por qué se quedó ahí, callada, como muerta. Tuve tanto miedo que la odié. La abracé cuando se despertó, pero no la pienso abrazar nunca más.

Ella era mi mejor amiga, y yo la admiraba, pero ahora ya no la quiero.

¿Qué hago ahora sin ella?  
¿Qué hago ahora tan sola?

*4 de diciembre de 2006*

Hijo de puta. Parece que hubiera esperado a que tuviera dieciséis, como mi hermana, para empezar. ¿Pero qué le pasa? ¿Por qué lo excitan las pibas?

Hoy me rozó la mano. El día de mi cumpleaños sentí que me miraba así como miran en la tele los de las novelas, con esa mezcla de lujuria y de asquerosidad, como si yo fuera un pedazo de carne en una góndola. Así como me miraban sus

amigos la noche que él quiso abusar de Lavinia.

Pero yo no lo voy a dejar, no. Conmigo no va a poder.

*13 de mayo de 2007*

Al fin pude vencerlo, y se lo grité a la cara.

Anoche me fui con Diego a la bailanta —le pusieron así por Maradona, ¿no es lindo?—, y me lo apreté como nunca. Él estaba loco, me miraba como a un pedazo de oro, y a mí me

encantaba, porque me hacía sentir mejor, me hacía sentir deseada. Yo sabía que lo estaba haciendo sufrir, y me gustaba. Al fin yo era algo que alguien quería: tenía el control sobre un hombre y así no sentía miedo, porque eso me hacía poderosa.

Fue asombroso. Nunca pensé que se sentía semejante dolor y después algo tan raro, esa sensación de que te desarmas por dentro.

La verdad, no me arrepiento. Lo pasé bien y encima me di el gusto de

llegar a casa, reírmele a Josué en la cara y decirle: «Perdiste, guacho. Ya no soy más virgen».

Jajaja, ¡la cara que puso el borracho! Se quiso matar.

Bien hecho. No me va a tocar nunca.

### *3 de enero de 2008*

Es irónico porque de chica yo quería ser bailarina, y ahora bailo. En el caño, pero bailo.

Creo que ya soy

oficialmente prostituta. Es un trabajo duro, pero se aprende rápido y se gana bastante. Por lo menos estoy mejor que antes y mientras sea la fantasía de otros, sé que el drogadicto de Josué no me toca. Ay, el señor las quiere limpietas. ¡Qué ironía, porque él tiene una roña!

Hay dos principios básicos que una prostituta tiene que recordar: penetración rápida y gemidos. A los hombres les gusta entrar rápido en una, no extenderse en jueguitos innecesarios, salvo que el cliente lo pida. Y

cuanto más una grita, más grande sienten que es su pene. Esto me lo explicó Rubí, que es transexual y sabe tanto de hombres como de mujeres. Me deja asombrada con sus conocimientos. Este es un trabajo pesado, pero te abre la cabeza.

Rubí es una buena compañera que me defendió cuando dos chicas querían pegarme por usurparles la zona.

La quiero. Es mi única amiga.

*8 de febrero de 2009*

Estoy muy triste, quiero abandonar este trabajo. Rubí se volvió a Paraguay y me siento muy sola.

*22 de octubre de 2011*

No quiero hacer más este trabajo, me siento sucia, me siento desolada. Y aunque sé que es tarde, porque ya estoy rota como persona, no



quiero que lo que me pasó hoy vuelva a pasarme nunca.

Ornar, el viejo asqueroso que siempre pagaba extra, me puso en cuatro patas, me pegó como ni siquiera lo hizo alguna vez mi madre y me forzó diciéndome que yo era una puta.

Yo no soy una puta. Yo me siento una niña que no pudo hacerse mujer.

# 1

EL frío arreciaba. Un humo blanco se le escapaba por entre los labios mientras ella, para paliar lo congelada que tenía la carne, procuraba concentrarse en lo que oía. Estaba apoyada contra un poste de luz, con los auriculares en los oídos y tarareando una canción. Su alma gritaba lo mismo que escuchaba, «trátame suavemente», pero nadie lo hacía jamás.

Llevaba una minifalda ajustada, medias de red y una camisa verde anudada a la altura de la cintura. Rogaba esa fuera la última vez que tuviera que satisfacer a un extraño porque hacía tiempo que el sexo le daba asco y los clientes le despertaban repulsión.

Vio que un coche se detuvo un poco más adelante del sitio donde ella se encontraba. Debía provocar al cliente, sin embargo no miró; ni siquiera dejó de susurrar la letra de la

canción. Aunque no era capaz de reconocerlo en el momento, en su interior se debatían dos sentimientos contradictorios: por un lado, la necesidad de reunir dinero para una vida mejor que jamás llegaba, lo cual la impulsaba a seguir trabajando. Por el otro, el deseo de abandonar el oficio, la negación que experimentaba ante cualquier hombre, sus miradas asquerosas, el miembro, los olores. Esa noche hacía un frío descomunal y ella estaba

ahí, con la espalda contra un poste, tacones más altos que el cordón de la vereda, una camisa de tela fina y una minifalda que le dejaba media nalga al descubierto. Todo lo que había cenado era el chicle que mascaba en ese momento. No soportaba más esa vida, odiaba a los clientes, y eso la estaba matando.

Cuando el sujeto del coche hizo sonar la bocina, no tuvo otra opción más que darse la vuelta, quitarse un auricular y aproximarse al vehículo con paso felino. Una vez

junto a él, se inclinó hacia adelante y apoyó un codo en la ventanilla baja. La intención era mostrar el escote, que los pechos sin corpiño se avistaran como se le notaban los pezones por la tela fina.

—Hola —saludó sin entusiasmo.

El hombre rió de costado. Era canoso, tendría entre cincuenta y sesenta años, y lo único en lo que Helena focalizó fue en que parecía tener dinero y en que la miraba con lujuria. Lo supo con solo verlo: ese cliente

era un viejo libidinoso, pero ¿qué podía pretender de él?

Sintió asco, ganas de golpearlo aunque todavía no le hubiera hecho nada, solo por lo que le iba a hacer. A veces hasta deseaba asesinarlos cuando se quedaban dormidos en la cama, pero ese tipo en particular conducía un Volkswagen muy nuevo similar a los autos de alta gama. Tenía pinta de que pagaba, y eso era lo importante: que le pagase sin dar vueltas.

—Con esa actitud no vas a

pescar muchos clientes vos —masculló el viejo. Helena no soportaba cómo la miraba, deseaba romperle la boca de un golpe, pero mostró más los pechos y fingió una sonrisa.

—Ochenta, a elegir entre la boca o abajo —respondió haciendo caso omiso a la acusación del hombre.

—¿Y el culo no? —le preguntó él.

—No, eso no —replicó Helena sin más aclaraciones.

—¿No sos traba vos? —siguió interrogando el cliente. Tantas vueltas para



cogerse a una puta, pensaba Helena, pero seguía mostrándose complaciente. No le salía bien, se le notaba que estaba seria, de mal humor y cansada.

—Soy nena —respondió con falso aire infantil.

El viejo dudó. Helena sabía que muchos querían travestis en lugar de chicas, pero bien que tenían esposa e hijos. Hipócritas.

—Bueno, dale, subí —concedió él finalmente—. Vamos a ver qué se puede hacer con vos.

Aunque debía sentirse

agradecida porque un cliente la hubiera elegido con la competencia que había, lo maldijo. Hubiera preferido seguir en el frío, con la conciencia de que estaba viva y no muerta o a punto de morir.

Subió al coche y se sentó del lado del acompañante. Lo primero que hizo el viejo fue colocarle una mano en la entrepierna, acción que a ella la llevó a apretar los puños. Para que él no notara su descontento, giró la cabeza y se concentró en el paisaje del otro lado de la

ventanilla. En realidad era ella la que no quería ni mirar a su cliente. Lo último que oyó antes de quitarse el auricular que le quedaba en el oído fue otro trozo de la canción.

Debió sentirse halagada porque el tipo, que dijo llamarse Gerardo, la llevase a un hotel alojamiento en lugar de tener sexo con ella en cualquier calle de barrio, pero todavía lo odiaba. Estaba harta de los hombres, harta de todo.

—Y decime una cosa — siguió hablando él—. Si lo

quiero con espectáculo privado incluido, ¿cuánto me cobras?

Helena volvió a la realidad para darle una respuesta. Al parecer podía ganar más de lo esperado y aunque tuviera que compartir la ganancia con su respaldo en el prostíbulo y en la calle, siempre convenía más que ochenta pesos.

—Trescientos —masculló. Él sonrió.

—Bueno.

Ni bien entró a la habitación decorada en tono morado y negro, comenzó la

obra de teatro. Avanzó hasta la cama meneando la cadera mientras Gerardo la observaba junto a la escalera que ascendía al cuarto. El hombre se cruzó de brazos para admirar las largas piernas femeninas y disfrutar de la imagen que ella le ofrecía al darse la vuelta y enterrarle sus ojos que brillaban como perlas. Lo estaba provocando, porque curvó la boca y se llevó una mano al pecho.

—Vos te quedas ahí —ordenó ella con una voz que no parecía suya—. Y me

miras —siguió diciendo.

Mientras él se sentaba en un sillón y dejaba los trescientos pesos sobre la mesita, ella subió el volumen de la música funcional y buscó inspiración en la canción que sonaba en ese momento. Una vez que la encontró, comenzó caminando de un lado de la habitación hasta el contrario, de manera que para dar el paso un pie se anteponía al otro y eso producía un vaivén en su cadera. Se detuvo poco antes de llegar al cliente y se

agachó en cuclillas.

Las piernas abiertas, las manos detrás de la nuca y el rostro inclinado hacia un costado. No duró mucho tiempo, el ritmo de la canción exigía algo más, por eso se puso de pie, caminó hasta la escalera y volvió a agacharse allí, esta vez tomándose de uno de los barrotes para arquear la columna y echar la cabeza atrás para que su cabello rozara el piso. En esa posición movió la pelvis, entreabrió los labios y dejó escapar un gemido.

Gerardo sentía que iba a explotar, por eso se desprendió el pantalón. Helena, que a pesar de la música oyó el ruido del cierre, abrió los ojos y con voz sensual le ordenó:

—Quiero que te masturbes viéndome a mí.

El hombre sonrió. Metió una mano por dentro de su calzoncillo blanco y bajó la tela hasta que el miembro erguido y poderoso quedó al descubierto. Lo rodeó con ambas manos. Helena sonrió curvando los labios con falsa lascivia y se puso de pie



para acercarse al cliente sin tocarlo. Se pasó la lengua por los labios, parada delante de él, abierta de piernas. Después estiró una mano y se rozó con ella el muslo arrugando la minifalda, del muslo subió hacia el vientre cubierto por la camisa hasta que alcanzó los senos. Estiró la tela hacia abajo y dejó al descubierto el pezón.

—¿Me querés ver las tetas? —preguntó sonriente—. Cómo me gusta verte tocarte, lindo —siguió diciendo—. Me encanta

cuando te tocas. Qué grande que la tenes, mi amor. Mirala, mirala cómo se pone.

Gerardo no pudo evitar bajar la cabeza y mirar su propio pene erecto y a punto de estallar. Enseguida volvió a mirar a Helena, que se sacaba la minifalda para quedarse solo con las botas y la camisa, que también le duró poco puesta, porque enseguida se quedó solo con el calzado y la colaless.

Utilizó la tela de la camisa para aproximarse al cliente y

pasársela por detrás del cuello. Así lo atrajo hacia ella, que se había inclinado hacia él para que sus pechos se pegaran al rostro del hombre. Él intentó llevar una mano a los senos de Helena, pero ella se lo impidió.

—No, corazoncito —le dijo—. Espera que todavía falta lo mejor —él quiso besarla, pero Helena lo esquivó—. ¿Querés que te la chupe un poquito? Por cien más, te la chupo.

Gerardo arrojó cien pesos más sobre la mesita y se

entregó a la boca de Helena, que con sabiduría se apoderó de su erección hasta hacerla hincharse tanto que le costaba contener la eyaculación.

Helena lo soltó justo a tiempo, lo llevó al límite de que el líquido espeso y blanco se derramara en el piso del cuarto.

—¿Me querés chupar vos?  
—le ofreció ella sentándose sobre sus piernas, entregándole un pezón. Se lo pasó por las mejillas hasta que el cliente se repuso de su acceso de adrenalina y

dio paso a otro tomando el pezón en la boca. Lo lamió, lo succionó y le apretó a ella las nalgas para comprimirla contra su nueva erección.

Helena se movía sobre su pelvis como si estuviera gozando de una penetración, aunque siempre estaría fría como noche de invierno. Tenía los pezones erguidos y los pechos abultados, parecían de terciopelo. Encerró el mentón de Gerardo entre ellos, apretándose con las manos.

—¿Te gusta, lindo? —le preguntó—. ¿Querés algo

más? ¿No querés entrar ahora adentro mío? Mira que soy estrechita, seguro te aprieta y te gusta. Sácame las botas.

Se levantó para que él pudiera cumplir con la orden. Apoyó un pie en el hueco libre de silla entre las piernas del hombre; Gerardo desprendió el cierre del calzado, lo deslizó por las pantorrillas de Helena y le quitó la primera bota. Ella bajó ese pie, alzó el segundo, y la acción se repitió.

Al terminar, en lugar de

quedarse sentado, Gerardo alzó a la prostituta y la llevó con él a la cama. Pretendía tomar el mando, pero ella no se lo permitió. Ni bien aterrizaron sobre el colchón, Helena giró hábilmente y quedó sobre él. Le frotó las tetillas con las manos, después fue bajando hacia el vientre abultado y lo rozó con las uñas. Mientras tanto, él se colocaba el preservativo.

Después de acomodar la protección, tomó a la mujer de la cadera y la condujo hacia su pene, donde ella se

enterró emitiendo un grito de falso placer. Gerardo la movió con una mano mientras con la otra le apretaba los senos, aunque no hacía falta que la moviese, Helena lo hacía muy bien sola.

Los gemidos femeninos se incrementaron hasta que de algún modo extraño, ella hizo un leve movimiento hacia adelante y luego dobló la punta del miembro masculino en su interior, truco que había aprendido y sabía que agradaba a los hombres. No se equivocó,



Gerardo se descontroló por completo.

—¡Ay, por favor! —clamó él muerto de deseo.

—Cómo me gusta — siguió diciendo ella—. Cómo me calentás.

Entonces él gritó. Ella no se quedó atrás, masculló algunas groserías y después curvó la espalda hacia atrás de modo que sus pechos se abrieran hacia ambos lados de su cuerpo y el cabello rozara las piernas del hombre.

—Qué bueno que sos en la cama... —murmuró

pasándole las manos por el torso desnudo—. No lo había pasado tan bien en mi vida.

Gerardo se irguió, ella lo abrazó por la nuca y dejó que él le chupara de nuevo los pezones como despedida. Lo miraba hacer eso porque cuando tenía sexo con alguien, no se sentía ella misma. Era como si estuviese viendo una película pornográfica o como si se convirtiera en una especie de robot ajeno a los sentimientos.

El tipo la devolvió a su

esquina, y ni bien el auto se alejó, Helena hundió la cabeza en un cesto de basura y vomitó.

No podía más. ¿Hasta cuándo iba a fingir que podía seguir adelante sola? Esa noche, se habría suicidado.

Dio unos pasos vagos con una mano sobre el estómago vacío. De a poco se alejaba, pero no podía hacerlo del todo. Dio otros dos pasos más. Luego otros dos, y así hasta que acabó contemplando su esquina desde media cuadra de

distancia.

Jamás iba a volver allí. Buscaría trabajo en otra parte, quizás en un lugar de categoría, y más adelante intentaría alejarse de esa vida para siempre.

2012

—Señor, su pedido.

Después de hablar, el joven observó la figura que se hallaba delante de sus ojos: Mariano Rizzi tenía las piernas abiertas, los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia abajo. Como tardaba en reaccionar, por un instante

temió que estuviera ausente del mundo, pero al notar que se movía, se relajó.

Mariano alzó la mirada solo porque acababan de llevarle lo que tanto había estado esperando.

—¿Cuánto es? —preguntó al chico con la voz enronquecida.

—Dice el jefe que ya está pago con lo que le dio la otra vez —respondió el joven.

Mariano recogió la bolsa de papel madera, se despidió del vendedor con un gesto y la guardó en el bolsillo del saco.

—Mariano.

La voz de Sofía lo sobresaltó. Otra vez con la cabeza inclinada, giró el cuello y la miró.

—¿Querés pedir más tragos? —le ofreció, amable como de costumbre.

Sofía le quitó la mano de la pierna para acomodarse un mechón de cabello que le había invadido la cara. Le gustaba Mariano porque era cordial y seductor, y lo deseaba. Quería pasar más tiempo con él, por eso aceptó otro trago.

Mariano llamó a la

camarera, pero la chica no lo vio. Sofía le acarició la cara.

—¿Tenés sueño? —oyó él que ella le preguntaba.

No respondió. Giró la cabeza hacia un costado y divisó que a su lado el hijo de un político al que conocía de otras fiestas aspiraba una línea de cocaína. Eso hacían todos allí y nadie se horrorizaría porque él hiciera lo mismo. Abrió el paquete que había guardado en el bolsillo, extendió el polvo blanco sobre la superficie de vidrio de la mesa e inhaló.



Después del episodio, se echó atrás y cerró los ojos. Aprovechando la distracción, Sofía le arrebató el esnifador e hizo lo mismo. Luego comenzó a reír.

Mariano pasó un rato en silencio, sintiendo que la música penetraba en los sentidos que se le iban avivando. Después de aquellas primeras sensaciones, sabía que acabaría conversando y riendo con todo el mundo, pero para cuando él entró en su estado de euforia, Sofía se había dormido.

No iba a desperdiciar la noche. Hasta hacía media hora no tenía fuerzas para nada, pero ahora se sentía capaz de sostener el mundo con una sola mano.

Extrajo su *Smartphone* del bolsillo del saco y marcó un número.

—Roberto —dijo ni bien lo atendieron—. Quiero a Fresa en el departamento de siempre.

—Fresa no está —replicó la voz del otro lado de la línea—. No la reservaste y ya la pidieron. Pero tengo una chica nueva que te va a

encantar. Sé que es de las que a vos te gustan, lo presiento.

Mientras Roberto seguía hablando, Mariano se abstraía del teléfono para internarse en sus propios pensamientos. En él la publicidad que pretendía hacer el hombre no tenía asidero. No le gustaban las nuevas y no le gustaba que intentaran vendérsela porque eso indicaba que la chica no tenía con qué venderse a sí misma.

—No me gustan las nuevas —determinó.

—Pero si no le das la oportunidad, nunca dejará de serlo —reclamó el hombre.

Mariano suspiró sin dar respuesta y giró la cabeza para comprobar si Sofía seguía durmiendo. Quizás si ella despertaba se evitaría la prostituta, pero como eso no era así, no tuvo más opción que aceptar. Tampoco quería llamar a otra parte porque le constaba que las chicas de Roberto eran limpias, se practicaban estudios médicos todos los meses y pasaban desapercibidas.

—Está bien —acabó por

asentir—. ¿Cómo se llama?  
—preguntó mientras  
escondía la droga en el  
bolsillo del saco. No le  
gustaba que las prostitutas  
conocieran ese aspecto de su  
vida, era un secreto que se  
guardaba entre conocidos.

—Le decimos «La  
Griega».

Helena acabó de colocarse  
el zapato rojo de tacón y se  
irguió en busca de su bolso.  
Revisó el horario que le  
habían enviado por mensaje  
de texto y luego guardó el  
celular con intención de  
salir. En el camino se llevó

por delante una caja de las que todavía no habían vaciado.

Se habían mudado hacía apenas dos semanas. El departamento nuevo estaba ubicado en Barracas, en un barrio mucho más seguro que el que solían habitar antes de que Lavinia trabajara como diseñadora de modas, y era mil veces más bonito. Y aunque ella estuviera agradecida con su hermana porque pretendiera cambiar sus vidas, todavía no se atrevía a acercarse a ella. Se sentía sucia y

avergonzada.

Dejó de meditar y se apresuró a salir, o iba a llegar tarde. Su madre, por suerte, no estaba, de ese modo se evitaría preguntas. Afuera, un automóvil la esperaba para conducirla a destino.

El chofer la llevó muy rápido, tanto que no le dio tiempo a superar la tensión que le provocaba el trabajo nuevo. Nunca se había metido en ambientes de categoría, ni se había involucrado con clientes millonarios, y eso la hacía

sentir insegura. Solo sabía que debía moverse con mayor precaución que de costumbre, indagar poco a poco en los gustos de ese tipo de gente, y así ir aprendiendo con el tiempo.

Esperaba resistir. Apretó los ojos con fuerza para darse ánimos, tratando de pensar que al menos con clientes ricos no padecería los riesgos de la calle, las malas costumbres de algunos sujetos sin oficio, y tampoco la ausencia de paga. Pero no se libraría de las perversiones, las miradas



lujuriosas y el asco. No quería tener sexo, ni con un rico ni con un tipo en la calle; estaba harta de los hombres y escondía tanto odio, que la lucha interior se le hacía cada vez más difícil.

Pensando en ello, se encontró ante la puerta de un edificio de Palermo, donde el chofer la dejó. Bajó del auto, se acomodó el vestido rojo ceñido al cuerpo y avanzó. Los custodios de la entrada se comunicaron con el piso donde se desarrollaba la fiesta y tras obtener el permiso, la dejaron pasar.

Helena llegó, pero al salir del ascensor otros guardias le impidieron la entrada anunciándole que se trataba de una fiesta privada para la cual necesitaba un código. Helena no tenía idea de eso, tan solo dijo lo único que le habían informado en la agencia de *escorts*.

—Me citó el señor *Strangelove* —anunció. Esos millonarios no podían ser más excéntricos para colocarse nombres, pensaba mientras decía el mote.

Al escuchar su respuesta, el guardia la hizo pasar

enseguida y le asignó un custodio que la escoltó hacia la zona donde su cliente se encontraba. Al parecer los seudónimos eran una especie de código, debería acostumbrarse a que por eso a ella le decían «La Griega» y no simplemente Helena.

Adentro, la música sonaba muy fuerte y a ella el corazón le latía al mismo ritmo. El lugar era oscuro y estaba inundado de humo de cigarrillo y algo más. Había sido decorado con cortinas y lámparas rojas; las mesitas eran negras y sobre una de

ellas, Helena vio que alguien se drogaba. Apartó la vista rápidamente y se concentró en seguir al guardia. No quería saber nada con drogadictos, ya había tenido suficiente con el que había vivido en su casa.

Sin mediar palabra, el guardia señaló en una dirección. Helena focalizó en el hombre que, cabizbajo, se hallaba a unos metros en un sofá y agradeció. A partir de allí, debía seguir el camino sola. Suspiró y se acercó a él.

De pie delante de su

cliente, Helena rogó que no fuera otro de esos drogadictos que poblaban aquel ambiente. Algunos parecían no serlo. Tomó aire y procuró impostar la voz más serena que pudo.

—¿Señor *Strangelove*'7d—preguntó.

*Qué voz dulce,* pensó Mariano aun antes de levantar la cabeza. Al hacerlo, lo primero que sus ojos notaron fueron los zapatos rojos de tacón y el borde del vestido. Recorrió el cuerpo que tenía delante de sí pasando por las

contorneadas piernas, la cintura estrecha y los pechos abultados, hasta que llegó a la cara. Era un rostro bello y sensual, pero se notaba que había sufrido las peores consecuencias de la vida. Eso lo hizo fruncir el ceño. No supo el motivo, pero le disgustó que «La Griega» tuviera por fuera el aspecto de una leona, mientras que en sus ojos llevaba impresa la marca de la tristeza.

Cuando la mirada del cliente se posó en la de ella, Helena se estremeció. El extraño tenía unos ojos

impactantes, entre grises y transparentes, y su sola presencia le transmitió a la vez miedo y seguridad. Hacía mucho tiempo que no sentía nada como eso.

Una sonrisa breve surcó los labios del cliente.

—Griega —la nombró. Parecía satisfecho con ella.

La voz removió en Helena sensaciones dormidas: una extraña sed y un insensato temor. Se dio cuenta de que el hombre era alguien importante porque llevaba puesto un traje caro, zapatos brillosos, y su piel sin dudas

había estado siempre protegida de los trabajos duros. Lucía sobrio y era físicamente muy atractivo. Tenía algo, una especie de energía misteriosa que amenazaba devorarla porque Helena era la mujer más curiosa del mundo y hasta esa noche jamás se había cruzado con un ser que le interesase descubrir.

—Helena —corrigió. No estaba acostumbrada a que la llamaran de otra manera.

—Helena —repitió él—. Sentate.

Helena observó a su



alrededor sin moverse de lugar. En otra oportunidad se habría sentado sobre las piernas del cliente, pero no sabía si ese gesto sería bien recibido allí. Percibía que no, entonces no se atrevió.

—¿Dónde? —interrogó señalando el cuerpo de la mujer que dormía junto a su cliente. No había otro sitio libre.

Sin haberse percatado antes de la situación, Mariano se puso de pie y apoyó una mano en la cintura de Helena.

—Entonces nos vamos —

anunció.

El contacto la hizo estremecer. Hacía mucho tiempo que un hombre no le parecía poderoso solo con su proximidad.

Él la condujo al recibidor del piso. Allí se detuvo para entablar conversación con un custodio.

—En el sofá de la mesa del fondo, una mujer llamada Sofía se quedó dormida —anunció y entregó algunos billetes al hombre—. Asegúrese de que llegue bien a su casa —ordenó. El sujeto asintió con

la cabeza.

Mientras tanto, otro guardia ya había llamado el ascensor por ellos. Mariano subió con Helena y allí el tiempo pareció transcurrir más despacio. Ella procuró concentrarse en los detalles del artefacto cuando en realidad se moría por mirar a su cliente. Olía a un perfume caro mezclado con el cigarrillo del departamento. Procuró concentrarse en lo desagradable hasta que llegaron a la planta baja. Antes de salir del edificio, él se volvió hacia ella y se

quedó mirándola. Por un momento, hasta la hizo sentir nerviosa.

—¿Por qué no traes abrigo? —le preguntó.

Helena no supo qué responder. Había caminado la calle tan ligera de ropa a veces que no encontró necesidad de abrigarse esa noche, le pareció más sensual dejar al descubierto el escote del vestido de fiesta. Tampoco hizo tiempo a contestar porque enseguida Mariano comenzó a quitarse el saco.

—Estoy bien —se

apresuró a decir ella aunque fuera mentira. Hacía frío y si no hubiera aprendido a disimular tan bien, le hubieran temblado los labios.

Mariano no le prestó atención. Terminó de quitarse el saco y lo apoyó sobre los hombros desnudos de Helena, asegurándose de recuperar el pequeño paquete del bolsillo antes de despegarse de ella. Lo encerró en la mano y la escondió detrás.

Helena estaba muda. No le hacía falta ser protegida, no

necesitaba que alguien le recordara lo lindo que se sentían los cuidados cuando estaba a punto de vender su cuerpo por dinero.

Prefirió no discutir la elección del cliente, que había sido abrigarla, porque no tenía idea de cómo se movían en ese mundo. Quizás la galantería era una costumbre que los ricos mantenían con sus prostitutas y ella debía aprender a disfrutarla, aunque en realidad no fuera capaz de gozar con nada. De solo pensar que estaba a

punto de tener sexo con un extraño, por más atractivo que fuese, se le revolvió el estómago; cualquier acto sexual le parecía violencia pura.

El cliente la condujo afuera y hasta le abrió la puerta del auto. Helena dejó de cuestionarse sus formas y se sentó. Él rodeó el coche para ocupar su lugar. Al tiempo que sonaba la puerta de su lado al cerrarse, puso el paquete en el bolsillo del pantalón. Helena no se dio cuenta de nada.

Él condujo en silencio, y

ella no hizo preguntas. Permaneció callada incluso cuando ingresaron a la cochera de un edificio del centro y ascendieron al décimo piso, donde un departamento amplio y lujoso los recibió. No tenía el aspecto de ser la casa del millonario, sin dudas se trataba de un sitio al que iba con mujeres porque en él reinaban el aire y la frialdad de no estar habitado.

—Ahora sí puedes sentarte —le dijo él señalando los amplios sillones que poblaban el living.



Helena sonrió de costado y avanzó hasta el sofá de dos cuerpos, donde se sentó. Un enorme ventanal de grandes vidrios repartidos permitía ver la ciudad. No habían encendido las luces, pero por allí se filtraban las del exterior, y así la penumbra se hacía menos temible. Hasta le parecía sensual.

Mariano se le aproximó con dos copas de champagne. Le ofreció una y después volvió a la cocina. Regresó con una fuente que asentó sobre la mesita antes de ocupar el otro extremo

del sillón. Al descubrirla, se hicieron visibles varias frutillas muy rojas. Él sonrió viéndolas.

—Siempre tengo frutillas para tu compañera Fresa —explicó—. De todos modos no tendría idea de qué comprar para una Griega —agregó.

A Helena se le escapó una sonrisa. Por momentos se ponía tan nerviosa pensando en lo que ocurriría dentro de poco, que no pensó que fuera capaz de relajarse nunca. Pero la voz serena de Mariano y su mirada tenían

efectos desconocidos para ella. De igual manera, estaba desconcertada por tantas atenciones.

Como adentro el ambiente estaba templado, él le quitó el abrigo de los hombros y lo dejó sobre el respaldo. Helena no bebió el champagne de su copa porque le gustaba tener todos los sentidos en alerta cuando estaba con clientes, nunca se sabía si podría necesitarlos. No hizo tiempo a abandonar la copa sobre la mesita que Mariano ya la había recogido. Estuvo a

punto de llenarla un poco más, pero Helena se lo impidió.

—No me des más, por favor —pidió—. Gracias.

Casi al mismo tiempo se dio cuenta de que no solo se refería al champagne. «No me des más atenciones, por favor», pensaba. «Para hacer esto necesito sentirme otra, no ser parte de mí misma». Pero calló.

—Helena —le habló el cliente—. ¿Querés estar acá?

Helena se sintió sacudida por la pregunta. No entendía a qué se refería, porque ella

solo pudo pensar que él le hablaba de lo profundo, y en su alma, ella no quería estar ahí. O quizás sí quería estar esa noche.

—No entiendo —confesó. Mariano bajó la cabeza.

—Es una pregunta de rutina —explicó volviendo a mirarla—. La formulo las pocas veces que elijo una chica que no conozco. El centro de Roberto es serio, pero nunca confío en ese tipo de gente, y yo bajo ninguna circunstancia tendría sexo con una mujer que no quisiera hacer lo que

hace. ¿Querés estar acá? Porque si no querés, tenes que decírmelo sin miedo, y yo te voy a ayudar.

Otra vez Helena sintió que se quedaba sin habla, algo inusual en ella. Nunca un cliente le había preguntado eso, ni se había ofrecido a ayudarla, aunque ella no necesitara su ayuda. Pestañeó varias veces y respiró profundo antes de dar una respuesta. La más sincera que jamás había dado.

—Sí —dijo—. Quiero estar acá.

Mariano asintió, pero no siguió hablando. Se limitó a abandonar la copa sobre la mesita y a reclinar la espalda en el sofá. Tenía las piernas abiertas y una expresión adormecida en el rostro.

Helena tragó con fuerza mientras lo miraba. Se humedeció los labios y respiró profundo antes de volver a hablar.

—¿Querés que haga algo en especial? —interrogó. No tenía idea de cómo proceder si es que él estaba esperando algo; no sabía qué hacían en esas circunstancias las

prostitutas de categoría.

Él giró la cabeza hacia ella y volvió a sonreír. Emanaba paz.

—Un masaje estaría bien —aseguró.

Helena se puso de pie al instante, como si le hubieran dado una orden.

—Así no —le indicó él—. Despacio.

Quería que Helena se relajara, porque aunque hubiera dicho que quería estar allí, se hacía evidente que en su interior se negaba a lo que sucedería. Esperaría para llevarla a la cama, no



quería sentir que la forzaba.

Helena obedeció el pedido del cliente. Se estableció detrás de él y comenzó a masajearle los hombros. Se sentían tensos y fuertes. Bajó hacia los brazos, deslizó los dedos hacia el pecho y el vientre. Pretendió desprender un botón.

—No —reaccionó Mariano con voz muy suave—. Eso por ahora no.

Helena llevó la mano atrás, casi avergonzada de lo que había hecho. No era posible que todos los ricos se comportaran así, era ese

rico en particular, porque desde que lo había mirado a los ojos se había dado cuenta de que era muy raro.

—Bueno —asumió con calma—. ¿Entonces de qué querés que hablemos?

Mariano giró la cabeza hacia ella. Una nueva sonrisa se había dibujado en sus labios.

—¿Por qué vamos a hablar? —preguntó. Helena estaba más desconcertada que nunca. Se encogió de hombros y procuró mascullar una respuesta.

—No sé —dijo—, porque

cuando no quieren sexo, los hombres quieren hablar.

Mariano asintió en silencio. Volvió a beber de su copa y luego la dejó sobre la mesita.

—Me dijeron que eras nueva —anunció especulativo. Si Helena sabía lo que querían los hombres cuando no pretendían sexo, no era tan nueva. Además, ¿quién le había dicho que él no quería acostarse con ella? Sin dudas estaba acostumbrada a ir muy rápido.

—Ah —se sorprendió

Helena—. No sabía que te lo habían dicho —si se lo hubieran avisado, quizás podría haberse relajado un poco, pero no—. Soy nueva en este lugar.

—¿Para quién trabajabas antes? —siguió preguntando él. Helena no quería decir la verdad, pensaba que de hacerlo, el cliente perdería confianza en ella, pero tampoco podía mentir.

—Trabajaba en la calle y en un prostíbulo de poca monta —confesó. Que fuera lo que la vida quisiera, pensó—. ¿Eso cambia algo?

Roberto me mandó a hacerme estudios médicos y no...

—Ya lo sé —la interrumpió él alzando una mano—. Yo no te pregunté nada más que dónde habías trabajado —siguió diciendo.

—Sí, pero... —quiso explicar ella, y él volvió a interrumpirla sonriente.

—Ya habrá tiempo de que me cuentes más cosas —aseguró y volvió a darle la espalda—. ¿Vas a seguir con el masaje? —preguntó—. Tus dedos son largos y fuertes, son dedos de

pianista.

Helena se miró inconscientemente los dedos, pero pronto se dio cuenta de lo que hacía y volvió al masaje. Pasó un momento en el cuello y luego bajó otra vez a los hombros. Le gustaba tocar a su cliente. Era la primera vez en mucho tiempo que deseaba tomar contacto con la piel de un hombre.

—Sería más fácil si no llevaras la camisa puesta — le sugirió. Mariano negó con la cabeza.

—No me voy a desnudar

por el momento —aclaró.

Eso sí que era raro, pensó Helena. El cliente la llenaba de atenciones, no tenía intenciones de tener sexo — al menos en el corto plazo —, y no se iba a desnudar. Dejó de dudar, aceptó la realidad tal como se le presentaba, y prosiguió con el masaje.

—¿Estás cansada? —le preguntó él—. ¿Querés sentarte?

Lo que molestaba a Helena eran los tacos altos, pero no sabía si su deseo de descalzarse sería bien

recibido.

—¿Te molesta si me quito los zapatos? —preguntó. Entonces se le ocurrió una idea: quizás el cliente no quería desnudarse, pero sí verla desnuda, a muchos les gustaba eso—. ¿Querés que me desnude? —agregó.

Mariano se puso de pie y la miró. Helena tembló ante la intensidad de aquella mirada, y para acabar con esos síntomas, pestañeó varias veces. Él señaló el asiento. Ella comprendió el pedido y se sentó.

Su sorpresa creció cuando



el cliente se puso en cuclillas y le quitó él mismo los zapatos. Los deslizó con suavidad por sus pies y después los dejó sobre la alfombra mullida blanca.

—Si quisiera que te desnudes, te lo habría pedido —explicó él con voz amable y serena—. Quiero que me regales tu silencio.

Helena tragó con fuerza. Todo le resultaba tan extraño que hasta le daba miedo. Qué amabilidad particular tenía ese sujeto para decirle que no la aguantaba más e impartirle

la orden de que se callara la boca.

—No es que no me guste tu voz —siguió él—. Es que el silencio es lo más difícil que una persona puede regalar, porque asusta.

Helena pestañeó largamente. Apenas alcanzaba a interpretar la rareza de ese hombre y no quería imaginar lo que se sentiría comprenderlo por completo. El miedo de hacerlo la impulsaba a rechazarlo; diría que no la próxima vez que quisieran citarla con él. Sin embargo,

había algo, una especie de magnetismo que la atraía al punto de dejar de pensar cuando lo tenía adelante. Era perturbador, pero a la vez excitante.

Callados ambos, él volvió a tomar asiento y echó la cabeza atrás con los ojos cerrados. Había llamado al centro de *escorts* con la intención de tener sexo esa noche, pero todavía no le apetecía. No porque no deseara a Helena, le parecía incluso más hermosa que Fresa y más delicada que Sofía, pero había algo que lo

retenía. Quizás que ella no se relajaba, o el miedo a delatar su propio pecado.

Había más que eso. Por el momento no le interesaba una penetración porque se sentía a gusto solo con tener a «La Griega» a su lado. Eso le bastaba: una noche con ella, con su silencio, con su compañía.

Pasó tanto tiempo que los dos perdieron noción del momento. De pronto, Helena se dio cuenta de que la respiración del cliente se había tornado más profunda y pensó que se había

quedado dormido.

Esperaba la sensación habitual, el deseo de matar al cliente o de morirse, pero nada de eso sucedió.

No se oía más que la respiración del hombre y la de ella. La penumbra imprimía un tono gris a los muebles y paradójicamente le hacía brillar el alma.

Sintió tanta paz en medio del silencio que tuvo miedo.

No quería ser prostituta. No quería volver a sentir que no estaba en paz nunca.

Entonces salió corriendo.

*2013*

El as de espadas refulgió sobre la mesa de vidrio.

—¡Pero ¿por qué?! — clamó Helena con rencor poco disimulado.

—Helena... —resonó la dulce voz de su hermana como reprimenda desde el otro extremo de la cocina. Nick soltó una carcajada y

se enorgulleció de su triunfo llevando los brazos detrás de la nuca.

—¡Es que nunca se le puede ganar a nada! — reclamó Helena en respuesta y luego se volvió a mirar a su cuñado—. Dale, ¿dónde escondes las cartas? ¡Tenes que estar haciendo trampa!

Nick arrugó el ceño, ofendido porque lo creyeran un tramposo en lugar de un suertudo o lo que era, un jugador excelente.

—No hago trampa —se defendió.

—¡Mentira! —replicó

Helena y se estiró para hurgar en los bolsillos internos de la campera desabotonada del hombre. Nick no se resistió.

—Deja de toquetear a mi marido —ordenó Lavinia en broma, pero sonaba muy seria.

—¡Uy, cuidado! —se burló Helena, aunque apartó las manos de Nick, que reía de la pelea ficticia entre hermanas—. ¡Ella cuida con uñas y dientes a su maridito! ¡No se lo vayan a sacar! Yo estoy autorizada a tocarlo, porque si es tu marido, en



parte es gracias a mí.

Lavinia rió con ganas. Jamás podría olvidar todo lo que había hecho su hermana para que ella pudiera reencontrarse con Nick un año atrás. De no haber sido por Helena, quizás no le hubieran restado fuerzas para todo lo que había tenido que pasar por ese instante de cielo. Se estremeció cuando Nick se puso de pie y la abrazó.

—Pero su marido solo la toca a ella —le dijo al oído con esa voz grave y masculina que siempre

conseguía hacer olvidar a Lavinia del mundo—. Y más ahora que sabemos que lleva un Nickito adentro.

—O una Lavinita —lo corrigió Lavinia colocando las manos sobre sus hombros, relegando lo demás.

Siguió diciéndole algunas cosas lindas mientras le acariciaba las mejillas y él le besó la comisura de los labios. Helena había escuchado todo, por eso se aclaró la garganta antes de que los mimos se sucedieran otro rato y los dos

enamorados la ignoraran mucho más tiempo.

Lavinia supo que Nick había interpretado la intención de Helena por cómo él la miró. Luego le sonrió y la soltó para quedarse de pie junto a ella, viendo a su cuñada.

—Siento mucho que hayas perdido de nuevo, Hele —  
Lavinia trató de ser complaciente, pero sus palabras no calaron hondo en Helena.

—¿Puede ser que para ganar tenga que jugar con un nene y encima hacerle

trampa? —se quejó. Se refería a Héctor, su hermano menor.

—¿Vos le haces trampa a un nenito de cinco años? —interrogó Lavinia divertida.

Aunque un poco avergonzada y presa de la indignación, Helena respondió, risueña también.

—¿Cómo querés que gane si no hago trampa? —se defendió—. ¡Si no puedo ganar a nada!

—Entonces hacésela a él también —sugirió Lavinia señalando a Nick con el pulgar—. Como hago yo.

Él frunció el entrecejo, boquiabierto.

—¿Vos me haces trampa?  
—preguntó. Lavinia lo miró y se encogió de hombros.

—Es la única manera de ganarte cuando jugamos a algo —le explicó con sencillez.

—Me hubieras dicho que...  
—comenzó a responder Nick, pero se interrumpió, enternecido. Su seductora sonrisa volvió a acercarse a la de su esposa, las manos le rodearon la cintura y los labios de ambos se acariciaron—. Pero si vos

eras mi angelito, incapaz de hacer trampa o de mentir...

—¿Quién te dijo que yo era un angelito? —se burló Lavinia con una sonrisa amplia y luminosa. Nick se fingió compungido—. Yo te advertí que no lo era.

—¿Mi imaginación? —arriesgó él con tono infantil. Helena se ofuscó de nuevo.

—¡Pero qué cosa sería! —exclamó—. No pasan un minuto en el mundo real. ¡Hola! —hizo gestos graciosos con las manos—. ¡Aquí Helena desde la Tierra llamando a la luna!

—A las estrellas... —la corrigió Nick todavía cerca de Lavinia.

Luego se separó de su mujer y se cruzó de brazos mientras se humedecía los labios curvados en una sonrisa. Miraba con la cabeza gacha y los ojos elevados hacia su objetivo, que en ese momento había pasado a ser su cuñada. Se estaba divirtiendo. Helena se puso de pie y recogió las cartas.

—El día que aparezca un hombre al que le pueda ganar un juego sin hacerle

trampa, me caso con él —  
vaticinó con voz  
premonitoria.

Las dos mujeres saltaron de la impresión cuando Nick, que no medía reacciones, golpeó la palma de su mano izquierda con el puño derecho y gritó:

—¡Sí! —luego señaló a Helena—. Yo me ocupo de encontrártelo, soy un experto para eso, tengo miles de conocidos —  
anunció.

—¡Ah, no! —se opuso Helena—. Si me lo buscas, ni se te ocurra decirle que se



deje ganar porque me voy a dar cuenta.

Nick entreabrió los labios y frunció el ceño ofendido, como si estuviera a punto de decir algo solemne. Se señaló el pecho consternado.

—¿En serio pensás que soy capaz de hacer una cosa así? —respondió—. Yo soy una persona honesta.

—Sí, claro —replicó Helena—. Sobre todo cuando pones esa cara —Lavinia rió—. Y todavía me deben el viaje en crucero —aprovechó a reclamar.

—Cuando gustes —se

defendió Nick abriendo los brazos, peleaban en broma.

Helena sonrió. Jamás olvidaría lo que Nick y Lavinia habían hecho por ella la noche en que su mundo pareció dar un giro de ciento ochenta grados. Había huido del departamento de un cliente para correr a casa de su hermana y aceptar, al fin, su ayuda. Ellos no lo dudaron ni un instante; al otro día ya tenía información sobre universidades, dinero en un sobre y la solicitud de una tarjeta de crédito.

Helena consideraba que debía mucho a su hermana y a su cuñado. Aunque en una etapa de su vida se hubiera negado a valorar cuánto luchaba Lavinia mientras ella se entregaba al miedo, todo eso había terminado cuando Nick se había ocupado de Josué.

Aquel día, ella estaba sentada a la mesa de la cocina, viendo un programa de televisión con el control remoto en la mano y los pies sobre una silla. Su madre había salido a hacer los mandados con su hermano

menor Héctor. Josué se adormecía sobre la mesa hasta que resonaron unos golpes a la puerta. Entonces el hombre se puso de pie, abrió y acabó contra la pared, presionado por Nick.

Helena recordaba a la perfección la sensación que le despertó ver al novio de Lavinia encima del depravado que le había arruinado la infancia.

—No te muevas —le había ordenado Nick. Ella apenas podía pensar, pero, acostumbrada a fingir, no le costó demasiado trabajo

mostrarse indiferente.

—Ni lo pensé —alcanzó a mascullar.

Pero Nick también acostumbraba fingir. Helena no lo confirmó hasta que tiempo después conoció parte de la historia, pero lo presintió. Era muy intuitiva. No pudo explicarlo en el momento, pero lo supo.

Nick habló con Josué de una deuda. Se ofreció a pagarla y después lo amenazó. Le dijo que si volvía a acercarse a Lavinia o a cualquiera de sus afectos y los lastimaba de alguna

manera, lo iba a mandar a matar.

Helena pensó que no podría cerrar la boca por un mes. ¡Un hombre era capaz de defenderlas! Quizás no eran todos tan estúpidos, tan malos o tan tremendos como le habían parecido desde que tenía once años. Tal vez no eran todos tan distintos a ella, de hecho presintió que ese se le parecía bastante.

Después de la amenaza, vio salir a Nick y sonrió. Supo en ese instante que amaba a ese hombre, pero no como lo amaba su

hermana, sino como a un alma afín.

A Helena le gustaba ver a su hermana y a Nick tan enamorados, y sabía que Lavinia se derretía de amor cada vez que él le sonreía al igual que se percibía en el aire que a Nick ella le llenaba el alma tanto tiempo perdida en el vacío.

Helena suspiró pensando en eso y en que todavía algo de ella misma vagaba por esos mismos rumbos. Y quizás, a diferencia de Nick, jamás pudiera rescatar ese trozo de su existencia

todavía tan atemorizado de sentir. Porque sentir implica sufrimiento.

—Nos vamos a tener que ir y mamá y Héctor todavía no volvieron —se lamentó Lavinia—. No me gusta irme sin despedirme de ellos, pero ya se nos hizo muy tarde. Tengo que llamar a Támara para que me dé unos datos y después a Javier para pasarle unas notas para la reunión de mañana —Támara era su asistente y mejor amiga, y Javier Gonzaga, su jefe en la marca de ropa para la que



trabajaba como diseñadora.

—¿Un domingo? —se quejó Helena, aunque prefirió guardar silencio acerca de la tardanza de su madre, al menos delante de Nick. Lavinia se encogió de hombros.

—Estamos preparando la presentación de la colección de invierno y todavía tenemos que organizar muchos asuntos —explicó—. Preparar una colección con desfile de modas incluido no es tan fácil como parece.

—¿Cuándo me vas a llevar

de modelo? —se burló Helena poniéndose una mano en tu cintura y sacando cola. Lo que menos tenía era pasta de modelo.

—¡Cuando gustes! —replicó Lavinia, siguiéndole la broma. Después se dirigió a su marido—. ¿Nos vamos?

Nick alzó la mirada hacia Helena sin levantarse del asiento en el que se había ubicado.

—Al final ella está más ocupada que yo —bromeó—. ¿Quién lo iba a decir? Lavinia corriendo más rápido que el rey de las

apuradas.

—Vos le enseñaste —lo acusó Helena apuntándolo con un dedo recriminatorio. Él bajó la cabeza.

—Sí —reconoció acordándose de lo que la había hecho correr para reencontrarse hacía un año —. Yo le enseñé.

Lavinia apuró la situación porque no quería que se le hiciera demasiado tarde para llamar a su jefe, por eso se acercó a su hermana con intención de despedirse.

—Nos vamos, Hele —le dio un beso en la mejilla—.

Deciles a mamá y a Héctor que les dejamos saludos.

—Serán dados —replicó Helena con una sonrisa. Después estrechó la mano que le ofrecía Nick. Él siempre se despedía de ella haciéndole alguna mueca o fingiéndose un desconocido. Helena reía y le seguía el juego porque le resultaba más cómodo que saludarlo como al común de la gente, porque ellos no eran para nada comunes.

—¿Vamos? —los interrumpió Lavinia.

—¿Te espero mañana para

desayunar juntas? —le preguntó Helena.

No se reunían para hacer cosas juntas y a solas muy seguido, pero Lavinia entendió que necesitaba hablar con ella y por eso aceptó enseguida. Frunció el ceño antes de dar el sí, arreglaron el lugar y la hora, y después se fueron.

En la soledad del departamento, Helena respiró profundo y luego dejó escapar el aire con las manos en los bolsillos traseros del jean. Si su sospecha se concretaba, la

vida se le opacaría de nuevo.

El reloj dio las siete y veintidós minutos. Los ojos marrones de Helena veían la aguja deslizarse de un segundo al otro sin remisión. Lavinia siempre llegaba tarde a todas partes, y ella tenía que desayunar, hablarle del problema que las aquejaba e ir a trabajar.

—¡Pero qué porquería que sos! —la insultó ni bien la vio aparecer donde habían quedado en encontrarse—. ¡Como si el tiempo de los demás no valiera tanto como el tuyo!

—Perdóname —se excusó Lavinia mientras se le aproximaba. Le dio un beso en la mejilla—. No encontraba estacionamiento.

—¡Dale! Como si yo no supiera que a la noche te enganchas a diseñar y ¡quién te saca de tu estudio! Por eso a la mañana no te puedes levantar —replicó Helena, que no tenía ni ánimos de hacerse la compasiva. Lavinia bajó la cabeza, había sido descubierta y se sentía avergonzada.

—Tenemos que preparar el desfile —se excusó. De

pronto alzó la cabeza, se olvidó de todo porque el entusiasmo por hablar de sus ideas prevaleció—. Estoy terminando un diseño que te va a encantar, estoy segura. Inventé una remera con unas mangas nuevas que a Javier lo dejó loco —pasó las manos por los hombros de su hermana y la midió con la vista para comprobar lo que pensaba—. Te va a quedar perfecta —anunció—. La hice con tus medidas para regalártela después de que sirva como muestra. Es la original. ¿Sabes lo que va a



valer en unos años? —se hizo la graciosa pensando que algún día podía ser famosa. Un día que, esperaba, no llegase nunca. Ya sabía lo que se sentía salir en las revistas por culpa de Nick, el ingeniero civil prodigio de Puerto Madero, y no quería salir por ella misma.

—Lavi, tenemos que hablar de algo —la interrumpió Helena. Su hermana retiró las manos y la observó con curiosidad creciente—. Vamos a desayunar y te cuento.

Camínaron hasta el bar más cercano y se sentaron en una mesa del primer piso, junto a la ventana. Lavinia comía un tostado mientras Helena había pedido varias medialunas.

—Tenes suerte —le dijo Lavinia—. Ya vas a ver, me dijeron que después de que tenes un hijo, engordas comiendo zanahoria. Aprovecha a comer ahora que puedes.

Helena se encogió de hombros.

—Yo no voy a tener hijos —determinó—. Al paso que

vamos, en mi futuro solo vaticino bingo y gatos.

—¡No seas tonta, tenes veintidós años! —replicó Lavinia ahogando una risa —. ¡Tenes toda la vida por delante! ¿No hay nadie interesante en la universidad?

Había hombres interesantes e interesados en ella no solo en la universidad, sino también en el trabajo, pero Helena no quería admitirlo.

—Ninguno vale nada —mintió.

—Bueno, igual Nick ya

está haciendo la lista —la consoló Lavinia.

—¿La lista? —Helena frunció el ceño, desconcertada. Su cuñado demente era capaz de cualquier cosa, ya lo habían comprobado. Lavinia rió.

—Sí, está como loco pensando quiénes de sus miles de conocidos son un desastre en los juegos pero especímenes dignos de que, aunque sea, los conozcas.

—Decile que no pierda el tiempo —contestó Helena, más tranquila tras haber oído la sensata explicación—.

Los hombres son todos una basura.

—Menos él —la reprendió su hermana con la cuchara en alto.

—Obvio que menos él —consintió Helena con gusto—. Pero Nick no es un hombre —su hermana alzó los ojos hacia ella y sofocó una risa—. Quiero decir, no es un hombre común y corriente, es otra cosa —se corrigió Helena—. Es como un ángel negro.

Lavinia sonrió en gesto de asentimiento y después volvió a sonar muy seria.

—Si andas por la vida pensando cosas tan feas de los hombres, nunca vas a conocer a uno como la gente —advirtió a Helena mientras partía un sandwich.

Helena se quedó pensando en los hombres, aunque no por mucho tiempo. Enseguida recordó para qué había citado a su hermana y decidió hablar. Miraba el café, que se le enfriaba sin que lo hubiera tocado.

—Anoche no te quise decir nada de lo que me pasaba porque ya sabemos cómo se iba a poner tu

marido —Lavinia la miró—. Es mamá. Me parece que se está viendo con Josué de nuevo —soltó sin pensarlo dos veces, antes de que el miedo, la ira o lo que fuese ese sentimiento que la tenía tan preocupada resurgiese. Lavinia dejó caer la cuchara dentro de su submarino.

—No creo, Hele —dijo—. No puede ser tan tonta después de todo lo que tuvimos que pasar por culpa de Josué.

—Sí, mamá es tonta, Lavinia —replicó Helena—, porque está enamorada. Por

eso yo nunca me voy a enamorar.

—Salvo que lo hagas de un ángel negro —repuso su hermana buscando reanimarla.

—No quedan más —reclamó Helena—. El último te lo agarraste para vos.

—Bueno, capaz sale alguno de la lista de Nick —se encogió de hombros—. Hablando en serio, no creo que mamá esté viendo a Josué de nuevo. Es decir, es obvio que lo ve para que él se encuentre con Héctor, es el papá del nene, pero de ahí



a que vuelva a verlo como marido, novio, amante, o lo que quieran ser, no creo.

—Yo vivo con ella y la veo llegar a cualquier hora con Héctor —respondió Helena—. También la veo salir los sábados a la noche y me deja el nene a mí.

—Ella dice que va a bailar.

—Y yo sé que va a bailar con Josué.

Lavinia se quedó en silencio. Su hermana siempre había sido más perceptiva, más avispada; la vida la había hecho así. Era posible que tuviera razón.

—Nosotras no podemos hacer nada más que hablar con ella, Hele —le recordó—. Pero si vemos que la cosa se pone fea, de última te conseguimos un departamento para vos sola. Te vendría bien uno cerca de la facultad.

—Ni loca, Lavinia —la interrumpió Helena—. Ya bastante te debemos: el departamento que nos regalaste para mamá, Héctor y yo, tu ayuda económica, mis estudios... No quiero deberte también mi departamento. Quiero

comprármelo yo sola con mi trabajo, con mi sacrificio, para eso entré a trabajar en el hotel.

Lavinia sabía que su hermana tenía razón, por eso guardó silencio. De todos modos, algo se le iba a ocurrir. Helena miró la hora.

—Al final no comí nada y ya me tengo que ir —se lamentó.

—¡Todavía es temprano!

—Sí, pero a esta hora hay mucho tránsito y es mejor salir con tiempo. Yo no me llamo Lavinia Dickinson de Hagen, apenas soy Helena

López y tengo que llegar a horario.

Lavinia rió. Luego abandonaron el bar y caminaron hasta el estacionamiento donde se hallaba el auto. Lavinia la llevó hasta el hotel.

# 4

LA lluvia golpeaba el campo verde y el cajón de madera lustrada. La soledad del cementerio privado se asemejaba al cielo, pero cruzando sus puertas se entraba al infierno. Nadie mejor que Mariano para saberlo.

Lo primero que se cruzó por su mente ni bien recibió la noticia de la muerte de su tío fue el pasado. No quiso ausentarse del funeral

porque se había perdido el más importante de su vida, y quizás jamás olvidaría esa falta. En aquel momento, él debió haber ocupado la tumba, y los demás la cama de la clínica.

Solo él se despedía de su tío lejano, y un cura. Mientras el sacerdote hablaba y la lluvia repicaba en su paraguas grande y negro, Mariano echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Podía apagar la voz del hombre y concentrarse solo en el ruido que hacía el agua al chocar contra el césped y

las hojas de los árboles. Podía imaginarlas en cualquier estación del año, dispuestas a renacer. La vida humana no renacía, se acababa, y lo demás era oscuro e incierto.

Poco a poco, ni siquiera se dio cuenta cómo, el paraguas fue apartándose de su cabeza hasta que unas cuantas gotas le golpearon con fuerza la cara. Nunca las había sentido, no de ese modo. Y en el momento en que una de ellas se deslizaba por su mejilla imitando una lágrima, el canto de un

pájaro interrumpió el silencio.

Mariano abrió los ojos y llevó la cabeza hacia adelante. El cura esperaba que hablara, entonces dijo «Amén».

Una vez finalizado el responso, se encaminó a su auto, donde lo esperaba estoico y de pie Pedro, su hombre de confianza, que en ese momento oficiaba como chofer. Había dejado de llover.

—¿A dónde lo llevo, señor? —preguntó el hombre una vez que ambos



habían ocupado sus asientos.

—A la casa central, tengo una reunión con directivos de otros hoteles —respondió Mariano sin demasiadas vueltas. El trabajo era una buena anestesia para olvidar.

El Mercedes de colección avanzaba lento por las calles porteñas, el tránsito retrasaba bastante el avance. Mariano miró su reloj pulsera y vio que en él las agujas marcaban las nueve menos cinco de la mañana.

Como no quería pensar en nada, se apretó los párpados con los dedos y luego dirigió

la mirada del otro lado de la ventanilla. Lo que vio lo dejó callado y quieto.

Una sorpresa inusitada se apoderó de sus cinco sentidos cuando, por entre la gente que caminaba sin respiro, Helena, «La Griega», se sujetó de la manga de un traje ajeno porque casi se había caído. Lo más llamativo fue que vestía el uniforme de las recepcionistas de su hotel.

—Disculpe —dijo agitada. El afectado retiró el antebrazo con poca cortesía y la miró como se mira a un

intruso. Helena hizo una mueca de disculpa y se frotó un labio con el otro—. Perdón.

Luego se irguió, se acomodó el trajecito desaliñado por el tropezón y se peinó el cabello con una mano. Miró hacia arriba. «Hotel Rizzi», se leía.

Mariano no cabía en su asombro. Pedro estuvo a punto de acelerar, pero él se lo impidió.

—Espera —ordenó en un susurro.

—Señor... —Pedro pretendió recordarle que si

no avanzaban, muy pronto comenzarían los bocinazos, pero Mariano no le prestó atención.

La chica del cabello de seda y el uniforme de su hotel logró que su rostro duro y preocupado se relajara por completo. La boca se curvó en una sonrisa que añadió a su mirada un tinte especulativo y sensual que él creía dormido. Se había quedado con las manos sobre las rodillas, la cabeza inclinada hacia adelante y la mirada gris prendada de la joven de los

ojos más grandes que jamás había vuelto a ver y la torpeza más dulce que había conocido, de modo que se le habían arrugado la frente y la comisura de los labios.

—Porquería de zapatos — se quejó Helena en un susurro. Si su hermana no la hubiera dejado en la esquina por el caos de tránsito que era la calle del hotel a esa hora, se habría ahorrado la caminata.

Pero en realidad los zapatos no eran el problema, sino que había bajado del auto sin lluvia y de repente

unas cuantas gotas le opacaban la llegada. Por eso corría, algo que no se podía hacer con ese calzado. Aunque por un instante se sintió su hermana, a la que siempre perseguía la mala suerte, consiguió esquivar el chaparrón corriendo hasta la puerta de servicio del hotel.

Escuchó bocinazos. Giró la cabeza para saber de qué se trataba y solo alcanzó a ver un automóvil de vidrios polarizados obstaculizando el tránsito. Como le abrieron la puerta, dejó de prestar atención a lo que no le

concernía y se internó en el pasillo.

Ni bien Mariano la vio desaparecer, ordenó a Pedro que se moviera. Le esperaba una tarde ocupada, tenía que averiguar cómo Helena había terminado trabajando en su hotel.

Helena marcó su horario de llegada, dejó sus objetos personales en el guardarropa y caminó hasta su puesto de trabajo en la recepción. Desde lejos distinguió que su compañero esa tarde era Hernán Fraga y se lamentó porque tendría que

soportarlo seis largas horas.

Por fortuna la mañana pasó rápido debido al gran movimiento que había en el hotel, pero cuando le faltaban tan solo veinte minutos para irse, Hernán le hizo una insinuación. Solía hacerlas cada tanto.

—¿Salimos este sábado?  
—preguntó con la voz falta de elegancia que lo caracterizaba. *Ni muerta*, pensó Helena, pero lo disimuló.

—Ya tengo un compromiso, gracias —  
respondió fingiendo que



revisaba reservaciones en la computadora.

Mariano observaba la escena del otro lado de la puerta principal. No podía creer que Helena trabajara en su hotel desde hacía tres meses, como acababa de averiguar, aunque era lógico que él lo hubiera pasado por alto. No iba mucho a los hoteles y tampoco se ocupaba del personal. Por eso, después de que ella había salido corriendo de su departamento y de que él la había buscado durante tanto tiempo sin éxito, que la vida

se la pusiera tan cerca era sin dudas obra del destino.

Había pasado allí más de quince minutos. Mirarla lo satisfacía, se sentía complacido al contemplarla. No alcanzaba a oír la conversación, pero sabía que a ella su compañero le resultaba odioso. Se notaba en su expresión, y por la información que acababa de revisar en busca de la de Helena, Mariano sabía que se trataba de un tal Hernán Fraga. Lo había visto porque primero buscó quiénes eran los recepcionistas de ese

turno y así obtuvo el apellido de Helena para poder hallarla con facilidad en la base de datos.

Divertido con la posibilidad de jugar un poco, llamó al gerente desde el celular y le ordenó que citara al empleado para llamarle la atención porque estaba desaliñado. Helena, en cambio, era perfecta, no se cansaba de mirarla y estudiarla hasta en el más mínimo detalle.

Fue testigo del momento en el que sonó el teléfono en la recepción y su empleado

respondió el llamado. Después de cruzar dos palabras con quien estaba del otro lado de la línea, Hernán anunció a Helena que querían verlo «de arriba». A Helena no le cayó bien la noticia, quedarse sola en la recepción era siempre un dolor de cabeza, y más en un horario complicado como los que le tocaban a ella, por algo era el refuerzo.

—¿De arriba? —interrogó preocupada—. ¿No te dijeron por qué?

Hernán negó con la cabeza y se alejó. Ella esperaba que

también la llamasen de la gerencia para anunciarle que quedaba efectiva en el puesto de trabajo, ya que habían pasado los tres meses de prueba, pero hasta el momento nadie le había avisado nada.

Hernán desapareció por un ascensor que no podía usar. Entonces Mariano llamó a su gerente y le pidió que también le llamara la atención a Fraga por eso.

Hacerse el policía endulzó su tarde un rato, pero tenía que trazar un plan. ¿Cómo acercarse a Helena sin que

ella saliera corriendo? No podía presentarse como el dueño de la cadena hotelera, eso la asustaría, pero tampoco quería mentirle. Quizás hasta lo reconociera porque había visto fotos de él en Internet o en alguna revista. Decidió que se acercaría y actuaría según cómo se dieran las circunstancias.

Poco después de que Hernán hubiera desaparecido, Helena volvió a concentrarse en la computadora.

—Helena —oyó.

Alzó la cabeza como si acabaran de acusarla de algo, y al ver quién le hablaba, le tembló todo el cuerpo. La energía sublime del último cliente de su vida como prostituta le produjo escalofríos.

Cuando Helena lo miró, Mariano notó que lo reconoció de inmediato, pero estaba seguro de que ella no sabía que se trataba del dueño del hotel. Sin embargo, se hacía evidente que acababa de desequilibrar su mundo. Lo que le preocupaba era cómo ocultar

que ella también acababa de desequilibrar el de él.

Muda y sin reflejos, Helena tragó con fuerza sin recobrar la respiración. Solo eso le faltaba, que un antiguo cliente fuera huésped en el hotel y que la pusiera en evidencia ahora que ella pretendía enterrar su pasado.

La realidad la sacudió cuando sonó el teléfono de la recepción. No supo si responder o primero atender al viejo cliente. Supuso que lo segundo sería lo mejor, porque la política era



ocuparse primero de quien estuviera presente, aunque ella deseara huir de él respondiendo el llamado telefónico.

—Buenas tardes —lo saludó—. ¿Se va a hospedar en el hotel?

La pregunta de rigor era «¿En qué puedo ayudarlo?», pero no quiso formularla por temor a la respuesta. Era imposible que sucediera, pero por un instante hasta temió que él le pidiera un masaje. Miró instintivamente hacia los costados, tenía miedo de que

alguien lo oyera en caso de que él dijera algo así.

Mariano supo que Helena pretendía evitarlo. Era lógico, tendría miedo de que él la delatara. ¿Qué hacía ahí? ¿Acaso había abandonado por completo su trabajo anterior? Debía de ser así, dado que no había podido encontrarla.

—No sabía que estabas trabajando acá —comentó pasando por alto la pregunta de Helena.

—Disculpe —masculló ella para escapar de la afirmación, y respondió el

teléfono. Escuchó el pedido de quien se hallaba del otro lado de la línea—. Un momento, por favor —pidió después. Buscó algo en la computadora y volvió a hablar—. Lamentablemente, para la fecha que usted me indica ese tipo de habitaciones están ocupadas. Puedo ofrecerle... —calló de repente. Tuvo la mala suerte de que el llamado se hubiera cortado, así que colgó y debió mirar de nuevo al cliente que se apoyaba con liviandad en el mostrador—. ¿Se va a hospedar en el

hotel? —repitió. Rogaba que la tortura acabase, que él se diera la media vuelta y desapareciese.

—Helena, sé que me reconoces —comentó Mariano con una sonrisa serena—. No tenes que sentir miedo de mí.

Si algo odiaba era que ella sintiera miedo de él.

El teléfono volvió a sonar, pero Helena no lo respondió. Se inclinó hacia adelante y le habló en susurros.

—Por favor, estoy tratando de que me efectivicen en este trabajo —confesó—.

Acá no puedo hablar de nada.

Como el teléfono seguía sonando, Mariano lo descolgó y volvió a dejarlo en la base. Así se libró del ruido; no quería esa molestia mientras trataba de conversar con Helena.

—¿Por qué hiciste eso? — reclamó ella. *¡Pedazo de desubicado!*, pensaba por dentro.

—Porque quiero que hablemos sin interrupciones —replicó él con calma. Desesperada, Helena miró la hora—. ¿Algún problema?

—le preguntó Mariano.

Helena rogaba que Hernán regresara y se ocupara de ese hombre. De no haber sido por culpa de su compañero, quizás su antiguo cliente no la hubiera visto porque ella ya no habría estado ahí.

—Tendría que haberme ido hace rato —replicó Helena nerviosa—. Pero no importa —se vio obligada a decir—. ¿En qué te puedo ayudar? —se le escapó la pregunta acostumbrada y por eso se maldijo. No había querido hacerla.

*¡Hay tantas cosas que*

*podrías hacer por mí!*, pensó Mariano mirándola a los ojos. Su mirada era tan profunda que consiguió ponerla nerviosa.

—Discúlpame, primero tengo que hacer un llamado —respondió él, y se volvió a la vereda.

Helena no entendía nada, pero agradecía que se hubiera ido. Excepto que el llamado que él iba a hacer fuera para perjudicarla por lo que ella había sido. El miedo le recorrió el cuerpo y volvió a mirar la hora. Hernán no regresaba y ella

ya debería haberse ido.

Mariano volvió a llamar al gerente, esta vez para regañarlo por retener a Fraga tanto tiempo sin darse cuenta de que la recepcionista auxiliar tenía que irse. Para su indignación, el empleado había abandonado la oficina del gerente hacía rato, sin dudas se habría quedado fumando en sectores prohibidos o perdiendo el tiempo solo para no trabajar.

Negó con la cabeza y esperó a que el empleado del mes se dignara a aparecer.



Entonces cambió de puerta y esperó junto a la de servicio.

Helena salió aferrando su mochila. Cuando se encontró con su antiguo cliente se paralizó por completo.

—Parece que va a llover otra vez —musitó Mariano frente a ella.

Helena alzó la mirada al cielo encapotado echando la cabeza atrás y se cercioró de que, en efecto, iba a llover de nuevo. Luego dirigió los ojos hacia el hombre y se preguntó qué se traería entre manos. No podía descubrir

qué quería, y eso le producía sensaciones contradictorias: curiosidad y miedo, los peores enemigos de una mujer. Apenas pudo sonreír con rigidez y replicar:

—Sí. Gracias por no decir nada en el hotel, realmente necesito el trabajo. Hasta luego.

Se lanzó a caminar con prisa; quería huir de ese hombre y llegar a la parada del colectivo antes de que cayeran las primeras gotas. Mariano observó hacia dónde se dirigía Helena y luego corrió al

estacionamiento.

En la parada del colectivo, ella escuchó la conocida VOZ.

—¡Helena!

Alzó los ojos y se encontró con el auto que, temprano, obstaculizaba el tránsito. Había visto ese coche hacía horas, y la vida le había enseñado que no existían las casualidades, de modo que su antiguo cliente tenía que estar buscándola a ella.

—Puedo llevarte donde quieras —ofreció Mariano asomado por la ventanilla trasera. Iba con un chofer.

—No, gracias —replicó Helena irguiéndose asustada. No podía ser casualidad que él justo se hubiera adentrado por la misma calle, todo le confirmaba que el cliente la seguía.

—¿Estás segura? —insistió Mariano—. El cielo está muy oscuro, va a llover a cántaros y sería una pena que te mojaras el uniforme de trabajo.

Helena volvió a mirar el cielo. Era cierto: cada vez se ponía más negro y hasta podían caer piedras. Aun así, y aunque el dinero no le

sobrase, podía tomar un taxi. No quería subir al auto de un extraño, mucho menos al de uno que había sido su cliente. ¿Qué podía querer de ella? Lo mismo que habían querido todos los demás extraños que la habían subido a su coche, no había dudas de ello. Nadie podía quererla si no era para eso.

—¿Y el taxista no es un extraño? —interrogó Mariano sin tregua.

Helena giró la cabeza hacia él violentamente. ¿Cómo había sabido que por

un instante había pensado en tomar un taxi? Se asustó, pero soltó una risa.

—¿Qué sos, un adivino o qué? —exclamó. Mariano sonrió. Supo que Helena pensaba en tomar un taxi porque por un instante ella había mirado uno.

—Algo así —consintió—. ¿Aceptas que te lleve?

Helena se permitió relajarse un momento. No podía andar por la vida pensando que todas las personas tenían intenciones perversas, que todos los hombres buscaban lo mismo

cuando le hacían alguna oferta amable. Y aunque el tipo era raro y no alcanzaba a comprenderlo del todo, no podía ser tan malo.

¿De qué tenía tanto miedo?, se preguntaba. Si tenía que negarse a ser su prostituta de nuevo, lo haría y listo. Quizás temía volver a sentir la misma paz y tener que salir corriendo.

Decidió que sería bueno subir para aclararle de una vez por todas que ella ya no se dedicaba a ser *escort* y para pedirle que no volviera a incomodarla en el trabajo.

No podía permitir que su pasado interfiriera con el presente que tanto esfuerzo le había costado forjar.

—Está bien —aceptó justo antes de que resonara un fuerte trueno.

Mariano se movió hacia el otro lado del asiento y abrió la puerta. Helena subió y la cerró. El calor dentro del auto se hizo agobiante, había aire acondicionado pero teniendo tan cerca a su antiguo cliente se había puesto nerviosa. Se oía por lo bajo *Shake the disease* de Depeche Mode.



—¿Hasta dónde vas? —  
interrogó él.

—Hasta la facultad.

Helena dijo la dirección y ni bien Pedro, el chofer de Mariano, hizo un gesto como indicio de que la había captado, él cerró la ventanilla que los separaba con un botón. Cuando el coche tomó velocidad, se oyó el ruido de las trabas de las puertas. Helena sintió que el calor otra vez le invadía el cuerpo y se instalaba en su rostro.

Mariano no dejaba de estudiarla. Su recuerdo no se

había equivocado: esa mujer tenía los ojos más grandes y del color té más vistoso que jamás hubiera imaginado. La tez blanca, los labios sensuales pintados con un brillo tenue que la hacía todavía más hermosa. Era un experto semblanteando a la gente, gracias a ello se dio cuenta de que Helena estaba nerviosa y no se preocupó por relajar el ambiente. Por la postura erguida de los hombros de la mujer supo que, aunque estuviera tensionada, era segura de sí misma. Le sostenía la

mirada, y eso indicaba interés. Si algo lo ponía nervioso a él era que si bien podía reconocer sensaciones superficiales en Helena con facilidad, su mirada representaba un misterio oscuro.

—Helena —repitió. Buscaba convencerse de que la tenía delante de los ojos, de que no era un espejismo.

Helena volvió a estremecerse. Su nombre en los labios de ese antiguo cliente sonaba tan simple, tan sensual, que la hacía sentir minúscula.

—Sí —respondió rígida.

—Te busqué por mucho tiempo —siguió contando el hombre. Helena frunció el ceño. No pensó que él diría eso—. Abandonaste todo —explicó él ante la sorpresa de ella—. Roberto me dijo que habías renunciado a su lugar, y aunque te busqué en otros, nunca volví a dar con vos —se hizo un instante de silencio— Te fuiste corriendo de mi departamento. No supe que te asustaba con el asunto del silencio. De haber sabido que te daba tanto miedo, te

habría hablado.

No era el silencio el problema, pensó Helena. Era la paz, era el miedo de pensar que no la hallaría nunca, que después de esa noche con ese cliente, jamás volvería a sentirla, y que a la vez no podría vivir sin ella una vez que la había conocido. Bajó la cabeza.

No se atrevía a responder, y Mariano se dio cuenta, por eso decidió cambiar de tema y arremetió con otra pregunta. —¿Qué estudias? —interrogó.

—Turismo y Hotelería —

respondió ella a cuentagotas. Para lo despierta que siempre había sido, se sentía otra persona.

Mariano ya conocía la respuesta. En el legajo de empleada de Helena figuraban sus estudios, sus datos personales, sus expectativas de trabajo. En el cuestionario de ingreso había escrito que quería trabajar en una empresa seria, donde pudiera desarrollar al máximo sus habilidades y tener alguna posibilidad de ascenso. Sin embargo, aunque conocía

mucho de ella, asintió en silencio y con la amabilidad que lo distinguía.

—¿Y en qué año estás? —interrogó.

—Estoy en primer año —explicó ella.

Mariano se preparó para hacer otra pregunta, pero Helena no quería escucharla. Tenía miedo de que se refiriese a su pasado, y no tenía ganas de recordarlo. Todo en ese tipo era raro, pensaba. Estaba acostumbrada a semblantear hombres, todos eran fácilmente legibles para ella,

pero ese no.

—Ya no me dedico a eso —advirtió refiriéndose a la prostitución—. Por favor, si tenes algo de piedad, no digas nada, mucho menos en el hotel. Ellos no saben de mi pasado, y quiero que siga así.

Mariano suspiró. Odiaba que el miedo se reflejara en la mirada de Helena, que su voz pretendiera sonar segura cuando en el fondo temblaba al igual que ella.

—No te preocupes, en el hotel nadie se atrevería a echarte —replicó.



Helena frunció el ceño. Algo no terminaba de convencerla. ¿Por qué nadie se atrevería a echarla, si ella no era nadie? Excepto que él sí fuera alguien.

—¿Ya me dijiste tu nombre? —interrogó nerviosa. *Strangelove*, repetía en su mente. *Es un buen nombre para alguien como él.*

Ante el silencio, se puso todavía más tensa. No entendía por qué su viejo cliente demoraba en dar todas las respuestas y a cambio la traspasaba con la

mirada. No le gustaba sentir que estaba siendo estudiada sin saber por qué. Acabó sonrojándose cuando él le extendió una mano y ella entró en contacto con su piel al estrecharla.

—Perdón, qué descortés de mi parte —respondió Mariano—. Soy Mariano —se presentó con naturalidad—. Mariano Rizzi.

¿Qué? ¡Imposible! Se puso blanca de golpe.

—¿Rizzi? —repitió Helena. Él sonrió sin vanagloriarse por el apellido.

—Tal como escuchaste.

Helena se estremeció. ¿Acaso era el dueño del hotel, o un pariente de los dueños? No podía trabajar para la cadena hotelera de alguien que había sido su cliente. ¡Con razón la había esperado durante horas! Ya no tenía dudas de que la pretendía otra vez como prostituta, y ella no podía permitirlo; no ahora que todo eso había quedado en el pasado. Se soltaron las manos.

Casi al mismo tiempo, el coche se detuvo. Helena

miró por la ventanilla y ver la universidad con su conocida fachada de esquina antigua le devolvió la sangre a las venas.

—Me tengo que ir —dijo apresurada. Mariano asintió.

—¿Puedo volver a verte? —preguntó con su tono habitual de voz. Helena tembló con la pregunta. ¿Qué parte no entendía él de que ella ya no era prostituta? Lanzó una respuesta rápida.

—No.

Intentó abrir la puerta del coche, pero todavía estaba trabada. No dejó que la

invadiera el pánico y respiró.  
—¿Podrías...?

No acabó la frase que se oyó el sonido de las trabas y pudo abrir sin demora. Del mismo modo apresurado salió del auto y se adentró en la facultad tan rápido como le dieron las piernas. Dentro del auto, *People are people* sonaba porque había acabado la canción anterior.

Mariano abrió la ventanilla que lo comunicaba con su chofer mientras su mirada todavía permanecía prendada de la puerta vieja por la que había entrado

Helena.

—Una verdadera belleza —comentó a Pedro—. Ya no se encuentra este tipo de mujeres en el mundo, ¿no te parece?

Creía con fervor cada palabra que decía. Sin dudas Helena sabía mucho de la vida, lo reconocía con solo mirarla, pero a la vez le había parecido tan inocente que la imagen superficial de ella se desvanecía. Con cierto regocijo de espíritu presintió que acababa de rescatar a la niña que habitaba oculta en la mujer,

y eso lo complacía porque con él ella podía ser otra. Con él podía ser ella misma.

Bajó la ventanilla polarizada del coche para ver mejor, quería saber si todavía quedaba por allí algún rastro de Helena, pero solo halló su fantasma, impreso en su imaginación con el fuego de las noches en vela que pasaría con ella.

No la quería como prostituta. Quería entablar una relación con ella y estaba dispuesto a demostrárselo.

—Sí —repitió para sí

mismo—. Una verdadera  
belleza...



PERTURBADA y nerviosa, Helena se internó en el baño de la facultad, donde pudo pensar sin interrupciones. En su mente todavía revoloteaban la figura y la voz de Mariano Rizzi. Pensando en él y no en el estudio, llegó la hora de entrar al aula, y también la hora de irse. Creyó que el aire fresco la ayudaría a despejarse, pero ni siquiera se libró del recuerdo en el

colectivo. Llegó a su casa y, aunque estaba exhausta, cenó y se acostó a estudiar. Por suerte el recuerdo no volvió a molestarla.

Por la mañana despertó con la voz de su madre, pero estaba tan cansada que no podía moverse.

—Helena. Helena, levántate —insistió Cristina sacudiendo a su hija. Sabía que por estudiar se había dormido muy tarde y todavía podía descansar media hora antes de levantarse, pero tenía que ver lo que invadía su living.

—Andate, estoy durmiendo —replicó Helena revolviéndose entre las sábanas.

—Te trajeron algo.

¿Que le habían llevado algo? Se sentó en la cama como si la hubiera impulsado un resorte. No tenía idea de qué podría ser, pero nadie le llevaba «algo» así como así, y le sobraba curiosidad para ir a ver qué era. Ni siquiera se calzó, salió de la cama sin pantuflas y con el conjunto de remera con short floreado que tenía puesto como

pijama.

En la mesita del living, se encontró con un inmenso arreglo de rosas rojas que derrochaba calidad y esplendor, y al lado, una caja. Una caja forrada en terciopelo negro, con bordes de metal plateado. Abrió los ojos como platos y se cubrió la boca con una mano.

—¡Por Dios! —exclamó. Su madre se le acercó.

—El ramo tiene una tarjeta, ¿no la vas a leer?

Presas de la incertidumbre, Helena abrió el pequeño sobre blanco que pendía de

las flores y leyó la nota. «En compensación por nuestro tiempo perdido. Hasta pronto, Mariano».

Abrió la caja y halló otra tarjeta, pero a diferencia de la anterior, esa contenía datos personales. Sin dudas se la había enviado en la caja por discreción. Leyó: «Mariano Rizzi, presidente de Rizzi Compañía Hotelera», una dirección, un teléfono, una dirección de e-mail y una página web.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Buscaría los datos en Internet y así por lo

menos se sacaría la duda de si era el dueño del hotel. Quizás hasta fuera una mentira, él era tan extraño que no sabía qué pensar.

Antes de alejarse del living, guardó bien la tarjeta. No quería que su madre la viese porque cuanto menos supiera de su vida siempre era mejor.

—¿Tenes novio? —interrogó Cristina mientras la seguía hasta su cuarto.

—¿Y vos? —replicó la hija.

Cristina giró sobre los talones y acabó regresando a

la cocina. Helena corrió a la computadora y buscó el nombre y el apellido de quien le enviaba las flores.

Existía. Era real. Era él.

Aparecía en varias fotos; en algunas con chicas, en otras, solo. También estrechando la mano de un conocido modisto que hacía desfiles en su hotel de Punta del Este, ¡y hasta se había hecho uno de la empresa para la que trabajaba su hermana! No lo creía.

La página de la compañía describía que tenían cuatro hoteles cinco estrellas: uno

en Buenos Aires, otro en San Martín de los Andes, un tercero en Punta del Este y un último de reciente adquisición en Mendoza. Era información que ella ya conocía, no iba a encontrar nada nuevo en una página que miraba todos los días. Allí no había referencia alguna a Mariano. Lo que nunca había leído lo halló en la web de una revista de finanzas que jamás se le hubiera ocurrido comprar. Allí se contaba que el joven Mariano Rizzi se había hecho cargo de la



presidencia de la cadena hotelera a los veintiún años.

—¿Veintiún años? —  
masculló. Era imposible, nadie a esa edad estaba capacitado para ocupar semejante puesto y hacerlo con éxito, pero la nota justamente se trataba de empresarios exitosos a los veinte.

El fundador de los hoteles había sido su abuelo, José Rizzi, a cuya presidencia había sucedido el padre de Mariano, Alberto. Mariano Román Rizzi era el tercer presidente de la cadena.

¿Qué podía querer un hombre como ese con ella? Nada, sin dudas pensaba que seguía siendo prostituta fina y quería tomar ventaja, dado su carácter de empleador.

No quiso leer más. Apagó la computadora y regresó a la cocina. Cristina la vio arrojar las flores a la basura con el rabillo del ojo, y luego encaminarse al baño.

Salió de su casa más temprano de lo habitual. Procurando no pensar más en Mariano, caminó hasta la parada del colectivo con los auriculares puestos para

escuchar música desde su celular. Pero en cuanto subió al ómnibus y *Trátame suavemente* comenzó a sonar, se entristeció. Al oír esa canción recordaba las noches que había pasado en la calle o en prostíbulos, las mismas que regresaban a su presente en forma de aversión al sexo y rechazo por los hombres. Tenía miedo, porque se sentía horrible desear pero sin gozar jamás, solo simular el goce. No entendía por qué, si quería alejarse de la prostitución, todo acababa

devolviéndola a los recuerdos.

Nada era tan fácil cuando se había vivido del sexo.

Podía recordar con increíble exactitud cuando todo había comenzado: la noche en que Josué había intentado abusar de Lavinia. El suceso vivido transformó la vida de Helena, pero, tal como había hecho su hermana, no emitía palabra al respecto. Todo lo callaba, todo lo guardaba muy adentro, donde nadie pudiera encontrarlo y decir que era su culpa, o que era

vergonzoso para una mujer haber provocado reacciones tan horrendas en un hombre. Porque todos los hombres estaban llamados al pecado y eran las mujeres las que los tentaban con sus ofertas, como hacían las prostitutas.

Después de esa noche, Josué jamás volvió a atacar a Lavinia, la hija del primer matrimonio de Cristina. Tampoco a Helena, cuyo padre desconocían, pero todo cambió cuando ella cumplió los dieciséis años.

Al parecer el novio de Cristina tenía una obsesión

por las adolescentes que pasaban los quince. Así sucedió con Lavinia y más tarde con Helena: en cuanto su cuerpo cobró la forma de la mujer que sería en el futuro sin que lo fuera todavía, Josué enloqueció de nuevo. Pero Helena había tenido oportunidad de aprender la lección: conocía la mirada de los hombres cuando deseaban sexualmente a alguien. Conocía el método de Josué para engañarla, que era amenazarla con dañar a su madre, como había hecho

con Lavinia, entonces ideó el medio para impedírselo.

No se colaría por la ventana para meterse en su cama como había hecho con su hermana. No le cubriría la boca con esa mano sucia y gorda, ni la desnudaría para abusar de su inocencia. Así que pensó la trampa.

Una mañana, decidió lo que nunca había pensado que sería capaz de hacer. Buscó a Diego, el chico del curso superior que le gustaba, y lo enfrentó en un recreo.

—¿Tenes un momento

para que hablemos?

Él enarcó las cejas, sorprendido. No tenía idea del nombre de esa chica, no la conocía, pero le resultó agradable con sus pechos abultados y su cola redondeada, y le dijo que sí.

Se alejaron del círculo que él formaba con sus amigos, caminaron por un pasillo solitario de la escuela y Helena habló sin miedo, sin tapujos. Tenía un objetivo en mente y no pensaba dimitir ante nada. Todo fuera por evitar que Josué se saliera con la suya.



—Me gustaría salir con vos el sábado —sonrió—. ¿Me llevas a la bailanta?

A Diego le gustaba la cumbia. A ella el rock nacional, pero qué más daba. En su situación, cualquier cosa le venía al dedillo.

—Dale —se entusiasmó él, aunque intentara no demostrarlo.

El sábado salieron. Fue la primera noche que Helena representó su personaje: una minifalda blanca, un corsé negro, sandalias de taco alto y el rostro tan maquillado que parecía una mujer de

veintitantos años antes que una adolescente que todavía no había terminado el secundario.

No permitiría que Josué consiguiera su objetivo. No con ella.

Fue quien besó a Diego primero. Fue quien lo sentó en una silla de plástico, se abrió de piernas sobre los muslos de él y le besó el cuello y la cara al ritmo de unas cumbias de Leo Mattioli que los dejaron sin aliento. Muy pronto el chico no pudo más y comenzó a hacer movimientos que

excitaron a Helena, aunque no la convertían todavía en una experta. Todo lo contrario, era virgen, pero no lo sería por mucho tiempo más.

—Vamos a otro lado... —susurró al oído de su instrumento para ganar la partida. Y él asintió satisfecho.

Acabó la noche en un cuarto de un hotel alojamiento muy económico, donde la cama crujía y el olor apestaba a cigarrillo y a sexo barato, pero era mejor eso que ser abusada. Era

mejor experimentar con el chico que le gustaba antes que con el horrible y perverso novio de su madre.

Después de aquella primera experiencia de sexo, Helena abandonó la escuela y comenzó a hacer vida de prostituta gracias a una conocida del barrio que ya trabajaba de lo mismo. Lavinia se refugiaba frente a la máquina de coser, ella en los hombres para los que se convertía en algo así como un sueño, en una fantasía de carne y hueso que duraba apenas un instante. Una

noche con ella que al día siguiente se convertía en bruma. Porque las noches con prostitutas no existen, porque ella no existía.

Solía sentarse a fumar delante de la ventana, así había agujereado las cortinas en unas cuantas partes con el cigarrillo: era su modo de expresar que estaba esperando algo. Helena esperaba que la vida que alguna vez había soñado fuera a buscarla, pero como creía que no era merecedora de ella, no hacía lo mismo que su hermana, no iba en su

búsqueda.

Con el tiempo se acostumbró a fingir la mueca sensual que todos los hombres deseaban ver. Vestía faldas muy cortas, pantalones ajustados, corsés de diversos colores. Botas altas hasta la rodilla, sandalias de tacones imposibles. Se dejaba el cabello suelto largo hasta la cintura y llevaba el rostro siempre maquillado con tonos llamativos. Pero al menos, desde que se había convertido en la fantasía de muchos, había dejado de ser

la de Josué, y eso era todo lo que le importaba.

Su madre no era igual de inteligente. Se había quedado embarazada y había tenido un hijo, Héctor, de ese drogadicto borracho que, Cristina nunca lo supo, había acosado a sus hijas.

Por suerte el niño vivió con ellos solo hasta los dos años, cuando su hermana Lavinia se lo llevó de esa casa y lo tuvo con ella otros dos años más. Hasta que la estúpida de su madre se casó con Josué y reclamó la custodia de su hijo. Justo

coincidió con que ella había retomado la secundaria, y el conjunto de supuestos méritos les sirvió para recuperar al pequeño.

Lavinia nunca lo supo, pero Helena maldijo eso. ¡Cómo hubiera querido ella que la criara su hermana y no su madre! Pero por aquel entonces ambas eran pequeñas y pensaba que Lavinia, cuando eran adolescentes, la había abandonado.

Había estado equivocada. Cuando su hermana había luchado por escapar de su



casa, no lo había hecho por sentirse superior, sino por valor, pero en aquel momento Helena se sentía tan desencantada de la vida y de ella misma que no lo comprendió así. Odió a Lavinia por haber luchado por salir de esa casa, por haberla dejado sola, y se negó a recibir todo tipo de ayuda.

Se sentía incomprendida y abandonada. Josué le sacaba dinero para sus porquerías y por miedo a que a él se le despertara otra vez el instinto, ella se lo daba. No

todo, siempre guardaba más de lo que entregaba, pero en silencio y con el terror de que descubrieran el escondite donde lo conservaba y un día desapareciera. Pensaba que seguiría haciendo vida de prostituta hasta que pudiera reunir dinero e irse de esa casa y de esa existencia vacía. Pero le estaba costando bastante y quizás pasaran veinte años más antes de que pudiera concretar sus expectativas.

La vida había sido dura con ella. A veces ni siquiera

estaba segura de que valiera la pena que fuera vivida hasta que lo vio. Nick cruzó la puerta como un tornado, se lanzó encima de Josué y lo amenazó. La hizo así despertar de su letargo. Quizás no era la única que andaba sobre el mundo creyendo que una vida mejor no era para ella, que no era capaz de amar, de disfrutar o de sentir. Bajo capas de superficialidad y libertinaje, yacía en su alma un secreto profundo, el miedo a que los hombres fueran todos como Josué. Por eso era mejor

dominarlos, ser su fantasía y nunca su realidad.

Había hecho muchas conjeturas respecto de su hermana, la pobre modista de La Boca, y ese hombre que salía en las revistas, que tenía una constructora y un crucero. Ninguna era demasiado favorable hasta que lo vio en su propia casa y la percepción que tenía de la gente le jugó la mala pasada de hacerla quedarse prendada de él, de sus misterios y de su valentía. A Nick no le importaba nada. Iba hasta el fondo de todas

las cosas, y eso a ella le pareció sublime.

Por esos días, pensó mucho en su vida, en su pasado, en lo que había hecho de sí misma. Y aunque no se creía capaz de abandonar las costumbres a las que se había habituado, sí pensó que quizás su hermana se merecía la oportunidad que tanto había andado buscando. Tal vez no había sido una cobarde por no gritar, sino una valiente porque ese suceso de su vida no le impidió seguir en busca de la que de verdad le

pertenecía. Quizás la cobarde había sido ella que, si lo pensaba mejor, tampoco había gritado, y a cambio se había escondido detrás de un personaje porque era más cómodo fingir que ser real. Dos formas contrarias de pelear, ¿pero quién decía que los hermanos tenían que ser parecidos?

Entonces la ayudó. Apareció en casa de Lavinia, casi la obligó a reencontrarse con su héroe mitológico, y después se quedó sola en el

departamento de su hermana esos primeros días que Lavinia y Nick, después de desangrarse por amor, vivieron su sueño.

Había una fotografía en la mesita del teléfono que estaba junto a la puerta. Era una imagen en la que su hermana y su futuro cuñado se hallaban en una fiesta. Le pareció que eran la pareja perfecta, que se veían tan lindos y felices juntos que podía echarse a llorar.

Por esa razón, después de muchos años, Helena lloró. ¿Podría ella ser alguna vez

así de feliz? ¿Existiría alguien esperando para darle la vida que no creía merecer? Si esa existencia jamás llegaba, al menos se sentiría mejor de haber ayudado a su hermana, que a diferencia de ella nunca se había dado por vencida y siempre había luchado por alcanzar sus sueños, a encontrarla.

No era esa la misma percepción que Lavinia tenía de sí misma. Ella sí se daba por vencida y resignaba muchas cosas, hasta que apareció eso único que



nunca podría dejar ir: Nick. Tal vez Helena también necesitaba ese «algo» que la moviera a salir adelante a pesar de cualquier impedimento.

Helena comprobó que no se había equivocado respecto del novio de su hermana cuando ellos regresaron de su viaje y tuvo las primeras conversaciones con él. Aunque al principio lo evitaba, el día que decidió dejar para siempre la prostitución, comenzaron a ser amigos. Primero con la excusa de hablar sobre sus

estudios, después para que dejara de fumar, como había hecho él.

—Estos chicles son el santo remedio —le dijo extendiéndole un paquete—. Probalos.

Era bueno haciendo publicidad de cosas. Se reía mucho y hacía reír, pero su «santo remedio» había sido Lavinia y no los chicles que, de hecho, se los había dado ella y él ya no usaba.

Santo remedio o no, entretenida con las perspectivas de hacer otra cosa de sus días y pasando

muchos con gente nueva, Helena dejó el cigarrillo. Bueno, casi, porque con el correr del tiempo Nick y ella tuvieron un pequeño secreto: al menos una vez por mes, fumaban uno a escondidas de todo el mundo. Uno nada más, y solo porque ellos no estaban hechos para vivir presos de las reglas.

Lavinia se hacía la tonta. Sabía que su hermana y su marido fumaban un cigarrillo por mes, o cada dos meses, pero si esa era la especie de conexión misteriosa que los unía, que

la aprovecharasen.

Era mucho más profunda. Se habían contado cosas que Nick creyó que jamás le contaría a nadie más que a Lavinia o a Fi, su segunda madre, y se comprendían sin demasiadas palabras, porque en algún punto se parecían, solo que a Helena le faltaba transitar un camino que Nick ya había experimentado, ese que lo había hecho a la vez frágil e invencible: el del verdadero amor.

Después de recibir la primera caja, Helena pasó las horas de trabajo entre el

miedo y la excitación. Ahora que estaba segura de que Mariano era directa o indirectamente su jefe, miles de pensamientos surcaban su mente en todas direcciones. Creía que él podía aparecer en cualquier momento. Nunca lo había visto por allí hasta el día en que él se había presentado ante ella, pero aun así creía que lo vería entrar por la misma puerta que lo había visto desaparecer aquella tarde. Tenía miedo de que se aprovechara de su condición de superior para presionarla.

En ese caso tendría que renunciar, y solo Dios sabía lo difícil que le resultaría encontrar otro empleo con horarios tan flexibles como ese. Tampoco podía negar que al mismo tiempo, volver a verlo le despertaba interés. Sin embargo, Mariano jamás apareció. Lo preocupante fue que se sintió desdichada por eso.

Después de pasar un día agotador en la universidad y en el hotel, viajar en colectivo era un castigo inmerecido. No quería que Lavinia le regalara el auto

que le había ofrecido, ni que le pagara taxis, así que tenía que resistir. Casi se quedó dormida en el trayecto, pero alcanzó a despertar justo para bajar en su calle y encaminarse al edificio. No se había quitado el uniforme de trabajo; llevaba los auriculares puestos para sentirse acompañada y entonaba en voz muy baja la canción que sonaba en ese momento.

Terminó entrando a su departamento a las once de la noche. Al abrir la puerta, su cuerpo se sacudió. No le

hacía falta ver para saber que Josué invadía el lugar. Su olor era inconfundible; su voz gruesa y poderosa se oía desde la entrada producto de los gritos que pegaba para hablar o para reír.

Pensó en volverse y huir a casa de su hermana o, para no molestar porque al otro día se levantaban temprano, a cualquier parte que no fuera ese ambiente, pero no lo hizo. ¿Por qué tenía que irse ella, si el invasor era Josué? Como Lavinia solía enfrentarlo en el pasado, razón por la cual el muy



cobarde no había vuelto a importunarla con sus insinuaciones, ella también avanzó hacia la cocina, de donde provenían las voces, y se paró de brazos cruzados delante de su horrible figura.

Estaba vestido con unos pantalones roídos y una camisa cuyos botones se desprendían en su abultado vientre moreno.

Le faltaba un poco más de cabello que la última vez que lo había visto y tenía la cara sobria, pero en sus recuerdos Josué no era más que un perverso sexual

drogadicto, borracho y pependenciero. Y para colmo, en el centro de la mesa, dentro de un florero, las rosas que ella había tirado a la basura decoraban el mantel a cuadros.

—Es tarde —rugió hacia Josué—. ¿No te parece que deberías estar en otro lado? Tu hijo se levanta a las siete para ir al colegio. ¡Y encima no entiendo qué hacen estas flores acá! —reclamó a su madre.

—Las vi cuando saqué la basura y me dieron pena, estaban lindas —la

interrumpió Cristina.

—Tira esas flores y que este hombre salga ya mismo de casa —le espetó Helena—. Este departamento no es para traer tipos. Si te querés ver con él, anda al que dejaste en la calle Díaz Vélez gracias a Lavinia.

Helena se refería a su departamento viejo, el que había comprado Cristina en un barrio menos céntrico y más peligroso con el dinero del seguro por la muerte del padre de su hija mayor. Ya no estaban allí, por eso la nueva casa representaba más

que una vivienda, una nueva vida. Una vida después de haber estado muertas durante muchos años.

Josué gritaba, golpeaba, mentía. Y su madre parecía nunca aprender la lección.

—Ya me voy, Helena — replicó él—. Disculpa la molestia.

Aunque le pareció que Josué no sonaba irónico y que hablaba mejor que antes, Helena no dimitió en su cólera ni en sus fundamentos. Se dio la media vuelta sin dar respuesta y se encerró en su

cuarto.

Sintió ganas de abrir la ventana, encender un cigarrillo y sentarse otra vez a esperar que una vida mejor fuera a buscarla. Pero con los ojos entrecerrados y los puños apretados, consideró que había luchado tanto para avanzar los pocos pasos que había dado que no podía echarse atrás. No solo porque ella se había esforzado por salir de la situación que la consumía antes, sino porque otras personas depositaban en ella su fe y esperanza.

Esa idea la hizo sentir mejor. Otra se habría dejado vencer por la desesperación y se hubiera vendido al primer postor con un poco de dinero y buena pinta que pudiera sacarla de esa casa, pero ella no. Ella todavía esperaba algo mejor, que ese amor que había visto en la fotografía de su hermana y su cuñado apareciera, ya que ella no se atrevía a ir por él. Por el momento apenas se animaba a pensar que quizás pudiera ser Licenciada en Turismo y no prostituta.

Para paliar esa sensación

de descontento, se recostó en la cama, se puso los auriculares y escuchó un poco de música, porque siempre la ayudaba a recuperar el buen ánimo. Cansada como estaba, pronto se quedó dormida.

Al día siguiente, encontró que las flores ya no estaban en el centro de la mesa, pero en su lugar había otra caja de textura aterciopelada y bordes metálicos. Negó incrédula, preguntándose con qué se encontraría en esa oportunidad, y leyó primero la tarjeta.

«No te niegues a conocerme», decía. Debajo Mariano había agregado con letra temblorosa y otro color de lapicera: «Qué feo lo que hiciste con mis flores».

¡Pedazo de loco! ¡Haberse fijado en la basura y descubrir que había tirado las flores! Estuvo a punto de arrojar al tacho la caja con la tarjeta y otra que dijera «ándate a la mierda» por si después él revisaba, pero la curiosidad otra vez le jugó una mala pasada y acabó sentada con un pie sobre la silla, comiéndose las uñas y



con la caja delante de los dedos. Podía abrirla, ¿qué más daba? ¿Qué tenía para perder?

Cuando vio el contenido, la boca se le transformó una enorme O.

«Teatro Colón: Trilogía Neoclásica III», se leía en dos sobrias entradas, y al parecer se trataba de una presentación de ballet.

Ya no cabía duda: Mariano Rizzi quería una prostituta fina y no se detendría hasta conseguir su aprobación. Quizás hasta fuera capaz de despedirla y ella no podía

darse el lujo de quedarse sin trabajo.

Algo había quedado pendiente entre ellos la noche en que se habían conocido. Helena lo sabía y en lo profundo de su ser era consciente de que necesitaba completar el círculo. De alguna manera, ansiaba seducirlo, aunque el pasado se interpusiera entre ella y su deseo.

Revisó el día y la hora de la presentación. Era el sábado a las ocho y media de la noche. Recuperó entonces la tarjeta personal

de Mariano y le envió un mensaje de texto.

*«OK, ganaste. Pero solo una noche. Una noche conmigo. ¿Cómo hacemos?».* La respuesta no tardó en llegar: *«Te paso a buscar el sábado a las siete».*

# 6

HELENA pasó la semana preparando los primeros trabajos prácticos del cuatrimestre. Cuando se quisiera acordar ya estarían en época de parciales, pero tenía la cabeza en otra parte. Aprobó el trabajo de Inglés con una muy buena calificación y esperaba ocurriera lo mismo con Historia del Arte Universal.

El viernes llamó por teléfono a Lavinia. Como no

la encontró en casa, la ubicó en el trabajo.

—¡Hola, Hele! —la saludó ella, siempre feliz—. ¿Cómo estás? —mientras hablaba daba indicaciones a un joven que tenía a cargo la confección de una pollera excéntrica en un maniquí.

—Bien —dudó Helena—. Necesito que me hagas un favor. Me tenes que prestar un vestido de cóctel, o algo parecido —volvió a dudar. Lavinia sonrió y se apartó del joven al que daba indicaciones.

—¿Es para un evento del

hotel? —preguntó.

—En realidad es un espectáculo de ballet en el teatro Colón, y no tengo idea de qué ponerme —explicó Helena, todavía más enroscada en las vueltas que daba para evitar contar que salía con su jefe.

—¡Dios mío! —exclamó Lavinia, rebotante de alegría —. ¿Tenes una cita? ¿Es con un compañero de la facultad o uno del hotel? ¡No me digas que conociste a un turista árabe o inglés y terminas viviendo del otro lado del mundo! —soñó.

Helena apretó los ojos, no quería contarle que volvería a trabajar como prostituta, y encima para el dueño del hotel en el que era empleada. Le daba vergüenza, sería como desperdiciar todo lo que su hermana había hecho por ella y la haría sentir desolada. Por eso mintió.

—Una compañera de la facultad tiene una prima que trabaja en escenografía del Colón y me invitó a ir con ella mañana —soltó. Pensó que había dicho un sinsentido, pero al parecer

no fue así porque Lavinia se tragó el cuento y rió entusiasmada.

—¡Qué lindo, Hele!  
¡Cuánto me alegro! Pasa por casa esta tarde y te probas todo lo que quieras. Te llevas lo que te guste.

Helena ya sabía que a su hermana, si algo le sobraba, era el amor por Nick y la ropa. Aceptó y esa misma tarde, al salir de la facultad, pasó por su casa. Acabó quedándose con un vestido negro hasta la rodilla y zapatos al tono. Además, Lavinia le dio una cartera



que hacía juego con la ropa y un chal con destellos plateados.

—¿Qué te vas a hacer en el pelo? —le preguntó recogién-dole algunos mechones como prueba. Helena se encogió de hombros.

—Me iba a poner una colita fucsia —bromeó. Lavinia rió y acabó sugiriéndole que, si no pensaba ir a la peluquería, llevara el cabello suelto.

El sábado se alistó para las siete menos cuarto. En su interior se agitaban

emociones contradictorias: por un lado, la excitación que le producía volver a ver a Mariano y, por el otro, el temor de volver al pasado.

Cristina la observó sentarse a la mesa y se sorprendió de verla tan bien vestida un sábado. A lo sumo se ponía jeans y remeras de rock para ir a algún recital, pero al parecer esa noche, ese no era el plan.

—¿Salís con alguien? —le preguntó.

Helena no quería responder la pregunta. Su madre nunca había sabido

que ella había trabajado como prostituta fina, por eso era difícil que lo pensara en ese momento, pero aun así tampoco podía mentirle con que tenía una cita. No quería que ella supiera nada de su vida, así que echó mano de la misma mentira que había usado con Lavinia, y otra vez dio resultado. Claro que odiaba mentir a su hermana, en cambio a su madre había que engañarla.

A las siete en punto oyó el timbre. No permitió que Cristina respondiera el portero eléctrico, recibió ella

la voz de Mariano del otro lado y bajó al recibidor. Al llegar descubrió que él la esperaba junto a un Porsche negro. Rogó en silencio que su madre no espiara por la ventana, porque no quería que lo viese.

Ni bien la vio acercarse, Mariano le sonrió. Cuando Helena estuvo a su lado, la saludó con un beso en la mejilla. Ante la proximidad, ella dio un respingo; le demandó un instante comprender que él no se encaminaba a su boca.

—Me encanta cómo te

queda esa ropa —le dijo Mariano antes de alejarse. Había notado el sobresalto de Helena, pero lo dejó pasar.

—Gracias —replicó ella, todavía rígida.

Mariano le abrió la puerta del auto y Helena entró sin dudar. Por dentro, no estaba segura de nada. Suspiró mientras él daba la vuelta al coche y se sintió por un momento como la noche en que lo había conocido.

Fue imposible no sentir su presencia cuando él se sentó a su lado. Su perfume

masculino, su piel, su aura poderosa la hechizaban. El bolso negro de Helena había quedado en medio de ambos como débil barrera interpuesta entre el hombre y la mujer.

De pronto sintió un calor descomunal en todo el cuerpo. Tenía la cara enrojecida, los pómulos hirviendo. Mariano percibió enseguida su cambio de temperatura y bajó un poco la ventanilla.

—¿Querés que baje la tuya? —ofreció. Helena no entendió, y con aquella

mirada intensa sobre sus pupilas, se puso todavía más nerviosa—. Si querés enciendo el aire acondicionado, pero me parece que está fresco para eso —explicó él.

Como ella seguía mirándolo a los ojos sin decir nada, se estiró, le pasó un brazo por delante y alcanzó el botón para bajar el vidrio. Aunque el antebrazo masculino rozaba la piel del suyo, Helena no se movió. No podía hacerlo, se había quedado dura, presa de la electricidad que la

recorrió y jamás había sentido antes.

—¿Así está bien? —le preguntó él cuando los escasos centímetros que habían quedado desprotegidos permitieron que un aire fresco se filtrara en el interior del vehículo. Helena asintió en silencio con una sonrisa rígida, la intensa mirada de Mariano la abrumaba. Él volvió a su sitio.

Helena reaccionó tarde: ¿por qué se había estirado Mariano para abrir su ventanilla, si de su lado tenía



un control para todas? Qué vivo que era, muy astuto. Eso pareció reanimarla un momento.

—Quiero que dejemos algo muy claro desde el principio —se atrevió a decir. Él ya conducía rumbo al centro—. Después de esta noche, no habrá nada más. Solo una noche, y después tenes que prometerme que no vas a buscarme y que no me vas a molestar, mucho menos en el trabajo.

Como Mariano no respondía, Helena sentía que tenía que seguir hablando,

hasta que al fin se calló. Él permaneció otro momento en silencio, como comprobando que ella había acabado con su discurso, y luego replicó con voz muy serena:

—Dejemos que fluya. Relájate. Veamos hasta dónde nos lleva el camino.

—Es una calle cortada — replicó Helena siguiendo la metáfora. Él rió.

De pronto la atacó un miedo que antes no había sentido, porque jamás se le había ocurrido que Mariano podía ser un conocido de

Nick. Nick conocía a medio mundo, sobre todo en los círculos sociales altos, por eso pensó el modo de averiguarlo antes de cometer el error de officiar como *escort* de un amigo de su cuñado.

—¿Ves ese edificio en construcción? —señaló en dirección a una obra que Mariano ya había visto en otras oportunidades—. Lo está construyendo mi cuñado.

No era algo que Mariano esperase, se le notó en la cara.

—¿Cómo? —interrogó pensando que quizás había escuchado mal, que sus pensamientos habían interferido con lo que Helena pronunciaba.

—Sí, no es mentira —replicó ella—. Mi cuñado tiene una constructora, da clases en la universidad y es un genio. Se llama Nicolás Hagen. ¿Lo conoces? —intentaría facilitar las cosas a Mariano para que supiera a quién se refería; a veces ese tipo de gente tenía tantos conocidos que les costaba ubicarlos—. Y mi hermana

es diseñadora de modas. Ella hizo este vestido. ¿No está precioso?

Aunque a Mariano le sorprendió que Helena proviniera de una familia pudiente, no hizo referencia alguna a ello. Tampoco conocía a mucha gente de la alta sociedad fuera de su rubro porque era una persona solitaria. Si asistía a reuniones sociales, eventos y fiestas era por obligación y se retiraba muy rápido.

—No conozco a Nicolás Hagen y sí, el vestido es muy original —contestó—.

¿Y vos? ¿Qué haces además de estudiar y trabajar?

Helena se sintió descolocada ante la pregunta. Solía hablar más de su hermana y de su linda vida que de la de ella, que según sus propios pensamientos era una basura. ¿Qué iba a decirle, si ella no hacía nada? Se encogió de hombros.

—Nada —respondió aliviada al saber que Mariano no conocía a Nick—. Solo estudio y trabajo.

—Eso es bastante —repuso él.

Buscando escapar de las preguntas personales y aprovechando que Mariano no conocía a su familia, Helena se lanzó a hablar.

—¡Porque vos no conoces la vida de mi hermana! — exclamó—. Viven a las corridas. ¡Y está embarazada de ocho semanas! Van a tener un bebé en octubre. Menos mal que no nacerá para Navidad, porque sería complicado. Pobres chicos los que nacen para esa fecha, condenados a recibir un solo regalo.

Mariano rió. Le hizo

gracia la reflexión de Helena, pero le llamó la atención que otra vez trajera a colación a la hermana. Se hacía evidente que no quería contar nada de su vida, o que no le agradaba. Eso le disgustó. Desde que la había visto por primera vez no hubiera querido que ella sufriese.

—¿Por qué hablas tanto de tu hermana? —le preguntó midiendo el tono de voz para no asustarla. Sabía que a veces podía causar temor por lo bien que interpretaba a la gente.



Helena se quedó pensando mientras veía el paisaje pasar del otro lado de la ventanilla. Sintió que las lágrimas le presionaban los ojos.

—No lo sé —confesó por fin—. Porque me gusta ir a su casa y ver que el sol se filtra por la ventana, se siente mágico. Me gusta el ambiente feliz que los rodea, los sueños que ahí nunca se rompen... Creo que su vida es inspiradora.

Ni bien terminó de hablar se arrepintió de todo lo que había dicho. Se notaba que

la semana de trabajos prácticos y la noche sin dormir habían hecho estragos en ella, ya ni siquiera sabía lo que decía.

—No me hagas caso —se burló de sí misma, repuesta de la emoción experimentada—. No vayas a pensar que estoy loca.

—Sería justo, estaríamos a mano —respondió él—. ¿Acaso no es lo que vos pensás de mí?

Helena sonrió. Ya no lo creía un loco, sino un ser misterioso y profundo con el que pasaría una noche y al

que luego tendría que olvidar.

Llegaron rápido al teatro. En la puerta, Mariano consiguió que alguien se ocupara de su coche mientras él hacía avanzar a Helena hacia el interior. Por un instante ella sintió miedo, desconocía el ambiente y eso la hacía ir con cuidado. Fueron guiados hasta el palco y una vez allí, el mundo pareció abrirse detrás de unas cortinas rojas.

La magnitud de lo que veía la dejó impactada. La iluminación, el escenario, las

butacas y sobre todo la cúpula fueron objetos que llamaron su atención. Todo formaba un conjunto con aire antiguo, lleno de encanto y promesas.

Cuando las luces se apagaron y se abrió el telón, vio salir la primera bailarina y recordó que alguna vez, hacía mucho tiempo, ella también había querido ser una. Admiró la delicadeza de los movimiento?:, la suavidad con que se desarrollaban los pasos, y una emoción singular le invadió el pecho. Estaba

sintiendo. Después de que todo le resultara indiferente durante tantos años, al fin había algo que conseguía tocarle el alma.

Le habría gustado ser bailarina. Le habría gustado cumplir sueños que ya estaban rotos y jamás se concretarían. Aun así disfrutó del espectáculo y lamentó que se acabara. Después de aquello, ¿qué podía seguir? Mariano la llevaría al departamento que utilizaba con las prostitutas y volvería a ser la Helena de siempre. Convenía que se

fuera preparando para que el sueño se convirtiera en pesadilla.

Abandonaron el teatro y más rápido de lo que ella esperaba, se hallaron en el auto de nuevo. Mariano lucía tan tranquilo que por un instante lo envidió. Habría deseado sentirse igual de conforme con la perspectiva de tener sexo por dinero y de que jamás en la vida tendría sexo por amor.

—No hace falta que te pregunte si te gustó el espectáculo —comentó él

como al pasar—. Estabas tan involucrada en lo que pasaba en el escenario, que parecía que te hubiera gustado estar ahí.

—Me hubiera gustado cuando era chica, sí — replicó Helena antes de suspirar—. Por suerte crecemos y nos damos cuenta de que no son más que sueños. La vida real es muy distinta.

—Es verdad —asintió él—. ¿Pero no te parece peor vivir sin sueños?

—¿Tuviste alguna vez un sueño y se te rompió? —

replicó ella. Mariano tardó en responder.

—Creo que nunca tuve sueños y por eso te digo que es peor que tenerlos rotos.

Helena enmudeció. A pesar de que le interesaba Mariano y las sensaciones que él le provocaba, procuró volver a pensar en lo desagradable que era prostituirse y así consiguió apartarlas. No importaba cuánto dinero le pagasen, siempre sería odioso venderse.

No recordaba con exactitud dónde estaba



ubicado el departamento al que él la había llevado la noche en que lo había conocido, pero supo que no tomaban ese camino. Al parecer había cambiado el lugar de sus encuentros clandestinos, lo cual era muy frecuente en los hombres. Quizás hasta tuviera novia o esposa y Helena no lo sabía.

Esperaba que él se detuviera en alguno de los edificios de Avenida del Libertador, pero acabaron estacionando en Rond Point, un restaurante exclusivo de Palermo.

—Espero no hayas cenado  
—comentó él risueño.  
Helena estaba muda. Jamás  
pensó que irían a un  
restaurante, eso no se hacía  
con las putas, se hacía con  
las citas.

—¿Vamos a cenar? —  
interrogó sorprendida.  
Mariano la miró.

—¿Preferís un bar?

Prefería terminar con esa  
farsa antes de que fuera  
demasiado tarde, pero no  
pudo verbalizarlo. Aceptó la  
propuesta porque era lo que  
el cliente deseaba e intentó  
ver hacia dónde se dirigía el

camino. Hacia una cama, era obvio, pero quizás daba algunas vueltas antes.

Se dio cuenta de que Mariano solía frecuentar ese restaurante porque la recepcionista lo saludó con amabilidad y confianza, y luego no tuvo que esperar para que lo dirigieran a una de las mesas mejor ubicadas del salón. Desde el inmenso ventanal se podía apreciar una de las zonas más lindas de Buenos Aires, y la iluminación exterior otorgaba un espectáculo para los sentidos.

—¿Qué te gustaría pedir?

—le preguntó él estudiando el menú. Helena leyó el nombre de dos o tres platos y rió por la pregunta.

—¿Milanesa con papas fritas? —bromeó. La mitad de lo que estaba escrito en la carta hasta parecía en otro idioma. Mariano se inclinó hacia adelante y la llamó con un gesto. Aunque primero dudó en acercarse, Helena acabó obedeciendo.

—A veces a mí también me dan ganas de comer una hamburguesa —le contó él en secreto—. Pero la comida

de este lugar es buena, te sugiero el solomillo de cordero como plato principal. Si querés yo te hago las combinaciones con la entrada y el postre — volvió a bajar la voz para decir—. O corremos a McDonald's. Vos elegís.

En ese instante, Helena olvidó todo lo que había sentido hasta el momento y rió con tantas ganas que hasta temió que la oyeran de la mesa de al lado. Mariano también reía, porque cuando ella abandonaba el aura de tristeza que solo él notaba, el

mundo se hacía más bello.

—Hace las combinaciones por mí, por favor —pidió Helena un momento después, todavía con destellos de risa. Mariano aceptó sonriente y llamó al mozo.

Helena lo observó atenta mientras ordenaba. Se hacía evidente que sabía mucho de cocina internacional y de autor porque especificaba cómo quería que le sirvieran los platos y pidió un vino especial. Debieron esperar quince minutos.

—¿Hiciste muchos viajes?

—preguntó él mientras les servían.

—No —sonrió Helena con una timidez poco usual en ella. Se debía a que Mariano tenía una postura tan libertina combinada con una mirada tan íntima, que la inquietaba—. Nunca salí del país.

—¿Y por qué decidiste estudiar Turismo? —siguió interrogando él. Ella se encogió de hombros. No estaba segura de su respuesta, sentía que se estaba sincerando demasiado y que por momentos se

olvidaba de que, en definitiva, estaba hablando con su jefe.

—Porque era una carrera relativamente corta —explicó entre dudas—. Porque yo no servía para otra cosa, ¿qué iba a ser? ¿Cocinera? No sé hacer un huevo duro —sonrió. Él la estudiaba en silencio—. Decidí estudiar Turismo porque pensé que era lindo el tipo de trabajo y porque me agrada. Tengo facilidad para las relaciones, soy conversadora, y eso a la gente le gusta. Bueno... a la



mayoría de los turistas les gusta —se corrigió. Mariano asintió—. Además, viajar es como un sueño que todo el mundo tiene, aunque las perspectivas de viajar siendo Licenciada en Turismo no sean tantas como parece —continuó ella—. Es más el trabajo de oficina en Buenos Aires el que se puede conseguir, que los viajes —sonrió con melancolía—. Pero me gusta, sí.

—Sos muy buena para este trabajo —decidió dejar claro Mariano—. Tu risa es contagiosa.

Helena le hizo honor al comentario riendo.

—No sé si eso es un halago o qué, pero gracias —replicó, aunque no solía reír tanto como le hubiera gustado. Mariano le devolvió la sonrisa. Cuando sus labios se curvaban, algunas arrugas aparecían en la comisura de sus ojos, y eso dejaba muda y sedienta a Helena—. Tampoco creo que tenga edad para estudiar algo más extenso —explicó para impedir que sus sensaciones se hicieran evidentes. Mariano amplió

la sonrisa.

—¿Estás diciendo que sos vieja? —interrogó curioso.

—Vieja para ciertas cosas, sí —asintió ella—. Como para el estudio.

—¡Oh, pero qué vieja que estás, Helena! —replicó él divertido—. ¿Cómo se te ocurre siquiera estudiar con veintidós años?

Helena bajó la cabeza y después la alzó para mirar a Mariano a los ojos. No había un solo atisbo de gracia en su expresión.

—Créeme, cuando llevas una vida como la mía, te

sentís vieja a los diecisiete años —confesó.

Mariano entendía de esas sensaciones, por eso se limitó a bajar la mirada un momento y luego a devolverla hacia Helena con un aire enigmático.

—Lo entiendo —asintió—. Yo también siento que es tarde para muchas cosas.

Helena volvió a sentirse abrumada por la especie de confianza que se había generado entre ambos.

—¿Por ejemplo? —preguntó. Él se encogió de hombros.

—Formar una familia, tener un hijo. Nunca lo había querido antes y ahora mucho menos. No sería justo porque yo no soy una persona que a alguien le convenga querer.

Claro que jamás tendría esas cosas! No quería que alguien lo amara, que sufriera por su culpa; no era merecedor de amor. No podía tener hijos, ni afectos, ni mujer, porque no podía darles un ser incompleto, como era él.

Helena creyó comprobar una vez más que Mariano la

quería como *escort*, y aunque la idea le dolió en el alma, tampoco podía decir que se sintiera defraudada. Él jamás había demostrado otro interés en ella que no fuera ese.

Tras aquella conversación, le costó acabar la cena sin sentir que el nudo que tenía en la garganta le impedía tragar tranquila. Desde que había hablado de lo que su hermana significaba para ella estaba sensible, y confirmar que Mariano la quería de prostituta le opacó la noche todavía más.

Apenas una hora después le pidió retirarse y él aceptó sin objeciones. La había notado callada y pensativa desde hacía largo rato.

Helena quería terminar con lo que faltaba enseguida, que fuera un trámite como había hecho tantos otros y jamás tener que pensar en Mariano otra vez. Esperaba que ahora sí se detuviera en algún departamento de Avenida del Libertador, pero tampoco lo hizo. Se sorprendió cuando, en cambio, se internó en el barrio de Barracas y

estacionó frente a su edificio. La calle estaba desolada.

—El viernes que viene tengo una cena con empresarios brasileños —le contó él—. ¿Te gustaría acompañarme?

Helena pestañeó al tiempo que suspiraba. No entendía a dónde quería llegar Mariano, y si buscaba una relación, cómo no se daba cuenta de que estaba con la mujer equivocada. ¿Quién podía querer una prostituta?

—¿A dónde querés llegar?  
—interrogó muy seria.



Mariano frunció el ceño, jamás se le había hecho tan difícil entablar una relación de amantes.

—Ya te lo dije, a donde nos lleve el camino.

—Eso no puede ser —contestó ella—. No sé si quiera acompañarte el viernes. Gracias por esta noche, pasé un buen rato —le dijo con ánimos de descender del vehículo sin siquiera acercársele.

—Yo también —replicó él—. Gracias a vos. Te llamo en la semana para ver lo del viernes.

Helena le sonrió en silencio porque no quería asegurarle nada, después abrió la puerta y bajó del coche con las llaves en la mano. No hizo tiempo a dar un paso hacia el edificio que alguien la arrojó sobre la vereda de un empujón.

—¿Así que ya no trabajabas? —gritó la voz de Ornar—. ¡Mentirosa de mierda!

Hasta que se repuso del duro golpe, Helena tambaleó en el piso. Trataba de apoyarse con las manos para levantarse, pero no podía.

Entre tanto recibió una patada en el vientre que la dobló en dos.

—¡Sos una puta! ¿Por qué no me querés atender a mí? —reclamó el hombre—. ¿Por qué a él sí y a mí no?

Helena temblaba de vergüenza: Ornar le estaba gritando que había sido prostituta en medio de la calle. Ya tenía suficiente con algunas vecinas que se habían enterado del chisme, no necesitaba que lo supiera toda la cuadra.

Para su sorpresa, la voz del hombre se apagó de pronto.

Mariano había descendido del auto y se llevaba con toda la fuerza de su cuerpo el del otro para arrojarlo contra la pared del edificio contiguo al de Helena. Una vez que lo tuvo prisionero, le asestó un puñetazo en el estómago y otro en la cara.

—¿Sabes quién soy yo? — susurró sobre su rostro. Ornar no alcanzaba a reponerse del duro golpe, apenas podía entender lo que su contrincante le decía—. Esto es muy simple — comenzó Mariano sin rasgo alguno de temor—. Te estás

metiendo con algo que es mío y quiero que se termine.

Ornar sonrió mientras giraba la cara hacia Mariano. Se burlaba.

—¿Tuyo? —replicó. Mariano no se inmutó, le apretó más el cuello de la camisa y lo presionó contra la pared.

—Ella ahora trabaja para mí y me pertenece —siguió diciendo—. Si te le acercas otra vez, siquiera si la miras, no vas a vivir para contarlo. ¿Soy claro?

Ornar ya no parecía divertido. Por el contrario,

en sus ojos se reflejó un destello de miedo. Miró el Porsche por sobre el hombro del tipo que lo tenía atrapado, volvió a focalizar en su expresión amenazante y en su traje caro, y se creyó la mentira. No quería problemas con un proxeneta, la prostituta no lo valía.

Cuando vio que había caído en la mentira, Mariano lo arrancó de la pared y lo empujó hacia el cordón.

Cola de la serpiente — Leonardo Padura—¡Y no vuelvas! —le gritó. Ornar trastabilló y ni bien pudo

restablecerse, salió  
corriendo.

Después del episodio,  
Mariano se acercó a Helena  
y la tomó del brazo.

—¿Estás bien? —le  
preguntó.

—Le mentiste —murmuró  
ella con una mano sobre el  
estómago dolorido.

—Pero así no va a volver  
—asumió Mariano—. A  
veces las personas necesitan  
que les mientan —aseguró  
tan tranquilo que Helena,  
amedrentada por la  
seguridad de aquella voz, ya  
no respondió.

Pasaron al menos dos minutos en perfecto silencio, quietos como si fueran parte del paisaje urbano. Mariano pensaba en Helena, en su pasado. Cuando la notó recuperada, le acarició la mejilla y le habló.

—Quiero llevarte a un lugar —anunció.

Helena pensó en lo que acababan de vivir y recordó que hacía poco más de un año, un ángel negro se había enfrentado a un hombre que destrozaba su vida, tal como acababa de hacer Mariano. Por eso dejó de preguntarse



si él solo la quería como  
prostituta, y aceptó la  
invitación en silencio.

LE pareció que se adormecía, posiblemente fuera todo un mal sueño. Estaba agotada, ni siquiera sentía las piernas. Una especie de maratón de hormigas recorría sus gemelos y ascendía hacia los muslos mientras que sus párpados se esforzaban por mantenerse abiertos.

—Llegamos —la voz de Mariano la devolvió a la realidad.

Delante de sus ojos, un enorme portón incrustado en un muro de ladrillo a la vista se abría para dar paso al Porsche que los transportaba. Dos estatuas de ángeles guardianes custodiaban el ingreso. La terminación en pico del muro, el interminable jardín que los recibió del otro lado y la mansión que se avistaba hacia el fondo le hicieron pensar en una película de terror.

La verde extensión de césped se hallaba llena de plantas y flores de colores

acumuladas en montículos dispersos. La fachada de la casona, como la entrada, estaba recubierta de ladrillo a la vista; las puertas eran de madera pesada y oscura, las ventanas eran de estilo gótico. Una enredadera de color verde más oscuro rodeaba las columnas de la entrada y una parte de las paredes.

—¿Qué es esto? —interrogó sorprendida. Sentía que se adentraba en otro mundo.

—Mi casa —respondió Mariano, satisfecho porque

Helena se hubiera sorprendido con algo que tuviera que ver con él. En realidad, a Helena lo que le había resultado tan atractivo era la forma siniestra y el aire melancólico de la vivienda.

Hay lugares a los que se entra sabiendo que una vez que ponemos un pie allí, ya no habrá retorno. Son lugares mágicos, poderosos, que consumen nuestra conciencia como un hechizo. Son lugares que significan un momento, porque tras ese instante, ya nada volverá a

ser lo mismo. Y Helena lo supo.

No se preocupó por esconder que deseaba mirarlo todo. Se agachó un poco para ver los picos en los que terminaban las paredes y los pinos que parecían tener más años que la misma casa. Se hacía evidente que la primera vez, Mariano la había llevado a un departamento que utilizaba con sus mujeres, en cambio esa casona era el verdadero lugar donde él pasaba sus días.

—¿Qué zona es esta? —

siguió preguntando,  
intrigada.

—Barrio Parque.

Una vez fuera del coche, pisó la tierra húmeda del jardín. Estaba mojada por el rocío de la madrugada, y eso le daba más vida y encanto a las flores. Helena sintió que allí se respiraba otro aire, parecía un lugar fuera del mundo. Vio que Mariano se aproximaba a la inmensa puerta de entrada y dudó acerca de si debía seguirlo. Él giró para mirarla cuando ya había abierto una de las hojas de madera. Helena lo

siguió solo porque entendió que él la llamaba con su silencio.

El interior de la casona era lúgubre y antiguo. Olía a madera y a cuero, los pesados cortinados que recubrían las ventanas eran, al igual que las lámparas, de color verde pino, y por ellos no se filtraba una sola gota de luz. Si se veía para caminar, era gracias a una lámpara que estaba encendida cerca del bar. Todo se hallaba en penumbras y cada objeto conservaba el mismo estilo



sobrio y lleno de misterio.

—Sentate, por favor —  
pidió él señalando un sillón.

Helena respondió al deseo de Mariano como hipnotizada. No tenía idea del motivo, pero quería saber por qué él la había llevado a su casa, por qué vivía en un lugar que parecía fruto de una película, y sobre todo quería saber qué tenía para decirle.

Giró hacia él, lo miró a los ojos. No había rastro alguno de violencia o malas intenciones en su mirada, hablaba con un tono de voz

sereno y pausado, y se mostraba tranquilo. No se sentó. Se cruzó de brazos delante de ella y le hizo una pregunta.

—¿Quién era ese tipo de recién?

Helena bajó la cabeza. Comenzó a respirar con agitación y de pronto sintió que le temblaban las manos y las piernas. No pensó que Mariano sería tan directo. En realidad no había pensado en nada antes de seguirlo.

—No quiero hablar de eso  
—replicó taciturna.

—¿Hay otros además de

él? —repitió él  
imperturbable.

Helena se hartó de mentir, se hartó de sentirse culpable. ¿Por qué, si la vida la había conducido por un camino oscuro, debía callarlo? ¿Por qué, si ahora era ella la que tenía el alma rota?

Alzó la cabeza, irguió la espalda y mostró los ojos llenos de lágrimas.

—No hay otros —replicó con la voz temblorosa—. Ese se llama Ornar y se obsesionó conmigo, pero créeme que con uno tengo suficiente. No quiero otro,

por eso tampoco te quiero a vos.

Mariano frunció el ceño confundido.

—Me parece que no nos estamos entendiendo —dijo.

—¡Claro que lo entiendo!  
—le gritó Helena—. Sos curioso igual que todos, te intriga mi vida porque las prostitutas somos como un objeto que está en una vitrina y se expone al público —se burló—. Si tanto te importa, tenes que saber que me hice prostituta para que no me violara el novio de mi madre ¡y acabó

violándome ese viejo de mierda! —comenzó a llorar convulsivamente—. Pero, ¿quién iba a creerme? ¿Quién, si yo era una puta?

—Yo —respondió Mariano sin variar su tono—. Yo te creo.

—¡Vos lo único que querés es a Helena la puta! —reclamó ella con un grito—. Fina, pero puta.

—Estás prejuzgando.

—¿Por qué me trajiste acá entonces? —le reclamó Helena todavía llorando. Señaló a su alrededor—. ¿Por qué me metiste en tu

casa? ¡No me vas a negar que el próximo paso es ir a tu cuarto!

—No vamos a ir a mi cuarto —repuso él.

—No importa, cualquier catre sirve para cogerse a la puta. Lo que nadie sabe es que yo no quiero que me cojan, que nunca en la vida voy a saber lo que significa hacer el amor porque no soy capaz de gozar con una sola caricia. ¡Porque cada vez que me tocan siento que me violan!

Asustada por todo lo que había dicho, Helena se

cubrió el rostro con las manos y ocultó la vergüenza y el llanto. Estaba harta de esconderse, cansada de ocultar un sentimiento que le hacía pensar que no tenía derecho a nada mejor que el desprecio y los golpes de la vida. Pero ¿a quién se lo iba a contar? Para el mundo tenía que mostrar un rostro agradecido y alegre.

—Ahora entiendo muchas cosas —masculló Mariano en respuesta, paseando por el living—. Por qué saliste corriendo de mi departamento la noche que

nos conocimos, que hables tanto de tu hermana... Lo que esconden tus ojos —se detuvo frente a ella justo cuando Helena negaba con la cabeza—. No quiero que seas mi prostituta —aseguró—. Solo quiero que nos conozcamos, que podamos tener un tipo de relación que nos satisfaga a ambos.

Helena rió con ironía.

—Anda a otra con ese cuento —lo increpó—. Yo no me lo creo. ¿Qué hombre querría a una mujer como yo si no es como su puta?

Mariano comprendió todo



en un instante: Helena sentía que no merecía ser amada, tal como él. Solo que ella se equivocaba. Entonces estiró una mano y le alzó la barbilla para que lo mirase. Los ojos de Helena se encontraron con los suyos, y a ella le parecieron tan profundos que tembló de miedo.

—Yo —respondió—. Un pecador como vos. Un hombre que pueda ver más allá de tu superficie. Alguien a quien no le importe cuántos hombres hayan estado adentro tuyo porque

en realidad, el único que de verdad puede entrar en vos...  
—le señaló el pecho, pero en realidad le señalaba el alma  
— es él.

Aunque las palabras la consumieron, Helena todavía no se atrevía a confiar.

—No te creo —dijo.

—Dame una oportunidad —insistió Mariano—. Si te envié flores y te invité al ballet fue porque quería una cita con vos. Fue lo que hubiera hecho con cualquier mujer con la que quisiera iniciar una relación —

después de decir eso, se le aproximó más—. Helena, yo no estoy todo el tiempo pensando en el trabajo que hacías.

—No quiero relaciones — se defendió ella—. Y menos con alguien que fue mi cliente y que ahora es mi jefe.

Mariano comprendió con esa respuesta que no sería sencillo que Helena se sintiera mujer. Él podía ayudarla, pero solo si ella se atrevía a confiar.

—¿Por qué no? —volvió a insistir—. Quizás yo sea lo

que vos necesitas.

—¿Qué te pensás que vas a ser? ¿Mi psicólogo? — contestó ella enojada.

—No —replicó él con calma—. Voy a ser tu amigo. Y te voy a demostrar que sos capaz de sentir.

Helena había dejado de llorar. Lo miraba otra vez hipnotizada por sus ojos transparentes, por su voz tan tranquila que parecía a punto de la evaporación.

—Mañana —le anunció él—. Hoy vas a descansar. Podes ducharte, por allí tenes un baño —le señaló un

pasillo para que supiera por dónde llegar—. En media hora te vengo a buscar a este mismo lugar para llevarte al comedor. Vamos a tomar un café.

Helena no contestó. Vio a Mariano alejarse hacia un pasillo y, todavía sentada sobre el sofá de cuero, se preguntó qué estaba haciendo ahí. Cuando él no la miraba, el efecto del hechizo acababa y caía en la cuenta de que todo se le había escapado de las manos. Había abierto demasiado la boca y tenía

que cerrarla. Volver a sonreír y enterrar el dolor donde nadie más que ella supiera que se encontraba.

Se puso de pie sin saber bien qué hacer. Se le ocurrió mirar su ropa y descubrió que el accidente con Ornar la había dejado despeinada y sucia, pero no aceptó el baño que Mariano le había ofrecido. Solo deseaba marcharse para jamás volver a verlo. No podían reencontrarse.

Se peinó con los dedos y sacudió su ropa en ese mismo living. Después, más

limpia y despejada, recogió su bolso y se adentró por el mismo pasillo por el que Mariano se había alejado la última vez que lo había visto. No tenía idea de dónde podría hallarlo en ese inmenso sitio, pero en algún lado aparecería y entonces le diría que ya no podrían verse. No quería saber nada de él ni de su propuesta, no quería convertirse en «amiga» de nadie.

En pleno pasillo saltó del susto. Un hombre de unos setenta años, canoso, muy delgado y alto, se cruzó en

su camino vestido de uniforme. Sin dudas era el mayordomo, pero la primera vez que lo había visto había sido en el auto de Mariano, porque resultaba evidente que hacía las veces de chofer.

—Disculpe, estoy buscando a Mariano —le avisó ella. Aunque lo notó reticente, el hombre la condujo a la cocina en silencio.

El ambiente en esa habitación era bastante más moderno. Los cortinados eran blancos y estaban



abiertos, por eso se filtraba la luz artificial del jardín. Las alacenas eran de madera más clara que la del resto de la casa, se notaba que el lugar había sido refaccionado hacía poco tiempo. Había un desayunador en isla donde se encontraba Mariano con un sinfín de productos que estaba preparando. Al verla, le sonrió desde la distancia.

—Te duchaste muy rápido —comentó sin dejar traslucir la ironía.

A Helena le dio lástima despremiar todo lo que él

estaba haciendo por ella, pero no podía aceptarlo. A decir verdad estaba aterrada de comprobar, aun con la propuesta de aquel extraño, que jamás sentiría una sola gota de placer.

—Me voy —dijo enseguida, antes de arrepentirse—. Perdóname.

Mariano le sonrió complaciente.

—Te espero mañana a las cinco de la tarde.

—No voy a venir —le advirtió ella—. No puedo. Mañana es lunes, trabajo por la mañana y curso en la

facultad a esa hora de la tarde.

Él volvió a sonreír.

—No puedes, pero querés, entonces ya encontrarás la forma de llegar.

—No —repuso ella—. Tampoco quiero. No vamos a volver a vernos y por favor, aunque seas mi jefe, no me molestes en el trabajo. De verdad lo necesito.

Giró sobre los talones y se alejó sin volverse aun a pesar de que él le dijo algo más. Lo escuchó claramente, pero prefirió hacerse la

desentendida.

—Volverás —había dicho —. Estoy seguro.

No llegó a la puerta del living que el mayordomo volvió a cruzarse en su camino.

—El señor Mariano me pidió que la lleve a su casa —anunció. Helena se puso nerviosa, el hombre le despertaba desconfianza.

—No hace falta —respondió.

—Es una orden.

Miró la hora en el reloj pulsera que llevaba y se dio cuenta de que eran casi las dos de la madrugada. No tenía miedo de andar sola por la calle a ninguna hora del día, pero sí sabía que los taxis tan tarde podían fallar y que sería inútil esperar el colectivo. Acabó aceptando que el hombre la llevara a su casa solo para evitar perder más tiempo.

Una vez en el auto, el aire que entraba por la ventanilla le sirvió para despejarse y todo le pareció una mezcla de sueño y de pesadilla. No

quería saber nada con riquezas, casas góticas ni prostitución. No quería saber nada con Mariano Rizzi porque desde que había llegado a su vida la había trastocado por completo.

Temía que él pretendiera engañarla, que en realidad quisiera devolverla a la oscuridad de la que había escapado una vez, y no sabía si tendría fuerzas para salir del pozo de nuevo. A decir verdad, si lo pensaba mejor, arañaba la superficie, pero el pozo todavía pretendía tragarla.

Sacudió la cabeza para dejar de pensar y decidió que no iría al encuentro que Mariano le proponía. Por suerte tardaron poco en llegar, ya que las calles estaban desoladas, y entró a su departamento media hora después de haberse despedido de Mariano.

—¿Mamá? —preguntó. Todo estaba en penumbras —. ¿Héctor?

Revisó los cuartos, que no eran muchos, pero no consiguió hallar a su madre ni a su hermano. Tenía un mal presentimiento, sabía en

dónde estaban, y eso la puso de mal humor.

Se encaminó a su habitación, se quitó la ropa, y sin siquiera ponerse el pijama, se metió en la cama. No despertó hasta mediodía, y al hacerlo encontró que su madre ya estaba allí.

—¿Dónde pasaste la noche? —preguntó a Cristina desde el cuarto. Descansaba el costado en el marco de la puerta de la habitación y estaba de brazos cruzados. Entrecerraba los ojos, pensaba que su madre le



mentiría y que ella no le creería una palabra.

—¡Hoy estás en casa! —se sorprendió Cristina yendo hacia la heladera.

—Contéstame la pregunta —insistió Helena. Cristina se dio la vuelta y la miró.

—Soy una mujer grande para que me pidas explicaciones —se defendió. Helena no lo podía creer.

—De tanto tiempo que pasas haciéndote la novia del borracho ese que elegiste como padre para mi hermano, ya te estás poniendo insoportable de

nuevo —dio un paso hacia ella sin dejar de mirarla—. ¿Me vas a negar que venís de verlo a él?

Cristina se dio la vuelta y pretendió seguir cocinando, pero Helena no estaba dispuesta a que su madre la ignorara.

—Quiero la verdad —reclamó—. ¿Por qué volvés a verte con él? ¿No te bastó lo que nos hizo cuando vivíamos en la otra casa?

—Josué se está recuperando —defendió Cristina sin dejar de mezclar levadura con harina.

—¡Quisiera ver cuánto le dura! —se rió la hija—. Lo mismo que le duró la última vez, cuando te casaste con él. ¿No te cansas de cometer errores?

—Por favor, está tu hermano en el comedor.

—Siempre tenes una excusa para que nos callemos la boca, para que finjamos que no nos damos cuenta de lo que pasa.

—No hablemos de eso —replicó la madre—. ¿Te quedas a comer?

—¡Nunca respondes a nada! —gritó Helena

angustiada—. ¡No me decís quién es mi papá, no me decís si estás saliendo de nuevo con Josué! Ya lo sé, ya sé que volviste con él, pero quiero que me lo digas vos, quiero que salga de tu boca, como quiero que te acuerdes quién mierda es mi padre.

Cristina giró sobre los talones y la miró con los ojos húmedos.

—Me consta que Josué está siguiendo al pie de la letra el tratamiento de Alcohólicos Anónimos — trató de explicar. Pero

Helena, presa de las emociones que últimamente venía experimentando, no aguantó más y descargó todo su dolor en Cristina.

—Ah, sí —ironizó—. ¿Y las drogas? ¿Va a Drogadictos Anónimos también? ¿Y a Violadores Anónimos, capaz?

Cristina alzó los ojos de pronto, llena de miedo.

—¿Qué decís? —tembló de pies a cabeza. Helena también. No había querido decir eso, no debía confesarlo, se le había escapado de los labios.

—Nada.

Intentó volverse hacia el comedor, pero su madre la tomó del brazo y se lo impidió.

—Ahora vas a hablar, decime qué querés decir con eso —exigió—. ¿Alguna vez te puso un dedo encima?

Helena se quedó quieta, con los ojos muy abiertos y los labios apretados. No fue capaz de responder. No quería poner a Lavinia en evidencia, soltar a su madre que de no haber sido porque su hermana se había desmayado, Josué habría

abusado e ella. Tampoco encontró sentido a decirle que, de no haberse convertido en prostituta, posiblemente ella misma habría sido el segundo plato de ese malnacido.

Decepcionada y triste como estaba, giró sobre los talones y caminó hasta su habitación en silencio. Cada vez que discutía con su madre se acordaba del pasado y sentía el impulso de volver a él. ¿Cómo se le había ocurrido alguna vez que podía salir de la vida miserable que llevaba? ¿Por

qué se dejaba engañar por su hermana y su cuñado, como si fuera posible escapar de la esencia que se llevaba dentro? Ella no era más que una niña atormentada por el miedo y una adolescente prostituta.

Cuando esos sentimientos la atacaban, miraba con deseo las minifaldas arrumbadas en un cajón mohoso, las botas de tacón, las joyas plásticas y estrafalarias que guardaba en una caja de zapatos. Y siempre contenía el impulso de volver a revestirse de



ellas y caminar la calle, como había hecho en tantas oportunidades.

Maldita vida, maldita madre que le había tocado en suerte y maldito padre que nunca había conocido. Lavinia tenía suerte. Lavinia se la merecía. Se limpió la única lágrima que le rodaba por la mejilla cuando oyó que la puerta del cuarto se abría. Tapó enseguida la caja con las baratijas plásticas y la guardó en el ropero. Su madre cerró la puerta y se sentó sobre la cama.

—Ahora que Héctor no

escucha, explícame qué quisiste decir con eso que soltaste en la cocina —pidió Cristina con la oz ahogada.

Helena se irguió, descolgó una campera negra de jean y se la puso. —Me tengo que ir —respondió a secas. — Vos querías hablar —replicó su madre—. Hablemos. — Ahora no puedo, me voy.

¡Cómo habría deseado gritarle a la cara lo que Josué había hecho hacía tantos años! Pero poner en evidencia a su hermana, que tan buena había sido con ella, develar un secreto tan

profundo a alguien como Cristina, que no entendía nada de verdades dolorosas, carecía de sentido. Quizás por lo único que de verdad su madre había sufrido había sido por la muerte del padre de Lavinia, su primer marido.

—Helena... —Cristina casi parecía suplicar, pero Helena no dimitió en su cólera ni en su seguridad al salir el cuarto sin dar respuesta.

Del mismo modo se fue rumbo a la parada del colectivo. Esperaba que su

hermana estuviese en casa porque no tenía otro lado a donde escapar. Necesitaba un respiro.

«*¿Están en casa? ¿Puedo ir?*», preguntó por mensaje de texto a Lavinia. «*¡Trae facturas!*», recibió como respuesta.

Después de comprar en la panadería y viajar media hora, caminó por Puerto Madero hasta el edificio de Lavinia e hizo sonar el portero eléctrico. No quería molestar un domingo, pero tampoco quería volver a casa, no esa noche. Ninguna

noche, en realidad, pero no podía pedir más a su hermana, ni invadir su intimidad cada vez que ella no deseara ver el rostro de su madre, hecho que ocurría la mayoría de los días.

Del otro lado, no fue la voz de Lavinia la que respondió, sino la de Nick.

—Soy yo, Helena —dijo ella—. Perdón, pero... ¿puedo pasar lo que resta de hoy y la noche...?

Debió callar. Ya sonaba el indicio de que podía abrir la puerta y del otro lado, nadie la escuchaba. Entró al

edificio y caminó hacia el ascensor.

Nick la esperaba en la recepción de su piso, cruzado de brazos y con el costado apoyado en el marco de la puerta.

—¿Te pasó algo? —le preguntó. La conocía muy bien y sabía que algo no estaba en orden.

Helena se encogió de hombros. No podía preocuparlo con las andanzas de su madre y con un loco que la había llevado a una casa que parecía de Drácula. Sería mejor guardar

silencio.

—Nada —replicó—. Salí con una compañera de la facultad, se nos hizo tarde y no tengo ganas de volver a casa.

—Ya veo —sonrió Nick a sabiendas de que Helena mentía. Lavinia le había contado que había ido a una función en el Colón, y no vestía precisamente de noche. Además, ¿por qué llevaba una mochila donde seguramente escondía todo para dormir allí y arrancar el día siguiente? Pensó que habría discutido con

Cristina, por eso quiso serenarla al respecto—. Lavi me contó lo de tu madre. Ya le vamos a encontrar una solución; ella también está preocupada.

Helena no respondió. Sabía que Nick le ofrecería lo mismo que su hermana, un departamento, y ella no quería aceptar. Supo además por intuición que cuando había enviado el mensaje a Lavinia, ellos dormían, y por un instante temió ser una molestia.

—¿Dormían? —preguntó. No le extrañaba, tenían unos



horarios que solo ellos entendían.

Nick negó con la cabeza, pero en realidad Helena no se equivocaba: habían pasado la noche despiertos.

Él recordó la escena con placer. A Lavinia se le habían hecho s dos de la madrugada dibujando en su cuarto de diseño y solo había dejado de trabajar cuando él había aparecido por su espalda para darle un beso en la cabeza.

—No venís a la cama —susurró en su oído—. Así empiezan todos los divorcios

—bromeó. Lavinia no pudo evitar soltar el lápiz y reír.

Nick se le sentó al lado. Apoyó los antebrazos sobre la mesa testada de papeles y lápices de colores, bajó la cabeza y luego Izó los ojos hacia su esposa, que lo miraba sonriente. —¿No existen programas de computación para hacer eso? señaló él. Se refería a dibujar diseños de prendas. —Sí, pero yo soy chapada a la antigua como vos —respondió Lavinia al tiempo que estiraba los brazos hacia arriba para esperezarse. —

¿Y tenes para mucho rato más?

—Un montón. Todavía tengo que pintar todos esos —le ostro una pila de dibujos. Nick recogió el primero, una mujer in rostro que portaba un vestido de fiesta dividido en gajos. No conocía los términos para definir el resto de la prenda.

—Te ayudo —propuso—. Hace mucho que no pinto, pero lo ice muchas veces cuando era adolescente y para la universidad, hoy buenísimo en eso. ¿En qué no soy bueno? —bromeó

después con expresión traviesa. Lavinia rió de la falsa pedantería y después negó con la cabeza.

—No me vas a ayudar —replicó—. Trabajaste toda la semana, anda a descansar.

—También trabajaste vos —discutió él.

—Sí, pero vos sabes que hay épocas en las que casi no duermo, y tenía que terminar esto para ayer —insistió ella.

—Por eso mismo, déjame ayudarte y así los tres nos vamos a dormir más temprano —sonrió Nick con

actitud de niño y a la vez le guiñó un ojo.

Lavinia se humedeció los labios y luego se mordió el inferior. Lo miraba con tanta admiración que podía suspender todo lo que estuviera haciendo solo para seguir contemplándolo.

—¿Sabías que te amo? — preguntó.

—No cambies de tema — la regañó él—. Déjame ayudarte. Y yo también te amo.

Lavinia dudó. No acababa de convencerse sobre permitir que él también se

desvelara por su trabajo.

—Bueno, pero un rato nada más —acabó cediendo—. Esto, esto y esto —señaló—, va en color verde —buscó entre los lápices y le dio uno—. Este verde.

—Bien —asintió Nick y comenzó a colorear.

Cuando Lavinia alzó la mirada de nuevo, él sostenía un lápiz con la boca mientras pintaba. Estaba tan concentrado en lo que hacía que fruncía el ceño y se veía tan seductor que ella se olvidó por completo del trabajo y le arrebató el lápiz

de entre los labios. Nick la miró al instante.

—Estaba a punto de usarlo —se quejó con los ojos iluminados. Presentía lo que se avecinaba y su corazón ya se aceleraba.

Lavinia sonrió con picardía, estiró el cuello de la blusa y dejó caer el lápiz en medio de sus pechos.

—Yo no lo tengo —mintió.

Nick se puso de pie y estuvo frente a ella en un solo paso. La tomó de la cintura y la hizo levantarse de la silla. Con la misma

suavidad, la llevó a sentarse en el piso. Estar tan cerca el uno del otro avivó sus sentidos.

Él apoyó la mano sobre el hombro de Lavinia y la recostó sobre la alfombra.

—No hagas nada —pidió—. Yo voy a encontrar ese lápiz perdido —prometió.

Lavinia rió mientras que dos dedos de Nick se entrometían por el borde inferior de su blusa y la levantaban hasta dejar al descubierto sus pechos cubiertos por el soutien. Al mismo tiempo le besó la piel



desnuda del esternón y luego el vientre, donde se detuvo más tiempo. Lavinia se arqueó hacia él, presa de las agradables sensaciones que las caricias despertaban en su cuerpo, y comenzó a respirar con agitación.

Nick siguió su camino hacia atrás y le desabrochó el pantalón. Se lo quitó junto con los zapatos y después volvió a cuñarse hacia ella para besarle la parte interna del muslo, mientras tanto comenzó a estimular el clítoris con dos dedos por sobre la ropa interior, y eso

hizo que Lavinia se arqueara de nuevo hacia él.

Cuando Nick se deshizo del último escollo entre su lengua y zona íntima de su mujer, ella se sintió volar. La ropa interior cabo debajo de la mesa y los labios de Nick entre sus pliegues vaginales. Gimió de excitación mientras rogaba aguantar, y como supo que no podría hacerlo por mucho tiempo más, se aferró al cabello de Nick y lo obligó a subir.

Él obedeció hasta terminar sentado en una silla con

Lavinia arrodillada frente a él. Ella le desprendió el pantalón y comenzó tocarlo sin quitarle el boxer. Debajo de su mano, el miembro ponía cada vez más duro, y su propia humedad le provocaba pasmos de placer. No dejaban de mirarse, sus ojos manifestaban lo que estaban sintiendo sus almas. Nick enredó los dedos en el cabello de Lavinia y siguió mirándola incluso cuando ella liberó su erección y se la llevó a la boca. Tembló de excitación a la vez que Lavinia se regocijaba en la

sensación de tener tanto poder. Podía llevar a Nick hasta el límite, y eso la hacía sentir única para él.

Se puso de pie enseguida y se sentó sobre las piernas de Nick. se deslizó hacia adelante y con ayuda de las manos masculinas consiguió que el miembro se internara en ella haciéndola gemir, se aferró a sus hombros y se movió hasta que los dos estuvieron borde del orgasmo. En ese momento, Nick la alzó tomada de cintura y la dejó con suavidad sobre el piso. La

recostó y volvió a entrar en ella una y otra vez, para luego quedarse y seguir en ella hasta que los dos claudicaron de placer.

El lápiz jamás apareció, pero ellos pasaron la noche buscándolo de esa manera íntima y especial.

Después del instante en que el recuerdo le iluminó la cara con una sonrisa, Nick hizo pasar a Helena y le prometió que para dentro de media hora no quedaría una sola de esas facturas tan ricas que había llevado. Ella rió y se adentró en el

departamento para saludar a Lavinia. Pasó el resto de la tarde y la noche allí.

Helena jamás entendería por qué los despertares en casa de su hermana tenían que ser tan desordenados. A decir verdad, toda la vida que llevaban era un completo caos.

Para empezar, el despertador sonaba a horario, pero ellos dormían un rato más. Luego se levantaban, y aunque eran conscientes de que se retrasarían, no les preocupaba en absoluto: no

corrían, no se apresuraban. En realidad se movían muy rápido, pero haciendo pavadas, solo porque estaban acostumbrados a vivir de ese modo. Risas aquí, cosquillas allá; la ropa para ese día, los preparativos para la jornada de trabajo. Las tostadas frías, las galletitas que suplían a veces la falta de pan y algún objeto perdido en el desorden: las llaves de la casa, de la camioneta, papeles, muestras, algo. Algo siempre se extraviaba.

Tenían dos baños, pero

competían por usar el de la habitación. Elegían la ropa que utilizarían ese día, y para eso volaban prendas por el aire que luego quedaban tiradas sobre la cama, el sofá o la alfombra. El contenido de la chocolatera se calentaba al menos dos veces porque la bebida se les enfriaba por perder el tiempo con cosas innecesarias, y para colmo perdían más rato hablando y riéndose que desayunando, lo cual transformaba algo que debía hacerse en veinte minutos en una escena de al



menos cuarenta.

A las nueve llegaba Marieta, su ayudante en la casa, y ellos a veces todavía ni se habían ido. Limpiaba devolviendo cada papel a su lugar, se ocupaba de la comida, de las compras y de la ropa. Era imposible ordenar tanto desorden, y tampoco se lo pedían. Solo les interesaba que la casa estuviera limpia y que tuvieran algo para cenar.

Esa mañana, Helena se levantó primero. Se ocuparía del desayuno para ahorrar tiempo porque tenía que

entrar a trabajar a horario. Por suerte el trámite no se prolongó más de los veinte minutos que para Helena eran reglamentarios. En cuanto su familia comenzaba a hablar pavadas y a reír, ella los traía de regreso a la realidad y así consiguió que decidieran irse rápido. Pero incluso cuando las dos mujeres ya estaban a punto de salir, Nick continuaba organizando unas hojas entre otros papeles, platos sucios, tazas vacías y cualquier cosa imaginable que pudiera haber sobre la mesa. —¿Nos

vamos? —insistió Helena—. No quiero llegar tarde, cada vez que me retraso un minuto el idiota del guardia de seguridad me dice que llegué tarde. «*Llegas tarde*» —lo burló—, «*llegas tarde*».

Lavinia rió y después preparó las llaves de la casa para salir. Nick revolvió un poco más los papeles, pero solo conseguía desordenarlos.

—¿Nos vamos? —preguntó Lavinia.

—Vamos —dijo él, relegando las notas para su exposición.

Una vez que todos estaban dispuestos a irse, partieron.

# 8

LAVINIA supo que si daba otro bostezo más, se quedaría dormida en pleno discurso. Hacía tiempo que no se sentía tan cansada. Se había levantado a las siete, desayunado a horario y dejado a su hermana en el trabajo. Luego se había instalado en una silla de ese salón de conferencias solo para escuchar gente hablar y discutir sobre asuntos y en términos que ella

desconocía.

Lo peor era percibir que Nick se hallaba en las mismas condiciones. Quizás no muerto de sueño como ella ni mucho menos sin entender, pero sí aburrido como un niño sin juguetes. Miraba hacia abajo, luego hacia el costado, en algún momento fruncía el ceño como si estuviera pensando en algo para después olvidarlo por completo. Seguro pensaba en cualquier cosa menos en lo que se decía.

Para no quedarse dormida,

Lavinia se puso de pie. Tuvo que molestar a dos o tres personas para llegar al pasillo, hombres y mujeres que parecían muy interesados en lo que se discutía y a lo cual Nick no había aportado una sola palabra todavía.

—Disculpe —pidió sorteando un pie—. Disculpe —dijo sorteando otro, hasta que llegó al pasillo, se respaldó en una columna y se cruzó de brazos. ¡Qué aburrido!

De pronto sonrió, atrapada por una idea. El rostro de

Nick era muy expresivo, incluso aburrido en un escenario, y ella nunca podía resistirse a él. Eso la llevó a sacar la *BlackBerry* de la cartera y escribir un mensaje de texto. Estaba segura de que su esposo no lo leería porque tenía que prestar atención a los demás expositores aunque aparentara estar distraído, pero igual se lo envió. Quería sentir que estaban más cerca.

Nada se dio como ella pensaba. Primero un golpeteo y luego el estallido



de *Want love*, de Hysteric Ego, en su versión del año 1996, interrumpieron un discurso.

Nick reaccionó. Era su *Smartphone*, se había olvidado de ponerlo en modo vibrar. Se hizo un silencio mortuorio que solo rompía la música electrónica. Lavinia se cubrió la cara con las manos. ¡Había sido tan tonta! ¡Y él tan estúpido! ¿Cómo no ponía en silencio su celular durante un debate tan serio?

Como siempre, Nick revolvió todos los bolsillos

hasta que al fin apareció el teléfono en el del pantalón.

—Disculpe —dijo al conferencista sin dar demasiada importancia al asunto—. No se preocupe, siga.

Pocas personas tenían su número de celular, por eso miró el mensaje, que solo podía ser de su esposa, de Helena, de su socio Pablo o de su secretaria Fi.

*«Estás aburrido, hermoso. Yo también. Te amo».*

Mientras el conferencista continuaba su exposición, Nick no pudo evitar sonreír.

Hasta hizo ruido sin darse cuenta y capturó así la mirada de quien tenía a su derecha, que lo miró con rabia. Era consciente de que lo creían un engreído superficial y egocéntrico, y quizás lo era un poco, por eso no le prestó mayor atención. Se limitó a manipular el teléfono y dar su respuesta.

*«Hermosa: en este momento quisiera estar en nuestra cama, entre las sábanas, abrazado a vos, haciéndote el amor».*

No presionó la tecla que

enviaba el mensaje hasta que alzó la mirada y se encontró con la de su esposa, que lo observaba con la misma devoción desde la multitud. Fue tan intenso lo que se transmitieron que los dos debieron tomar aire para no salir corriendo a donde pudieran concretar las fantasías que los aquejaban.

Esa era otra novedad para Lavinia: paradójicamente, desde que estaba embarazada se moría de sueño a cualquier hora del día y estaba más ávida del sexo que nunca.

Tuvo que romper el contacto visual con su marido para leer el mensaje. Tampoco pudo evitar la sonrisa cuando lo leyó. Era tan feliz todo el tiempo que le parecía estar soñando.

Nick volvió a escribir, mucho más serio que antes.

*«Te noto cansada, ¿por qué no te vas a casa?»*

Lavinia se enterneció porque él pretendiera cuidarla aún desde un escenario, sentado detrás de una mesa y rodeado de conferencistas que debatían asuntos que al parecer eran

de vital importancia para ellos, aunque no para ella.

*«Claro que no, llegué hasta acapara escucharte y no me pienso ir sin hacerlo»*, respondió. Nick volvió a sonreírle.

—Nicolás Hagen.

El moderador lo había nombrado, le tocaba opinar sobre lo que acababa de exponer un conferencista. No había escuchado nada de lo último que se había dicho y no le vio sentido a hablar sin fundamentos.

—Paso —indicó frente al micrófono.

Siguieron con quien se encontraba a su derecha, que no había dejado de lanzarle miradas reprobatorias.

Le hubiera gustado retirarse, pero a cambio esperó paciente a que dieran el receso del almuerzo. Aun así, no tuvo posibilidades de escapar tan rápido como deseaba. Rumbo a encontrarse con Lavinia, una mujer interrumpió su camino para estrecharle la mano y pedirle una cita para un negocio —quizás también para algo más, pero Nick la ignoró por completo—. Se

deshizo de ella, que no le soltaba la mano, y llegó hasta su esposa, que miraba a la empresaria con recelo.

—Esa es una buscona — dijo entrecerrando los ojos. Nick sonrió, la abrazó por la cintura y le dio un efusivo beso que todo el mundo vio.

Lavinia tragó con fuerza. ¿Qué le estaba pasando? Ella nunca se comportaba de ese modo en público, pero podría haber abusado de su marido allí mismo. Le acarició el cabello y le habló al oído.

—Ya no aguantaba más.



Te hubiera secuestrado para que hagamos el amor —le confesó.

—¿Te gusta verme cínico y enojado? —le preguntó él, risueño. Así se había comportado cuando había llegado su turno de hablar durante el debate. Tenía la voz ronca, resultaba evidente que también sufría un acceso de placer. Lavinia sonrió sin despegarse de su oído.

—Me recuerda al Nick que conocí y que me enloqueció...

Nick se apartó de ella sin

soltarle la mano.

—Escapémonos —  
propuso. Ella abrió mucho  
los ojos.

—¿A dónde? —se  
sorprendió—. No podemos.

—No importa a dónde, me  
importa que sea rápido.

Nick la sacó del recinto y  
caminaron sin rumbo fijo  
hasta que él se detuvo frente  
a una puerta de acceso  
privado. Miró hacia ambos  
lados para controlar que  
nadie los viera e hizo entrar  
a Lavinia.

—Estamos cometiendo  
una locura —le recordó ella

sonriente. Él cerró la puerta y se volvió para mirarla en la penumbra de un depósito de limpieza.

—Yo siempre estuve loco, vos lo sabes bien.

Nick escurrió los dedos por dentro de la camisa de Lavinia hasta alcanzar el soutien. Deslizó una yema por el borde de la prenda, entre la piel y la puntilla, y ella se estremeció. Él le rodeó el pecho con toda la mano y aproximó sus labios a los de su esposa. Los rozó apenas con la lengua.

Lavinia le apretó el rostro

con ambas manos y lo besó con ansia desmedida. Sentían latir el deseo en la entrepierna masculina y en la humedad de la mujer, por eso no les bastó con ese sitio y avanzaron hasta la puerta que escondía los vestuarios de los empleados. También estaban vacíos.

Se encerraron en uno de los cubículos de azulejos blancos, donde siguieron con el beso que habían comenzado en el cuarto de limpieza. Aunque ella respiraba con agitación al igual que él y no querían

separarse, Lavinia lo hizo para hablarle.

—No aguantaba más —le confesó acariciándole las mejillas en manifestación de su deseo—. Estabas tan lindo ahí arriba, arruinando los argumentos a todo el mundo y con esos gestos que haces con la cara, que...

Nick arrugó el ceño y la interrumpió.

—Yo no hago gestos con la cara —se defendió agitado. Lavinia enarcó las cejas y apoyó ambas manos sobre los hombros de su marido.

—Estás haciendo uno justo ahora —le avisó. Él frunció los labios para tragar con fuerza.

—¿Dónde? —preguntó.

—Aquí —respondió Lavinia, y se puso en puntas de pie para besarle el entrecejo—. Aquí —le besó las arruguitas a los costados de los ojos entrecerrados—. Aquí... —le besó la comisura de los labios, donde dos pequeños hoyuelos se formaban sobre la boca. Él sonrió—. Y aquí —dijo ella antes de besarle la sonrisa.

Eso los animó todavía más que lo anterior. Toda la situación resultaba excitante y promisorio. Nick la estrechó contra su pecho mientras ella se movía para que sus senos rozaran los duros músculos del hombre. Él introdujo una mano por dentro de la camisa y del soutien de Lavinia para extraer un pezón que se llevó a la boca. Le pasó la lengua y luego lo besó.

De pronto, se detuvo. No podía hacerle el amor allí, en un vestuario milimétrico, estando embarazada.

—Espera —dijo—. Va a ser mejor que nos vayamos.

—¿Por qué? —interrogó ella sorprendida.

—No quiero lastimarte —respondió él igual de sincero que ella. Lavinia sonrió y lo estrechó más contra su cuerpo.

—No me vas a lastimar —aseguró y lo besó en los labios—. Te amo.

Lavinia se estremeció de deseo al volver a respirar a Nick, le temblaban las piernas.

—Te prometo que en casa no te voy a dejar dormir la



siesta —le aseguró él y después le cerró la camisa sin esperar respuesta. Lavinia lo dejó acomodarle la ropa, le permitió cuidarla. También que la tomara de la mano y la condujera al estacionamiento.

En el hall de su piso, sonrió viendo una pared mientras Nick digitaba los números que abrían la puerta de entrada.

—Hubo una época en la que chocábamos contra estas paredes, yo subida a tu cadera, y vos arrastrándome por toda la casa —

rememoró. Nick la miró con una sonrisa lasciva.

—Esa época va a volver —le aseguró—. Está suspendida, no cancelada —volvió a concentrarse en los números—. Por Dios, no podría vivir sin que choquemos contra las paredes —afirmó.

—Y sin el balcón, sin la mesa, sin la bañera... —comenzó a enumerar ella.

—Sin vos —murmuró él antes de tomarla por la cintura y pegarla a su pecho. Mantuvo la puerta abierta colocando un pie contra el

marco mientras la besaba. Después la soltó con delicadeza y la llevó de la mano hacia adentro.

Saludaron a Mariela y para quedar por fin solos, le dieron la tarde libre. La mujer no alcanzó a llegar al ascensor que ya se encaminaban al cuarto.

Lavinia se quedó de pie junto a la parte trasera de la cama. Nick cerró la puerta y al volverse vio que ella abría los brazos para recibirlo. No dudó en acudir a ellos y responder al abrazo tomándola de la cintura.

Lavinia escondió el rostro en su cuello, le besó la piel y saboreó su colonia. Él la miró cuando percibió que ella hacía un gesto con la lengua.

—Huele bien, pero sabe mal —bromeó Nick. Lavinia rió.

Los sonidos armoniosos que producía su garganta se fueron apagando a medida que Nick le daba besos suaves en la frente, después en la nariz y luego en los pómulos. Por último, le rozó los labios con los suyos. Entonces abrió los ojos y la

miró. El gris se encontró con el verde de la mujer, y permanecieron unidos todo el tiempo que en silencio se demostraron que se amaban.

—Sos mi Lavinita, el amor de mi vida —le dijo él acariciándole la espalda por sobre la fina tela de la camisa. Lavinia sonrió emocionada; sabía que cuando Nick decía algo, lo decía en serio, y demostraba sus sentimientos con esa mirada profunda y honesta que a ella le estremecía el alma.

—Y vos el mío —juró en

respuesta.

—Por el momento no podemos chocar paredes, pero te puedo desnudar, después llevarte a la cama y besarte en todas partes — propuso él.

—Y yo te puedo acariciar así —dijo ella llevando una mano a la mejilla de Nick—. O así —sonrió con picardía mientras su otra mano se cerraba en la entrepierna masculina.

Nick respiró profundo mientras llevaba las manos hacia la cabeza de Lavinia. Lo hizo para acercarla a su

boca y besarla introduciendo su lengua en ella. Se besaron despacio, de modo que las caricias se replicaran en la intimidad de ambos, que reaccionó al instante ante el estímulo.

Sin apartarse de Lavinia, Nick se ocupó de los botones de la camisa que ella llevaba puesta y comenzó a desprenderlos. Los dedos se inmiscuyeron por entre la tela indiscretos, y el roce estremeció la piel de la mujer.

Del mismo modo lento y cuidadoso, él le desprendió

el cierre de la pollera y la dejó caer al piso. Entonces se apartó unos centímetros y volvió a mirarla, le acarició la mejilla y la besó en la comisura de los labios.

—Te amo —le susurró viéndola a los ojos, con su frente apoyada sobre la de ella.

—Te amo —respondió Lavinia abrazada a su cuello.

Nick deslizó las mangas de la camisa de Lavinia por sus brazos y se la quitó despacio. Observó el cuerpo de su mujer con una sonrisa: la redondez de sus pechos



más sensibles que de costumbre cubiertos por el soutien de encaje, la estrechez de su cintura, el sitio donde pronto se haría visible que esperaban un hijo. Pensando una infinidad de cosas, se mordió el labio.

—Sos hermoso —le dijo Lavinia, y comenzó a desprenderle la camisa. A la vez que lo hacía, le acarició el pecho y el vientre musculoso.

Él bajó una mano para desprenderse el pantalón mientras ella acababa con lo de arriba. Con todas las

prendas en el piso, Lavinia pretendió encaminarse a la cama, pero Nick la detuvo.

—No —anunció sentándose en la orilla del colchón—. Tengo que sacarme las medias — Lavinia rió mientras él comenzaba a quitarse lo que había anunciado que se sacaría—. Cuando el hombre deja de sacarse las medias para hacer el amor, es señal de tedio, de descontento...

Lavinia se arrodilló frente a él y lo besó para interrumpirlo.

—Callate —le ordenó, todavía riendo.

Nick terminó con lo que hacía y la tomó de la cintura para arrastrarla con él hacia atrás. Lavinia se levantó del piso y lo siguió adonde quería llevarla.

Nick la giró y quedó sobre ella, sosteniéndose con una mano. Llevó la otra hacia atrás para buscar a tientas la ropa interior de Lavinia. Quería apartarla hacia un costado para poder tocarla sin quitársela todavía.

Ella se apretó contra él envolviéndolo con las

piernas. Le rodeó el cuello con los brazos y pegó ambas frentes. Sentía que Nick hurgaba entre sus pliegues vaginales y eso la estaba excitando.

Cuando halló el hueco que buscaba, él introdujo un dedo. La humedad lo estimuló todavía más. Lavinia se quejó por la invasión, le parecía poca cosa, quería más, pero a la vez la hizo desear y eso le gustó. Volvió a besar a su marido en los labios mientras le revolvía el cabello con las manos y

luego le lamió el lóbulo de la oreja.

Nick volvió a subir la mano y se arrodilló entre las piernas de Lavinia para quitarle la ropa interior. Comenzó con el soutien, el cual desprendió cuando ella se arqueó hacia él, y siguió con la parte inferior. Se volvió hacia Lavinia después de arrojar ambas prendas al costado de la cama y la encontró sentada, lista para quitarle el boxer.

La dejó hacer, la dejó experimentar. A ella le gustaba jugar con su

miembro y eso lo hacía enloquecer. Cuando sintió que ya no aguantaba más, apoyó una mano en su espalda y la obligó a inclinarse hacia atrás. La asentó con suavidad y volvió a establecerse sobre ella.

La embistió despacio; la trataba como a un objeto preciado y eso hacía que el corazón de Lavinia diera tumbos. Ella cerró los ojos para sentirlo más; apretó las piernas alrededor de la cadera masculina para impulsarse hacia él. Nick la ayudó con sus movimientos

y sosteniéndole la nalga con una mano. Mientas se movían, la apretó como modo de manifestar su propia excitación.

—Hermosa, decime algo lindo —le pidió.

—Te amo —trató de articular Lavinia—. Me excita sentir que soy una con vos.

Nick llevó la mirada hacia arriba y atrajo consigo la de Lavinia para manifestarle su amor en silencio. Se miraron intensamente y luego él llevó los labios a un pezón para besarlos.

—A mí me gusta que te pongas así para mí — murmuró con voz ronca sobre la piel sensible del pecho femenino. Le dio otra caricia con la lengua—. Y me encanta que seamos uno.

Lavinia sentía que su corazón latía en su pecho y también donde Nick se unía a ella. Contraía los músculos vaginales y eso a él lo estaba matando. No sabía cómo aguantar tanto deseo.

Los movimientos se tornaron cada vez más rápidos, más exigentes, hasta que el camino se hizo



estrecho y un orgasmo poderoso y duradero sacudió sus cuerpos. Nick cubrió la boca de su esposa con los labios para apagar los gemidos de ambos. Le gustaba que los gritos de Lavinia se consumieran en su boca.

Le besó la frente, ella le rodeó el cuello con las manos y le acarició el cabello con los dedos.

—No sé qué me pasa — confesó mientras se restablecía—. Me pasaría el día haciendo el amor.

—Será cuestión de llevarte

más seguido a las conferencias aburridas que tengo —bromeó él, agitado—. Te amo.

—Te amo —respondió ella, y los dos se sumieron en un nuevo beso de pasión.

Pasaron otro momento unidos, mirándose callados. Nick se sostenía sobre ella con los codos y con las manos junto a sus sienes le apartaba el cabello de la cara. Lavinia le acariciaba las mejillas y los hombros.

—Quiero hacer algo —anunció él de pronto, como un niño tramando una

fechoría. Lavinia conocía esa voz y esa mirada.

Nick salió del interior de su mujer y se estiró hasta el cajón de la mesa de luz, de donde extrajo una lapicera. Lavinia rió sin entender qué tramaba.

—Cerra los ojos y no espíes —le pidió él, y ella obedeció.

Sintió una cosquilla en el lado izquierdo del pecho, sin dudas era la punta de la birome que se deslizaba sobre su piel para estimularla.

—Me estás excitando de

nuevo —anunció sonriente.

—Shh... —le chistó Nick.

Lavinia rió.

La cosquilla se trasladó a su vientre. Seguía sin entender nada. Finalmente, abrió los ojos cuando percibió que Nick se había arrodillado en medio de sus piernas.

—Ahora sí —comentó él con mirada juguetona, conforme con la travesura—. Si querés, mirate.

Lavinia se puso de pie y se quedó quieta delante del espejo que decoraba la habitación, llena de amor y

plena de felicidad. Sobre su pecho, Nick había dibujado un corazón, y en su interior había escrito «Esto es mío». En su vientre puso «Y esto también».

Eso definitivamente no era el despertador.

Un tanto desorientado porque estaba dormido y porque con Lavinia habían intercambiado los lados de la cama después de hacer el amor, Nick se dio cuenta de que se trataba del teléfono. Entonces se irguió sobre un codo, estiró el brazo y atrapó el aparato sin demasiadas

vueltas.

—Hola —respondió al llamado con un tono que casi parecía un reproche.

—Hola, hijo, habla Fi.

Nick no recordaba si había sonado el despertador. Tal vez lo había apagado de un manotazo como hacía todas las mañanas y por eso se habían quedado dormidos, o quizás todavía no era la hora de levantarse. No, claro: Lavinia y él habían llegado de la conferencia, se habían acostado a hacer el amor y después se habían quedado dormidos. De modo que

afuera no amanecía, sino que estaba anocheciendo. Por lo tanto, Fi no podía estar llamando porque llegaba demasiado tarde al trabajo, sino porque algo había ocurrido, y eso lo dejó preocupado. Conociendo la incertidumbre que generaba en Nick, Fi se explicó.

—El dueño de tu departamento anterior se comunicó conmigo. Me dijo que había recibido un llamado para vos. Un llamado de Elizabeth.

Nick no alcanzó a precisar las intenciones por las que la

mujer de su padre intentaba comunicarse con él, pero sí estaba convencido de que no podían ser inofensivas. Tampoco le fue posible reconocer sus emociones en un primer momento. Tenía sueño y le parecía que aún dormía.

—¿Qué querés que haga con eso, hijo? —continuó Fi con mucho cuidado, sabía lo que esa noticia podía significar para él—. ¿Le devuelvo el llamado, la ignoramos...?

Si algo no deseaba Nick era entrar en contacto con la



mujer de su padre, y mucho menos con él. Sin embargo, ante la circunstancia decidió hacer frente al pasado, a sus recuerdos y a sus Propias limitaciones.

—Está bien —consintió. Su voz todavía sonaba ronca, perdida entre las sábanas, pero se mostraba amable—. Dame el número.

Buscó a tientas su *Smartphone* por toda la mesa de luz, sin mirar. Fi le dictó el número y él lo registró en las notas provisionarias.

—Gracias —dijo. Y cortó.

No se detuvo a pensar. Si lo hacía, temía dar un paso atrás, y no estaba dispuesto a retractarse. Giró la cabeza, miró la hora en el reloj digital. Eran las seis y cincuenta y nueve minutos.

No quería que Lavinia se despertara. Ver a su esposa dormir, serena y hermosa, le infundió nuevas energías. Lo hacía sentir fuerte y capaz de enfrentarse a todo.

Se sentó en la orilla de la cama y marcó el número. No podía negar que se le había formado un nudo en el estómago que empeoró

cuando la voz de Elizabeth respondió del otro lado. No pudo evitarlo, entre lo dormido que todavía se encontraba y la repulsión, su respuesta sonó mustia, fría y desconsiderada. Habló de manera breve, concisa y con un tono duro.

—Habla Nick. ¿Qué pasó?

Lavinia se removió en la cama. Le pareció oír la voz de Nick, pero sonaba tan extraña que creyó que todavía soñaba. —¿Cuándo?

Ya no tenía dudas, se trataba de Nick, pero no podía abrir los ojos.

—¿Dónde?

Se quejó. Estiró un brazo. No lo halló a su lado, en la cama.

—No lo sé. Tampoco esperes que te vuelva a llamar.

Tras aquellas palabras, Nick cortó sin esperar respuesta. Se quedó quieto un momento, tratando de procesar la información que le había sido suministrada y de controlar sus emociones.

Por Dios, dudaba. Se sentía un monstruo, un malnacido.

—¿Nick? —lo llamó

Lavinia tratando de abrir los ojos, pero él no la escuchó. Solo alcanzaba a ver la ancha espalda desnuda de su marido, que estaba sentado a la orilla de la cama, incapaz de sentir lo destemplado del cuarto.

Ella también se sentó bajo una señal de alarma. Se deslizó hacia el borde, bajó los pies del colchón e intentó ver a Nick a la cara, pero él tenía el rostro vuelto hacia la mesa de luz y apoyaba la cabeza sobre una mano.

—¡Nick! —exclamó preocupada—. ¿Qué pasa?

Él reaccionó. Giró rápidamente hacia Lavinia y procuró tornar la mirada displicente aunque cada fibra, cada gesto de su cuerpo, indicaran lo contrario.

—Nada —se apresuró a responder—. No te preocupes.

Ahora sí estaban en problemas, pensó Lavinia: Nick le pedía que no se preocupara y pretendía fingirse sereno cuando resultaba fácilmente legible que él no lo estaba.

—¿Qué pasa? —insistió

ella.

Nick se tomó tiempo para pensar. Apoyó los codos sobre las rodillas, bajó la cabeza y suspiró antes de hablar.

—Elizabeth llamó —  
explicó                   procurando  
transmitir serenidad a su  
esposa, pero con solo oír  
aquel nombre, a Lavinia se  
le erizó la piel. Ese llamado  
no podía traer nada bueno—.  
Octavio está en bancarrota.  
Los bancos ya no confían en  
él y necesita un rescate  
económico con urgencia.  
Puede que yo sea su única

esperanza.

Lavinia se quedó congelada, presa de la sorpresa, las ironías de la vida y el pánico.

—¿Un qué? —alcanzó a preguntar.

—Un rescate económico. Que compre buena parte de su empresa.

La aclaración no la dejó más tranquila, por el contrario, la hizo temblar. Sabía lo que Nick haría y eso la enfureció. ¿Por qué se acordaban de él después de tantos años, solo por conveniencia? Era injusto y



desleal.

—Nick... —masculló. Él por fin alzó la cabeza para mirarla. Sus ojos estaban más grises que nunca, reflejaban su interior turbulento.

—Me siento tan mal, hermosa —confesó.

—Es comprensible, pero... —intentó acotar ella, pero Nick se lo impidió para hacer una aclaración.

—No es por lo que está pasando Octavio, es porque yo estoy dudando. ¡Estoy dudando, Lavinia! ¡Qué clase de hijo soy!

Lavinia se quedó paralizada de nuevo, no se lo creía. Nick no podía albergar ese sentimiento, echarse la culpa a sí mismo cuando debería haberse negado por completo a brindar su dinero a Octavio desde un principio.

—¿Qué decís? —lo regañó—. Es justo que dudes, y más justo es que te niegues.

—No puedo... —negó él con la cabeza gacha—. No puedo negarme.

—¡Claro que puedes! Es más, debes hacerlo. Y está bien.

—No, no está bien —  
defendió él. Tenía las  
facciones contraídas—. No  
puedo dudar, no puedo  
detenerme a pensar algo que  
debe ser un sí rotundo.

—¡Eso no es cierto! —  
Lavinia alzó la voz, sentía  
que se desesperaba y con eso  
consiguió que Nick volviera  
a mirarla—. Te vas a ofrecer  
a comprar la empresa de un  
hombre que no haría lo  
mismo por vos. Lo sabes,  
¿cierto?

—Sí —aceptó él—. Eso lo  
tengo muy claro.

—Entonces no entiendo

por qué tenes que darle algo, si no se lo merece —se mantuvo tranquila antes de exclamar—: ¡No entiendo por qué tenes que rescatar la vida cómoda de un hijo de puta que te dijo que fuiste un error!

Nick se sentía culpable, Lavinia una tonta. En lugar de brindarle su apoyo, como se esperaba que hiciera, lo hería.

—Perdón —dijo llevándose las manos a las mejillas—. No tendría que haber sido tan dura, yo no quise decir eso.

Nick la estrechó entre los brazos tan rápido como pudo. No quería que ella llorara, no quería hacerla sufrir.

—No me pidas perdón, todo lo que dijiste es cierto —admitió apretándola contra él. No podía negar que las palabras de Lavinia le habían dolido, pero no porque se las hubiera dicho ella, sino porque evocaban un pasado que creyó haber enterrado en la memoria. Pero el pasado nunca moría.

—No sé qué me pasa —explicó ella angustiada—.

No es falta de comprensión, es miedo. Tengo miedo de que retrocedamos en el tiempo, de que...

Nick le acunó el rostro entre las manos y le secó las lágrimas con los pulgares. Así la obligó a mirarlo a los ojos.

—No llores —exigió—. No quiero que llores. No lo voy a hacer.

Lavinia tomó una bocanada de aire, como si hasta ese momento no hubiera podido respirar. Se sintió aliviada, feliz. Podrían hacer de cuenta que ese

llamado jamás había existido, que en sus vidas nada había cambiado. ¿Pero cuál era el precio?

—P... pero... —masculló—. ¿Por qué?

Los ojos de Nick se tornaron tan expresivos como cada vez que la miraba para confesarle alguna verdad profunda, como cuando hacían el amor y le decía que la amaba.

—Porque te amo —replicó con voz serena y segura—. Porque no quiero hacerte daño. Y si esto te lastima, no pienso hacerlo, porque sos lo

más importante que tengo.

La oferta era tentadora, pero Lavinia no podía aceptar.

—¿Y tener que cargar con la culpa de la ruina de tu padre sobre mis espaldas? —replicó con amargura—. No podría resistir eso.

—Sabes bien que jamás te recriminaría nada —se esforzó por dejar claro él haciendo uso de un tono certero—. No sería capaz de culparte por eso.

—No, ya lo sé, te culparías a vos —contestó ella, y esbozó una sonrisa triste—.



Te conozco. Tanto que a veces me asusto de que soportes todo ese peso en tu alma, de que lleves tanto adentro.

—Perdóname —sonrió él—. Me gustaría que me hubieras conocido siendo distinto, pero eso es imposible.

Ella le devolvió la sonrisa un poco más calma.

—No te quiero distinto, te amo porque sos como sos —aseguró—. Además tenes razón. Por más que duela, no podés dejar de ayudarlo —asumió.

—Quiero que estés tranquila, ya te dije que no lo voy a hacer ;—le recordó él. Lavinia lo miró para demostrarle su fortaleza.

—Eso no sería lo que vos querés —replicó—. No sería tu voluntad.

Nick dejó escapar una sonrisa breve. La vida era irónica y dura.

—¿De verdad pensás que esto es lo que yo quiero? Ni siquiera es mi voluntad —repuso pensativo—. Es... —se interrumpió. No tenía idea de lo que debía decir, tan solo lo sentía sin palabras

que pudieran explicar más —. No sé lo que es —acabó por confesar.

Lavinia frotó un labio con el otro para absorber la humedad de una lágrima que recién en ese momento alcanzaba su boca. Después tragó con fuerza y se dispuso a sincerarse. ¿Desde cuándo necesitaba que él se explicase para comprenderlo?

—Quizás no sea necesario explicarlo —dijo—. Te entiendo.

—Gracias.

—No me des las gracias

—lo regañó.

—Y por favor, no se lo cuentes a nadie.

Lavinia sabía por qué él no quería que alguien supiera lo que haría. Siempre ocultando sus proezas, enterrando sus buenas acciones para evitar la vergüenza del agradecimiento. ¿Por qué le costaba tanto aceptar un halago, o que alguien se sintiera en deuda con su persona?

—No lo haré —accedió—. Pero llévame con vos cuando vayas a hacer la

operación. Por favor, no me dejes afuera.

Nick sabía que ella se refería a que no volviera a cerrarse en sus sentimientos, y él tenía que demostrarle que eso jamás sucedería. La observó con esa mirada que se le escapaba cada vez que le decía que estaba enamorado.

—Vamos juntos —  
prometió.

LAS cuatro y seis minutos.

Helena miró el reloj por centésima vez en el día y como cada vez que lo hacía, sintió que le temblaban las piernas. La razón le indicaba que no tenía que aparecer por la mansión de Mariano, pero el corazón la impulsaba a llegar incluso antes de lo acordado. De asistir sabía que se enfrentaría a un universo que desconocía, y eso le aceleraba el pulso. No

era consciente de que solo con las hipótesis que realizaba acerca del plan de Mariano ya estaba sintiendo, ya comenzaba a experimentar tensión sexual.

Las cuatro y diez minutos.

No conseguía concentrarse en geografía política y mucho menos en administración de servicios. Quería hacer de cuenta que los meses anteriores no habían existido, que nunca había visto el aviso en el diario de que buscaban recepcionista en el hotel Rizzi y que jamás había

concurrido, por eso no había conocido al responsable de los latidos desbocados de su corazón.

Las cuatro y dieciséis minutos.

Concurrir a una casa donde podían asesinarla sin que nadie lo supiera no era del agrado de ninguna mujer. Sin embargo, se había metido en tantos sitios peligrosos y con gente tan fea, que ir al encuentro con Mariano parecía un juego de niños. ¿Qué miedo podía sentir ella, que había hecho el amor con extraños en



coches, puertos, casas abandonadas y descampados?

Tenía que salir en ese preciso momento o no llegaría a horario.

Impulsada por una fuerza desconocida, juntó sus cosas sin ocuparse de hacerlo de manera ordenada, arrancó la mochila del respaldo de la silla y abandonó la clase sin siquiera saludar al profesor. Estaba en otro mundo, su mente vagaba por rumbos inciertos, y no veía la hora de transitarlos.

Bajó del colectivo y se

internó por las calles que la conducían a la mansión escondida del empresario. No estaba segura de entrar, pero al menos quería llegar hasta la puerta y comprobar que todavía sentía tensión y miedo y que por eso debía huir de allí sin mirar atrás.

Divisó el muro de ladrillo a la vista desde media cuadra de distancia. Sin querer apresuró el paso hasta la reja y se aferró a sus barrotes apretando los libros contra el pecho. La mochila se le resbalaba de un hombro.

Miró las ventanas con ojos deslumbrados, pero no se divisaba nada. De pronto se oyó un sonido a fierros y el portón comenzó a moverse.

La habían visto desde el interior, estaba perdida. Dio un paso atrás dispuesta a salir corriendo, pero no se decidió a hacerlo. Hasta que el portón dejó de abrirse, se quedó estática en el sitio donde sus pies parecían enterrados. Después de que el movimiento de la reja se detuvo, se atrevió a respirar y decidió avanzar con paso sigiloso. Había estado con

tantos extraños y en tantos lugares desconocidos, que uno más no hacía la diferencia.

Ni bien cruzó del lado del jardín, la reja se cerró mucho más rápido de lo que se había abierto. Intentó volverse, pero para cuando llegó allí, ya no había modo de abrir. Tembló al pensar que estaba perdida en un laberinto y que posiblemente la condujera a su propio inconsciente. Aun así, avanzó. No tenía más opción que ir hacia adelante, ya no podía volver atrás.

La puerta de la casa se hallaba entornada. La abrió de un empujón, y para su sorpresa, adentro la esperaba un sendero de velas encendidas que subía la escalera y se perdía hacia el pasillo derecho del primer piso.

Dudó un momento. Luego tragó con fuerza y comenzó a transitarlo. La excitación que le producía el misterio y el miedo de no saber con qué se encontraría una vez arriba le aceleraba el pulso y le hacía transpirar las manos. Una secreta humedad le

invadió la entropierna mientras una electricidad se extendía por su columna.

Aferró más los libros, los nudillos se le ponían blancos de apretarlos. Subió los escalones uno por uno, preguntándose qué le esperaba y maldiciéndose por haber sido desde niña una curiosa nata. No debería haberse internado en ese sitio, pensó presurosa, pero su cuerpo no respondía a su cerebro, se conducía por instinto.

Arriba descubrió que las velas conducían a una

habitación cerca de la escalera. Saber que había una escapatoria próxima le brindó confianza y la hizo avanzar más rápido. O tal vez fue el deseo, pero no supo diferenciarlo.

Esperaba hallar a Mariano entre las sábanas de una cama extravagante, esperándola desnudo y listo para hacer el amor, pero a cambio solo divisó más velas dispersas por los muebles y una cama vacía. Cerca de la ventana, había una mesa redonda y dos sillas. En una de esas sillas

se hallaba Mariano. Llevaba puesto un pantalón oscuro de jean y una camisa, y lo primero que hizo ni bien la vio fue sonreír.

—Sabía que vendrías —susurró.

—Mariano, no podemos... —comenzó ella, pero se calló cuando él alzó una mano en gesto de silencio.

—Relájate —le sugirió—. Sentate, hablemos —señaló la silla libre.

Helena dejó los libros y la mochila sobre el borde de una cómoda, luego avanzó hacia la mesa y se sentó.



Mariano recogió una botella y dos copas y las llenó. Le ofreció una a Helena. Contenía vino tinto.

Ella dudó acerca de tomar. Quería mantenerse bien despierta por si tenía que huir, siempre estaba alerta porque no todos los hombres eran confiables. Había tenido que escapar de ellos vanas veces, y aunque percibía que esa no sería la ocasión, siempre valía estar prevenida.

Bebió un trago solo para no despreciar la oferta de Mariano, pero enseguida

abandonó la copa sobre la mesa.

—¿Te gustan los desafíos?  
—preguntó. Mariano se sorprendió de que ella iniciara la conversación. Lo hizo sonreír.

—Me gustan mucho —replicó.

—Con razón —determinó Helena viendo hacia la ventana. Él dejó la copa a un costado y se inclinó hacia ella.

—Sos más que un desafío —le aclaró percibiendo que Helena se refería a que él se había propuesto adentrarse

en ella—. Sos alguien que me interesa —completó. Helena volvió a mirarlo. Su expresión se tornó sensual dentro de su desconfianza, y ella no se daba cuenta.

—Una especie de experimento —arriesgó con voz decidida. Sin embargo, en sus labios se avistaba una sonrisa que le hizo notar a Mariano que en algún punto, ella se estaba relajando.

—¿Por qué tendría que verte de una manera distinta de cómo miro a otras mujeres que me gustan? —replicó él—. Hagamos un

ejercicio: en este cuarto, por el momento, no somos nadie. No somos nada más que presente. No hay futuro, no hay memoria, no importa lo que hayamos hecho o lo que vayamos a hacer afuera. ¿Estás de acuerdo?

—Me gustaría —  
respondió Helena. Se había quedado prendada de las palabras de Mariano. Lo estudiaba, y aunque de ese modo siempre había conseguido información sobre los hombres, en esa oportunidad se le dificultaba. Nunca había

conocido a nadie como él. Dejó de preguntarse qué buscaba, dejó de indagar en lo que él quería.

—Me gusta tu voz, me gusta tu piel, pero no me gusta tu mirada —siguió contando Mariano antes de beber otro sorbo de vino. Helena sofocó una risa.

—Suelen decirme que tengo lindos ojos —contestó. No hablaba de hombres, sino de su familia, o de conocidas.

—No hablo de tus ojos, que son preciosos —replicó Mariano con una sonrisa—.

Hablo de lo que expresa tu mirada.

Helena retrocedió varios pasos. Que Mariano pretendiera entrar en ella, — no en su cuerpo, en *ella*—, la sobresaltó. Él se dio cuenta y por esa misma razón miró el borde de la mesa y luego volvió a hablarle con un tono de voz mucho menos profundo.

—El trabajo que estamos haciendo en el hotel es impresionante —contó de la nada—. No se lo digas a nadie, pero vamos a remodelar nuestra imagen.

Me gustaría darle un toque más excéntrico, pero Buenos Aires, aunque se sienta parte de la vanguardia, es una ciudad clásica. ¿No te parece?

Helena se encogió de hombros.

—Nunca lo había pensado —respondió negando con la cabeza. Iba a quedarse callada, como siempre hacía con los hombres, pero algo la impulsó a seguir hablando—. Igual excéntrico no significa vanguardista —acabó por decir—. Tu casa, por ejemplo, me parece

excéntrica. Fuera de tiempo.

Mariano sonrió complacido.

—Así es —asintió—.

¿Más vino?

Helena miró la copa que no había vaciado y rió. No tuvo necesidad de fingir porque de verdad le causó gracia que él le insinuara que bebiera de manera tan extraña. Entonces bebió. Y como en lugar de simplemente tragar se propuso sentir, notó que era un vino con notas frutales. Le gustó tanto que vació la copa.



—Ahora sí quiero más —  
pidió.

Por el vino o por el placer que la bebida le brindaba, después de dos copas acabó caminando hacia la cama, donde se sentó.

—¿Por qué me trajiste acá, Mariano? —preguntó con las piernas abiertas y las manos apoyadas en el colchón—. Esto no es una cita.

—Me gusta la intimidad —respondió él desde la silla.

—¿Te gusta la intimidad conmigo? —acabó preguntando ella.

Al tiempo que respiraba profundo, él se puso de pie y se le acercó. Helena bajó la cabeza, le miraba sugestivamente la entrepierna. Mariano estiró una mano y la obligó a mirarlo a los ojos alzándole la barbilla con un dedo.

—Me gusta que estés conmigo —respondió con voz serena.

Helena alzó los brazos, desprendió los pantalones de Mariano y los bajó inclinándose hacia sus pies. Él no la interrumpió. Helena le besó la ingle y le dio un

suave apretón con los dientes. Se vio forzada a apartarse cuando él le llevó la cabeza atrás.

—¿Confías en mí? —  
interrogó Mariano con voz profunda.

Helena, cuyos ojos expresaban su tormento interior, asintió en silencio, aunque no sintiera confianza. Se humedeció los labios resecaos, procuró disimular el temblor de las manos.

Mariano se acomodó los pantalones, luego se arrodilló sobre el borde de la

cama y la llevó hacia atrás avanzando hacia adelante, de modo que a Helena no le quedara más opción que deslizarse hasta tocar el respaldo. En ese momento, él alzó una mano y le acarició el cuello con un dedo, después siguió bajando hasta apartarle la remera y rozar su hombro.

Helena experimentó un calor extraño ante la caricia. Le hizo cosquillas y la estremeció. Mariano la trataba con delicadeza y suavidad, y cada vez que él la tocaba pensaba que algún

día, quizás, pudiera sentirse mujer.

Tal como siempre le sucedía, sintió miedo de eso, entonces se apartó de la fuente de vida. Llevó las manos a la camisa de Mariano y comenzó a desprenderle los botones. Consiguió abrirla y fingir que miraba su pecho desnudo con lujuria.

—Cómo me gustas, cómo me... —comenzó a decir. Mariano la interrumpió colocando dos dedos sobre sus labios.

—Hace mucho tiempo te

hablé del silencio —le dijo —. ¿Te acordás?

El corazón de Helena dio un tumbo. Claro que lo recordaba, era eso lo que la había obligado a huir de Mariano la primera vez que lo había visto. Asintió con la cabeza, y a partir de ese momento, se quedó callada.

Mariano deslizó los dedos y le acarició una mejilla. El calor fluyó a través del contacto que los unía, se internó en ambos como una flecha. Él la miraba absorto en sus pensamientos.  
*Renacerás, como las*

*mariposas*, pensó. Pero no se atrevió a decirlo.

—Si confías en mí, vamos a hacer esto de la forma en que yo lo tenía planeado —propuso—.

Despacio, jugando con los sentidos.

¿Confías en mí? —le preguntó de nuevo. Esta vez, ella respondió con la voz.

—Sí.

Mariano respiró aliviado y se echó hacia atrás.

—Entonces cerra los ojos —pidió. Helena obedeció al instante.

Lo sintió salir. Ante su ausencia, comenzó a respirar

con agitación; en el cuarto solo podían oírse el sonido del aire atravesar sus fosas nasales y el crepitar de la llama de las velas.

—¿Mariano? —interrogó. Pronto lo presintió volver y no se equivocó.

—Te voy a colocar algo sobre las piernas —le anunció él—. Quiero que lo toques, quiero que imagines qué es lo que hay adentro.

Helena apretó las manos. Podía sentir su propia sangre latir en sus sienes y un cosquilleo incierto que le erizaba la piel de la nuca.



Pensó en abrir los ojos, pero se contuvo. Pensó en huir, pero decidió quedarse.

Mariano asentó algo frío y sólido sobre ella. El contraste con el calor de su cuerpo resultó molesto, pero a la vez intrigante. Helena alzó ambas manos y acarició la textura aterciopelada del cubo que tenía en los muslos, se dejó guiar por los bordes metálicos que tantas sensaciones le brindaban.

—Es una caja —aseguró—. Una como la que me mandaste con las entradas del ballet.

Mariano sonrió. Desde que había visto a Helena trabajando en el hotel se había dado cuenta de que contemplarla lo satisfacía. Ahora pensaba que no solo se sentía satisfecho, sino además atrapado. Le gustaba verla y tenerla a su lado.

—¿Y qué es lo que contiene? —preguntó con un tono de voz muy suave.

—Eso no puedo saberlo —replicó ella.

—Tenes que adivinarlo —la condicionó él—. Vamos a jugar al adivina-adorador.

Helena se humedeció los

labios. La intriga y la presencia de Mariano la estimulaban.

—Dame una pista —pidió.

—Está bien —accedió él —. Contiene objetos. Objetos con los que vamos a jugar un rato.

—Un vibrador —arriesgó Helena insegura.

—Frío —replicó él en voz tan baja que parecía estar lejos siendo que le hablaba al oído.

—Vendas —arriesgó Helena.

—Tibio.

—Velas.

—Muy frío. Perdiste tus tres posibilidades, ahora vas a tener que descubrirlo con la experiencia.

—Nunca me dijiste que tenía solo tres posibilidades —se ofendió ella dirigiendo la cara hacia donde pensaba que se encontraba Mariano. Percibió que él sonreía porque replicó complacido:

—Hice trampa.

Helena sonrió ante la respuesta, pero sacudió la cabeza en busca de quitarse las ideas de huida de la mente. No podía salir corriendo ante el primer

síntoma de inseguridad, así nunca sabría si realmente cabía la posibilidad de que volviera a sentir. Y hasta el momento, la técnica estaba dando buenos resultados.

—¿Ya puedo abrir los ojos? —preguntó.

—No —respondió Mariano alejándose de ella.

Helena escuchó el cerrojo de la caja y volvió a humedecerse los labios.

—Estás sedienta —murmuró Mariano mientras manipulaba algo. Helena no sabía qué era, pero lo presentía.

Le mojó los labios con vino tinto. Lo hizo con los dedos, y eso los estremeció a ambos. Helena bebió sin vueltas y se atrevió a pedir más, pero lo que en realidad quería eran más caricias de Mariano. Su deseo fue complacido.

—Ahora voy a volver a colocar algo sobre tus piernas, quiero que lo toques y me digas qué pensás que es —anunció él.

Un escalofrío erizó la piel de Helena. No sabía si se debía al clima de la habitación o a la increíble

sensación de tener a Mariano a su lado sin poder verlo, de dudar acerca de su propia conciencia.

Sintió algo sobre las piernas y enseguida llevó las manos hacia el objeto. Inconscientemente buscaba llegar antes de que Mariano retirase las suyas, pero lo perdió por una fracción de segundo.

—Quiero que me digas qué es —pidió él.

Helena acarició lo que tenía sobre las piernas, lo tanteó con los dedos y alcanzó a percibir que era

cuadrado y que podía doblarse en dos. Parecía un cartón grueso.

—Es una tabla —arriesgó. Percibió que Mariano sonreía.

—Vas bien —aprobó él—. Te voy a ayudar un poco: tiene una torre, un caballo, un rey...

—Un tablero de ajedrez —lo interrumpió Helena. Él volvió a sonreír.

—Soy muy generoso, ¿no? —susurró. Su voz hechizó a Helena y a la vez la hizo sonreír. Sentía placer de solo escucharlo.



—¿Vamos a jugar al ajedrez a ciegas? —preguntó risueña.

—Vamos a jugar a muchas cosas —aceptó Mariano divertido—. ¿Sabes cómo es un tablero de ajedrez? —siguió—. Está dividido en casillas. Las filas verticales llevan una letra de la A a la H y las horizontales un número del 1 al 8, de modo que para elegir una casilla tenes que decir una letra y un número, pero nuestro ajedrez es un tanto particular —explicó. Helena se humedeció los labios y se

mordió el inferior, la sonrisa se le borraba por momentos y luego reaparecía—. Cada casilla corresponde a un objeto de la caja y vos vas a elegir. —Sin ver —completó Helena.

—Es la gracia —asintió Mariano—. Tócalo. Vas a sentir que escribí algo en cada casilla.

Helena hizo lo que Mariano le indicaba. En efecto notó que el tablero tenía marcas, pero no sabía leer a través de ellas, de modo que no tenía idea de lo que decían.

—Te escucho —siguió él.  
Helena apretó los labios y  
después soltó:

—D-7.

Mariano sonrió. Tras un  
instante de silencio,  
concluyó:

—Muy bien, es un buen  
objeto. Me gusta.

Se alejó. Helena giró la  
cabeza hacia donde creía  
que él se había ido, pero  
antes de que pudiera  
reaccionar, se oyó una  
canción. Una canción rara,  
que alguna vez había  
escuchado, pero cuyo  
nombre no sabía decir.

—Eso no es un objeto —  
discutió.

—Sentila —reclamó él—.  
Es justa para este  
momento... tratar de salir de  
algo, tratar de volver a  
nacer. Si dejas que te atrape,  
es mucho más que un objeto:  
es parte de vos.

Justo cuando la canción  
levantaba el ritmo extraño  
que de por sí ya tenía,  
Mariano le gritó:

—¡Otro casillero!

Era una locura, pensó  
Helena. Pero mentía si decía  
que no le despertaba el  
instinto.

—¡A-2! —gritó para que se la oyera a pesar del sonido endemoniado de la música y la voz del cantante que exclamaba sus frases en inglés.

Helena oyó que dos metales se chocaban. Estaba segura de que si podía oírlo era porque Mariano había acercado la caja a ella y porque de allí extraía algo.

—No te asustes —le advirtió él—. Es fría y filosa, pero para vos será un objeto de placer.

—¿Adivinanzas? —murmuró ella. Él sonrió.

Instantes después, Helena descubrió que se trataba de una tijera—. ¿Qué...? — intentó hablar, pero calló. Abrió los ojos sobresaltada, y aunque sabía que estaba haciendo trampa, necesitaba ver.

Pensó que sentiría miedo, pero en lugar de eso, volver a ver a Mariano y descubrir que su ropa se iba haciendo girones porque él la cortaba despertó en ella algo que jamás había sentido. No sabía qué era, pero le agradaba. Verlo a él con la camisa desabotonada, los

pantalones con el cinturón desprendido y el cabello enmarañado le hizo sentir calor y sed.

Guardó silencio por elección propia y dejó que Mariano le cortara la ropa. ¿Qué se iba a poner después, cuando tuviera que irse? ¿Acaso saldría de allí con vida? Sí, claro que iba a salir con vida, ya no era ese el tipo de miedo que experimentaba.

Dejó de pensar. Se halló desnuda en una cama extraña, poseída por sensaciones nuevas, con un

hombre casi desconocido. Se sentía un ser anónimo, pero a la vez especial. Alguien le daba placer y ella no estaba forzada a hacer nada irreal para transmitirlo también. Si todo eso no era excitante, no sabía qué podía serlo.

—¡Otra casilla! —exclamó Mariano.

—¡G-4! —clamó Helena.

Un instante después, él replicó en su oído:

—Puede que este objeto te abra las puertas al más allá. Cerra los ojos.

El próximo objeto. ¿Qué sería? La mente de Helena



no alcanzaba a precisar qué le deparaba el destino ni Mariano se lo advirtió. No importaba qué era, sino lo que Mariano haría con él, por eso eligió no mirar.

Primero sintió que algo le rozaba los pies. Le hacía cosquillas, le molestaba, pero calló. De los pies, el objeto suave y dócil se encaminó a la parte interna de los brazos, donde las cosquillas se hicieron insoportables.

—No me gustan las cosquillas —advirtió llevando una mano a la zona

que le picaba. Mariano se la apartó con delicadeza.

—Fue tu elección —le recordó él—. Y nosotros somos la consecuencia de nuestras elecciones.

Transformada por las palabras, Helena resistió. Las cosquillas se convirtieron en electricidad, por eso temblaba de frío y se le erizaba la piel. El objeto se trasladó al esternón y luego al pecho blanco y redondeado. Se sentía como una pluma, pero era algo más pesado. De allí se deslizó un poco más y le

hizo círculos en los pezones, que se irguieron estremecidos por el contacto.

Se estaba excitando. Sentía que los labios vaginales se le hinchaban y humedecían y se preguntó si Mariano ya la penetraría, como hacía la mayoría de los hombres. Hasta estuvo a punto de exigirle que se colocara un preservativo, pero no podía hablar, no podía desconfiar de él.

Dos dedos se posicionaron sobre su clítoris y se lo presionaron con ligereza.

Helena tomó aire, le costaba respirar. Estaba agitada y sedienta. Un grito del cantante acompañó otro de ella. Los dedos se corrieron de sitio, le acariciaron la vulva y luego se entrometieron en su vagina para salir muy rápido. Sintió que se moría.

Y de pronto, inesperadamente, se apartaron de ella como si nada de lo anterior hubiera sido cierto.

*¿Qué pasa?*, quería preguntar. *¿Por qué me estás haciendo esto?* Pero no

podía hablar. Había tenido algunos orgasmos en su vida, casi todos muchos años atrás, cuando apenas empezaba como prostituta, pero sin dudas supo que en ese momento no había alcanzado el clímax. Aun así, no preguntó. El ansia de saber si de esa manera iba a sentir algo más que aversión por el sexo se lo impedían. Confiaba en Mariano, hasta el momento todo lo que había hecho era hacerla gozar.

Mariano se echó atrás; si no lo hacía, no iba a

aguantar. Se estremeció de miedo: hacía mucho tiempo que no deseaba tanto a una mujer, por eso se sintió seguro para jugar con Helena a algo que jamás había jugado, pero al parecer se había equivocado. La deseaba tanto que estaba a punto de eyacular sin penetración, como un adolescente preso de fantasías nocturnas.

Se levantó de la cama, inquieto y temeroso. No se lo iba a decir a Helena, pero al ofrecerle la actividad creyó que resistiría sin entrar

en ella. Ahora no estaba tan seguro. Al menos sabía que no la penetraría hasta que ella se lo pidiera, porque así eran las reglas que iba inventando para su juego.

Le habló antes de que ella se atreviera a abrir los ojos.

—No quiero que abras los ojos hasta que yo haya salido del cuarto. Por hoy terminamos —avisó fingiendo un tono de voz imperturbable— Podes ducharte y luego te irás de la casa sin hacer preguntas. Nadie las responderá.

¿Qué significaba eso?

Helena quería preguntar cómo seguiría su vínculo, por qué no la había penetrado, cómo se enteraría del próximo encuentro, pero le habían dicho que no debía preguntar, y quiso respetar el pedido.

Después de que Mariano apagó la música, Helena se sentó en la cama, todavía desnuda. Lo sintió alejarse y luego escuchó cerrarse la pesada puerta. Entonces abrió los ojos.

Le costó acostumbrar la vista a la penumbra, ninguna lámpara estaba encendida.



Tan solo halló bebida y comida en una mesa pequeña y redonda, un vestido negro en un sofá, un disco compacto, una llave y una nota en una orilla de la cama.

Recogió el papel junto con el llavero cola de zorro negro. Estaba segura de que ese era el objeto con el que Mariano había jugado sobre su cuerpo. La caja y los demás artículos habían desaparecido.

Recogió el disco: «*Heart shaped box*, Nirvana», leyó. Esa era la canción que había

sonado una y otra vez mientras mantenían esa extraña relación. Estaba escrito con la letra de Mariano, por lo tanto el disco solo contenía esa canción. Leyó la nota:

«Nuestra próxima cita será el miércoles a la misma hora. Deberás entrar a la casa con esta llave. Tienes una tarea para nuestro próximo encuentro: tócate, porque vamos a experimentar con la geografía. Te preguntaré cuáles son tus zonas erógenas. No digas que soy

un mal contrincante, te estoy dando pistas para nuestro próximo juego».

Acabada la lectura, miró su propia desnudez y se mordió el labio. No podía negar que se estaba divirtiendo. Mariano tenía una forma muy particular de recrear el sexo.

Después del juego, Mariano se encerró en su habitación y se sentó sobre la cama. Nunca había entendido hasta esa tarde por qué había pensado tanto en Helena tras su partida.

Él la había visto abandonar

el departamento la madrugada en que la había conocido. No se había quedado dormido, solo padecía los efectos tardíos de la cocaína, pero se espabiló cuando el sofá se movió a causa de que Helena se había levantado. Para cuando pudo reaccionar, lo único que divisó fue el borde del vestido rojo que se escabullía por la puerta.

Al llegar al recibidor, Helena ya no estaba. Pensó en seguirla, por eso llamó al ascensor, pero todo le daba

vueltas y eso lo obligó a regresar al living. Cayó sobre el sofá y se quedó dormido.

Cuando despertó, creyó que se había tratado de un sueño. Llamó a Roberto y comprobó que no lo había imaginado: en efecto «La Griega» trabajaba para él, pero no había aparecido con el dinero. Mariano le explicó que no había cobrado por sus servicios, y le pagó directamente a Roberto para que «La Griega» no tuviera problemas. Incluso le dio una generosa propina por si

ella aparecía, pero eso jamás sucedió.

La buscó por otros centros de *escorts* de categoría e incluso en la calle, pero no había rastro de ella. Entonces se resignó a vivir con su recuerdo. Una noche con Helena, que le había dejado una extraña sensación de paz que jamás antes había sentido. Cada vez que la tenía cerca volvía a experimentarla, y no quería perderla. Estando con ella se olvidaba de todo lo demás.

Descubrió de pronto que lo

que lo había atado a Helena la noche en que la había conocido fue que se sintió identificado con ella: con su negación a amar y ser amada, con su oscuridad. Pero podía ayudarla, ella lo necesitaba, comenzando por el sexo y siguiendo con la vida; nadie estaba completo si no sanaba todas sus áreas. Y de paso solucionaría otro de sus propios problemas: hacía tiempo que buscaba una mano derecha, alguien a quien incluir en el directorio de su compañía, y con su colaboración descubrir si,

como sospechaba, alguien planeaba traicionarlo. Su extraña intuición lo presentía.

Siempre había dudado de algunos de sus accionistas, pero jamás había tenido la oportunidad de desenmascararlos. Presentía que Helena podía ayudarlo así como él la estaba ayudando a ella, aunque había más que eso. Helena representaba una parte de él, sentía que se desdoblaba en ella, y por eso le despertaba confianza. La instruiría.

Renovado como se sentía,



se puso de pie de un salto y se encerró en el baño. Abrió la canilla y se introdujo en la bañera. Esperaba que el agua de la ducha le golpeará con fuerza la espalda y ahuyentara sus reflexiones, pero a cambio acabó con los antebrazos apoyados en los azulejos y la cara escondida entre ellos, pensando otra vez en Helena.

Podía cambiar su vida y a la vez resolver sus negocios, era la oportunidad que tanto había estado esperando. Tenía una estrategia, así que trazaría su plan.

Esa noche, Helena despertó sobresaltada. Tras el día que había tenido, le había llevado horas dormirse, y una vez que lo consiguió, un sueño perturbador la obligó a despertar. Entonces sintió un impulso. Recuperó su diario de entre papeles olvidados y escribió algo.

*25 de marzo de 2013*

Acabo de despertar y vuelvo a sentirme desolada.

Tuve un sueño tan vivido, tan real, que me dejó helada.

En el sueño, bajaba de un taxi y me aproximaba a la reja de la casa de Mariano. Mariano es un hombre que conocí siendo prostituta y volví a encontrar hace poco tiempo porque es el dueño del hotel donde trabajo. Como de costumbre, mi vida corre en círculos y me devuelve siempre al mismo punto.

La cuestión es que en el sueño bajé del taxi y me aproximé a las rejas de su casa, que pronto se abrieron.

Al entrar escuché el ruido de que se estaban cerrando, entonces giré para verlas. Cuando volví a mirar hacia adelante, estaba en el living.

Se veía casi como es en realidad, igual de oscuro y antiguo. Yo caminé por entre los sillones rumbo a la escalera con mis libros entre las manos, vistiendo un pantalón de jean y una remera.

Después de subir los escalones, descubrí que estaba en un pasillo mucho más largo de lo que es en realidad el de la casa de

Mariano. Me sentí excitada con la posibilidad de verlo, y aunque no sabía a qué puerta de las tantas que poblaban el pasillo dirigirme, estaba muy segura de hacia dónde iba.

Pero de pronto percibí que alguien me seguía, entonces me di la vuelta. Ni bien lo vi, los libros se me cayeron de las manos. En la otra punta del pasillo estaba Josué, tal como lo recordaba de cuando era chica, y se lanzó a correr hacia mí diciéndome que no me resistiera.

Temblé y me puse a llorar. En el sueño tenía once años, pero cuerpo de adulta. Y corrí. Yo corría, Josué me perseguía, y nunca llegaba a ninguna parte. Hasta que abrí otra puerta, una puerta cualquiera, y la cerré de golpe.

Todo quedó oscuro, y yo tenía miedo de que Josué me encontrara.

—Helena —escuché. Era la voz de Mariano.

Me di vuelta y lo vi a contraluz, parado delante de una ventana por la que entraban rayos de sol muy

blancos. Estaba vestido de negro y me miraba con sus ojos transparentes, pero yo no podía verlos. Solamente presentía su mirada.

—Vos le dijiste que yo estaba acá —le dije temblando. Todavía lloraba.

—Yo le dije que volviste al origen —me contestó.

Todavía no entiendo por qué soñé que me decía eso, pero cuando me quise dar cuenta, ya no estaba vestida de estudiante. Llevaba el vestido rojo, el último que me había puesto para trabajar como prostituta, y

me sentía poderosa de nuevo.

Caminé hasta Mariano y lo senté en la silla de un empujón. Dejé la punta de mi zapato rojo sobre su estómago y después se lo fui enterrando cada vez más hondo porque sentía que lo odiaba, como había odiado a todos mis clientes. Lo hubiera matado, pero él me miraba con esa paz que yo añoraba, con una tristeza desconocida, y sus ojos transparentes me fueron quebrando hasta que caí de rodillas.



En esa posición le desprendí los pantalones y me apoderé de su pene. Lo apreté, lo succioné y dejé que sobre él se derramaran mis lágrimas.

—Acá tenes a tu puta —le dije—. Cógeme. Yo no sirvo para nada. Cógeme.

Pero él me agarró la cara, se acercó a mí y mirándome con sus ojos de ángel negro, me dijo de nuevo:

—Estás donde está el origen. Acá no hay miedo.

Y me desperté temblando.

Es que hoy me pasó algo muy extraño, algo que

seguro no le pasa a la gente cualquiera, como soy yo, todos los días. Experimenté sensaciones tan extremas que no me alcanzarían los adjetivos que conozco para describirlas. Tal vez creí que sabía todo acerca del sexo, pero resulta que no sé nada. Tal vez pueda renacer. Tal vez Mariano de verdad pueda hacerme resucitar. Me siento más viva.

# 10

EL miércoles por la noche, Helena también escribió en su diario. Lo más largo que jamás creyó que escribiría.

*27 de marzo de 2013*

No sé cómo soporté hasta hoy sin volver a la casa de Drácula. No entiendo todavía cómo mi mente vagó por senderos que hasta yo

desconocía todo el martes, casi no dormí anoche pensando en lo que encontraría cuando abriera esa puerta.

Llevé la cola de zorro, o como sea que se llame ese llavero, a la universidad, me moría por volver a la casona. El juego consiguió atraparme y todavía no me lo creo.

Salí de la facultad temprano y aunque faltaba un buen rato para las cinco, me quedé en los alrededores de la mansión, solamente mirando. Procuré no

acercarme al portón para que no me vieran y aproveché para estudiar los ángeles de la entrada. Son tan raros, son tan siniestros, como todo en esa casa. Sé que son seres de luz y debieran provocarme confianza, pero cada vez que estoy a punto de entrar ahí, siento que me meto en el infierno. Pero me gusta. Me gusta mucho, y ya no puedo dejarlo, cada vez me tiene más atrapada. Quiero saber qué sigue después. Y es que *él* es mi ángel negro.

A las cinco menos un minuto —que me perdonen

todos, Pero a mí me gusta llegar a horario—, me asomé a la reja. Como la vez anterior, me abrieron rápido. De solo pensar que siempre me está esperando me siento satisfecha.

Entré sin demorarme, ya no me sentía insegura porque lo que había pasado el lunes me había devuelto la vida. Transité el camino de piedras, subí los dos escalones del porche y preparé mi llave. Abrí la puerta y me hallé sola en el living. Busqué señales y divisé una nota sobre la

mesita que estaba entre los sillones.

«Coordenadas: ala izquierda, diez pasos largos adelante», leí. Solté una risa, no pude evitarlo. Parecíamos criaturas, pero volver a la infancia se sentía maravilloso, me hacía pensar que podía nacer de nuevo, que podía volver al origen.

Me moví hacia la izquierda y giré hacia delante. Me sentía un soldadito de plomo o una pieza del TEG. Sí, ese era el mensaje: el sexo requería de

estrategias dominadas por la pasión, antes que por el intelecto. Lo supe porque en ese preciso instante era la fantasía lo que me impulsaba a seguir jugando.

Caminé los diez pasos, pero habré medido mal la longitud o los de él eran más largos, porque tuve que dar dos más hasta llegar a la próxima nota, que estaba pegada en la puerta vidriada que daba al jardín.

«Coordenadas: gire a la derecha, siete pasos adelante», leí. Y jugué. Medí mejor el largo de mis



movimientos y llegué a la siguiente etapa solo estirando un poco más el último paso. La nueva nota estaba pegada en un cuadro de líneas rojas y negras.

«Coordenadas: giro a la derecha, segunda puerta». Me estremecí de emoción. En una breve corrida me hallé frente a la puerta y encontré la próxima instrucción. Estaba acompañada de un pequeño dibujo donde se veía la distribución de lo que había en la habitación: sillones, un armario y una barra de bar.

Llevaba como nombre «Segunda sala de estar».

«Memorizá el plano. Tu llave sirve para la puerta de entrada y para la de esta habitación. Tenes que abrirla sin usar la vista», me advertía. Y yo le hice caso. Cerré los ojos y a ciegas intenté colocar la llave en la cerradura. Como por más que lo intentaba no podía, tracé una estrategia. Después de todo, de eso se trataba esa fase del juego. Usé una mano para reconocer el terreno y cuando encontré el agujero de la cerradura, llevé

la otra con la llave y al fin pude encajarla en el sitio correcto. Dio dos vueltas. Después distinguí el pomo que sabía que era dorado, y abrí.

Ni bien estuve adentro, la puerta se cerró. Abrí los ojos de inmediato, pero no se veía nada. La oscuridad era tanta que allí dentro parecía la nada absoluta. Y así me sentía bien, porque solo estábamos Mariano, el cuarto y yo.

—Quédate quieta —oí que él pronunciaba.

Casi al mismo tiempo

escuché sus pasos, se acercaba a mí y eso me aceleraba el pulso. Tragué con fuerza y aunque pestañeara esperanzada en ver, la oscuridad era total. Sentí su respiración cerca de mi mejilla, y eso me hizo estremecer.

Algo me acarició la frente. Sentí el calor de la piel de Mariano rodeándome la cabeza y supe que pretendía colocarme una venda. La anudó despacio y una vez que terminó de hacerlo, me olió el cabello. Mi piel se erizó.

De nuevo, sus pasos se alejaron. No quería que se apartara de mí, pero lo dejé ir porque sabía que lo que seguía sería todavía más letal. Fue así: escuché el *clic* de una llave y me di cuenta de que había encendido una lámpara.

—Tenes que desnudarte —me indicó Mariano desde un rincón.

Su voz me estremecía, su sola presencia me doblegaba. Se parecía tanto a mi sueño que ni siquiera me atreví a pensar en el mayordomo que había visto

en otras oportunidades. No creía a Mariano capaz de exponerme a nada fuera de mi voluntad, mi inconsciente me lo demostraba. Con él me sentía en paz, protegida y cuidada.

Le hice caso, de eso se trataba el juego, de que él me ayudara a sentir, y como lo estaba logrando, yo seguía jugando. Primero me saqué las zapatillas sin desanudar los cordones, después las medias. Casi me caí, pero hice equilibrio enseguida y pude evitar el papelón. De todos modos sentí que él se

acercó. Pretendía ayudarme, pero cuando vio que pude sola, no lo hizo.

No sé cómo, pero creo que los demás sentidos se me van desarrollando mejor cuando tengo anulado el de la vista. Así supe por instinto que Mariano se había establecido a mi derecha, del otro lado de la habitación, quizás junto al sofá de dos cuerpos que había visto en el plano. Nunca lo sabré.

Me saqué el pantalón. Para la remera, tuve cuidado de no llevarme con ella la

venda. Una vez en ropa interior, sentí un escalofrío. Nunca me había desnudado para un hombre así, sin ver nada, sin saber si me miraban con lascivia.

Había llegado el momento de la ropa interior. Primero me desprendí el soutien y lo sostuve sobre mis pechos un momento. Después lo dejé caer olvidando lo que los hombres quieren. Ya no me importó quedarme un rato más con la prenda ahí para que me desearan, era yo la que tenía que desear, y ansiaba quitármela para que



Mariano me viese.

Lo mismo hice con la parte inferior de mi conjunto de encaje negro, no me detuve en ningún momento ni alcé la pierna para que volara hacia él por el aire. Tan solo la dejé deslizarse y caer a mi lado como si fuera una parte de mi cuerpo que se desprendía y se alejaba, como el pétalo de una flor que cae al vacío.

Temblé de inquietud ante el silencio. Gemí de excitación ante su presencia.

—En algún rincón de esta habitación escondí la caja —

dijo por fin, después de un tiempo que a mí me pareció eterno—. Tenes que encontrarla y abrirla.

Otra vez se me habían resecaado los labios y los humedecí con la lengua. Por un instante deseé que él me los humedeciera con la suya.

—Frío... —me dijo en cuanto giré hacia la derecha. Entonces me agaché.

Por instinto sabía que estaba frente al sofá de dos cuerpos, por eso estiré los brazos, quería buscar debajo de él. Primero choqué contra el borde de cuero, pero muy

rápido tuve noción del espacio y me agaché un poco más. Los talones rozaban mis muslos al borde de las nalgas, los pechos tocaron el piso de madera. Llegué debajo del sillón con la punta de los dedos. Sentí que Mariano se movía por el cuarto, daba una vuelta en derredor mío. Me estaba mirando y eso me hacía estremecer. Lo imaginaba leyendo mi tatuaje de la cadera, ese que dice «Océano de fuego», y me hacía tiritar.

—Frío —lo escuché

repetir.

Con dificultad me puse de pie sosteniéndome del borde del sillón y me encaminé hacia la izquierda. Di pasos torpes con los brazos estirados hasta que mis manos se toparon con la barra del bar. Toqué la superficie con los dedos, era rústica y dura.

—Tibio —me dijo Mariano.

Seguí recorriendo la barra hasta que me topé con un espejo ¡e se hallaba detrás de algunas botellas. Tenía un biselado en el borde, era

antiguo como uno que había en la casa de mi abuela. — Frío —escuché la voz de Mariano.

Frío había comenzado a sentir yo en las plantas de los pies, pero no le dije nada. Me mordí el labio porque sentía intriga y sed. Pedí agua, y fui complacida. Mariano me colocó un vaso entre las manos y yo bebí desesperada. Como no sabía devolverlo a un lugar seguro, él lo recogió por mí y luego volvió a dejarme por mi cuenta.

Continué rozando la

superficie de la cómoda con los dedos. Me encontré con algo que supuse era una pequeña botella de alguna bebida alcohólica, pero no había noticias de lo que yo buscaba.

—Caliente —me dijo Mariano.

Entonces la hallé, ahí estaba la caja. La atraje hacia mí y busqué a tientas el broche de apertura. Lo investigué por instinto y cuando encontré la forma de abrirlo, lo hice con facilidad. No veía la hora de saber qué se escondía allí dentro. Mi

tensión aumentó cuando lo que encontré fue pegajoso y rígido, parecía de goma. Por su forma supe que era un consolador. También había una botellita, y ateniéndome a mi última deducción, supuse que era gel.

Sofoqué una risa. No entendía por qué me había dado eso, me causaba gracia.

—Espero hayas hecho la tarea —murmuró Mariano ignorando mi falta de respeto hacia sus técnicas. Pero yo reconocí un tinte de molestia en su voz y me esforcé por compensarlo por

mi mal comportamiento.

—La hice —juré. No mentía. El martes a la noche, además de pensar en el día siguiente, me había tocado, como él me había pedido.

—Tenes que demostrármelo —me dijo—. Tu cuerpo es la geografía que hoy vamos a explorar.

Sentí que me tomaba por los brazos, y eso erizó mi piel; su contacto me hacía perder la razón. Me sentó en una silla y se alejó. Poco después, se oyó el sonido del cuero cuando él ocupó el sofá. Yo tenía todavía el



consolador y el gel entre las manos, y si bien abrí las piernas para cumplir con el pedido de Mariano, dudé porque me dio un poco de vergüenza tocarme delante de él. Recordé que apenas me veía por la lámpara que había encendido, así que lo hice.

Dejé el consolador y la botellita entre mis piernas y primero deslicé las manos por mis pechos, que eran una de las zonas más erógenas de mi cuerpo. Mis pezones se erizaron y la piel de la zona se tornó rígida.

Después las trasladé a mi vientre; me gustaban los besos cerca de la pelvis. Claro que hacía muchos años que no los disfrutaba porque siempre buscaban mis pezones.

Mariano sonreía, lo supe porque me pareció escuchar que el aire entraba por su boca y no por sus fosas nasales. Sonreía o se estaba excitando, no estaba segura, pero imaginar que así era me excitó a mí también. Sentí que me humedecía.

En busca de saciarme, coloqué un poco de gel en

una mano, la llevé hacia mis propios genitales y los masajé suavemente, dando ligeros apretones, como había hecho por la noche. Fui avanzando hasta alcanzar el clítoris y lo estimulé mientras la sed se apoderaba de mis labios. Volví a humedecerme los labios y entonces descubrí que mis caricias no bastaban, así que me introduje un dedo mientras estimulaba mi clítoris con el consolador. Se sentía caliente y húmedo.

Me agité convulsivamente, quería que Mariano me

penetrara pero él no se movía. Se había quedado mudo, parecía que había abandonado el cuarto, pero eso no era así. Yo sabía que él estaba ahí, viendo cómo yo me tocaba, y eso me excitaba todavía más. Ya no me importaba que me observara, quería que lo hiciera. Mi deseo aumentó tanto que un solo dedo tampoco bastó e introduje otro, y enseguida sentí que tampoco me satisfaría, así que utilicé el consolador.

Ya no me causaba gracia, por el contrario, agradecía

tenerlo porque entré en mí misma y me di placer hasta que por fin, después de tantos años sin sentir nada, comencé a temblar y a estremecerme. Todo empezó en el clítoris, o eso me parecía. Luego se extendió hacia adentro y pareció abarcar todo mi cuerpo débil y prisionero de aquellas sensaciones.

Sucumbí ante el poder del orgasmo. Dejé escapar un gemido y después bajé la cabeza. Mi cuerpo pedía más, quería que alguien me lamiera los pezones. Yo no

podía hacerlo y casi se lo pedí a Mariano, pero justo cuando iba a hablar, él interrumpió el juego.

—Fase aprobada. Te dejé información en el sillón individual.

Lo sentí correr. Creo que huyó a dejar escapar su eyaculación porque me pareció que llevaba las manos a la altura del pene cuando me pasó por al lado para irse. Me rozó sin querer con el codo.

Me quité la venda con desesperación, no quería dejarlo huir. El destello de

luz que se filtró cuando él abrió la puerta me cegó a tal punto que me obligó a cerrar los ojos. Ni bien sentí que la puerta se había cerrado, los abrí. Solo con la lámpara que había sido encendida pude ver el bar sin cegarme. A pesar de que otra vez me había dejado comida, solo me interesaba la información acerca de nuestro próximo encuentro. Este me había parecido muy corto y me había dejado con la insatisfacción de no ser penetrada, con el deseo de sentir a Mariano.

Me puse de pie y encontré lo que buscaba.

«La tercera fase te espera el viernes a la misma hora. La única instrucción para nuestro próximo encuentro es escribir una escena sexual que te parezca perfecta».

Como ninguna mañana desde que vivía con Lavinia, cuando sonó el despertador, Nick ya se hallaba despierto. Se apresuró a presionar el botón que lo callase sin dar los manotazos, fue directo al punto y apretó. Era un día distinto, sabía que Lavinia, preocupada por lo que



pasaría con Octavio, no había dormido en toda la noche y ahora que el sueño la había vencido, tendría que despertarla. No iba a dejarla afuera, tal como le había prometido. Por más duro que fuese, la necesitaba a su lado, y ella necesitaba estar con él. Formaba parte del matrimonio, formaba parte de superar un problema y sentirse más unidos después de eso. Desde que vivían juntos, jamás habían enfrentado un problema real hasta ahora.

La mantenía abrazada

contra su costado. Lavinia tenía apoyada una mano y la mejilla sobre su pecho, por eso solo tuvo que bajar un poco el mentón para besarla en la frente al tiempo que entrelazaba sus dedos con los de ella.

—Mi amor, es la hora — susurró. La reacción de Lavinia no se hizo esperar. Inspiró de golpe y luego dejó escapar el aire con lentitud.

Se sentía mareada y frágil, no había pegado un ojo hasta hacía una hora y le parecía que no había alcanzado a

reponer energía alguna. Sin embargo, se levantó sin rechistar. Se dio una ducha y se vistió. Para las ocho estuvo lista en la cocina, sirviendo chocolate con galletitas.

Mientras ella se ocupaba de servir, Nick apartó los papeles de la mesa y preparó el espacio para tratar de comer algo. Bebieron el chocolate a las apuradas y se fueron porque primero tenían que pasar por el edificio de su constructora.

Lavinia no tenía idea de cómo se compraba una

empresa, pero sabía que su marido en apenas dos días había recibido y estudiado algo que se llamaba memorándum, una nota de una negociación inicial y los datos financieros, legales y corporativos de Constructora Larrazábal. Ahora solo restaba firmar el contrato y luego los fondos serían transferidos de una a otra cuenta bancaria. También sabía que ese contrato era del todo perjudicial para Nick, pero aun así él lo firmaría. No podía ser más altruista ni más grande, ni

siquiera ella sería capaz de dar tanto habiendo recibido a cambio dolor y traumas.

Cuando él detuvo el auto frente al edificio donde funcionaban las oficinas de Octavio, paró el motor y esperó un momento en silencio. Lavinia no se atrevió a hablar. No tenía idea de lo que pasaba por la mente de Nick, pero podía imaginarlo, y hubiera querido ser capaz de meterse en su corazón y borrar todo sentimiento de culpa o temor que se hubiera apoderado de él en ese momento.

A Nick le tomó un instante hacerse fuerte. Hacía un buen tiempo que no estaba acostumbrado a fingirse otra persona, desde que estaba con Lavinia. Ni bien creyó que había conseguido recuperarse, giró hacia ella y le sonrió. Lavinia no le devolvió la sonrisa porque no pensaba entrar en ese juego. A cambio le tomó la mano.

—Todo va a salir bien — le aseguró. Nick asintió, otra vez serio. Entrar de nuevo a ese lugar donde había pasado horas oscuras de su

vida le removi6 algo adentro. Se sentia como un adolescente de nuevo, un joven inexperto al que le hacian pensar que solo serviria para ordenar papeles y contar lapices, y que eso seria lo maximo que podria lograr en la vida. Record6 de golpe todo lo que habia sufrido su madre, lo que en ese lugar se decia acerca de ella, y quiso irse, pero no podia. Se habia propuesto hacer algo y tendria que cumplirlo aunque le costara la estabilidad psicologica que creia haber alcanzado

con Lavinia, al menos por ese rato.

Lo recibió una secretaria desconocida, tal como él había pedido porque no quería cruzarse con Octavio ni con Elizabeth. Fue amable con la joven que lo condujo hacia el piso mismo en el que había pasado tantas horas de suplicio. No le importó demasiado. Tenía que convencerse de que él se había convertido en otra persona y no había vuelta atrás. Además, para su sorpresa, las heridas ya no dolían tanto como antes.



Soltó la mano de su esposa cuando le dijeron que tenía que entrar en la puerta contigua a la de la oficina de Octavio. Era la sala de reuniones. Él no se hallaría en ese cuarto porque Nick lo había pedido, como tampoco estaba Elizabeth en su escritorio. Se sintió poderoso al descubrir que sus órdenes habían sido respetadas, y eso le infundió seguridad. Besó a Lavinia, le sonrió y se adentró en el cuarto.

Sola junto a la puerta, Lavinia se sentó y se dispuso

a aguardar. No esperaba que el trámite fuera rápido, pero estaba segura de que Nick lo haría así. De hecho pasó encerrado en ese cuarto con un asesor de negocios, el abogado de su padre, un escribano y su propio abogado apenas diez minutos. Lavinia apostaba a que hasta había firmado sin leer de nuevo el contrato porque confiaba en su letrado.

—¿Ya está? —le preguntó cuando lo vio salir. Había creído que «rápido» para Nick significaría media

hora, pero se había equivocado. Era mucho menos. Él le sonrió, volvió a tomarle la mano y se encaminó al ascensor. Dieron algunos pasos hasta que algo interrumpió la huida. Cuando creían que el libro al fin se cerraba, alguien lo abría de nuevo.

—Nicolás.

La voz lo detuvo en seco. Después del alivio de pensar que ya no tendría que saber nada de Constructora Larrazábal y de creer que habían cumplido sus órdenes, como siempre

aparecía Elizabeth para recordarle que su palabra no tenía valor, que eternamente sería para ellos un chico manipulable y débil como su madre.

Lavinia percibió la tensión de Nick en el modo en que él le apretó la mano sin darse cuenta. Fue la primera en girar la cabeza para ver quién lo llamaba, estaba segura de que se trataba de la mujer de Octavio a la que nunca había visto, pero casi parecía que la conocía desde siempre. No se equivocó. La bella señora dio un paso

adelante y volvió a hablar a Nick.

—Tu padre está del otro lado de esa puerta —señaló la oficina junto a la sala de reuniones—. ¿No pensás pasar siquiera a saludarlo?

Nick se volvió hacia ella con la mirada convertida en un témpano de hielo. Se fingía implacable, pero Lavinia sabía que sangraba por dentro.

—No —replicó a secas—. Y pedí expresamente que ninguno de ustedes apareciera.

Elizabeth hizo evidente

que no le gustó la respuesta con una mueca de disgusto.

—A mí me parece que...

—comenzó a hablar, pero Lavinia la interrumpió.

—Señora —le dijo—. A mí lo que me parece es que Nick acaba de hacer por ustedes mucho más de lo que hicieron ustedes por él en su vida, y deberían estar agradecidos.

Elizabeth la miró sin entender qué derecho tenía esa mujer a opinar sobre asuntos familiares que no le concernían, hasta que pareció recordar que era la

esposa de su hijastro. Había leído que era la diseñadora con la que él se había casado.

—Lo que pasa es que... — intentó explicar un poco más calma.

—Lo que pasa es que ustedes no saben dar las gracias —se interpuso Lavinia.

—Es suficiente — intervino Nick. No quería que Lavinia se enfrentara a Elizabeth, y menos en su estado—. Nos vamos.

Tenía que salir de ahí cuanto antes, no deseaba

exponer a Lavinia al mal de la gente, tenía que protegerla de Octavio y de Elizabeth. Se dio la vuelta y obligó a Lavinia a girar con él, pero algo otra vez los interrumpió. Primero un resoplido de agotamiento, y después una frase que partió de labios de Elizabeth. —Tu madre te tornó en contra de Octavio. Nick se volvió como una fiera, hasta Lavinia sintió miedo de reacción. No se acercó a la mujer, pero estiró un brazo con 1 dedo índice en alto y le gritó con la voz poderosa



que solía urgirle del alma:  
—¡No te atrevas a hablar de  
mi madre! ¿Por qué siempre  
tenía que callar? ¿Por qué  
seguía soportando ese trato  
sobrador que le daban  
cuando era un niño?

—Nick —oyó que  
susurraba Lavinia. Después  
ella le acarició una mejilla  
para que él la mirase—.  
Nick —volvió a llamarlo  
ante la ausencia de  
respuesta, hasta que  
consiguió que él atendiera su  
voz. Entonces le acarició el  
otro lado de la cara—. Está  
bien, no tenes que hacer lo

que no querés. Vamos a casa. Nick bajó la mirada.

—Perdóname —dijo y volvió a buscar sus ojos—. ¿Estás bien? —No me pidas perdón, yo estoy bien —le sonrió ella—. Vamos. —No.

Lavinia pestañeó, perpleja. —¿No?

—Lo voy a hacer. Voy a entrar. Pero lo voy a hacer solo —miró a Elizabeth para que no se entrometiera como siempre hacía en todos los asuntos.

Lavinia tragó con fuerza, no sabía si podía ser buena esa decisión, pero Nick

necesitaba cerrar un capítulo de su vida y ese era el momento perfecto para que lo hiciera.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Sí —susurró él extendiéndole las llaves del coche—. Espérame en el auto —Lavinia se quedó mirándolo sin reacción, insegura de lo que él haría—. En serio, voy a estar bien, espérame en el auto —le sonrió.

Lavinia asintió. Aceptó las llaves del auto y se retiró sin saludar. Elizabeth dejó pasar

a Nick en dirección a la oficina de Octavio sin emitir palabra.

Entrar de nuevo en ese cuarto le hizo anudar el estómago. Todo seguía igual, parecía que el tiempo no había pasado: su padre sentado al escritorio como un magnate de las finanzas cuando su empresa iba en picada, la lámpara encendida, el gran ventanal por el que solía pensar que se veía media ciudad y ahora se daba cuenta de que solo se apreciaban las ventanas de los edificios de enfrente.

—¡Ah! —exclamó Octavio cuando alzó la canosa cabeza y se encontró con la alta y fornida figura de su único hijo—. ¡Apareciste!

Nick no lo soportó. Ni siquiera sus frases o su forma dura de expresarlas había cambiado, todo seguía como hacía más de diez años, estancado en el tiempo y en el espacio. Menos él. Él ya no era ese chico vulnerable que aguantaba todo sumiso y callado, incapaz de defenderse. Y aunque ahora lo hiciera

torpemente, lo haría.

—No vas a hablar —dijo con voz implacable—, vas a escuchar, porque voy a hablar yo. Durante años esperé algo de vos, pero ahora sé que jamás va a llegar. ¿Y sabes qué es lo que más me sorprende? Que ya no me importa. No quiero volver a verte. Esto que hice, comprar tu empresa para que puedas seguir fingiendo que tenes la vida de un príncipe, podes considerarlo una paga. Te estoy pagando por haberme dado la vida. Ya no te debo nada.

Acabado el breve y contundente discurso que Octavio escuchó sin emitir sonido alguno, Nick se volvió de espaldas a él y atravesó de nuevo la puerta que lo alejaba para siempre de su pasado. No quería saber nada de él porque había vivido enterrado en sus raíces tanto tiempo que ahora lo asustaba. Solo quería futuro.

Lavinia lo vio salir del edificio y acercarse al auto muy rápido, pero junto a la puerta, él se detuvo. Ella no bajó, esperó. Nick pasó un

momento afuera y después entró para sentarse y quedarse otra vez inmóvil. Lavinia no se atrevió a interrumpir sus pensamientos hasta que el silencio le produjo temor. Nunca presagiaba nada bueno.

—Nick... —balbuceó.

Él la miró. Tenía los ojos rojos y de pronto se echó a llorar. Lavinia lo recibió sobre las piernas y le acarició el cabello con un nudo en la garganta. No lo había visto llorar así jamás. Sintió que él se abrazaba a



su cintura y procuraba pegar la mejilla a su vientre. Nick quería estar cerca de ella y de su hijo porque eran su futuro, y gracias a eso no le importaba el pasado.

Permanecieron un buen rato de esa manera hasta que el episodio fue desapareciendo. Después, un poco avergonzado, él se irguió y le sonrió.

—Perdón —le dijo.

—Deja de pedirme disculpas —le respondió Lavinia sin darse cuenta de que por la mejilla de ella también se deslizaba una

lágrima. Paradójicamente, en aquel momento los ojos de Nick se veían más hermosos que nunca.

—Me siento libre — comentó él en un susurro.

—Lo sé —le sonrió ella. Después Nick se secó la cara, se acomodó en el asiento y la miró sonriente.

—¿A dónde vamos? — preguntó.

—¿Íbamos a alguna parte? —se sorprendió Lavinia. Él entrecerró los ojos.

—Mmm... Podemos ir a una casa de té —sugirió—. En este momento me muero

por una porción de torta de chocolate. Lavinia rió escurriéndose la lágrima con el dedo. —¡Hecho! — exclamó con alegría.

VIERNES. EL nudo en el estómago de Helena se apretaba cada vez más fuerte. Había recogido la llave de la mansión y el diario íntimo en el que había hecho la tarea para llevarlo consigo. Lo único que haría sería ir a la casona de Barrio Parque y asistir al próximo encuentro. Estaba ávida de él.

Mariano parecía tener todo muy bien calculado:

programaba sus citas los días que ella trabajaba por la mañana de modo que pudiera escapar de la facultad por la tarde. Se atrasaría bastante, pero eso no parecía ser importante.

Como era feriado, no había ido al hotel ni iría a la universidad. Aprovechó para vestirse con una falda, zapatos y una camisa que la hacía lucir bonita. Se maquilló con tonos suaves y se peinó con una trenza. Parecía una ejecutiva de un hotel, pero mucho más sensual. Había recuperado el

deseo de verse bien porque se sentía joven. Por primera vez se sentía de la edad que tenía y no una anciana.

—¿Vas a trabajar un feriado? —le preguntó su madre antes de que saliera de la casa—. ¿Te cambiaron el horario y el uniforme?

—No. Voy a una clase extra —respondió Helena, y sin decir más, se alejó rumbo a la calle.

No quería ni podía dar explicaciones, ¿qué diría? ¿Cómo expresar que se había involucrado en un juego excitante y misterioso,

mucho mejor que cualquier partido de cartas?

Llegó a la casona a las cinco menos cuarto, y ya no se preocupó por demostrar que había arribado antes de tiempo. De todos modos, le abrieron la reja a las cinco en punto.

Por Dios, Mariano Rizzi también era puntual como ella, y amaba esa cualidad de él. Ni antes ni después, justo a tiempo. Y si bien no había vuelto a verle la cara desde hacía unos días, sus otros sentidos estaban cometiendo el error de

añorar su voz, su olor, su fantasma; porque la última vez, ni siquiera la había tocado.

Avanzó por el camino de piedras, subió los escalones del porche de un salto y, como siempre, pudo abrir la puerta con su llave. Dentro de la casa siguió un camino de pétalos de rosas violáceas que subía las escaleras y se perdía en el último cuarto de la derecha. Abrió la puerta y se encontró con una biblioteca.

Esa vez, la caja de metal y terciopelo descansaba sobre



un escritorio. Había otra puerta, pero estaba cerrada, y la comida no había sido servida. No halló rastros de Mariano hasta que su voz susurró desde el cuarto contiguo:

—¿Hiciste la tarea?

—Sí, por supuesto —  
respondió Helena  
complacida—. Soy muy  
responsable.

—Me gustaría que la  
leyeras. Léela para mí.

Helena sonrió satisfecha. Extrajo el diario de la cartera, lo abrió en la página correspondiente y comenzó

con la lectura.

«Una escena sexual perfecta... No sé. Nunca tuve grandes aspiraciones, pienso que en lo simple está escondido lo mejor de la vida, solo que la simplicidad de la mía nunca me permitió ver cosas buenas. Hace mucho tiempo me acostumbré a no soñar. Cada sueño que tuve acabó roto, así que entendí que es mejor no tener ilusiones, por eso se me dificulta escribir una

escena sexual perfecta a partir de mis deseos. Haré el intento.

Imagino que me siento intrigada, como si cada vez que fuera a tener sexo hubiera algo por descubrir, como cuando vengo a tu casa y jugamos. Imagino que llego, se abre la reja, y yo entro apurada. En el living me espera alguna instrucción rara, como las que siempre me das y tanto me gustan. Siento que con cada cosa que me pedís que haga, voy reuniendo pedacitos de mí. Eso sí que sería una escena

soñada: juntar los trozos de mi existencia y volver a ser una. No sé cómo lo harías, pero vos sos muy ingenioso, y estoy segura de que lo conseguirías.

Tus instrucciones raras despiertan mi instinto, y logro llegar a la habitación que elegiste para nuestro encuentro, deseosa de hallarte. Cuando abro la puerta te veo sentado en uno de esos sillones verdes que pueblan tu casa. Me miras y siento que me desnudas con la mirada. Me estás deseando, y yo te deseo. Me

gusta tu postura de libertino, cómo te sentás siempre con las piernas abiertas y casi al borde del asiento. Me gusta tu cuerpo, me gustan tus labios gruesos, que ni bien me ves se abren para dejar entrar un poco de aire. Yo te robé ese aire que te falta.

Entro al cuarto y te miro. Mi deseo es desnudarme despacio para que me mires, pero vos no me dejás. Te levantas, te acercas y me vas devorando con la mirada. Me olvidé de escribirlo, pero también me gustan tus ojos, me matan tus ojos, porque

son claros, pero son oscuros. Tu alma es oscura, como la mía, y eso me hipnotiza.

Te quedas de pie delante de mí y me tocas. Lo haces apenas con un dedo que sale de mi pelo, pasa por mi mejilla izquierda y sigue su camino hasta mi pecho. Baja un poco más y se mete en mi soutien, me roza un pezón que se endurece con tu contacto.

En tus labios se dibuja una sonrisa que me tienta a besarte, pero no lo hago. Levanto la cabeza y vos la bajas. Tu boca se acerca a la

mía y me acaricias con tu respiración. Vas despacio, primero respiras sobre mi pómulo, después sobre la comisura de mis labios.

Yo cierro los ojos. Me hace cosquillas. Siento que se replican en mi vagina y no aguanto la necesidad de besarte. Giro un poco la cara hasta que nos encontramos, tu lengua dibuja una línea en el centro de mis labios y después se entromete en mi boca. Yo la abro, me abrazo a tu cuello y dejo que tu olor me robe los pensamientos. Oles tan bien, sos tan

atractivo.

Enredas los dedos en mi pelo y tus yemas me acarician de una manera que me hace desearte todavía más. Me siento protegida, me siento cuidada, y ansío lo que va a pasar.

Me desprendes el pantalón y lo dejas caer. Me haces levantar los brazos y me sacas la blusa. Me sacas la ropa interior, me tenes desnuda en tu cuarto, solo para vos, que todavía no te sacaste una sola prenda.

Yo sonrió, y vos te alejas dos pasos. Empezás por



quitarte los zapatos y después los pantalones. Tus piernas son fuertes y largas, pero cuando te sacas la camisa, lo que más me gusta es tu torso. Me humedezco los labios pensando en cómo voy a aguantar las ganas de tocarte.

Volvés a acercarte a mí y nuestros cuerpos se pegan el uno al otro. Siento tu piel contra mi piel y eso me acelera el pulso. Mi respiración se agita, me estás tocando la espalda. Tus manos van y vienen en todas direcciones y yo no tengo

fuerzas para decir nada. Solo puedo gemir y suspirar. Tu boca vuelve a acercarse a la mía y otra vez nos damos un beso.

Me vas empujando hacia la cama, pero estoy tan atrapada en tus labios que no me doy cuenta. Recién lo noto cuando la parte de atrás de mis rodillas roza el borde de la cama, entonces me siento, y vos venís conmigo. Me vas llevando hacia atrás, me acostás sobre la almohada, estás sobre mí, sosteniéndote con los codos mientras me seguís besando.

Tu mano se instala en mi sien. Tu pulgar me acaricia y yo abro los ojos. Dejaste de besarme, pero a cambio me estás mirando. Me gusta que me mires y me gusta mirarte. Sonreís. Te noto feliz, sé que una lucecita se enciende para nosotros cuando estamos unidos.

Entonces siento que tu mano se desliza desde mi pelo hasta mi cadera, pasando por mis costillas. Me estremece la caricia, me llena la panza de mariposas. Abro las piernas y te rodeo con ellas. Con los pies te

aprieto contra mi sexo desnudo y siento que tu miembro ya está listo para mí, aunque jamás te quitaste el boxer. Llevo mis manos a la prenda y empiezo a sacártela. No llego a la mitad de tu pierna que ya escapa tu erección y tu miembro se interna un poco en mi cuerpo. Dejo de respirar.

Me muevo contra vos para ayudarlo a entrar, pero vos te alejas. No por capricho, sino porque, como de costumbre, querés llevarme al límite de mi ansiedad. Me

das un beso en la mejilla, luego otro en el mentón, bajas y me besas el cuello, el hombro, el pecho, un pezón. No doy más. Tus besos me están volviendo loca, apúrate, te quiero adentro mío. Pero vos te tomas tu tiempo, como cuando tardas en responder, o como cuando no sé en qué estás pensando. Me mata no saber, pero si algo me gusta de vos es que sos un ser lleno de misterio. Si no lo fueras, jamás me habrías atrapado.

Tus besos siguen bajando

y pasan por mi vientre, por mi ombligo, por mi ingle. Me haces estremecer, siento que me estoy muriendo, y te suplico que abandones la tortura. Quiero hacer un chiste y te digo que ya no estamos en el Medioevo para que me tortures, pero no puedo acabar la frase porque un dedo tuyo se mete adentro mío y yo tiemblo de deseo. Me besas el muslo, tu dedo hurga en mi cuerpo y tu pulgar me acaricia el clítoris. Vuelvo a temblar y un beso tuyo se cuele en ese punto donde antes habías

puesto el pulgar. Siento tu lengua caliente contra mi sexo y me retuerzo. Ahora sí te lo digo en serio, no aguanto más.

Te empujo con el pie y volvés a sostenerte con los codos para quedar sobre mí. Me vas penetrando despacio, como acostumbrabas hacer todo, y a mí eso me mata de deseo. Entrás y salís hasta que decidís quedarte adentro. Empujas. Abro más las piernas y te murmuro algo al oído. No sé qué, no me importa.

Yo te abrazo y te aprieto

los hombros con las manos. Mis uñas te dejan una marca y a los dos nos gusta. Es la marca del deseo, es la marca de la vida.

Me sacudo con tu respiración. Todo transcurre tan rápido que lo demás desaparece. Es una locura. Tus labios besan los míos, tu miembro se pone cada vez más grande y yo lo siento adentro. Me encanta, me apasiona. Empezás a moverte más rápido y yo te sigo el ritmo. Me aferró más a tus hombros y me muevo de manera desenfrenada. Mi



cadera se alza hacia vos, vos la bajas con tus embestidas, y cuando acabamos juntos a la vez, sos vos el que me dice algo. No sé qué, tampoco importa. Tus labios me besan de nuevo y yo siento que por mi cuerpo corre tu semen, siento que la respiración me abandona porque en tus brazos... en tus brazos yo revivo».

Una vez que terminó, Helena tragó con fuerza. La lectura la había dejado

sedienta de Mariano y también un poco avergonzada.

—Habrás notado que te incluí en la escena — masculló sin aliento.

Al responder, Mariano procuró impostar una voz seductora para que no se evidenciara su desconcierto al darse cuenta de que el objeto de deseo de Helena era él mismo. —Quiero que me cuentes qué sentiste al leerla —pidió. Helena tragó con fuerza, se le había acelerado el pulso. Miró hacia la puerta como si

pudiera ver al hombre al que se dirigía. —Me excitó — confesó con las mejillas sonrojadas. Se hizo un breve silencio. Una oleada de sensaciones comprimió el pecho de Mariano. Casi inocentemente, Helena iba modificando las reglas del plan que él había trazado. — Podes sentarte —le anunció después, tratando de dominar sus emociones.

Helena dejó el diario sobre un sillón y se sentó en el que miraba la puerta, tal como Mariano le había pedido. En ese momento, las persianas

del cuarto comenzaron a bajar. Otra vez oscuridad total. Entonces oyó que la puerta se abría.

El solo hecho de saber que Mariano compartía el ambiente con ella la hizo entreabrir los labios. Percibió que él le colocaba una mano cerca de la cabeza, pero no la tocaba.

—Tenes que sacarte solo la ropa interior —le ordenó muy despacio.

Helena recogió la pollera hasta alcanzar la tela de encaje negro, que deslizó por sus piernas hasta caer a

sus pies. Alzó un zapato, luego el otro, y finalmente la prenda se halló en el suelo.

Al tiempo que eso sucedía, oyó el sonido de un fósforo y al girar la cabeza hacia el ruido, vio que se encendía una vela.

—¿También me saco lo de arriba? —preguntó esperanzada sin ver a Mariano, por eso le tembló la voz. —No —replicó él, quien no se dejó ver—. Así está bien, hora puedes recostarte.

Helena así lo hizo. Recostó la espalda en el

sillón, después se quitó los zapatos y alzó las piernas. Oyó que se abría la caja y e respaldó en el apoyabrazos. Por instinto miraba la luz de la vela, que solo alcanzaba a iluminar un estante de la biblioteca, echó la cabeza atrás de modo que su cabello casi rozó el piso de madera. La sangre comenzó a circular hacia su cabeza y a hacerle latir las sienas. Oyó de nuevo el fósforo, y junto a ella se encendió otra vela. Solo iluminaba su rostro.

Cada vez que la miraba, Mariano temía perder el

control. El deseo que experimentaba por Helena crecía en cada encuentro hasta alcanzar límites que lo dejaban asombrado. Quería brindarle placer porque solo viéndola gozar podía hacerlo él.

Helena jadeó cuando los dedos de Mariano le rozaron la piel del pecho. Después se deslizaron hacia los botones de su camisa blanca y comenzaron a desprenderlos.

—No hiciste bien la primera tarea —la regañó él con paciencia.

—Te juro que la hice —

aseguró Helena.

—Y yo te aseguro que tus zonas erógenas son muchas más que los pechos y el clítoris, empezando por el cuello —le dijo antes de rozar el sitio indicado con un objeto que Helena no supo precisar—. Siguiendo con las muñecas —indicó a continuación, rozándole el lugar al que aludía—. Y terminamos con los labios —le pasó el objeto por donde decía.

Helena se agitó. Entreabrió la boca para respirar y en ella se dibujó una sonrisa.



—¿Sabes lo que es esto?  
—le preguntó él haciendo  
que el extraño elemento se  
deslizase por sus mejillas. Se  
sentía a la vez pegajoso y  
aterciopelado—. Lo mismo  
que te trajo hasta esta  
biblioteca, porque nuestro  
encuentro de hoy es sobre  
literatura.

—Pétalos —arriesgó  
Helena.

—Pétalos —aprobó  
Mariano—. ¿Recordás de  
qué color eran?

—Eran oscuros —  
respondió Helena  
procurando un poco más de

aire—. Eran de una tonalidad entre violeta y negra.

Mariano sonrió, ella lo supo por el sonido de su respiración.

—Las rosas como esta son míticas y se nombran en muchas obras literarias, porque son un símbolo —explicó él—. Esta variedad en particular se cultiva en muy pocas partes del mundo. Son oscuras, son delicadas, son efímeras... Se parecen a vos.

Helena pensó que moriría allí mismo. Sintió que

Mariano se alejaba y luego oyó el *clac* de una sustancia que se movía y chocaba contra otra superficie.

—¿Sabes lo que es esto?  
—le preguntó Mariano.

Helena no hizo tiempo a responder, aunque tampoco habría adivinado. De pronto, cuando todo el calor se acumulaba en sus mejillas a causa de la posición en la que se encontraba, algo helado le quemó un pecho, que se asomaba por entre el soutien y la camisa desabotonada. Gimió de impresión, vibró de deseo.

Después de gotear sobre su abultado pecho izquierdo, el trozo de hielo se trasladó a su vientre, donde dibujó un círculo alrededor del ombligo mientras la otra gota todavía se deslizaba por su seno. Helena entreabrió los labios, echó la cabeza todavía más atrás y estiró los brazos hasta que ambas manos se unieron centímetros más allá de su cabellera.

Mariano gozaba al igual que ella. Sentía que los boxer negros le estallaban y que cada vez que veía a

Helena le costaba más tiempo contener sus propios impulsos. Quería entrar en ella, enseñarle que todavía existía un hombre que podía hacerla gozar. Hombres, se corrigió. Tenían que ser otros los que le devolvieran el placer porque en algún momento él tendría que dejarla ir.

—Mariano... —susurró Helena. Mariano se dio cuenta de que había dejado las manos quietas con el hielo sobre el esternón de Helena y se sintió un tonto por eso. Otra vez se había

dispersado y así su erección había desaparecido. Al menos le serviría para controlarse y prolongar el juego.

Abandonó el hielo y buscó en la caja el siguiente elemento, que era una pluma azul, pero Helena cambió sus planes.

—Los dedos —musitó—. Quiero tus dedos, quiero sentir tu piel contra mi piel. Tócame.

Eso estaba esperando él, que ella pidiera, pero ahora que lo hacía, no quería contestar el reclamo.

Obligado por su propio juego y sin atreverse a cambiar de nuevo las reglas, estiró una mano indecisa hasta rozar con la punta del dedo el mentón delicado de Helena.

Fue instantáneo, fue como una droga. El boxer estallaba de nuevo.

—Más abajo... —murmuró ella. Lo estaba volviendo loco.

Mariano cumplió con el pedido, no solo porque quería satisfacerla a ella, sino también a sí mismo. Su mano se trasladó del mentón

al pecho de Helena, trazó en él dibujos con el agua que había quedado del hielo. Fue bajando hasta que el líquido se aprisionó contra la tela del sostén, entonces lo forzó a seguir camino hacia los pezones con la yema del dedo.

La sensación del agua, los dedos de Mariano y la caricia al pezón abrumaron tanto a Helena que se arqueó hacia el hombre y dejó escapar un suspiro de goce. Se derretía allá abajo, donde la falda de tablas todavía escondía su pelvis desnuda.



Mariano deslizó los demás dedos por dentro del soutien de Helena hasta que consiguió rodear el pecho con toda la mano. Era más suave que el terciopelo, más caliente que su propio infierno.

Extrajo el pecho fuera del sostén para poder besarlo. Lo mismo hizo con el otro mientras las fantasías se multiplicaban en la mente de Helena, que no podía ver nada, pero sentía como nunca antes lo había hecho.

Mariano no quería, pero acabó haciendo lo prohibido.

Tomó a Helena de la cintura y la reacomodó en el sofá. Así ella quedó extendida con la cabeza sobre el apoyabrazos y la falda arrugada en la cadera. Apenas se avistaba su zona íntima y ella no lo sabía.

Tras dejarla en el sitio que quería, Mariano se inclinó sobre ella y absorbió la gota de agua que todavía poblaba su pecho con la lengua. Helena se removió debajo de él, tomó una bocanada de aire en busca de seguir respirando y esperó ansiosa la próxima caricia.

No tardó en llegar. Se extendió por su otro pecho hasta alcanzar el pezón, el que Mariano atrapó con los labios para succionarlo y hacerle perder la conciencia.

Helena se agitó y se deslizó hacia arriba. Quedó con Mariano entre las piernas.

—Ahora, por favor —suplicó. Ella rogaba. Ella lo pedía.

—¿Ahora qué? —se alegró él por su triunfo, a la vez dilatando el tiempo para que quizás ella se arrepintiera de habérselo

pedido. Estaba loco, lo sabía: por un lado no veía la hora de entrar en Helena y por el otro jamás lo hubiera hecho porque sabía que pasando ese límite, no había retorno. Existían lugares donde, una vez dentro, la vida cambiaba de rumbo.

—Lléname con tu cuerpo.

Ella no podía pedir nada más literal que eso. Y él no podía negarse.

Cobró valentía, se bajó el boxer y tomó de la caja un condón que deslizó por su miembro antes de que su razón lo obligara a

preguntarse qué estaba haciendo. Nunca pensó que el plan se le iría de las manos de tal manera, jamás creyó que podría volver a... Oh, estaba entrando en ella. Oh, se sentía como volver a la vida.

Helena abrió más las piernas para liberar la entrada a Mariano. Se abrazó a sus hombros y por fin pudo tener contacto con su piel.

—Estás desnudo —le dijo entre jadeos—. Lo sabía.

Él acabó de penetrarla con una embestida fuerte que

alzó a Helena unos centímetros más arriba de donde ya se encontraba. Ella lo apretó contra su sexo rodeándole la cadera con las piernas y comenzó a moverse de manera opuesta a como él lo hacía. Si Mariano iba hacia arriba, ella iba hacia abajo; si Mariano iba hacia abajo, ella iba hacia arriba, y así conseguía que el choque entre su clítoris y la pelvis masculina fuera más duro y excitante.

Se aferró a Mariano; era tan inmenso el placer que

experimentaba que le rasguñó la espalda. Sentía la invasión dentro de sí misma, la manera en que esa unión se compaginaba con los movimientos rítmicos que hacían, y le parecía que ya estaba acabando. Las manos de Mariano aferradas al apoyabrazos la encerraban en la jaula que formaba él con su cuerpo, sus embestidas la elevaban cada vez más arriba del sillón y más en su fantasía.

Se movía en contra de él casi inconscientemente. Tomó la cabeza de Mariano,

la inclinó hacia sus pechos, y él obedeció al instante. Quería saborearlos de nuevo.

Cuando la lengua masculina entró en contacto con aquel sitio que a Helena tanto placer le daba, ella se quejó. La cosquilla en los pezones era poderosa, se extendía por su cuerpo y se replicaba en su vagina. La oscuridad se tiñó de destellos dorados; se dio cuenta de que apretaba los ojos del modo contrario en que abría los labios. De su garganta escapaban gemidos



que fueron apagando todos los que alguna vez había fingido, todos los que se habían perdido en camas, callejones y autos ajenos.

Estaba gozando con la penetración de un extraño. Estaba experimentando un orgasmo que opacaba todos los que alguna vez había tenido.

La furia del final estalló dentro de su cuerpo como en el de Mariano. Él se quejó también, fue un sonido gutural e involuntario que se pareció al rugido de un animal en celo. Acabó

moviéndose con tanta fuerza que la espalda de Helena golpeó contra el apoyabrazos y el cabello se le enredó en los dedos del hombre, que le sujetaban la cabeza para que no se lastimara por los violentos choques.

Mientras acababa sosteniendo la cabeza de Helena en una mano, Mariano la observaba: sus labios carnosos, sus mejillas sonrojadas, la pasión oscura que le inundaba los ojos. Todo confluyó con un poder tan sobrehumano que estuvo

a punto de besarla. Sin embargo, se contuvo a tiempo.

Sin besos. Al menos todavía.

Después de hacerle el amor, Mariano se mantuvo quieto dentro de Helena un momento. Cuando sintió que la erección disminuía y sus respiraciones se acompasaban, salió de ella y le pidió un momento para dejarle algo preparado. Helena asintió y respetó el pedido. No se movió del sillón ni procuró ver más allá hasta que escuchó que

se había cerrado la puerta.

Cuando las luces se encendieron, de nuevo encontró comida en el escritorio, la puerta del cuarto contiguo entreabierta y una nota.

Se puso de pie de inmediato, ni siquiera se molestó en acomodarse la pollera y la camisa. El papel se hallaba junto a una lámpara y se notaba que no había sido preparado. Resultaba evidente que Mariano había cambiado de planes porque ese papel, a diferencia de los anteriores,

lo había escrito en el momento.

«Lunes, 5 p.m.»

Nada más que eso.

Helena respiró, confundida y temerosa. ¿Acaso los encuentros estaban llegando a su fin? De saber que sería así, no se hubiera mostrado tan ávida de recibir a Mariano dentro, pero ¿qué estaba pensando? ¿Fingir con él era imposible!

Recogió su diario, que había quedado sobre el otro sofá, y arrancó una hoja. Buscó una lapicera en su bolso y escribió una nota.

«Para vos, Mariano».

Amaba escribir su nombre.

Y dejó ambas cosas, la nota y el diario, sobre la mesa.

Por el deseo inconsciente de prolongar el tiempo en la casona, se duchó y luego, por primera vez en los tres encuentros que había mantenido con Mariano, comió algo de lo que él le había dejado. Un té y una porción de *cheesecake* con arándanos.

Abandonó la mansión con la esperanza de reencontrarse con Mariano

el lunes. No tenía idea de cuál sería la temática de su próximo encuentro.

—Mamá —saludó Lavinia ni bien abrió la puerta de su departamento—. ¿Estás bien? Nunca venís a casa, me asusté cuando me llamaste para decirme que venías —siguió contando a su madre mientras Cristina avanzaba hacia la mesa del comedor. Tenía la cabeza gacha.

Lavinia cerró la puerta y se acercó a la mesa. Apartó algunos papeles y le ofreció un asiento.

—Gracias —replicó la mujer mientras se sentaba. Su hija hizo lo mismo frente a ella—. ¿Cómo estás?

—Bien —replicó Lavinia con una sonrisa preocupada—. ¿Me vas a decir por qué viniste? ¿Querés tomar algo?

Cristina negó con la cabeza. Le costaba iniciar la conversación.

—No quiero robarte tiempo —se excusó. Lavinia no llegó a responder que no le robaba nada y que le agradaba su visita, porque su madre se apresuró a hablar—. Necesito preguntarte



algo.

Se produjo un momento de silencio en el que Lavinia esperó con preocupación la pregunta de su madre. Hasta que la mujer se decidió a seguir y lo hizo, pasó al menos un minuto en el que a ella se le estrujaba el estómago.

—El otro día, discutiendo con Helena, ella dijo algo que me dejó muy preocupada —esbozó Cristina antes de dejar escapar un suspiro—. No sé cómo preguntártelo, pero tengo que hacerlo.

—Está bien, mamá —  
consintió Lavinia sin dar  
vueltas. Imaginaba hacia  
dónde se dirigía la  
conversación y estaba lista  
para enfrentarla—. Decime  
lo que sea.

Cristina bajó la cabeza  
hasta que por fin se atrevió a  
hablar.

—Mientras peleábamos,  
me insinuó que Josué era...  
que había...

—Abusado de nosotras —  
completó Lavinia. Su madre  
la miró en silencio, con el  
miedo escapándosele de los  
ojos—. Es una verdad a

medias —siguió diciendo Lavinia con entereza, pero dolida—. Intentó hacerlo conmigo, sí.

Cristina tembló de pies a cabeza.

—¿Cuándo? —preguntó angustiada.

—Hace mucho tiempo, cuando tenía dieciséis años —.contó Lavinia—. Pero no pudo. Me desmayé y no pudo. —¿Ya Helenita?

Cristina lloraba. Lavinia la había visto llorar muy pocas veces.

—A Helena no sé, vas a tener que preguntárselo a

ella —respondió con pena—. Pero no lo creo. Ella se previno de otra forma.

Las dos comprendieron a qué se refería Lavinia y callaron. Callaron porque no había nada más para decir.

—Lo lamento mucho —siguió llorando Cristina—. Perdóname, Lavinia. De haberlo sabido...

—Mamá —la interrumpió su hija—. Lo que importa no es lo que no hiciste en su momento, sino lo que hagas ahora que lo sabes.

—Helena —llamó Cristina mientras golpeaba a la

puerta del cuarto de su hija.

Hasta ese momento, Helena se encontraba sobre la cama, pensando en los encuentros con Mariano, pero la llegada de su madre acabó con sus fantasías. Se irguió como si hubiera sido hallada en pecado y hasta se cubrió las piernas con las sábanas para fingir que había estado durmiendo. Hacía mucho tiempo que no se sentía avergonzada porque la interrumpieran justo cuando estaba pensando en sexo, y eso era porque ahora se trataba de su

intimidación, en cambio antes no era más que algo ajeno a sus sentimientos. Eran sensaciones nuevas que disfrutaba casi tanto como sentir que Mariano la poseía.

—Adelante —dijo con voz extraña. Cristina se adentró en la habitación y avanzó hacia su hija con pasos lentos. Se sentó en el borde de la cama—. ¿Qué pasa? —le preguntó Helena confundida. El rostro de su madre lucía desmejorado.

—Helena. Yo sé quién es tu padre.

A Helena le tembló el

cuerpo. No era posible que a su madre se le ocurriera confesar semejante verdad en un momento como ese, sin previo aviso, así como si nada.

—¿Qué decís? —masculló atemorizada—. ¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—Porque era un hombre casado y no te quería —se miró las manos—. Me pidió que abortara.

Helena sintió que le enterraban un puñal en medio del pecho.

—¿Por qué me decís esto ahora? —interrogó molesta

y a la vez agradecida. Era mejor saberlo tarde que nunca.

—Porque me doy cuenta de que ocultar cosas solo trae problemas —confesó Cristina cabizbaja. Luego la miró a los ojos—. ¿Querés que te diga su nombre? ¿Querés ir a buscarlo?

—Sí —reclamó Helena aprovechando el acceso de sinceridad de su madre—. Sí, quiero.

—Se llama Ignacio Díaz. Era un vecino que vivía a dos casas de la de tu abuela, que en paz descanse.



—Gracias —asintió Helena dando por finalizada la conversación. Estaba sorprendida, y aunque sabía que quizás no existiría otro momento en el que pudiera continuarla, tampoco sabía si así lo quería. Estuvo a punto de ponerse de pie y huir al baño. Quería pensar donde nadie la interrumpiera.

—Helena —la detuvo Cristina. Tomó aire y soltó —: ¿Josué te violaba?

Helena se quedó en silencio un momento, temerosa de dar respuesta.

—Josué no —dijo finalmente—. Pero supe muy bien cuando quiso empezar a perseguirme como había hecho... —se interrumpió. Otra vez estaba por meter en el medio a su hermana y no quería. No tenía derecho a hacerlo.

—Como había hecho con Lavinia —completó su madre. Helena la miró asustada. Jamás había querido arruinar el presente de Lavinia mezclándola con el pasado, jamás había deseado confesar una verdad que ella callaba.

—Yo no dije eso —se apresuró a reponer.

—Pero yo ya lo sé —replicó su madre—. Me lo dijo ella.

Una mirada bastó para que la conversación se diera por terminada. Cristina se puso de pie, se dirigió con lentitud a la cocina y Helena se quedó en la cama con la sensación de que podría haber muerto antes de siquiera nacer.

Quizás su madre había hecho algo por ella. La había dado a luz a pesar de no tener dinero suficiente para

mantenerla y de que su propio padre hubiera deseado matarla, y eso no era poco.

Aun así, tenía que verle la cara. Tenía que conocerlo.

# 12

HELENA decidió buscar a Ignacio Díaz el lunes, que también era feriado, antes de presentarse en la casa de Mariano. Su madre le había dicho que el hombre que buscaba vivía a dos casas de la que había pertenecido a su abuela, de modo que si tocaba el timbre en la tercera, quizás supieran algo de él. Así lo hizo. Allí un abuelo la espío primero desde la ventana y luego le

preguntó qué quería.

—Buenas tardes —lo saludó ella—. Estoy buscando a Ignacio Díaz. ¿Es acá? —sabía que no era allí, pero no quería poner en evidencia por qué lo buscaba.

—No, es en la casa de al lado —respondió el hombre—. Pero en este momento no lo va a encontrar.

—¿Ah, no? —replicó Helena—. ¿Está trabajando?

—Sí, en la remisería de acá a la vuelta.

Helena asintió con los nervios de punta. Ahora que

sabía dónde hallar a su padre, que todavía vivía en el mismo lugar y que dando la vuelta a la esquina lo encontraría, pensaba que podía detenersele el corazón. Agradeció y se encaminó al lugar.

Espió la remisería desde la distancia durante al menos quince minutos. No se atrevía a acercarse y le temblaban las manos. De pronto sintió un golpe en el pecho, sabía que el hombre canoso y alto que acababa de salir de aquel comercio era Ignacio Díaz; lo sintió en las

entrañas.

Se encaminaba a su vehículo, seguramente para hacer un viaje. Era en ese momento o nunca. Helena salió de detrás del árbol que la ocultaba y caminó con paso rápido hacia él antes de que se le escabuliese.

—¿Ignacio Díaz? —se vio obligada a preguntar con un grito ahogado para que el hombre la esperase y no cerrara la puerta del coche.

Él volvió a ponerse de pie y se quedó quieto junto al vehículo. —Sí —replicó dudoso.



Helena llegó y tragó con fuerza. No tenía idea de qué decir, y eso que lo había pensado desde el preciso instante en que su madre le había dicho la verdad acerca de su origen.

—Soy Helena —acabó por susurrar—. La hija de Cristina López.

Helena lo supo: el hombre acababa de reconocerla, pero en lugar de sorprenderse o alegrarse, se asustó. Por eso se hizo el desentendido.

—No conozco a ninguna Cristina López —masculló tratando de volver a su auto.

Helena se preguntó si valía la pena seguir intentando que él la escuchara siendo que la estaba rechazando. Sí, si no lo hacía se arrepentiría siempre de no haberlo intentado.

—Sé que sabe quién soy —dijo—. No tenga miedo porque no pienso hacer ningún escándalo, por algo no fui a su casa.

—¡Le dije que no conozco a ninguna Cristina López! —rugió él apretando el borde de la puerta del auto—. Estoy trabajando —la remató en forma de reclamo,

y como Helena se quedó inmóvil, se internó en el vehículo y lo puso en marcha.

Helena no podía creerlo, aunque debió haberlo imaginado. Un hombre que le había pedido a su madre que la abortara no podía tener mejores intenciones ahora. Para él habría sido mejor que ella no existiese. Pero no se rindió, las guerreras nunca se rendían. Apoyó una mano en la ventanilla abierta y le habló antes de que pusiera la primera marcha.

—A tu pesar, existo. Y si querés volver a verme, tenes tres días para hacérmelo saber. Este es mi teléfono.

Le arrojó un papel que había llevado preparado por las dudas y se alejó rumbo a la calle por la que había llegado. Esperaría tres días. Dudaba obtuviera noticias de quien ahora no le cabía dudas de que era su padre, pero mentía si decía que no conservaba cierta esperanza.

Por suerte eran las cuatro y en una hora Mariano la ayudaría a recuperar el buen ánimo. Pensar en eso renovó

sus fuerzas y la condujo hacia el colectivo muy rápido.

Se sentía triste y defraudada por el que era su padre, pero a la vez excitada porque volvería a ver a Mariano. Imaginó el trayecto que haría en la casona: el camino de entrada, la puerta gigante de madera, el living oscuro, las escaleras antiguas. ¿Qué le esperaba esa tarde en la casona? ¿Con qué sensaciones extremas se encontraría? Se daba cuenta de que las fases iban en

aumento y de que la experiencia se hacía cada vez más excitante. No veía la hora de llegar, deseaba estar allí.

Con solo ver la reja aceleró el paso. Como siempre, le abrieron a las cinco en punto. Casi corrió por el camino de piedras y saltó los escalones del porche, pero al llegar a la pesada puerta de madera y hacer girar la llave, la encontró cerrada con un seguro desde adentro.

No era posible, siempre que había ido su llave había

funcionado porque Mariano la esperaba. Sin otra opción a la vista, tocó el timbre. Tardaron en abrir. Cuando al fin escuchó el sonido del cerrojo que se deslizaba por la corredera, había pasado al menos un minuto. Para aumentar su vacilación, la recibió el mayordomo.

—Buenas tardes —lo saludó—. Estoy buscando a...

Pedro no la dejó terminar de hablar. Abrió del todo y le indicó con el brazo que pasara.

—El señor la espera en el

estudio —anunció solemne.

Helena percibía en el aire que aquel hombre desconfiaba de ella. La miraba con los ojos entrecerrados y parecía estudiarla todo el tiempo. No entendía esa actitud del mayordomo ni el abrupto cambio de reglas en el juego de Mariano, por qué ahora hacía que otro la recibiera, y sobre todo por qué había cerrado la puerta para que su llave no sirviera. Parecía que la expulsaba de su vida, y eso no le agradó.

Avanzó sin decir más.



Pedro la escoltó hasta una puerta de madera tan dura como la de la entrada y dio dos golpes antes de abrirla. Luego le indicó que pasara.

Al ingresar, Helena se sintió otra vez en un reino desconocido. En esa habitación había un escritorio sobre una alfombra con dibujos antiguos y apenas una sola lámpara encendida. Tenía una pantalla verde pino, el mismo color de los cortinados que impedían que el sol se filtrara por la ventana.

Todo cuanto la rodeaba se tornó borroso al distinguir la figura de Mariano del otro lado del escritorio. Estaba sentado con las manos sobre un papel y una lapicera dorada. ¡Por Dios!, era todavía más atractivo de lo que recordaba. Tenía unos ojos que la dejaban impactada, prendada de ellos, y un cuerpo tan fuerte como había percibido el viernes por el tacto. Helena sintió que sus piernas se tornaban blandas.

—¿Por qué estamos acá?  
—interrogó, confundida por

sus propias emociones.

Mariano alzó la mirada gris hacia ella y le provocó cosquillas en la panza. Helena quería volver a tocarlo, necesitaba sentirlo otra vez dentro de ella. Venía de una situación difícil y pensaba que lo único que podría serenar su espíritu dolido era Mariano.

Pero el espíritu del hombre también se desangraba. Durante horas había planeado aquella conversación y ahora no tenía idea de cómo iniciarla. No podía dilatar más el

asunto. Le hubiera gustado ser capaz de comprar el pasado, pero eso no era posible: tenía más dinero del que muchos alguna vez siquiera soñaban, pero no servía de nada. El dinero no era más que un decorado brumoso. Era un destello gris mientras su alma se la llevaba el viento.

—Nuestro encuentro pasado trató acerca de literatura. Hoy haremos matemáticas —anunció sin reflexionar más. Enseñó a Helena uno de los papeles que escondía bajo los dedos

arrastrándolo por la superficie del escritorio, pero ella apenas alcanzó a mirarlo—. Esta es tu prueba de ingreso al hotel. ¿Recordás lo que habías puesto en tus expectativas laborales?

—¿Por qué vamos a mezclar las cosas? —interrogó Helena, todavía más confundida.

—Quiero ascenderte, tal como esperabas cuando escribiste este papel —señaló él. Helena tragó con fuerza. Estaba nerviosa y tenía las manos húmedas.

—Lo escribí hace apenas tres meses —advirtió al reconocer su propia caligrafía—. Por ahora solo espero que me dejen efectiva el puesto de la recepción, pero este no me parece el sitio adecuado para hablar de eso.

—No hay lugares apropiados, solo cosas necesarias —argumentó él— Y hoy necesito que aceptes mi propuesta. Quiero entrenarte para, ser parte del directorio de mi empresa y que funciones como mi informante.

Helena soltó una risa. No pudo evitarla. —Basta, Mariano —pidió—. Si esto es otro juego, se está saliendo de control.

—No es otro juego, es una propuesta de negocios —aclaró él. —Pero yo no quiero hacer negocios con vos —replicó ella—. Me dijiste que querías una relación conmigo, y aunque de una manera extraña, creo que la tenemos.

—La tenemos —aseguró Mariano con calma—. Incluso pensé en eso también, y le vamos a dar un

giro interesante. Seríamos socios y amantes —agregó con una sonrisa seductora—. La única condición es no enamorarnos.

—Podemos hablar del rumbo de nuestro vínculo, pero no veo la necesidad de mezclarlo con negocios —replicó entonces Helena. Pestañeó varias veces seguidas—. Por favor... —suplicó después bajando la mirada. No quería que su relación con Mariano terminara, y tampoco podía renunciar a su trabajo.

—Helena, la ecuación es



simple: desde hace tiempo presiento que no todos mis accionistas son fieles, y un informante que juegue para mi equipo sería una buena opción para desenmascararlos —explicó Mariano—. Vos serías una buena inversión para mí. Yo te entrenaría, pasarías a formar parte de mi empresa y yo saldría beneficiado. Es más, algún día hasta podrías heredar mi puesto. Nadie es eterno.

Ella alzó la vista de inmediato, fue como una sacudida. —Estás loco —

masculló con el ceño fruncido y la respiración agitada.

—¿Qué tiene de malo que aprendas algo más de lo que te enseñan en la universidad? —defendió él.

—Que no quiero hacer negocios con vos, ya te lo había dicho ' repitió ella como un disco rayado—. Sos mi jefe.

—Helena... —intentó serenarla él con su voz de pájaro dormido—. Buscabas un ascenso y te lo estoy dando.

—Como recepcionista, no

como accionista de una empresa que fundiría en dos días —replicó ella. Mariano negó con la cabeza gacha.

—Te elegí porque representas mucho de lo que yo fui hace trece años, cuando asumí la presidencia de los hoteles. Además, te instruiría, jamás te dejaría entre lobos sin saber que puedes ocuparte de ellos. De verdad pienso que sos la persona indicada para este acuerdo —aseguró.

—Yo no —replicó ella con más calma—. Esto no tiene sentido, pensalo por un

segundo y te vas a dar cuenta. Yo no soy nadie, yo no soy nada.

—Yo sí que no era nada cuando me hice cargo de los hoteles —replicó Mariano paciente—. Asumo que hiciste la tarea de investigarme. En esa búsqueda habrás leído que me hice cargo de la cadena a los veintiún años. Tienes veintidós, más el tiempo de instrucción, ¿cuál sería la diferencia?

—Que yo no sé nada de negocios, y que ni siquiera estoy recibida.

—Tampoco yo —  
respondió él—. Nunca  
estudié nada, ni te imaginas  
en qué andaba cuando no me  
quedó otro remedio que  
prepararme para mi puesto.  
Todo lo que hice fue porque  
lo había aprendido de mi  
padre y de mi hermano, y sin  
siquiera querer aprenderlo.

—Pedíselo a tu hermano  
entonces —propuso ella.

—Está muerto —la calló  
él—. Todos están muertos  
—Helena lo miró  
confundida; pensaba que  
quizás se trataba de un mal  
sueño—. Yo te voy a

enseñar —siguió diciendo Mariano—. Sé que sos capaz.

—Yo no soy capaz —replicó Helena con firmeza. Iba a seguir hablando, pero él la interrumpió.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo—. Que alejas todo lo bueno que se acerca a tu vida. Todavía no sé por qué. ¿Porque tenes miedo de perderlo, tal vez?

Helena tembló. Jamás se había sentido tan al descubierto. Cada día que pasaba, le quedaban menos dudas de que Mariano podía

leer la mente, porque tenía razón. Tenía tanto miedo de conocer lo bueno y perderlo, que prefería quedarse estancada en el pasado.

Un poco más calma, se interesó por otro asunto.

—¿Por qué a veces siento que hablas de la vida como si fueras un anciano? — preguntó—. Dijiste que nadie es eterno y hablaste de que, en el futuro, asuma tu puesto.

Mariano suspiró. Él tampoco se había sentido jamás tan al descubierto.

—Nadie tiene la vida

comprada —argumentó. —  
¿Estás enfermo? —preguntó  
Helena. Mariano calló. —  
Solo quiero que mi vida  
haya valido la pena —acabó  
diciendo.

—¿Y te parece que  
dejándole a cualquiera una  
fortuna que a tus  
antepasados les costó tanto  
forjar tu vida habrá valido  
algo? —defendió ella.  
Mariano alzó los ojos y la  
abrumó con su mirada.

—Sí —dijo—. Porque va a  
cambiar la tuya.

Helena se irguió despacio,  
como sopesando las



palabras. Luego suspiró y con entereza aguantó las lágrimas. Ella no servía para nada, con suerte podía ser una buena recepcionista y no prostituta, de modo que no podía ser entrenada para un puesto alto. No podía aceptar porque no quería soportar otro fracaso.

—Gracias, Mariano — replicó—, pero no me siento capaz.

Se dio la vuelta y pretendió irse, pero él volvió a nombrarla.

—Helena —pronunció—. Mirame.

Helena dudó. Sabía que si lo miraba flaquearía en sus defensas, por eso se resistió. Pero el silencio se hizo tan agobiante y los segundos que corrieron tan temibles, que acabó girando sobre los talones y volvió a focalizarse en él.

—Helena, confía en mí como lo venías haciendo hasta ahora. Créeme, sos capaz de lo que te propongo y mucho más. A vos y a mí nos formó la vida, y esa es la mejor escuela que se puede tener. Si no confías en vos misma, hazelo por mí.

Helena se quedó en silencio. Sin dudas se trataba de una excelente oferta, pero no estaba segura de aceptarla. Al mismo tiempo sabía que todo lo que Mariano le había prometido hasta ahora se iba cumpliendo. Él lo transformaba todo en ella.

—¿Tengo que responder ahora? —preguntó—.

¿Puedo pensarlo?

Satisfecho con la respuesta, Mariano miró los papeles que tenía debajo de los antebrazos y sonrió con alivio.

—Por supuesto que puedes pensarlo —aceptó. Luego se puso de pie y se aproximó a ella—. Vamos a olvidar el asunto para que puedas reflexionar acerca de él cuando estés más tranquila. En otro orden de cosas, pensé que hoy podíamos hacer algo que a vos te guste. ¿Qué querés hacer?

Helena lo miró con los ojos muy abiertos. Se moría por confesar que tenía ganas de tener sexo, pero a la vez se sintió triste de no poder desear algo más. Si quería eso era solo porque Mariano

le había enseñado que podía volver a sentir, pero le costaba conectarse con otras ilusiones.

—Hagamos lo que vos quieras —replicó tratando de esquivar el problema.

—Así no hay trato —contestó él con una sonrisa comprensiva.

Helena suspiró y trató de pensar, pero no se le ocurría nada. Finalmente, hurgando en lo profundo de su conciencia, halló un recuerdo. Hacía muchos años, su abuela materna la había llevado a una estancia,

y ella se había quedado  
prendada de los caballos.  
Nunca había andado en uno.

—Quiero algo muy  
extraño —rió avergonzada.  
Mariano la miraba  
expectante, sin un atisbo de  
estar de acuerdo con la idea  
de que Helena debía sentirse  
avergonzada por el pedido  
que haría—. Algo que no  
vas a poder cumplir —se  
burló ella. Ahora la mirada  
de él lucía desafiante—. Me  
gustaría andar a caballo —  
acabó por decir. Tras un  
instante de silencio, Mariano  
bajó la cabeza y rió. Helena

lo miró desconcertada—. ¿Qué? —preguntó. Él la miró todavía con vestigios de sonrisa, y ella juzgó que se veía tan atractivo que podía relegar los caballos y pasar la tarde ahí, teniendo sexo con él.

—Que puedo cumplir con tu deseo —contestó. Helena no le creía.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¿De dónde vas a sacar caballos un lunes a esta hora?

—Yo escondo una galera y una varita mágica de las que nunca te hablé —bromeó él.

Helena volvió a reír—. Hablando en serio, tengo una estancia a unos kilómetros de Capital, y tenemos caballos. Es un remanente de la época en que a mis padres les gustaba comprarse todo lo que tenían sus amigos, y no podía faltarles eso. ¿Querés ir?

Abrumada por las nuevas emociones que se apoderaban de ella, Helena aceptó la propuesta con alegría.

Viajaron al menos una hora en el Porsche de Mariano, pero Helena iba



tan absorta en el paisaje y en el hombre que conducía el vehículo, que el tiempo se le pasó muy rápido. No hablaban ni escuchaban música, parecía que el silencio no molestaba. Era algo necesario.

Si bien la estancia «Rosa de los vientos» se encontraba a muy pocos kilómetros de la ciudad, tras el cerco escondía la belleza de los lugares sublimes. Lo más impactante para Helena fue la inmensa mansión que los árboles robustos y añejos no podían esconder, una

imponente construcción de columnas griegas y ventanales oscuros.

Los alrededores rebosaban de verde y marrón. El otoño había teñido las copas de muchos árboles y desnudado las ramas de otros; en algunas zonas, el pasto era un mullido colchón de hojas secas. A lo lejos se divisaba la cabaña del casero, la piscina y los establos.

—Es una preciosidad — comentó Helena admirando cómo el sol se ocultaba detrás de una lomada. Mariano apoyó una mano en

su cintura y la impulsó a avanzar, pero a ella le temblaban las piernas.

Se compuso del acceso de emociones cuando un sujeto se les aproximó esgrimiendo una fusta.

—¡Señor! —exclamó mientras caminaba hacia ellos—. ¡Qué sorpresa verlo por acá! Nunca nos visita.

Mariano sonrió y le extendió la mano que el casero no tardó en estrechar.

—Ya ensillé los caballos como me pidió —siguió explicando el hombre.

—¿Todo bien por la zona?

—interrogó Mariano, aprovechando la visita.

—Todo perfecto — confirmó su empleado, y luego todos avanzaron hacia los establos.

Mientras el casero terminaba de acomodar la montura de un caballo, Mariano le dio instrucciones.

—Necesito que consigas queso suizo, queso gruyere, harina, sal, nuez moscada y pan. De la bodega necesito vino blanco seco, dejo a tu elección la marca. ¿Podrás conseguir todo?

El hombre giró la cabeza sonriente.

—Con los pedidos que hacían sus padres, puedo conseguirle un unicornio — bromeó. Mariano asintió en silencio.

Helena sintió curiosidad por los padres de Mariano y por su hermano, ese que había nombrado en el estudio, pero no hizo preguntas. Cuando el caballo estuvo listo para ella, Mariano la tomó de la cintura y la ayudó a subir.

Helena rió tratando de controlar el miedo que por

un instante sintió al estar en altura y a merced de un animal que no sabía dominar. Mariano se dio cuenta de eso y acabó subiendo detrás de ella. El caballo se meció y para que Helena se distendiera, Mariano la abrazó por la cintura.

—No te pongas nerviosa —le sugirió—. Siempre me dijeron que los caballos se mimetizan con sus jinetes, y me fue muy bien gracias a ese consejo.

Helena intentó aflojar las piernas, pero estaba dura.

—¿Practicaste equitación?

—interrogó tratando de serenarse.

—En la escuela —le contó él antes de que el casero los interrumpiera.

—¿No va a usar su caballo? —preguntó a Mariano.

—No —replicó él—. Va a ser mejor que acompañe a mi amiga.

El hombre asintió y Mariano hizo girar el animal para abandonar la caballeriza. Afuera, el sol ya había caído y apenas los iluminaban las farolas del

exterior y la luna.

Con Mariano rodeándole la cintura, respirando sobre su coronilla y con el torso apoyado en su espalda, a Helena le costaba concentrarse en el paisaje. Al pasar por un desnivel, él le apretó más la cintura para protegerla, y a ella le pareció que sus sentidos se anulaban.

—¿Te gusta? —le preguntó Mariano al oído. ¿Que si le gustaba? Le encantaba que la abrazase, que respirase sobre su cabello y que le susurrara.



Pero él se refería a la cabalgata.

—Me encanta —replicó Helena. De cualquier manera, no mentía.

Pasaron un rato en silencio. Mientras el caballo continuaba meciéndolos en la altura, Helena volvió a pensar en la familia de Mariano. Desde que se había involucrado más en su vida se daba cuenta de que era una persona solitaria. Al parecer solo tenía a su mayordomo, y se preguntaba qué sería del resto de los Rizzi.

—¿Qué pasó con tu familia? —preguntó sabiendo que se adentraba en un terreno peligroso. Casi al instante se arrepintió por haberse entrometido, pero ya no podía echarse atrás.

Como siempre, Mariano tardó en responder. Pensaba en cuánto podía contar a Helena de su vida sin que eso despertara en ella sentimientos que excedieran el deseo y la ambición, pero si la quería como socia, debía ser honesto con ella. Convenía contarle todo.

—Es una historia larga que

preferiría contarte en otro momento —comenzó. Ella se cubrió el rostro con las manos.

—Perdón —dijo—. Perdón —repitió—. No debí preguntar eso, a veces soy tan desubicada que...

—Helena —la interrumpió él—. No me molesta tu pregunta.

Helena se descubrió la cara y la giró hacia Mariano. En sus ojos se evidenciaba que se había sorprendido por su reacción tan serena. ¿Cómo no la ponía en su lugar?

—¿De verdad? —  
preguntó.

—Claro que te lo digo de verdad —sonrió él—. El problema es que te gusta interrumpir —ella sonrió—. Quiero que prepares un equipaje ligero para este miércoles y documentos de viaje. Nos vamos por unas horas, a un lugar donde pueda responder tu pregunta. Le voy a pedir a Pedro que te pase a buscar a las cinco de la madrugada. No te preocupes por faltar al trabajo.

Helena volvió a respirar.

Había dejado de hacerlo cuando él le había dicho que respondería su pregunta. Luego se relajó por completo.

Recorrieron la extensión iluminada dos veces. Al finalizar la segunda vuelta, Mariano volvió a hablarle.

—Está haciendo frío — dijo—. ¿Te parece bien que vayamos adentro? Otro día podemos dar un paseo más largo.

Helena aceptó la propuesta, satisfecha con la promesa de que Mariano volvería a llevarla a la

estancia que, según las palabras de su casero, nunca visitaba.

—Quiero que sueñes —le dijo él continuando con la conversación—. Porque yo quiero hacer tus sueños realidad.

Las palabras la estremecieron. Un deseo peligroso y voraz se apoderó de su cuerpo a la vez que su alma daba tumbos.

Acabaron en la caballeriza antes de que Helena pudiera volver a la realidad. Mariano la ayudó a descender del caballo y después ató las

riendas a un palenque para que su casero se ocupara de él. Tras abandonar el lugar, condujo a Helena hacia la mansión.

Si por fuera era un lujo salido de una película de Hollywood, por dentro parecía un palacio. Estaba decorada en blanco y negro, una lámpara de cristal iluminaba el inmenso living, y la escalinata que conducía a la planta superior se ganó su admiración. El pasamanos de hierro forjado negro y el mármol blanco de los escalones la hacían

relucir con el reflejo de la luz.

—Es una casa preciosa — dijo a Mariano. Para no sonar entrometida de nuevo, evitó preguntarle por qué no aparecía más seguido por allí.

Él se encaminó directo a la cocina, ese parecía ser su lugar en el mundo.

—Te gusta cocinar — reflexionó Helena con una sonrisa. Pensaba que, a diferencia de él, ella con suerte sabía preparar un sandwich.

—Me gusta mucho —



contó Mariano—. Tomé cursos en varios lugares. Es mi profesión frustrada porque no quedaría muy bien el dueño de la cadena hotelera haciendo de chef, ¿cierto?

—Es cierto —asintió Helena riendo. Ahora comprendía por qué en el restaurante él sabía tanto de las comidas que ordenaba—. ¿Ya probé algo tuyo?

—Sí —replicó Mariano cortando queso—. El *cheesecake* de arándanos.

—¡¿Lo habías hecho vos?!  
—se sorprendió Helena.

—Todo lo que te dejaba lo había hecho yo, pero eso fue lo único que comiste —le contó él.

Helena se arrepintió de no haber probado más. Si las demás comidas que hacía sabían tan bien como la tarta, deseaba probarlas todas. Esa noche, después de cuarenta minutos, la sorprendió con una fondue de queso que Helena habría deseado comer a diario. Cenaron sentados en el piso de una sala.

—Sos un genio en la cocina —lo admiró ella

mientras él se acababa el vino.

—¿Cuál es tu comida preferida? —le preguntó Mariano tras abandonar la copa sobre la mesita.

Helena miró el techo para pensar mientras de su garganta escapaba un sonido de duda. Mariano admiró la forma en que su rostro se iluminaba con la penumbra del ambiente y el modo en que su cuello le pedía a gritos que lo besara.

—Las pastas —replicó ella, todavía dudando—. Creo —agregó para

certificar su inseguridad, pero el deseo de Mariano había crecido a tal punto que era ajeno a esa incertidumbre.

—¿Querés que nademos desnudos? —ofreció con una sonrisa pícaro. Helena rió pensando que bromeaba.

—Hace frío —replicó.

—La piscina de invierno es climatizada.

—Tu casero...

—Está durmiendo, se levanta a las cinco de la mañana.

Helena se mordió el labio, incapaz de rechazar la

propuesta. Así, abandonaron la sala para adentrarse en un pasillo que los condujo a la piscina climatizada. Se trataba de un ambiente decorado con estilo grecorromano, lleno de columnas, pinturas doradas y esculturas de yeso. El techo y las paredes eran de vidrio y por allí se podían admirar el campo, la luna y las estrellas.

—¡Por Dios! —exclamó Helena, impactada—. No puedo creer que no visites este lugar seguido —se le escapó. Lo miró a los ojos

sin sentir vergüenza, la curiosidad no se lo permitió —. ¿Por qué funciona todo esto si vos nunca venís? — interrogó sacándose los zapatos.

—A veces lo usan mis accionistas —explicó Mariano desprendiéndose el pantalón.

Acabaron desnudos muy rápido, pero no se arrojaron al agua enseguida. Helena se quedó prendada del cuerpo del hombre que tenía frente a los ojos, al que hasta ese momento jamás había visto en toda su plenitud. Le

pareció maravilloso, era mejor de lo que había relatado en su escena sexual perfecta. Tenía las piernas fuertes y musculosas, los brazos fornidos, el vientre chato y el pecho lampiño. Una sed incontenible le secó los labios y deseó que Mariano los humedeciera con un beso, pero terminó siendo arrastrada por él a la piscina.

Cayeron al agua y se buscaron en la profundidad. Mariano la tomó de la cintura y la impulsó hacia arriba con él. Los pechos de

Helena se pegaron a su torso y casi al instante, los pezones se pusieron rígidos.

—Me muero por tus labios —se oyó decir Helena sin haberlo pensado. Deseaba tanto a Mariano que hablaba inconscientemente.

Él la arrastró hasta el borde de la pileta y amortiguó el golpe con sus manos. Helena se arqueó y sintió que la erección le rozaba el vientre. Se aferró a los hombros del hombre y los apretó con fuerza.

—Mariano... —masculló. Él le miraba la boca, y su



mirada era tan intensa que Helena se humedeció solo con notarla—. Me gustas tanto...

Al mismo tiempo que el eco de esas palabras moría en el aire, los labios de Mariano atraparon los de Helena. Aferró la cabeza de la mujer y la apretó contra su rostro, así consiguió que ella abriera la boca y él se la invadió con su lengua. Parecía ir rápido, pero se movía muy lento, le hacía perder la razón. Era tan suave y a la vez tan pasional que a ella le pareció que ya

estaba lista para recibirlo solo con eso.

Helena enredó los dedos en el cabello de Mariano, se aferró a su cadera con las piernas y él se internó en ella sin apartarse de su boca. Mientras la besaba le tomó un pecho con una mano, lo estimuló y así sintió que el interior de Helena se abría todavía más para él.

Aferrada a la cadera y al cuello de Mariano, Helena echó la cabeza atrás para procurar algo de aire. Estaba tan excitada por los besos que Mariano le daba en el

cuello que apretó los ojos y cuando volvió a abrirlos, las luces de las vigas metálicas del techo le parecieron más brillantes. Se mezclaban, se encendían y se apagaban cuando ella abría y cerraba los ojos, hasta que un pulgar le rozó un pezón, la lengua de Mariano le acarició el lóbulo de la oreja y entonces gimió. Se agitó convulsivamente, el orgasmo la estaba haciendo jadear y suplicar.

—Dame más —susurró en el oído de Mariano—. Dame todo.

Y él obedeció. Se derramó en ella dejando escapar un sonido gutural e involuntario que coronó el placer que Helena estaba experimentando.

No terminaba de estremecerse que se abrazó otra vez a Mariano.

—Me hice estudios y no estoy enferma —le aseguró—. Además tomo pastillas anticonceptivas.

Él se quedó quieto, absorto en su propio silencio. Le tomó un instante caer en la cuenta de que acababa de hacerle el amor sin

preservativo, y de que ella le hablaba de enfermedades porque había sido prostituta. Gracias a Dios Helena no estaba enferma, por suerte sus años en aquel doloroso trabajo no le habían dejado heridas sanitarias, además de psicológicas. Lo que sí lo dejaba preocupado era que había vuelto a comportarse como un adolescente. Hacía muchos años que no tenía sexo sin preservativo y que no actuaba de modo tan irresponsable con una mujer. Su hermano le había enseñado que debía

respetarlas y protegerlas, y aunque no se sintiera merecedor de una familia propia, cuidaba de sus amantes ocasionales como no había hecho esa vez con Helena.

Volver a actuar como un adolescente lo dejó confundido. Con Helena se dejaba llevar solo por el instinto, y eso le preocupaba.

Ellos jamás lo sabrían, pero un par de ojos curiosos los había observado desde las sombras mientras ellos hacían el amor y el casero

dormía.

El regreso a Capital se desarrolló en silencio, como cerrando el círculo de secretos que se había iniciado cuando se habían mantenido callados a la ida.

En el auto, Helena también pensaba. No quería que su relación con Mariano terminara, necesitaba más de él y si el único modo de permanecer a su lado era siendo su socia y su amante, aceptaría.

—Mariano —le dijo viéndolo conducir. Él la miró un instante para

indicarle que le prestaba atención—. Acepto tu propuesta. Mariano respiró aliviado y sonrió complacido. —Te prometo que no te vas a arrepentir — juró. Helena continuó mirándolo en silencio.

La mañana del martes, Mariano entró a la sala de reuniones de su oficina, dejó su portafolio y el saco sobre la silla y se arremangó la camisa. Mientras tanto, los demás miembros de su compañía se iban ubicando en los asientos dispuestos para ellos. Cuando él por fin



los miró, todos hicieron silencio.

A su izquierda se hallaba Fernando Álvarez, un socio viejo y persuasivo que había sido el mejor amigo de su padre. Junto al hombre se sentó Emilia Freiré, la única mujer del grupo. Del otro lado se ubicaron Jonathan y Ezequiel Barrera, dos hermanos que habían heredado las acciones de su padre, y Sergio Ávalos, el último exponente de aquella familia en su empresa. Todos esperaban inquietos lo que su presidente tuviera

para decirles, tenía que ser algo importante para haberlos citado un feriado y a primera hora.

—Voy a sumar a alguien al equipo —anunció Mariano sin rodeos. Las expresiones en los rostros de los accionistas fueron dignas de exponer en un concurso de fotografía. Él las estudiaba atento.

—¿Eso es todo? —preguntó Sergio Ávalos, impaciente.

—Será mi mano derecha —completó Mariano.

Los rostros se desfiguraron

en muecas de sorpresa e indignación. El único que permanecía impasible era Fernando Álvarez.

—¿Y se puede saber cuál es el motivo? —quiso saber Ezequiel Barrera.

—Pienso dedicarme a un proyecto personal que me restará tiempo para esta compañía —respondió Mariano, y luego, como acostumbraba hacer, comenzó a jugar con la verdad—. Voy a probar con las agencias de turismo.

—¿Agencias de turismo? —repitió Jonathan

incrédulo. Mariano se encogió de hombros.

—Quiero dedicarme a los viajes bien largos —la remató.

—¿Y quién es esa persona? —se entrometió Sergio, capaz de arrojársele encima como un león furioso—. ¿No te parecería justo que uno de nosotros, que conoce esta compañía tan bien como vos, sea tu mano derecha?

*No, manga de traidores,* pensó Mariano para sí, pero sonrió.

—Es una mujer —miró

sugestivamente a Emilia para ponerla de su parte—. Su nombre es Helena, y es la persona más capacitada que pude encontrar para esta tarea. Estarán en buenas manos.

—¿Y cuáles son esas capacidades? —preguntó Ezequiel—. ¿Presidió algún hotel de relevancia?

*El hotel de la vida*, pensó Mariano, y con eso le bastaba, pero volvió a sonreír y respondió paciente:

—La instruiré yo mismo para el puesto. Le irá de maravillas.

Aunque Helena era una guerrera y estaba convencido de que le iría de maravillas, sintió lástima de incluirla en su estrategia. La obligaría a ser el centro de atención de sus accionistas, a andar entre lobos, y eso lo hizo sentir culpable. Por un instante pensó en cambiar de planes, pero no podía. Ya los había trazado y tenía que cumplirlos.

—Ahora, si me disculpan, tengo otros asuntos que atender —dijo para dar por terminada la reunión—. Que tengan buen día.

Recogió sus cosas y se retiró sin volver la vista atrás. Sabía que poner a Helena en el directorio representaba un gran riesgo, pero solo confiaba en ella. Además, nadie daba nada por él cuando a los veintiún años había tenido que hacerse cargo de los asuntos que su padre había dejado pendientes, y finalmente había hecho crecer los hoteles mucho más que Alberto. Si él pudo hacerse cargo de todo y con gran éxito a los veintiún años, ¿por qué no podía Helena

incorporarse a su empresa a los veintidós con sus estudios sobre hotelería, además de los conocimientos que él le transmitiría? Era el plan perfecto: serían socios y amantes.



# 13

EL miércoles, Helena estuvo lista para el viaje. Se perdería una exposición oral en la universidad, pero quería reencontrarse con Mariano y descubrir el rumbo que tomaría su relación a partir de ese día.

Cargó una sola muda de ropa en la mochila y esperó a Pedro en la planta baja. Llegó puntual a las cinco de la madrugada. A las cinco y media estuvo en la mansión

y muy pronto, en el living.

Amanecía y allí dentro hacía un frío extraño. La claridad azulina de la intemperie se filtraba por los cortinados entreabiertos, teñía de gris los muebles. El color del cielo se asemejaba a los ojos de Mariano, el susurro del viento se parecía a su voz.

—Viniste —musitó él desde la escalera. Helena, que estaba sentada en el sillón viendo hacia la puerta, giró la cara hacia él y le sonrió.

Mariano llevaba puesto un

pantalón negro y una camisa blanca. Su rostro lucía sereno, su mirada encendida. Los recuerdos del tiempo que pasaban juntos provocaban el fuego en medio de un iceberg, y no solo para ella. Él también miraba a la mujer que estaba sentada en su living, contemplaba el modo como las sombras se fundían con su piel y su cabello, y le parecía que el tiempo no existía. Podía pasar así horas.

—¿Adónde vamos? — preguntó Helena. Estaba sin

aliento.

—Es una sorpresa —  
respondió él acercándose  
para recoger su mochila, que  
descansaba a su lado—. No  
es lejos, pero podemos  
imaginar que sí lo es, porque  
siempre que voy ahí me  
siento en otro tiempo. Me  
siento en el pasado.

—Pero yo soy el presente  
—repuso ella poniéndose de  
pie para acercársele. *Y  
quiero ser tu futuro*, pensó  
mientras daba dos pasos  
lentos en dirección a  
Mariano, pero lo mantuvo en  
secreto.

Se produjo un instante de silencio en el que los dos supieron con exactitud qué estaba pensando el otro. Mariano, que ella comenzaba a sentir algo más que atracción por él; y Helena que él estaba tan asustado como ella, aunque se esforzara por ocultarlo.

Mariano permaneció callado. Se colgó la mochila de Helena al hombro y giró sobre los talones para encaminarse a la puerta. Ella tomó aire después de haber dejado de respirar durante algunos segundos y lo

siguió.

Pedro los llevó hasta el puerto en el Mercedes de colección. Por primera vez desde que Lavinia vivía en Puerto Madero, Helena evitó contar a quien la acompañaba que por allí se ubicaba la casa de su hermana, la que tenía una vida preciosa. No tenía ojos para nada más que Mariano, no le restaban sentimientos para nadie más que él. Se lo estaba llevando todo.

Acabaron en un yate privado que llevaba el nombre «Hringhorni», que

incluso a Helena, con lo rápida que era, le costó leer.

—¡Qué nombre! —  
exclamó mientras estiraba un pie para subir al barco—. ¿Por qué se llama así?

Antes de responder, Mariano extendió los brazos para ayudarla. Helena aceptó la oferta, y en cuanto sus manos entraron en contacto con las del hombre, vibró de excitación. Terminó de establecerse sobre el yate y escuchó entre zumbidos la respuesta que él tenía para darle.

—Hringhorni era el barco

de Balder, el hijo de Odín en la mitología nórdica. La mejor nave de todas.

Helena sonrió. No sabía de mitología escandinava, pero sabía muchísimo de mitología grecolatina, porque de allí provenía su nombre y el de sus hermanos. El padre de Lavinia había sido profesor de Historia, y aunque ella no lo había conocido, sabía que su madre en algún momento de su vida había cultivado la misma pasión porque le contaba esas historias a su hermano Héctor.



—La mejor nave era Argo, en la que viajaron los argonautas, entre ellos Jasón y Peleo, el padre de Aquiles —discutió ella.

Mariano se quedó perplejo. No tenía más idea de mitología que eso que había dicho sobre Balder, pero guardó silencio para no pasar vergüenza. No se equivocaba cuando decía que Helena era inteligente y rápida y que podría ser su espía.

—Será un viaje de tres o cuatro horas —explicó para pasar a terreno seguro y

luego indicó con la mano las escaleras que bajaban al interior—. Tengo gente que se ocupará de llevarnos, nosotros podemos sentarnos y tomar algo mientras viajamos.

Helena asintió e hizo caso a lo que Mariano le ofrecía. Al pasar por su lado sonrió porque se había dado cuenta de que él no podía seguirle la conversación sobre mitología. Le pareció que Mariano le olía el cabello, y eso la estremeció.

Descendiendo las estrechas escaleras

revestidas en madera clara se abría una sala de estar de sofás color crema y una mesita del tono del piso. Una ventana de lados curvos los protegía del sol con su vidrio polarizado, y otra más grande se hallaba recubierta de un cortinado al tono de los sillones. Helena tomó asiento y casi al instante sintió que se movían. Al parecer, tenían prisa.

Mariano abrió un mueble y le ofreció cualquiera de las bebidas que allí se escondían. Helena escogió una gaseosa y él tan solo

agua. Luego de entregar el vaso a Helena, se sentó y extendió los pies sobre la mesa sin quitarse los zapatos. Toda su postura derrochaba poder y seducción.

—¿Te gusta este yate? — le preguntó mirándola por sobre el vaso con sus ojos de océano. Ella apenas alcanzó a humedecerse los labios—. Quisiera regalártelo —la remató él.

El comentario quitó a Helena todo pensamiento sensual de la mente. Hasta ese momento solo podía

observar la postura de Mariano, sus manos fuertes y su piel masculina pensando en el instante en que la rozara de nuevo, pero ahora un frío muerto le recorría la espalda.

—Eso no me gustaría —se quejó—. Lo sentiría como una paga.

Mariano bebió de un solo trago el líquido; buscaba darse ánimos. No le produjo impresión alguna, era como si su garganta ya no sintiera. Se la hubiera quemado con fuego.

—Entonces tenemos una

relación, pero no puedo regalarte nada —concluyó después de asentar el vaso sobre la mesita—. Eso no es normal.

Helena negó con la cabeza. No podía creer que él hablara de normalidad.

—Regálame flores —farfulló viendo el vaso.

—¿Para que las tires? —se burló él con una sonrisa.

—Además, ¿qué te importa a vos qué es lo normal? —replicó ella sin atender su pregunta—. Vos no sos «normal».

Mariano rió y bajó la

cabeza.

—En eso tenes razón —  
asumió.

Desde ese instante el viaje se desarrolló en silencio. Helena se dio cuenta de que la mejor comunicación que habían tenido hasta el momento había sido a través del sexo y la mayoría de las veces, a oscuras. Quizás era mejor así, pensó, porque de ese modo sentía que Mariano se alejaba de ella más despacio, que nunca la abandonaría. Porque presentía que en algún momento, por alguna razón,

lo bueno que había llegado a su vida con él, también se iría.

Fuera del puerto de yates de Piriápolis los esperaba un automóvil alquilado. Un chofer cedió las llaves a Mariano en plena calle y él rodeó el coche para subir del lado del conductor. El chofer abrió la puerta a Helena y ella se sentó.

No quiso hablar, ni siquiera para preguntar a dónde se dirigían. Ninguno rompió el silencio durante los diez minutos que circularon por calles cada



vez más desiertas. Finalmente, Mariano estacionó a pocos metros del mar, donde las casas se espaciaban tanto que parecían tener un terreno propio ilimitado. Allí, a centímetros de la arena que conducía a una playa desolada, había una construcción de madera que aparentaba haber estado deshabitada durante años.

Mariano descendió del vehículo a la vez que lo hacía Helena. Luego avanzó por el sendero que conducía a los escalones que llevaban

al porche. Antes de subirlos, se dio la vuelta y miró a su compañera, pero Helena se había quedado prendada de las olas que rompían contra las rocas y el agua que se llevaba la arena. Le parecía maravilloso.

—Ahora que estamos solos en un paraje relativamente desierto, ¿cómo querés que te mate? —le preguntó él atrayendo su atención de inmediato. Pretendía bromear, y quizás por la misma necesidad inconfesable de él, Helena le siguió el juego.

—Del modo que más te guste —replicó de brazos cruzados mientras pensaba «de pasión».

Mariano se quedó en silencio, viendo cómo el viento agitaba el cabello castaño de la mujer. Lo mecía a su gusto, violentamente, y pensó que esa era una imagen digna de admirar.

Al subir el primer escalón que llevaba al porche, se sintió melancólico. El crujido de la madera vencida y el sector que se elevaba en la derecha cada vez que

alguien pisaba demasiado a la izquierda, lo sumieron en una nube de nostalgia.

—Pedro siempre me sugiere que cambie este escalón —reflexionó en voz alta—. Pero no quiero.

Helena presentía que había algo escondido en esa pequeña imperfección de la casa, hechos que cobraban una dimensión en el interior de Mariano que ni siquiera ella podía precisar. Tan solo sonrió antes de seguirlo al porche.

Mariano manipuló la llave y abrió la puerta. Con el olor

a humedad y a encierro, los recuerdos se abalanzaron sobre él y le enturbiaron la mirada.

Llegó a la ventana sin encender las luces, lo cual evidenciaba que conocía el lugar como la palma de su mano. Con la luz natural, Helena estudió el espacio con mirada curiosa. Se trataba de un amplio comedor donde había una mesa rectangular y dos ventanales que daban a la playa. En medio de ellos se erigía un hogar con chimenea. A la derecha

había un desayunador que comunicaba con la cocina, luego una escalera y un pasillo que sin dudas conducía al baño. No era una casa amplia, pero contaba con un extraño encanto, como si alguna vez hubiera sido lujosa y hubiera brillado entre la nada.

—Todavía no preparé nada para comer, pero puedo ofrecerte un asiento — bromeó Mariano señalando una silla.

Helena sonrió y aceptó la oferta. Se ubicó a un costado de la mesa y Mariano en la

cabecera. Quizás esperaba que ella le preguntase qué estaban haciendo ahí, pero como eso no sucedió, tuvo que hablar sin mayor incentivo que sus propias ideas.

—Tal como te prometí, voy a responder lo que me preguntaste acerca de mi familia. Serás mi socia y confío en vos, esto va a demostrártelo.

Helena apretó los puños debajo de la mesa. Si bien había aceptado la propuesta de Mariano, escucharlo hablar de ese modo la

entristecía, porque solo se quedaría con ella mediante un negocio.

—Además, como serás mi mano derecha, si en algún momento tuvieras que hacerte cargo de mis bienes, no me gustaría que vendas esta casa —siguió diciendo él—. Como esa no es una cláusula que pueda ser impuesta, lo único que puede asegurarme que respetes mi pedido es tu integridad moral. Y que quieras esta casa solo un poco de lo que la quiero yo. Sos buena escuchando, lo sé,



así que eso será todo lo que tengas que hacer en este rato: escuchar.

—No entiendo por qué me hablas de la muerte —aprovechó a quejarse ella en un instante de silencio. Desde que él le había ofrecido instruirla sospechaba que estaba enfermo, y aunque Mariano no le había dicho que sí, tampoco le había respondido que no.

—Te voy a hablar de una porción de mi vida —replicó él ignorando su intromisión—. Quizás del único tiempo

en que en realidad viví.

*1984*

—¡Mariano! —se oyó la voz desde lejos. Su hermano se acercaba dando largas zancadas, esas que siempre indicaban que Joaquín Manuel Rizzi estaba enojado —. ¡Te dije que no jugaras en el pasto, llovió y está lleno de barro!

Mariano juntó rápido su auto de juguete y tragó con fuerza. Sus inmensos ojos

grisáceos no alcanzaban a precisar con cuánta energía su hermano mayor le iba a dar una sacudida. Pero se equivocó. Joaquín apenas le palmeó un poco la cola para quitarle el polvo de las nalgas y después le dio la mano.

—Vamos, junta tus cosas que Pedro avisó que nos viene a buscar —le explicó mientras lo conducía de regreso al edificio de kinder del colegio. Se había serenado—. Sabes que cuando avisa que viene no nos da tiempo de

cambiarnos, apenas podemos juntar los juguetes y los cuadernos, por eso tenes que estar limpito.

—Todos mis compañeros se fueron hace una semana —discutió Mariano encogiéndose de hombros. Siempre había sido rebelde, lo llevaba en la sangre. El mayor de los Rizzi, de apenas diez años, se puso en cuclillas delante de su hermano de cinco.

—Sos muy chico para decir esas cosas —lo retó—. Acordate, es mejor guardar silencio.

Joaquín no se daba cuenta de que él también era demasiado pequeño para decir esas cosas. Al igual que Mariano, era consciente de que las clases habían terminado hacía una semana y que aun así sus padres no habían ido a buscarlos. Pasaban el año en el colegio inglés como pupilos y no los retiraban para las vacaciones de invierno, lo menos que podían hacer era acordarse de sacarlos en verano, pero al parecer los Rizzi tenían una agenda muy apretada y no disponían de tiempo para

hacerlo. A ellos nadie les decía nada, pero Joaquín sabía que quienes se ocupaban de llamar a sus padres llegadas las vacaciones de verano para que fueran a buscarlos eran el rector o la directora de la primaria.

Reunieron rápido su ropa y demás objetos personales y fueron escoltados hasta la puerta por la celadora. Esperaron de la mano un rato hasta que por fin apareció por la calle arbolada el Mercedes de colección de los Rizzi.

—Chau, Marta —saludó Joaquín a la celadora y hasta le dio un beso. Mariano no hizo nada.

Pedro descendió del coche y los saludó con un afectuoso roce en sus cabezas que los despeinó al instante. Mariano se acomodó el cabello, Joaquín rió, y Pedro se ocupó de cargar el equipaje en el maletero.

Ambos hermanos Rizzi iban en el asiento trasero del coche. Joaquín se apoyó en la ventana que lo comunicaba con su

mayordomo y le habló, feliz de haber salido del colegio.

—Aprobé todo con Muy Satisfactorio —contó.

—¡Muy bien! —aplaudió Pedro contra el volante—. ¡Ese es mi chico!

—¿Cuánto falta? —preguntó Mariano de brazos cruzados y con cara de aburrido. Pedro lo miró por el espejo retrovisor.

—Falta, peque. Tengo que llevarlos al puerto, su papá mandó el yate y el permiso de viaje porque tienen que ir directo a Piriápolis.

—No quiero —se ofendió



Mariano. Ahí siempre había gente y por esa razón se la pasaban encerrados en el cuarto. Era más libre en el colegio.

No obtuvo respuesta. Su hermano siguió conversando y riendo con el mayordomo hasta que llegaron al puerto y Pedro los depositó en el yate.

—¡Que se diviertan! — exclamó.

Joaquín lo saludó agitando la mano. Mariano seguía de brazos cruzados.

En la casa de Piriápolis, como siempre, había alguien

más que sus padres. Los niños entraron cargando sus bolsos y mochilas, y apenas lograron atraer la atención de los adultos, que reían vaya a saberse de qué.

—¡Ah, están tus hijos! — exclamó la invitada, que llevaba un solero brillante negro y un Martini en la mano. Se les acercó.

Para Mariano esa gente era muy alta, los veía como gigantes, por eso sintió miedo. Le parecía que un enorme mastodonte se le venía encima, pero soportó el brutal apretón de la mujer

con valentía desconocida y en silencio, como su hermano le enseñaba. El marido de la dama rubia, un señor de pobladas patillas negras, no le prestó el más mínimo de atención, y sus padres tampoco. Fue Joaquín quien se acercó a su madre, que también reía con una copa entre las manos, y le jaló el vestido para que ella le diera un beso.

—¿Cómo estás, mi vida?  
—le habló Maribel Rizzi, y después le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Bien —contó Joaquín

—. Aprobé todo con Muy Satisfactorio.

—¡Qué bueno! —exclamó la mujer tocándole el hombro, pero mientras le hablaba sonreía y prestaba atención a otra cosa, incluso miraba para otro lado—. ¡Para Alberto! —gritó entre risas a su marido—. ¡Fabrizio dijo que los traía él, no compres mariscos!

Mariano no saludó. Nadie lo saludó a él.

Cuando comprendió que eso sería todo lo que su madre haría por él, Joaquín giró hacia Mariano y volvió

a darle la mano.

—Vamos al cuarto —le dijo. Y allí pasaron encerrados largas horas hasta que Romualda, la empleada doméstica, les alcanzó la cena.

A las dos de la madrugada, Mariano despertó con las risotadas que se oían debajo de su ventana. Se levantó de la cama, se asomó y alcanzó a ver a su madre tomada del brazo de su padre. Era ella la que reía, y también el matrimonio amigo. Luego los vio encaminarse a la playa.

Mariano sonrió y se le cruzó por la mente una travesura. Salió del cuarto, bajó las escaleras corriendo y salió de la casa. Los adultos habían dejado la puerta abierta.

En el porche se sentó en el primer escalón y metió el dedo en un agujerito de la madera hasta que consiguió separar un trozo del resto. Hacía tiempo que había descubierto que se levantaba, pero nadie más lo sabía, y eso se sentía estupendo. Tenía conocimiento de algo que

los demás ignoraban, y eso lo hacía sentir poderoso.

Se mordió la lengua mientras investigaba porque tenía que hacer fuerza y a la vez mantener el silencio, hasta que consiguió divisar su presa. Allí estaba, desintegrada casi por completo, la masita fina que había escondido el verano anterior.

Feliz con su descubrimiento, estuvo a punto de intentar meter la mano para sacarla y estudiarla más de cerca, pero justo en ese momento oyó de

nuevo la risa de los adultos y tuvo que dejar caer la madera para internarse en la casa lo más rápido posible. Corrió escaleras arriba, entró al cuarto y se metió en la cama. Se cubrió con la sábana hasta la cabeza para que nadie pensara que en algún momento se había levantado.

Se durmió contento porque le había salido bien la fechoría de salir de la casa y entrar sin ser visto, y porque al día siguiente le pediría a Joaquín que lo llevara al mar.



*1995*

Atrapada entre la pared, el cuerpo y los brazos de Mariano Román Rizzi, Eugenia Ferrando, la hija del joyero, se rindió a un nuevo beso húmedo y caliente. Mariano le atrapó un pecho por sobre la tela de la camisa blanca del uniforme y con la otra le levantó la pollera cuadrillé. Todo entre los árboles del colegio.

—¡Mariano! —se oyó la voz de la celadora.

Mariano se apartó de su compañera con sed de sexo. No volverían a verse hasta el año siguiente, por eso se alejó como si jamás la hubiera tocado; la dejó viéndolo como si él fuera un dios del cielo. Le dio la espalda, caminó haciéndose el actor de Hollywood en dirección a donde lo llamaban y apareció mordiéndose el labio. Se dejaba los primeros botones de la camisa abiertos para que se viera que, además de

pulseras de cuero y el cabello engominado, llevaba debajo del uniforme la remera de Depeche Mode.

—¿Qué hacías ahí escondido? —reclamó la mujer—. ¿Por qué dejaste el bolso y la mochila tirados?

—Porque se me dio la gana —replicó él desafiante. Se ganó una mirada reprobatoria.

—Ya te queda poco tiempo de esa insolencia —se enojó la celadora—. Cuando vayas a la facultad, te vas a dar contra la pared.

Mariano se le rió en la

cara. No era consciente de que en una universidad no sería el hijo de nadie, ni sus padres pagarían para sacárselo de encima. Ni siquiera pensaba asistir a una. Pasó por al lado a la preceptora ignorándola.

—Junta tus cosas o las dejo en el piso —amenazó la mujer, que ya había soltado los bultos del alumno. Mariano se encogió de hombros con cara de sobrador.

—No quiero —dijo. Y siguió caminando.

Vio que en la puerta ya lo

esperaba Pedro delante del auto, pero no apuró el paso ni se volvió a recoger las cosas. La celadora tampoco se las alcanzó. No la saludó y se sentó en el auto sin mirar a Pedro tampoco.

—¿Y tus cosas? —le preguntó el hombre una vez en el sitio del conductor. Mariano se encogió de hombros.

—Que me compren otras —determinó. El coche ya se movía—. Pedro.

—Sí.

—No me lledes a casa. ¿Está el yate en el puerto?

Pedro lo miró por el espejo retrovisor. Mariano se había estirado tanto cuanto le daba el espacio y tenía las piernas abiertas.

—Te llevas todas las materias, Mariano —le recordó el hombre.

—¿Todavía está en fecha el permiso de viaje que me dieron Maribel y Alberto? —siguió preguntando el chico.

—En dos días tenes la graduación de tu hermano —intentó convencerlo el hombre para no decirle que sí a ambas cosas: el yate

estaba en el puerto y el permiso todavía era válido.

Mariano rió. Sentía mucho más afecto por Pedro que por la celadora, pero no pudo evitar faltarle el respeto al hombre. Y es que se había acostumbrado a despreciar la obediencia a todo el mundo.

—No seas aguafiestas —le dijo—. ¿Viste? Algo aprendí en Lengua. Aguafiestas —se burló—. Agua más fiestas, iguaaal... ¡casa de la playa! ¿Viste? Algo aprendí también en Matemática.

Rió solo. No le hacía falta

que alguien le siguiera el chiste porque a él le causaba gracia y eso le bastaba. Pasó la mano por la ventanilla que lo separaba de Pedro y le palmeó el hombro.

—Directo al puerto, Pedrito —le dijo, y luego comenzó a hurgar en los asientos—. ¿No dejó nada Alberto para tomar? Tengo sed. Estas viejas del colegio no te dejan tomar nada.

Aunque no le agradara la orden, Pedro tuvo que cumplirla. Era empleado de Mariano Rizzi y no podía contradecirlo, porque



aunque tuviera apenas diecisiete años, ostentaba el poder de alguien mayor. Haciendo chiquilinadas, pero poderoso a fin de cuentas porque era dueño de sus decisiones.

En el puerto se bajó del coche caminando como un dandy.

—¡Fracisquito! — saludó palmeando en el brazo a quien iba a conducir el yate y le pasó por adelante para entrar en la cubierta.

En el interior tomó el teléfono y llamó a todos sus amigos de Punta del Este y

de Piriópolis.

«Hago fiesta en casa, venite», les decía con voz libertina. «Dale, que tu vieja no se entere. Salí por la ventana», le dijo a otro. Reía sin parar.

Cuando llegó a la casa se encontró con la hija de Romualda que, como su madre había muerto, ahora cuidaba y limpiaba la casa cuando los patrones no estaban. Llegó a impartirle órdenes con ese tono pastoso y descuidado que siempre ponía.

—Anda a comprar: diez

botellas de whisky, cuarenta de champagne, diez de Coca-Cola... —y así proseguía la lista cuyos productos la hija de Romualda se tenía que ingeniar para conseguir.

Llegado el atardecer, los jóvenes comenzaron a caer. Las fiestas de Mariano eran las mejores de la costa porque la música era extraña en comparación con lo que escuchaba la mayoría y sonaba muy fuerte: una mezcla de grupos *dark*, *grunge* y góticos de los ochenta y noventa, Depeche

Mode, Marilyn Manson y algo de rock metal en todas sus variedades. Además, la bebida alcanzaba para todos y él era un sex symbol. Siempre le quedaba resto para besar una chica más y no tenía problemas en compartir la suya con otros chicos. Como todos acababan borrachos, nadie se daba cuenta de lo que hacía.

A ellas les gustaba Mariano porque era misterioso, seductor y raro. Muy raro. Se vestía con pantalones negros llenos de

bolsillos, remeras de grupos que la mayoría de ellas desconocía y usaba pulseras de cuero y otros trapos anudados en las muñecas. Se peinaba el cabello en picos que no pasaban los dos centímetros de alto y hasta se delineaba los ojos de negro, lo que los hacía todavía más grandes y profundos, de un gris que parecía transparente. A ellas les gustaba su poder y su mirada.

Después de fingir que bailaba *Smells like teen spirit*, una canción de

Nirvana, apretado con una de sus amigas, se sentó con ella en el sofá que estaba contra una ventana y comenzaron con los besos. Ella le frotó la entrepierna y Mariano respondió pasando los dedos por debajo de su pollera hasta alcanzar la bombacha. Ella gimió, él ingresó un dedo y la acarició.

—Vení, vamos afuera —le dijo. La chica aceptó.

Algunos chicos tomaban y reían entre las plantas que separaban la casa de la arena. Mariano cerró la

puerta y se sentó en un escalón, ese en el que siempre escondía algo. Su amiga se sentó a su lado y lo vio levantar la madera. Desde el interior todavía les llegaba embotado el sonido de la versión que Manson hacía de *Sweet dreams*.

—¿Qué buscas? —le preguntó ella.

—Un regalito —rió él un poco ebrio mientras metía los dedos impregnados de humedad femenina en la mugre.

Con esfuerzo obtuvo lo que deseaba: un envoltorio

de donde extrajo un paquetito de cocaína y un espejo. Marcó las líneas e inhaló una dejando otra para su amiga.

—¡Uff! —exclamó después—. Toma.

Ella se mordía el labio. Recogió el obsequio que su amigo le daba y también aspiró. Sonreía.

Se acabaron la droga mientras se tocaban. Él se había limpiado las manos sucias de tierra en el pantalón y ahora con esos mismos dedos jugaba a hacer círculos sobre el pezón



de su amiga.

—Vení —le dijo, y ella lo siguió.

La condujo a la playa, lejos de los curiosos. La recostó entre las rocas y con las mismas manos con las que sostenía un espejo con cocaína o un vaso con alcohol, le tocó los senos. Le acarició la vagina, se bajó el cierre de los pantalones y dejó escapar su miembro deseoso de entrar en la chica cuyo nombre nunca recordaba.

De pronto, cuando estaba a punto de cumplir su deseo,

un tirón en el cabello lo dispersó de toda otra acción. No tenía idea de lo que sucedía.

—¿Qué estás haciendo? — resonó la voz de su hermano. Le hizo doler la cabeza—. ¡Levántate ahora mismo!

Mariano obedeció al instante. Rojo como la aureola que rodeaba la luna presagiando una tormenta, se subió el cierre de los pantalones y ni siquiera atinó a proteger a la chica, que había quedado tirada en la arena con un pezón al aire

y la pollera levantada hasta la cadera.

Joaquín le arrojó su abrigo, la ayudó a levantarse porque sola no podía y le ordenó que se fuera. Después tomó del brazo a Mariano y lo condujo a la casa, donde la fiesta ya había acabado. Seguramente la había terminado Joaquín cuando se había internado buscándolo a él, porque hasta la música ya no sonaba. Mariano estaba seguro de que Joaquín había echado a todos sus amigos y los había amenazado con

llamar a la policía si no se retiraban, porque muchas veces lo hacía. La mayoría eran menores y se asustaban con facilidad. Mariano no, pero sentía por su hermano un respeto que no tenía por nadie.

Joaquín lo sentó en una silla de un empujón y después se cruzó de brazos delante de él para regañarlo.

—Que sea la última vez que tengo que venir en avión desde Buenos Aires para terminar con tus pavadas — le dijo. Mariano, que tenía la cabeza gacha, lo miró

alzando solamente los ojos.

—¿Quién te dijo que yo estaba acá? —preguntó.

—Pedro, y lo bien que hizo —lo defendió Joaquín—. Decime una cosa, ¿en qué estabas pensando? ¿No tenes miedo de nada? —interrogó enérgico. Mariano bajó los ojos de nuevo.

—¿A quién le importa? —masculló encogiéndose de hombros.

—¡A mí me importa! —reclamó su hermano—. Escúchame bien, idiota. Vos no fuiste el único que no tuvo padres. No seas mocoso

y actuá como un hombre.

Mariano sonrió con amargura. Se miró las manos sucias de tierra, de alcohol y también de una chica.

—No quiero —dijo.

—Ya sé que no querés, pero lo vas a tener que hacer —replicó Joaquín enérgico—. Decime una cosa, ¿te pusiste preservativo?

—Me interrumpiste —le recordó Mariano sin disimular su rencor.

—¿Te lo ibas a poner? —interrogó Joaquín. Mariano otra vez se encogió de hombros.

—No sé.

—¡«No sé»! ¡Esa chica tiene dieciséis años! ¿Y si la dejas embarazada? —lo retó—. Escúchame bien: no se le hace el amor a una chica en una playa como a una cualquiera, ebrio y sin preservativo. Y encima drogado. ¿Entendiste, sabelotodo? —le pegó en la cabeza. Mariano la sacudió—. Si te crees tan macho, hacer eso no es de hombre. Aunque muchas de esas chicas no tengan la voluntad de darte un cachetazo, son mujeres, y no tenes que

olvidarlo. Ahora vamos a limpiar este desastre que dejaron tus amigos en la casa y nos vamos a Buenos Aires.

—La hija de Romualda...  
—intentó Mariano. Si su hermano quería llevarlo a Buenos Aires, allá iría, pero limpiar ¡nunca!

—¡La hija de Romualda nada! —lo interrumpió Joaquín. No lo dejó siquiera esbozar la siguiente palabra —. Vas a limpiar o te dejo la cara que no vas a poder salir a la calle por una semana. ¡Movete!



Mariano hizo su mejor esfuerzo por su hermano juntando un par de botellas vacías, pero la borrachera lo hizo caer rendido en el sofá a la media hora.

Despertó cuando oyó gritos. ¿Qué era eso, por qué una mujer lloriqueaba? Abrió los ojos con dificultad y le pareció distinguir la figura de su madre.

—¡Qué vergüenza! — exclamaba ella—. ¡Yo quería la casa para mí este fin de semana!

—Mamá... —era la voz de Joaquín—. No es para tanto.

—El yate no está, se lo presté a mi amiga para que pasee con el novio — reclamó ella—. Y esto da asco, llegué con mis amigos y pasé tanta vergüenza.

—Nos vamos en el auto — se interpuso Alberto—. ¿Ustedes vienen o no?

—Sí, claro que vamos — replicó Joaquín apresurado —. Si el yate lo prestaron, quién sabe cuándo vuelve, y en dos días tengo la fiesta de graduación.

Había estudiado Economía para perderse su propia fiesta. ¡Imposible!

—Levántalo, salimos ya mismo —anunció el padre en relación con Mariano. Afuera resonaba un trueno. Joaquín lo sacudió.

—Levántate, pelotudo —le dijo. Lo pellizcó, pero para entonces Mariano ya estaba despierto y le dolió el doble—. Mamá —cayó pensando que la casa estaba vacía y por culpa tuya ahora está insoportable. El yate lo prestaron, así que nos vamos en el auto, dale.

Mariano no podía moverse. Sentía que las piernas le pesaban, los

párpados se le cerraban solos. Hizo su mejor esfuerzo por Joaquín y terminó al menos sentándose. Su hermano lo cargó de costado y así casi lo arrastró hasta el BMW de su padre.

Alberto conducía, Maribel iba a su lado. Joaquín empujó a Mariano para que quedara sentado detrás de su madre y luego se sentó él. Lo acomodó en el asiento. Mariano comenzó a reír.

—Tenía las tetas flojas —  
masculló. Era una  
incoherencia que provocó

una mueca de horror en su madre.

—Callate, tarado —lo regañó Joaquín por lo bajo, tratando de abrocharle el cinturón. Lo consiguió con creces. Mariano soltó una risotada.

—Un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña —comenzó a cantar a los gritos mientras movía un dedo índice de un lado a otro imitando el columpio.

Joaquín se ajustó su propio cinturón y miró por la ventanilla. Viajar así sería

todo un suplicio: su madre lloriqueaba por la vergüenza que había pasado frente a sus amigos, su padre se quejaba por tener que conducir hasta Buenos Aires con lluvia y Mariano cantaba y hablaba incoherencias. Se sentía el único cuerdo en ese vehículo de locos, y no era para menos.

Cuando se cansó de cantar, Mariano sonrió.

—Me hago pis —anunció.

—Aguanta —replicó su hermano.

—Te quiero, Joco —siguió

diciendo Mariano. No lo llamaba así desde que tenía siete años. A pesar de estar enojado, Joaquín sonrió.

—Yo también —le dijo.

Fue lo último que Mariano recordaba. Después se quedó dormido.

—Cuando desperté, habían pasado tres meses.

—¿Qué? —interrogó Helena, congelada.

—Mi familia estaba muerta, mi memoria respecto de lo que había pasado fallaba y había pasado tres meses en coma. No tenía nada más que esos

últimos recuerdos, una herencia millonaria y esta casa. Por eso significa tanto para mí y quiero conservarla siempre. Y también quiero que si algún día tenes un hijo y es como fui yo, le dejes el culo tan dolorido que no pueda sentarse por un mes —Helena tenía ganas de llorar, pero rió—. Quiero que sepa que tiene una madre, que no está solo.

Helena se sintió conmovida. Sin embargo, no permitió que la tristeza se manifestara. Pestañeó para acabar con el ardor de los



ojos y siguió escuchando. Mariano bajó la cabeza y sonrió con melancolía.

—Me llevó mucho tiempo recuperarme por completo del coma —siguió contando—, pero jamás pude recordar qué pasó. Solo sé lo que me dijeron —se hizo silencio. Mariano miró a Helena, que callaba sus pensamientos—. ¿No me vas a preguntar qué me dijeron?

—No —respondió ella enseguida—. Debe haber sido muy duro para vos y no creo que quieras contármelo.

Se equivocaba. Mariano

jamás le había contado aquello a nadie, y ahora que había empezado, no podía parar. Bajó la mirada de nuevo para seguir hablando.

—Me dijeron que volcamos y que mi hermano se desangró sobre mí —explicó—, pero mi mente bloqueó ese recuerdo.

—Es mejor así —agregó Helena.

Mariano no sabía si, en efecto, era mejor no recordar. Tal vez por eso había acabado preso de la culpa, creyendo que no merecía vivir. El accidente

había sido su responsabilidad, y debía expiar ese pecado, solo que no se atrevía a hacerlo de una sola vez. Entonces olvidaba con pequeñas dosis de muerte.

—Si esta casa te perteneciera algún día, ¿la venderías? —interrogó de pronto, viendo a Helena a los ojos.

—No va a ser mía —replicó ella.

—¿Lo harías?

Helena no quería hablar de ser la hipotética dueña de nada que perteneciera a

Mariano, ni siquiera sobre el negocio que él le había propuesto. Pero a su vez comprendió que solo de ese modo lo serenaría, entonces decidió contestarle.

.—No la vendería —dijo. Mariano asintió con la cabeza.

—Gracias —terminó, y de pronto cambió su estado de ánimo como un niño cuando recibe juguetes—. Debes tener hambre —aventuró—. Voy a preparar algo. Espero que quien envié por mercadería la haya traído.

Mientras él se ponía de pie

y se dirigía a la alacena, Helena hizo lo mismo, pero a ella no le resultaba tan simple abandonar las emociones anteriores. Se sentía impactada y temerosa.

Se distrajo de esos sentimientos observando alrededor. Notó que la cocina era pequeña y que el comedor se hacía más amplio porque seguro allí se recibía antaño a los invitados. La angosta escalera de madera llevaba al piso superior, donde se encontrarían las habitaciones. Helena se

quedó de pie junto a la abertura que conducía a la cocina. Mariano preparaba varios ingredientes sobre la mesada.

El almuerzo consistió en ravioles rellenos de salmón con salsa rosa y vino blanco. El tiempo que pasaron allí conversaron acerca del clima de la zona, los estudios de Helena y otras cosas de la vida que sin que se dieran cuenta los entretuvieron hasta la caída del sol.

—¿Damos una vuelta por la playa antes de irnos? — propuso Mariano. Helena

aceptó porque quería ver el mar.

Mariano recogió otra botella de vino y dos copas, y juntos descendieron la explanada hacia la arena. El sol se ocultaba y, del otro lado, nacían las primeras estrellas. Más allá, el cielo se unía con el agua en un horizonte lejano y la luna presagiaba sus rayos de plata. El sonido mágico de las olas rompiendo contra las rocas confería al inicio de la noche una sutileza mágica.

Caminaron a lo largo de la

costa durante al menos media hora en la que el cielo fue tiñéndose de azul oscuro. Acabaron sentándose entre dos rocas, donde reconocieron que el vino había perdido la temperatura ideal, pero igual bebieron.

—Al menos vos supiste quiénes eran tus padres —contó Helena de pronto—. Yo estoy esperando que el mío me llame.

Mariano frunció el ceño, lo asustó el pesar que se ocultaba tras aquel tono de VOZ.

—¿Me vas a explicar



cómo es eso? —pidió.  
Helena se concentraba en las olas y en el reflejo que la luna imprimía en ellas. Se encogió de hombros, tenía la necesidad de confesarse porque presentía que Mariano la comprendería, que podía acompañarla.

—No supe quién era hasta este lunes. Fui a buscarlo, pero no quiso saber nada conmigo. Le di tres días para ponerse en contacto. Mañana se vence el plazo y tengo miedo... tengo miedo de que no llame —suspiró al tiempo que se estremecía de

frío, aunque la temperatura fuera agradable—. Es tan lindo el mar —reflexionó para acabar con el tema anterior.

Mariano la miró, pero no dijo nada. Ella se veía tan hermosa bajo el reflejo de la luna que el tiempo podía detenerse y él sería feliz solo con esa imagen. A Helena le brillaba el pelo, tenía los ojos muy grandes y los labios húmedos de vino, y él estaba hipnotizado.

—Tenemos que volver —dijo para evadirse de sus sensaciones. Helena aceptó

la indicación sin emitir palabra.

Una vez en el yate, el frío del silencio fue abrumador. Si así se sentía la muerte, Helena no quería experimentarla, ni quería que Mariano la atravesase tampoco. No todavía, no tan pronto. ¿Por qué se interesaba tanto en instrirla? ¿Acaso estaba enfermo? No podía preguntárselo, estaba segura de que él no le respondería o quizás tampoco deseaba oír la respuesta. Si tenía algo que realmente no se podía

curar, ella se sentiría impotente y desearía luchar contra lo imposible. No quería perder, y se consideraba una perdedora.

Mariano estaba distante, pensativo, y Helena no sabía llegar a él. El único modo en el que sabía llegar a los hombres era a través del sexo, tal como había comenzado a conectarse con Mariano, por eso pensó en jugar.

No habían encendido las luces. El interior del yate era una penumbra amarga que Helena esperaba llenar con

destellos de luz. Mariano se hallaba en uno de los asientos de tapizado color crema, estirado con los pies contra el borde de la mesita. Tenía una postura relajada y hasta obscena. Helena, en cambio, se hallaba cruzada de piernas en el asiento contrario. Se puso de pie para acercársele sin ser consciente de que se movía de manera sensual ya no fingiendo, sino porque buscaba que Mariano la desease. Quería sentirse deseada por él.

—¿No hay juegos en este

yate? —preguntó. Mariano la observaba sin entender del todo hacia dónde pretendía dirigirse ella.

—Un mazo de naipes, creo —aventuró.

—Búscaló —pidió Helena.

—¿Estás aburrida? —le preguntó él.

—Te extraño —admitió ella. Mariano evitó demostrar sus sentimientos frente a la confesión, pero sus ojos se oscurecieron de lujuria—. Me gustaría que estemos más cerca.

Él bajó las piernas y se puso de pie. Hurgó en un

cajón y de allí extrajo un mazo de cartas. Volvió a sentarse en la misma posición libertina que tenía antes y arrojó el pedido a la mesita. Helena lo recogió y se sentó en el piso.

—¿Sabes jugar al truco? —preguntó. Mariano asintió en silencio—. Muy bien, el que pierde la mano tiene que cumplir con una prenda —propuso mientras abría la caja con las cartas y comenzaba a mezclarlas. Mariano sonrió.

—Me gusta —admitió—. Yo empiezo.

Helena repartió las cartas y así comenzó la partida. Tenía un seis de oros, un dos de basto y un pobre cuatro de copas. Por supuesto, todos fueron derrotados por el siete de oros y el as de espadas que tenía Mariano. Siempre le tocaba perder frente a esa carta, pero era lo que quería. Deseaba obtener una prenda.

Aun habiendo ganado, Mariano no se enderezó en el asiento. Dejó las piernas estiradas y abiertas para luego hacer un gesto con la mano a Helena ordenándole



que se le acercara. Ella se puso de pie para obedecer el pedido; se le aproximó y se colocó entre sus rodillas. Él estiró un brazo y rodeó una nalga de la mujer con los dedos. De ese modo la atrajo hacia sí y la dejó pegada a su entrepierna.

Helena se arrodilló con los ojos chispeantes, su cuerpo convertido en fuego. Tenía que cumplir con la prenda y entendía cuál era sin palabras.

Se ocupó primero de desabotonar el pantalón de Mariano con dedos firmes,

pero el alma temblorosa. Deseaba ser suya de inmediato. Otra vez sentía sed y ganas de dar placer, porque por primera vez en su vida, con Mariano a la vez que daba recibía. Recibía con solo dar.

Deslizó el cierre tan despacio que ni siquiera hizo ruido. Abrió la tela de gabardina en dos y avistó el boxer negro que evidenciaba una erección sedienta de entrar en su boca. Le gustaba ver a Mariano estremecerse de placer; siempre que hacían el amor

había algo nuevo, algo más.

Bajó el elástico del boxer y dejó escapar el miembro erguido, que se hinchó todavía más con su contacto. Lo tocó con los dedos, lo acarició incluso con cariño, porque era parte de quien le había enseñado que podía gozar. Besó el pene y luego alzó los ojos hacia su dueño.

—¿Sigo? —preguntó. Mariano se adelantó un centímetro y le acarició los labios con un dedo.

Helena volvió a besar el pene de Mariano. Se acarició con él la mejilla y después lo

introdujo en su boca. Él echó la cabeza atrás, hambriento de placer, abrumado por las sensaciones que lo aferraban al futuro.

Con la deliciosa muestra de virilidad contra su lengua, entre sus dientes y en su garganta, Helena alternaba la vista entre lo que hacía y los gestos de Mariano. Era hermoso verlo agitarse de placer, su pecho elevarse en la penumbra del barco como si en su corazón también se mecieran las olas. Jamás pensó que la imagen de un

hombre mientras le practicaba sexo oral le parecería gloriosa y le otorgaría también placer a ella. Se sentía excitada al excitar a Mariano.

De pronto él se echó hacia adelante y la arrancó de su miembro jalándola con suavidad del cabello. A Helena no le dolió, la sorprendió, porque pensó que Mariano eyacularía en su boca. Se estaba conteniendo.

Él recogió las cartas y le entregó una. Se quedó con otra él. Hizo todo tan rápido

que a Helena le costó seguirlo.

—El que tiene el número más bajo corre con la siguiente prenda —anunció. Helena asintió con la cabeza.

Ambos dieron vuelta las cartas. A Helena le había tocado el cinco de espadas y a él el dos de bastos.

—¡Gané! —dijo Helena boquiabierta, no se lo creía. Mariano no le quiso decir que la había dejado ganar—. Tu prenda es hacerme algo que todavía no me hayas hecho.

Dispuesto a cumplir,

Mariano la alzó tomándola de la cintura y la dejó extendida sobre el asiento. Se ubicó entre sus piernas y mientras se sostenía con una mano, con la otra le levantó la pollera.

Helena presentía lo que se acercaba y volaba de excitación solo con imaginarlo. Alzó las manos para acariciar el pecho de Mariano. Era firme y se avistaba por entre los botones desprendidos de la camisa.

Él se fue hacia atrás quitándole mientras tanto la

ropa interior, luego se inclinó sobre su pelvis y le acarició el sexo con los labios. La garganta de Helena emitió un sonido ahogado, falto de toda razón. Y cuando la lengua de Mariano se internó entre sus pliegues femeninos, la sensación se hizo tan abrumadora, tan letal, que gritó. No quería estar callada, ya no quería prometer silencio.

Mariano se excitó al oírla gritar. Helena le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí para que se



internara en su cuerpo, y él así lo hizo. Volver a entrar en esa mujer se sintió abrumador, y como no pudo hablar, tampoco pensar con nitidez. Se agitó convulsivamente dentro de ella, oírla gemir era como una droga. Su corazón se aceleró, su respiración se tornó agresiva, y la embistió cada vez con más fuerza. Helena se aferraba a su espalda y le rodeaba la cadera con las piernas. Lo apretaba con las rodillas, quería sentirlo más adentro.

Mariano apoyó la frente en

la suya. Las narices se rozaron, pero los labios se mantuvieron lejos. Solo las miradas se encontraron y entonces estalló el secreto que escondían sus cuerpos: un orgasmo fuerte y duradero que los dejó temblorosos.

Pasaron el resto del viaje adormeciéndose en el sillón.

Más rápido de lo que pensaba, Helena se encontró en la puerta de su casa, donde Mariano se despidió de ella. Ambos descendieron del auto y él la tomó por sorpresa. Ella tenía la cabeza

inclinada hacia abajo, Mariano le apartó un mechón de pelo de la cara y eso atrajo la atención de Helena de inmediato.

Lo miró, lo vio sonreír, y se sintió morir.

—El viernes te espero a las cinco de la tarde —le dijo él, y luego se inclinó hacia ella para darle un beso suave en la mejilla.

Helena se estremeció. No estaba acostumbrada a ese tipo de cariño y su cuerpo reaccionaba a él como una llama al viento. Después de hacer eso, Mariano le sonrió

y volvió al auto.

Su figura llenaba los ojos de Helena. El vacío inundó su corazón cuando lo vio desaparecer en la esquina.

LAVINIA se puso en puntas de pie para dar un beso en la mejilla a Nick. Llevaba puesto un solero blanco largo y sandalias de tacón; él vestía un esmoquin y la tenía abrazada de la cintura. Observaban la pista de baile donde varias parejas se movían al ritmo del blues.

—¿Nicolás Hagen? — preguntó Mariano con expresión segura.

Tanto Nick como Lavinia

se dieron la vuelta, sorprendidos por la voz de un extraño. Nick devolvió la sonrisa.

—Aquí la Bestia en persona, y la Bella: Lavinia —replicó extendiendo la mano.

Mariano la estrechó, sonriente por la broma, y después se dedicó a tomar la de la hermana de Helena. Le dio un ligero apretón mientras la miraba a los ojos. De no haber sido por el hombre que la acompañaba, hubiera juzgado que ella era pura luz.

—Sin dudas, una belleza —reafirmó las palabras de Nick, y luego lo miró—. Ya sé que este no es el mejor lugar para hablar de negocios, pero te vi y no pude evitar acercarme. Admiré el Centro Médico de la calle Alem.

—Gracias —replicó Nick todavía sonriente—. Qué pena que yo no te reconozca para devolverte el cumplido. Mariano rió.

—Soy Mariano Rizzi —se presentó.

—¡Oh, de los hoteles! —sonrió Lavinia apuntándolo

con el dedo.

—El mismo —asintió él.

—Uno de los desfiles de mi jefe, Javier Gonzaga, el año pasado se hizo en uno de tus hoteles —contó Lavinia por no decirle que su hermana trabajaba indirectamente para él. Sin dudas no lo sabía.

—Este año no nos eligieron —contestó Mariano—. Siento que me enterraron un puñal.

Lavinia rió. El extraño le había caído en gracia enseguida.

—Eso no es algo que



maneje yo, pero me encantaría que pudiéramos concretar un desfile en tu territorio —asumió.

Mariano estudiaba cada detalle de ellos: se veían tan felices. Siempre sonreían, y se hacía evidente que eran una especie de cómplices. Por un instante pensó que a él también le hubiera gustado vivir ese tipo de amor tierno que aquellos dos se profesaban. Sin embargo, se sabía incapaz de brindar un sentimiento tan puro, porque él no lo era.

—Será un placer —

respondió respecto de los desfiles—. También lo será que podamos reunimos en algún momento para hablar de un negocio —dijo a Nick—. Sería un proyecto grande, pero de decoración, más que de construcción. Quiero renovar la imagen de mi cadena —explicó a grandes rasgos.

—Me interesa —replicó Nick. Se hacía evidente que su mente entusiasta ya comenzaba a proyectar todo lo que podría hacer para redecorar una cadena de hoteles.

De pronto Mariano volvió a mirar a Lavinia, y a ella le despertó tanta confianza que le regaló otra de sus luminosas sonrisas.

—¿Puede ser que tu madre se llame Adriana Montivero? —preguntó él.

—¿Adriana? —replicó Lavinia—. No. Se llama Cristina. ¿Por qué?

—Porque una vez conocí a una Adriana Montivero que era igual a vos, solo que te doblaba en edad —respondió Mariano con naturalidad. No mentía. Lavinia rió.

—No era mi madre, pero quizás era mi doble en el mundo —bromeó.

—Menos mal que no hay dos como yo —acotó Nick.

—Ni dos como yo —coincidió Mariano. Los tres rieron, y luego él dio por terminada la conversación —. No quiero molestarlos más.

—No es molestia —replicó Nick, amable.

—Los dejo para que disfruten la velada —hizo una inclinación con la cabeza y sonrió—. Mi secretaria se va a poner en

contacto con vos por el asunto de mis hoteles —dijo a Nick—. Que tengan buenas noches.

—Esperaré el llamado. Fue un placer —replicó Nick.

—Hasta luego —se despidió Lavinia, y Mariano se alejó.

—Este va directo al primer lugar de la lista —sentenció Nick al oído de Lavinia. Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué lista? —interrogó.

—La de candidatos para Helena —aclaró él.

—¿Estás loco? —replicó Lavinia—. Ese hombre ni se debe imaginar que mi hermana trabaja para su hotel, ¡pero es su jefe!

—¿Y eso qué? —rió Nick—. Mucho mejor, ni siquiera tendrá que cambiar de lugar de trabajo.

Lavinia negó con la cabeza y lo arrastró a la pista de baile.

Con la información que deseaba recabar en su memoria y la que había obtenido sin querer, Mariano se alejó de la multitud y regresó a un sitio más

íntimo, como siempre hacía. Era una persona solitaria.

Volvió al departamento donde asistía a fiestas privadas y allí ocupó el sillón y la mesita habituales.

—¿Mariano? —le preguntó Clarisa, la última amiga que se había hecho allí.

—Hola —la saludó él. Ella se le sentó al lado y dejó su vaso a un costado.

—Hacía tiempo que no te veía —comentó—. ¿Estás bien?

Quiso acariciarle el pecho, pero Mariano no se sintió a

gusto con eso. No sabía el motivo, pero desde que Helena estaba en su vida, no había vuelto a ese lugar ni había mantenido relaciones con nadie que no fuera ella.

Apartó la mano de Clarisa amable pero firmemente y llamó a la camarera para ordenarle un trago. Ni bien la mujer se alejó después de que él ya le había hecho el pedido, Clarisa se le acercó y le habló al oído.

—Hoy conseguí de la buena —susurró—. Si querés te convido.

No le hacía falta, él ya



había contactado a su proveedor por su propia mercadería. No le gustaba aceptar la de otros, aunque él convidara de la suya cuando se lo pedían.

—Ya tengo, gracias —dijo procurando un tono agradable.

Clarisa intentó acariciarlo de nuevo, pero él se apartó con la excusa de acomodarse en el asiento. No tenía idea de por qué había regresado ahí, solo sabía que no lo había pensado. Había seguido el instinto, el llamado de su cuerpo, que

cada vez sonaba más alto. Después de haber relatado a Helena su pasado, necesitaba olvidar. Bastante había aguantado sin caer preso de esa tentación.

—Yo te la preparo —ofreció Clarisa en busca de complacerlo. Metió la mano en el bolsillo del saco masculino y extrajo la cocaína. La extendió sobre el vidrio de la mesa y luego volvió a mirar a Mariano—. ¿Así está bien? —le preguntó—. ¿No querés un poquito de la mía?

Mariano se arrodilló frente

a la mesa y recogió el esnifador de donde Clarisa lo había dejado. Se lo llevó a la nariz, pero no inhaló. No quería hacerlo. La imagen de Helena se cruzaba por su mente y por lo que había leído en su diario, sabía que la defraudaría. Por Dios, si un drogadicto borracho le había arruinado la infancia, ¿qué pensaría de él, que era al menos la primera de esas dos cosas?

Si un mes atrás alguien se hubiera atrevido a decirle que esa noche le parecería que la música sonaba

demasiado alta, que el contacto de Clarisa le molestaría y que preferiría estar en su casa antes que en una fiesta privada, se le habría reído en la cara. Resultaba irónico que fuera él quien ahora estuviera a punto de irse de allí por esas mismas razones.

¿Qué le estaba pasando? Se sentía tan cansado y deprimido que podía llorar. Endureció las piernas y comprimió los puños. Apretó los dientes para disimular la mueca en los labios. Nunca había

padecido esos síntomas, y le hacían pensar que tal vez la mala vida que llevaba ya comenzaba a cobrarle sus cuentas pendientes.

Por un instante se limitó a abstraerse de la realidad pensando en un viaje. Hubiera preferido hallarse en un lugar solitario donde si se le escapaba algún gesto de molestia nadie lo viese, pero dudaba que siquiera pudiera ponerse de pie. Se sentía débil y cansado.

Se dio cuenta de que por primera vez necesitaba la droga, pero no quería

tomarla. Nunca antes la había necesitado porque siempre consumía sin problemas. Ahora, en cambio, no quería herir a Helena.

—¿Te pasa algo? —se preocupó Clarisa tocándole la espalda. Se había asustado —. No me digas que te diste una sobredosis.

No, si hacía días que evitaba consumir, desde que había leído el diario que Helena le había dejado. Su cuerpo se cobraba los días sin droga y el deseo de recuperarlos se hacía cada

vez más fuerte. Comenzó a sudar. Sin embargo, su alma fue más valiente, y acabó arrasando con todo lo que había sobre la mesita cuando pasó el antebrazo por ella violentamente.

Clarisa se apartó de él temerosa. El sujeto del sillón contiguo y su amante lo miraron. Mariano se puso de pie y huyó de aquel departamento antes de que su voluntad se rindiera ante la tentación.

El jueves, Helena supo que su padre no la llamaría y eso la mantuvo triste toda la

mañana. En la universidad, apenas pudo concentrarse en lo que el profesor exponía; mentía si decía que no albergaba la esperanza de que Ignacio la llamase.

Pasó la tarde trabajando en la recepción del hotel, mirando hacia todas partes para ver a Mariano. Pero tal como los días anteriores, eso no ocurrió. Al parecer él jamás se dejaba ver por ahí, si ni siquiera lo había reconocido como el dueño de los hoteles cuando se había acercado al mostrador porque nunca antes se lo



había cruzado en ese lugar ni aparecía su rostro en la página de Internet.

Hubiera deseado pasar la noche en el departamento de Lavinia, pero no quería ser una molestia. Los llamó con el pensamiento, porque justo cuando acababa de subir al colectivo que iba hacia Barracas recibió un mensaje de texto de Nick.

*«Ya tengo la lista de candidatos, serán unos quince nombres, pero hay uno destacado. Me dio conversación en una fiesta anoche y ni bien lo vi supe*

*que era para vos. ¿Aceptas que te lo presente?».*

Helena sonrió al responder: *«La lista está cerrada por el momento. Conocí a alguien».*

*«¡Entonces la cosa es en serio! ¡Tenes que contarme! Me lo tenes que presentar, lo tengo que evaluar, lo tengo que aprobar...»,* leyó que le había escrito Nick. Rió involuntariamente, él siempre la hacía reír.

*«No puedo contarte todavía, pero lo vas a aprobar, estoy segura. ¿Ustedes están bien?»,* respondió.

«*Mejor que nunca.*  
*¡Cuidate!*», recibió como  
respuesta. Sonrió y guardó el  
teléfono.

Al llegar a casa encontró  
que su madre estaba  
preparando la cena. Incluso  
para ella, porque había  
puesto tres platos.

—Pensé que llegabas a las  
nueve, quería tener lista la  
cena —le comentó.  
Sorprendida como estaba  
por la actitud de Cristina,  
Helena apenas pudo susurrar  
una respuesta.

—El colectivo vino rápido.  
Se encaminaba a su cuarto

pero se detuvo cuando su madre volvió a hablarle.

—Te dejé sobre la cama otra de esas cajas —le dijo—. ¿Tenes un admirador secreto?

Helena salió corriendo. Cerró la puerta de su cuarto y se arrojó sobre la cama, donde otra caja negra y plateada la esperaba para robarle el sueño.

Al abrirla se encontró con una nota. Solo un papel escrito con la letra de Mariano.

*«Alguien como vos no necesita un llamado*

*telefónico porque sabe buscar su felicidad en los rincones más recónditos de su alma. No necesita de nadie, no necesita de nada».*

Se quedó helada, con las manos temblorosas. Mariano dedujo que su padre no la llamaría, ella supo que sería así. Y cuando Cristina golpeó a la puerta, Helena buscó la felicidad en donde jamás pensó que podría encontrarla.

—Adelante —dijo. Cristina se asomó para hablarle.

—¿No notaste nada raro?

—le preguntó. Después esbozó una sonrisa—. Lavé las cortinas.

Helena giró la cabeza hacia la ventana y por primera vez desde que había entrado al cuarto sintió el aroma a jazmines del jabón en polvo, el olor a pizza casera que le llegaba desde la cocina y la mezcla de sensaciones que se agitaba en su garganta.

No tenía idea de lo que había ocurrido a su madre para que de pronto decidiera ocuparse de la casa, de la comida y de ella, pero ahora

que percibía mejor el entorno, hasta se daba cuenta de que Cristina se había arreglado el cabello. Se lo había teñido para quitarse algunas canas y eso la hacía lucir más joven.

Se echó a llorar como si le hubieran robado un juguete cuando tenía cinco años. El papel escrito por Mariano se le arrugó entre los dedos y la tinta se humedeció de lágrimas. Cristina dio un paso adentro, cerró la puerta tras ella para aislarlas de Héctor y se sentó sobre la cama. Después se quedó

mirando a Helena, su hermosa hija de cabello castaño y ojos gigantes, y estiró un brazo hacia el de ella.

—Yo te quiero, Helena — le dijo—. Y lamento mucho todo lo que hemos tenido que pasar en la vida. No te pienses que a mí me resulta sencilla.

Por un instante, Helena pensó que, como siempre, su madre se ponía a la defensiva. Pero enseguida la última frase dicha dejó de parecerle dura, trató de interpretarla de otra manera,



y relegó el resentimiento para convertirlo en compasión. Durante años había creído que su madre no sabía quién era su padre, pero resultaba ser que solo la estaba protegiendo de alguien que no la quería, la estaba cuidando para que no se sintiera rechazada. Con sus limitaciones, pero lo hacía; había pensado que mentirle era una solución y no podía culparla.

No hicieron falta palabras. Ella misma se inclinó hacia su madre, apoyó la mejilla en su pecho y se abrazó a su

cintura para llorar ya no por un pasado que siempre había soñado y nunca había tenido, sino porque dejaba ir esas añoranzas y eso le dolía. Una familia, un padre que la llevara a la calesita, una identidad completa. ¿Por qué llorar lo que faltaba en lugar de valorar lo que tenía? Una hermana que siempre la había amado, un hermano que le hacía la vida más amena y una madre que la había parido. No era poco: viuda y con una hija pequeña, había decidido dar a luz una nueva vida a pesar

de no tener un trabajo ni al padre del bebé que esperaba. Su madre la quería aunque no supiera demostrarlo, y parecía estar haciendo un intento por mejorar también en eso. Se sintió a la vez triste y satisfecha.

Cristina respondió al abrazo y para sorpresa de Helena, lloraba igual que ella. Acarició el cabello de su hija, le frotó la espalda, y después se apartaron cuando Héctor abrió la puerta. Se apresuraron a secarse los ojos y a sonreír al niño, que traía con él un cuaderno y un

lápiz.

—Esta no me sale —  
anunció. Entre las dos lo  
ayudaron a copiar algunas  
letras del abecedario.

Del otro lado del papel,  
Mariano había escrito algo  
más:

*«La felicidad está en uno  
mismo».*

Ni bien Helena entró el  
viernes en el estudio de  
Mariano, él notó que ella  
tenía algo distinto en la  
mirada. Se la notaba más  
segura, más entera, más ella  
misma.

—Quería agradecerte la

nota —fue lo primero que Helena le dijo al verlo. Mariano sonrió.

—Sabía que te gustaría —respondió muy sereno. Allí siempre estaba oscuro y los iluminaba la luz de la lámpara.

Helena se sentó sin esperar que le ofrecieran el asiento. Cruzó una pierna sobre la rodilla contraria y apoyó los codos en el apoyabrazos de la silla. Observaba a Mariano con deseo y su mirada se tornó tan sensual y atractiva, que él dejó de resistirse.

Aunque ese era el lugar de las matemáticas, esa regla podía romperse, así que se aproximó a Helena y enredó los dedos en su cabello castaño. Se lo apartó rozándole el cuero cabelludo y en cuanto su mano no pudo deslizarse más, le echó la cabeza atrás. Se miraban a los ojos y en sus pupilas oscuras se dibujaba la imagen del otro.

Él se inclinó hacia ella y respiró sobre su mejilla. Se llevó consigo el aroma exquisito de Helena y le devolvió el regalo con una

caricia de su lengua. Se la profirió en el lóbulo de la oreja, y eso la hizo estremecer. Entonces Helena alzó las manos y atrajo a Mariano hacia sí tomándolo de las nalgas. Las apretó y de la misma manera voraz apoyó la frente sobre su vientre duro. Retiró las manos de las nalgas y las llevó a los botones de su camisa, la que sacó fuera del pantalón y comenzó a desabrochar con dedos ansiosos.

Mientras tanto, Mariano le acarició los hombros y la

espalda. Después bajó la cabeza y se vio con la camisa desprendida. Observó cómo Helena le besaba el vientre, pasaba los labios alrededor de su ombligo y después iba bajando hacia su pelvis. Al mismo tiempo, ella le deslizó la camisa por los brazos, y al fin él fue libre. La tela cayó a sus pies y Helena lo admiró. Se veía tan fuerte y era tan seductor con el torso desnudo que se humedeció.

Con la misma dedicación que lo había hecho en el



barco, volvió a liberar la erección de Mariano para llevarla a su boca. Alzó los ojos hacia él mientras lo endurecía todavía más y gozó viéndolo echar la cabeza atrás. Él le jalaba el cabello sin darse cuenta y eso a ella la complacía. No quería que se resistiera.

—No quiero que tengas reservas —le susurró sobre el pene—. Quiero todo de vos. Dame todo lo que tengas.

Oírla hablar en esa situación con una voz tan clara y honesta impuso una

debilidad a Mariano. Que Helena fuera tan real, que no fingiera, lo hizo sentir satisfecho. Fortaleció su libertad.

Llevó la boca de Helena a su miembro y ella lo aceptó con entrega.

—Muero por esto cada vez que te veo —confesó él con voz gutural. Helena respondió llevando su masculinidad todavía más adentro de su boca y acelerando el ritmo de sus movimientos. Sin embargo, él se resistió—. Pero a mí me gusta derramarme

adentro tuyo —completó la idea.

Entonces se agachó, atrapó a Helena de la cintura y la puso de pie estrechándola contra su torso. De ese modo la movió de lugar y la sentó sobre el escritorio. Con la misma rapidez le desabrochó el pantalón y lo deslizó por sus piernas hasta dejarlo contra los zapatos. Helena se sostuvo con las manos para que él también pudiera deshacerse de su ropa interior. Después abrió las piernas, y aunque esperaba recibir enseguida el

miembro de Mariano en su interior, él solo introdujo un dedo.

—Me gusta tu calor, me gusta tu humedad — murmuró contra su sien.

Helena se retorció en busca de que la muñeca de Mariano le rozara el clítoris. Le gustaba brindarse más placer. Mariano introdujo otro dedo, y cuando la abertura se lo permitió, otro más. Helena se arqueaba y se movía contra su mano a punto de hacerlo perder el control.

—Me gusta la forma en

que me miras —siguió describiendo él—, la forma en que la tristeza se borra de tus ojos cuando tenemos sexo —le dijo—. ¿Se borra también de los míos? —preguntó agitado. Helena alzó la mirada hacia él y sus ojos se encontraron.

—Solo se lee deseo y felicidad —replicó moviéndose para que los dedos de Mariano entraran y salieran de su interior—. Veo vida, y eso me gusta —determinó.

Mariano apartó los dedos y en un solo movimiento se

pegó a ella. La penetró con intención de hacerlo despacio, pero Helena estaba tan lista para él que acabó internándose en ella muy rápido. Se aferró al borde del escritorio para moverse con más fuerza al tiempo que Helena enredaba las piernas en su cadera y se aferraba a sus hombros con las manos. Lo abrazó por el cuello y lo pegó más a ella. Lo besó en la mejilla y como deseaba seguir el rastro de su aroma, deslizó la boca hacia la parte de atrás de su oreja. Le hubiera gustado

ocupar sus labios, pero no estaba segura de que fuera lo que él quería. Aun así, siguió su instinto y los labios volvieron a deslizarse por la mejilla masculina mientras él continuaba con las embestidas. Llegaron a la comisura de la boca de Mariano y entonces la sensación fue tan extrema, tan única, que los dos se sacudieron por el orgasmo.

Después del episodio, permanecieron unidos un momento, tratando de recuperar el ritmo de su respiración. Helena había

escondido la cara en el hueco del hombro masculino y él le acariciaba el cabello, todavía pegado a ella. Salió de su interior poco a poco y acabó de salir mirándola a los ojos. Los de Helena también lo observaban.

—Me gusta cómo te hago sentir —terminó por decir él antes de alejarse en busca de su camisa.

Helena saltó del escritorio y al ver que Mariano se estaba acomodando la ropa, hizo lo mismo. Después volvió a la silla que había ocupado ni bien había



entrado en el estudio y se sentó. Esperó paciente a que Mariano la imitara, pero a cambio él se dirigió a un mueble.

—Tengo una tarea para vos —comentó hurgando en un estante. Helena sabía que no se refería a una tarea íntima y lo comprobó cuando Mariano asentó varios libros sobre el escritorio—. Tenes que leer uno para cada día que nos veamos: lunes, miércoles y viernes.

Helena enarcó las cejas.

—No me gusta leer —

advirtió viendo los libros de reojo. Mariano sonrió sin preocuparse por la noticia—. Nunca fui buena lectora.

—Alguien tan inteligente como vos puede leer lo que sea. Sobre todo esto —respondió él asentando las manos sobre la pila de libros. Luego las trasladó a los apoyabrazos del asiento de Helena y se inclinó hacia ella—. Lo que aprendes en la universidad es muy lindo, pero no todo es útil. Si querés tener éxito como ejecutiva de una empresa, primero tenes que

desarrollar ciertas cualidades —Helena esperaba—. La primera, inteligencia y rapidez mental. Sé que te sobran.

—Soy rápida, sí — reconoció Helena.

—La segunda, fuerza y coraje.

—Ahí puede que te falle.

—No me fallarás, lo sé — aseguró Mariano—. La tercera, encanto y ambición. Aparecen cuando querés — Helena sonrió por el cumplido y el chiste—. Por último, confianza en vos misma. Eso tenemos que

reforzarlo.

—¿Y cómo? —interrogó Helena, curiosa. Mariano se echó hacia atrás y caminó por el cuarto.

—Tenes un talento innato para semblantear a la gente, para saber qué piensan, qué quieren, así como para escucharlos —explicó él—. Con un poco de dirección, ese talento podría convertirse en un arma poderosa. Para eso están los libros.

Helena giró la silla hacia el escritorio y removió los ejemplares para ver los

títulos. Apartaba los libros a medida que los nombraba.

—¿«Inteligencia emocional», «Semiología del gesto», «Programación neurolingüística», «Psicoanálisis», «Economía»? —rió—.

¡Aquí no hay nada de hoteles, nada de nada, excepto economía! Aunque lo veo muy básico... ¿Cómo se supone que puedo confiar en mí misma sin saber nada de hoteles, que es a lo que me voy a dedicar?

—Eso es muy fácil — comentó Mariano todavía

dando vueltas—. Vas a seguir cursando en la universidad y vas a experimentar, así es como se aprenden las cuestiones superficiales, como saber los pormenores de un hotel —se volvió y asentó de nuevo las manos a los costados de Helena—. Lo difícil es el alma humana, y no sabes cuan necesario es conocerla para los negocios.

—Tenes un modo muy particular de hacer negocios —discutió ella. Él asintió porque las palabras le parecieron un halago.

—En eso estamos de acuerdo. Soy bastante raro para muchas cosas.

Se produjo un instante de silencio en el que Helena sopesó la idea de convertirse en una «tragalibros» de la noche a la mañana.

—¿Por cuál tengo que empezar? —preguntó rogando que no fuera el más largo.

—Por el que quieras —le respondió él—. Lo importante es que los leas: voy a incluirte en círculos sociales para los que tenes que estar preparada. Si te

conocen, aceptarán con más facilidad que vayas a ser accionista —cambió abruptamente de tema antes de que Helena pudiera hacer preguntas—. Ahora vamos a salir un rato, pero el lunes no vas a ir a trabajar y cuando Pedro, mi mayordomo, te pase a buscar por tu casa a las dos de la tarde, le vas a entregar un papel con tu reporte de lectura.

—No sé qué es un reporte de lectura —confesó Helena riendo.

—Es lo que vos quieras —replicó Mariano—. Ahora



nos vamos.

—¿A dónde? —se sorprendió Helena. Amaba la velocidad que llevaban, la intriga que Mariano le imponía.

—Hoy vamos a donde quiero yo.

Helena siguió a Mariano hasta el living, luego salieron de la casa rumbo a un inmenso garaje ubicado al fondo del predio. La construcción tenía las mismas características de la casa, pero no había ventanas. El portón era de hierro, inmenso y pesado.

Cuando se abrió, les dio paso a una maravilla: una colección de autos y motos que Helena no imaginó ver en su vida.

—Parece que te gustan los vehículos terrestres — bromeó dando un paso adentro. Apenas se vislumbraban detalles de los coches por el sol que entraba por la abertura.

—¿A vos te gustan? — replicó él. Helena se acercó a una moto BMW y acarició el asiento. Antes de responder se mordió el labio.

—Mucho —replicó. Hasta

se sentía excitada.

—Elegí uno y demos una vuelta —le ofreció él desde la puerta. Helena se mostró entusiasmada.

—La moto —señaló—. Nunca anduve en una de estas.

Mariano asintió. Sabía que Helena elegiría su vehículo de la adolescencia. Se acercó a un bidón, lo recogió y cargó el tanque para que al menos les permitiera llegar a una estación de servicio. Después se dirigió a un mueble y extrajo de él dos cascos negros y las llaves.

Ofreció uno a Helena. Ella sonrió mientras lo tomaba.

—Menos mal que vine de pantalones —bromeó.

—Por mí hubieras venido en minifalda —replicó Mariano mirándole sugestivamente las piernas.

Helena negó con la cabeza y se puso el casco. Mariano hizo lo mismo y después se ubicó en la moto. Helena lo imitó. Él puso en marcha el vehículo, que emitió un sonido suave como un ronroneo, y se preparó para salir.

—¿Estás lista? —le

preguntó, pero no le dio tiempo a responder: sabía que ya estaba preparada y ansiosa por emprender viaje. Entonces aceleró y por primera vez en muchos años volvió a sentirse vivo fuera de sus relaciones con Helena.

El viento le azotaba el cuerpo, la velocidad le aceleraba el pulso. Se sentía libre y ansiaba esa libertad porque había pasado muchos años prisionero.

Se alejaron por la autopista rumbo al norte. Cuando Helena notó que la

Panamericana se convertía en la Ruta 9, decidió preguntar:

—¿A dónde vamos a terminar? —gritó para que se oyera por el viento.

—Adonde nos quede medio tanque de combustible que nos permita volver —replicó él—. ¡O en el infierno!

Helena rió. Había muchas canciones de motoqueros que hablaban sobre el infierno, incluso de autopistas hacia él. Lo que no entendía era por qué, de alguna manera, Mariano se

incluía en el mismo destino que le esperaba a ella. Hasta el momento, le parecía un hombre inteligente y misterioso; raro para muchas cosas, pero bueno. Por lo que había visto de él en el pasado, sabía que se movía en un ambiente de gente que no siempre se comportaba de la manera más adecuada, pero él no tenía nada que ver con eso. ¿O sí? No era más que un hombre de negocios que buscaba la diversión en la noche, como tantos que ella había conocido. Incluso igual que Nick.

Antes de lo que pensaba, alcanzaron el punto máximo del recorrido. Mariano se detuvo en la banquina para girar la moto, pero un pensamiento lo detuvo.

—¿Ves esta autopista? — le preguntó a Helena señalando la ruta—. La vida se le parece. La vida es una carrera y cuando te das cuenta de que estabas corriendo, se te acaba.

Helena tembló de solo pensar en lo ciertas que eran esas palabras. Pero nadie pasaba los días pensando en ello, la gente tan solo vivía,



porque de eso se trataba vivir. Se quitó el casco y lo miró.

—¿Por qué me decís eso?

—preguntó.

—Por nada —respondió él

—. Es solo un pensamiento.

Helena guardó silencio, pero cada instante que pasaba se convencía más de que Mariano le estaba ocultando algo. Sospechaba de su intención de instruirla para que ocupara un puesto alto en su compañía, y si no se había negado era porque quizás en el fondo tenía la esperanza de que su

sospecha no fuera cierta.

Había mucho de Mariano que no terminaba de convencerla. A veces hasta le parecía que se le perdía la mirada o que solo pensaba en cosas tristes. Como ella. ¿Cuál sería su pecado?

—Quiero que volvamos — indicó. Mariano aceptó en silencio.

Condujo por la autopista de regreso a la Capital, pero en lugar de ir rumbo a su casa, fue hacia la de Helena.

En la puerta del edificio, ambos se quitaron el casco y ella devolvió el suyo a

Mariano. Él lo aceptó y como despedida le tomó el mentón con una mano y le dio un beso en la mejilla.

—Nos veremos pronto — le susurró al oído, y luego se alejó—. Te espero hasta que entres.

Helena lo estudió un momento, preguntándose qué escondía.

—¿Algún día me vas a decir la verdad? —preguntó.

—La única verdad es que somos amantes y hacemos negocios juntos —replicó él muy sereno.

Helena asintió con la

cabeza, pero a la vez le tomó la mano. Eso dejó descolocado a Mariano. Ella le sonrió.

—Nos vemos —le dijo. Luego se dio la vuelta y se internó en el edificio.

Él se quedó quieto; por primera vez en mucho tiempo, con el pensamiento anulado. Luego de un instante, dio arranque a la moto y desapareció en la noche.

Para Helena tampoco era fácil comprender sus propios sentimientos. Sabía que su única unión con Mariano

eran el sexo y, según él, un negocio, pero por dentro se daba cuenta de que ella también trataba de esconder algo: ya no se sentía tan ajena a sus sentimientos. Las últimas veces que había tenido sexo con Mariano, había sentido afecto. Él le estaba devolviendo la vida, y a ella le resultaba inevitable quererlo.

Al entrar al departamento, escuchó que su madre hablaba por teléfono.

—Lavinia —decía—. ¿Te acordás de esa plata que me ofreciste hace unos meses

para ir al dentista? Bueno, lo estuve pensando y... acepto. ¿Será posible? ¿Sería para vos un problema dármele en estos días y ayudarme a pedir el turno?

Helena se quedó helada, su madre no la había oído entrar. Se sintió emocionada y temerosa, no sabía qué había pasado con Cristina para que de pronto decidiera ocuparse de su persona, volver a ser quien había sido en la juventud, antes de Josué, antes de... ¡claro! ¡Antes de la muerte del padre de Lavinia! La había

visto en fotos y alguna vez había sido una mujer hermosa en cuyos ojos se había reflejado la pasión.

Suspiró, tragó el nudo que se le había formado en la garganta y decidió hacer ruido para que Cristina supiera que ella ya estaba allí. Cristina bajó la voz para decir a Lavinia «gracias».

El mozo se aproximó para servir más vino a los comensales. Llevaba una servilleta blanca en el antebrazo y no se apartaba demasiado de la mesa para corroborar que las copas

siempre estuvieran llenas.

—Sé claro, Jonathan. ¿Qué es lo que sugerís? —interrogó Ezequiel a su hermano. Jonathan lo miró como a un idiota. No podía pedirle mayor claridad que la que había manifestado durante toda la conversación.

—Lo que oíste, Ezequiel —replicó—. Estuve investigando y no encontré nada que una a Mariano Rizzi con ningún negocio nuevo. Tampoco hay datos acerca de la tal Helena que nombró en la reunión, es



como si no existiera. Busqué información de ella en todos los círculos sociales de hotelería y turismo de alta categoría y no hay nada.

—¿Sugerís un negocio sucio? —interrumpió el otro. Jonathan sonrió en función de lucir sus dientes immaculados.

—No seamos ingenuos —contestó—. Es obvio que el gran negocio de Rizzi es algo mucho más... definitivo. ¿No lo notaste diferente? Ya no viaja, ni siquiera lo vieron más en los lugares que frecuentaba. El

otro día pasé por ese departamento al que él iba siempre y su amiguita de turno me dijo que lo extrañaba, que casi no aparecía por ahí, que el otro día había ido pero se había comportado de manera muy extraña. Me dijo que la había rechazado y otras cuantas cosas más. Créeme, algo está pasando y Rizzi quiere ocultárnoslo cueste lo que cueste —bebió un sorbo de vino y esperó a que volvieran a llenarle la copa antes de terminar su teoría—. Yo creo que se va a

casar y no sé por qué lo tiene escondido —determinó—. Esa Helena... esa Helena tiene algo raro. Mariano es imprevisible, por algo es tan bueno en los negocios. Si Rizzi no está por casarse, te regalo mi auto.

Ezequiel sofocó una risa. Si no lo hubiera comprobado con alguien de su confianza, jamás habría creído que Mariano de verdad pudiera estar pensando en contraer matrimonio. Jamás lo hubiera apostado. Conocía el estilo de vida del presidente de la compañía, y si algo los

había dejado tranquilos todos esos años, era que Mariano nunca iba a casarse. Esa teoría se desvanecía porque por primera vez en la vida, él había llevado a una mujer a su casa, a su estancia y a Piriápolis. Había corroborado los datos con sus informantes.

Si algo más no podía creer, era que hasta el idiota de Jonathan se hubiera dado cuenta. ¿Por qué motivo Mariano podría haber tomado semejante decisión? Se cumplían diecisiete años de la muerte de su familia, la

misma edad que él tenía cuando los había perdido. Sin dudas eso removía algo dentro de Mariano, ¿pero al punto de casarse?

No podía creerlo, pero había que tomar precauciones o jamás recuperarían lo perdido.

# 16

EL domingo, Helena recibió una caja más grande que las anteriores. Allí había una falda negra larga hasta la rodilla, zapatos clásicos de tacón y una camisa color crema. Cuando miró la marca, descubrió que era la de su hermana. Pero Lavinia no le mandaba ropa y zapatos en una caja negra y plateada, ese era Mariano. Y sin dudas Mariano ya había investigado mucho acerca de

su vida y sabía cosas que ni siquiera ella imaginaba.

No se asustó. Esperó ansiosa al lunes, y el lunes a que se hicieran las dos de la tarde.

—Hoy no fuiste a trabajar —comentó Cristina cuando vio que Helena abandonaba su cuarto—. ¿O entras más tarde? —se le ocurrió pensar al verla con ropa fina—. ¿Te cambiaron el uniforme? —siguió preguntando sorprendida.

Helena se había puesto la falda, la camisa y los zapatos que Mariano le

había dado, y se había peinado el cabello muy lacio suelto con una hebilla al costado. Maquillada y tan bien vestida, parecía a punto de ir a una junta de negocios.

—Tenía franco —replicó sin dar más explicaciones.

Pedro fue puntual. Lo vio llegar a la una y cincuenta y nueve desde el interior del edificio, del otro lado del vidrio que la separaba de la calle. Salió y se encontró con él, que ya le abría la puerta del auto. El hombre no cerró la ventanilla que los



unía. Helena sospechaba y no le hacía gracia no saber a qué se enfrentaría.

—¿A dónde vamos? —interrogó.

—Vamos a un club —explicó Pedro—. El sábado tienen una fiesta y Mariano quiere que antes usted entable relaciones con mujeres de su categoría.

Helena enarcó las cejas. Sin dudas se trataba de mujeres de la categoría de Mariano, y la lapidarían.

—¿Y qué tengo que hacer? —interrogó con voz temblorosa.

—Nada del otro mundo — replicó Pedro, muy calmo—. Ya verá que lo pasará muy bien.

Helena dudó de aquella afirmación, pero aceptó la propuesta solo porque formaba parte del acuerdo. No respetarlo significaría alejarse de Mariano, y no quería. Sentía que así se iba acercando a él poco a poco y que alcanzaría la verdad. Mariano tenía que estar ocultándole algo, y ella iba a descubrirlo.

En la puerta del club de campo, un gran predio en las

afueras de la ciudad, Pedro detuvo el coche y le extendió un bolso blanco muy *chic* que a Helena le hizo enarcar las cejas.

—Ahí tiene todo lo que puede necesitar, incluida una tarjeta de crédito —le explicó—. Primero tiene que pasar por la recepción para confirmar su adhesión al club. El señor ya inició los trámites, pero tiene que acabarlos personalmente.

—¿Una tarjeta de crédito? —se sorprendió Helena—. No quiero que Mariano me pague nada.

—Son reglas —replicó Pedro sin inmutarse.

Helena aceptó el bolso que Pedro le había dado de mala gana y descendió del coche rumbo a donde le habían indicado. En el club la trataron como a una reina, jamás le habían servido una copa de champán solo por entrar a un lugar. La hicieron esperar en un sillón más cómodo que su cama y después la atendieron en una oficina que valía más que su casa. Le dieron una tarjeta de socia y la invitaron a recorrer las instalaciones.

Allí había canchas de tenis y de golf, piscinas, caballerizas, spa y un sinfín de lugares que a Helena le costó memorizar en su mapa mental porque eran muchos y todo estaba distribuido como en un laberinto. Por suerte le dieron una libreta donde había un croquis del predio y sus servicios.

La dejaron en los vestuarios por si quería cambiarse para el solarium o la pileta. Ella hurgó en el bolso y allí encontró una bikini blanca, un par de sandalias y una salida de

baño.

Con las prendas puestas y el coraje que había logrado reunir después de un rato, se encaminó a una de las piscinas, la que tenía una barra de tragos en el medio. Bajó los escalones, suspiró para darse ánimos en cuanto percibió que algunas mujeres ya la estudiaban, y se dirigió al lugar donde vio a alguien más cercano a ella: el barman. Se sentó en uno de los bancos y pidió una caipiriña.

Había dos mujeres muy finas mayores de cincuenta

años. Helena las miró con el rabillo del ojo, pero nadie le llevó el apunte. Así no sería sencillo entablar vínculos con alguien, como Mariano le había pedido. Aburrída como estaba, abrió el libro de inteligencia emocional que llevaba consigo y comenzó a leer por donde había quedado. No había pasado de la página cincuenta y tenía que leer al menos cien más.

—Excelente libro — comentó una de las mujeres ni bien vio lo que ella estaba leyendo. ¡Con que sí la

observaban!

Comenzaron hablando del libro, de la dificultad de algunas personas para manifestar sus sentimientos, de los tipos de personalidades. Cuando se entraba en confianza, la gente rica no parecía tan lejana... se asemejaban más a su hermana y a Nick de lo que Helena hubiera apostado. Podían ser sencillos, podían conversar sobre el clima y hasta reírse de alguna grosería.

En cuanto las dos señoras la saludaron y se fueron, una



mujer de unos treinta años aprovechó para acercársele.

—¿Vos sos Helena? —fue lo primero que le preguntó. Helena abrió mucho los ojos. ¿Desde cuándo era famosa?

—S... sí —balbuceó.

—Mucho gusto, soy Cinthia —extendió la mano. Helena la estrechó sin demasiado entusiasmo—. La esposa de Jonathan Barrera —siguió diciendo la mujer. Helena no entendía nada. La otra rió—. ¿De verdad no sabes quiénes son los accionistas de la compañía?

Después de un momento de duda, a Helena se le iluminó la mente.

—Discúlpame —replicó con seguridad—. Todavía no los tengo muy en cuenta —se excusó. Cinthia rió y luego se le aproximó para decirle un secreto.

—Aquí todas se piensan que sos la novia de Mariano —le contó—. Vas a tener que tener paciencia, hay unas cuantas que te odian por eso.

Helena sonrió rígida. Cinthia le resultó simpática, si hasta parecía advertirle

sobre las ex novias de Mariano, pero desconfiaba de ella como de todo el mundo.

—Parece que a la gente de este club le gusta tejer historias —bromeó, aunque por dentro se moría de rabia. Primero, porque hasta ese momento no había caído en la cuenta de que parte de lo que Mariano le había contado que hacía durante la adolescencia se había prolongado en su adultez: salía con cuanta mujer se le viniese en gana. No se podía ofender por eso, ¿quién era

ella para juzgarlo, después de la vida que había llevado y que muy pocos hombres aceptarían? Pero sí lo juzgaba por lo segundo, lo cual consideraba una completa traición: la había enviado a una zona de riesgo sin advertirle nada. Se sentía insegura y temía que los destellos de seguridad que demostraba no fueran suficientes para salir airosa de la situación.

—¿Entonces tienen razón?  
—interrogó Cinthia sin prestar atención a la acotación de Helena—. ¿Sos

la novia?

—Que crean lo que quieran —replicó ella sin saber qué decir. Se sentía una paranoica pensando cada gesto que hacía, como si los demás también fueran máquinas capaces de leerlos y darse cuenta de que estaba nerviosa a través de ellos.

Sonó su celular. ¡Al fin algo la rescataba de ese aprieto! Respondió.

—Helena... —dijo la voz del otro lado—. Soy Hernán Fraga.

¡Hernán! ¿Por qué la llamaba?

—Sí —respondió sin saber bien qué decir.

—Me despidieron.

Helena se quedó perpleja. Estaba enojada porque Mariano le mentía, porque la había enviado a la boca del lobo sin avisarle nada, y ahora se encontraba con el despido de su compañero. No estaba segura de que Mariano hubiera tenido algo que ver, pero ¿y si así era? Quería buscar la salida del laberinto en el que Mariano la había encerrado, y Hernán le pareció una buena opción para hacerlo.

—¿Querés que nos veamos? —le preguntó.

La había invitado a salir tantas veces que ni bien oyó la propuesta, él aceptó rápido. Concertaron la cita en una pizzería. Después de cortar la comunicación, Helena recogió el bolso apresurada y se despidió de Cinthia sin pedirle disculpas por la interrupción.

Ni siquiera pasó por el vestuario. Como no se había mojado la bikini, se secó las piernas, se puso la ropa por arriba y se retiró del club.

Pedro no se sorprendió de

verla aparecer tan rápido, pero sí de que ella le indicara a dónde tenía que llevarla. Eso lo dejó descolocado.

—El señor me pidió que la llevara a su casa después de...

—Pero no voy ahí —lo interrumpió Helena—, así que lléveme a donde le pedí, por favor, o me veré obligada a irme por cualquier medio.

Pedro guardó silencio y obedeció el pedido de Helena. Algo extraño había sucedido dentro del club



para que ella reaccionara de esa manera y estaba dispuesto a averiguarlo.

—¿Alguien le hizo daño?  
—interrogó. Helena lo miró, confundida con la pregunta—. El señor se enfrentaría a cualquiera que osara hacerle algún mal.

Ahora sí estaba perpleja. Mariano no se iba a enfrentar a nadie, porque era él mismo quien la estaba dañando.

—Esto es para Mariano —dijo extendiéndole un papel doblado en cuatro sin responder la pregunta—.

Ahora, por favor, preferiría estar en silencio —pidió. No sabía cómo ser amable con el hombre, que no tenía la culpa de nada.

Pedro guardó silencio, tal como le había sido ordenado, pero a partir de ese momento, su visión respecto de Helena cambió por completo. Quizás no era una usurera ni una mujer peligrosa. Tal vez hasta pudiera ayudar a su querido Mariano.

La vio descender frente a una pizzería de la calle Corrientes y encontrarse con

un hombre al que saludó con un beso en la mejilla. Sin dudas su jefe estaría ansioso por saber esa noticia, así que les tomó una foto con su teléfono y esperó.

Mientras comían, Hernán contó a Helena la conversación que había mantenido con el gerente e hizo una insinuación.

—Nadie sabía que yo fumaba en el baño. Eso solo lo sabías vos.

—¿Estás diciendo que pensás que yo te delaté con el gerente? —replicó Helena, ofuscada por la

acusación.

—Me dijeron que la orden venía de muy arriba, pero alguien tiene que haber ido con el cuento —respondió Hernán enojado—. ¿Quién está más arriba que el gerente de una sucursal?

Helena sabía muy bien quién estaba tan arriba, pero no quiso delatarse.

—El gerente general de la compañía, supongo —dijo—. La estructura comercial es muy amplia.

Todavía no había leído el libro sobre economía, pero el índice anunciaba que en

un capítulo se explicaban esos temas.

—¿Quién le fue con el cuento? —siguió indagando Hernán.

—Yo no fui —reclamó Helena—, ni siquiera fui a trabajar hoy porque tuve que hacer un trámite. Y si sabía que nos encontraríamos para que me acusaras, no te hubiera propuesto vernos. Lo hice porque...

—Porque gustas de mí —la interrumpió el hombre. Helena enmudeció solo porque jamás había oído una tontería tan grande—. Ya sé

cómo son ustedes las mujeres, son todas unas histéricas. Se la pasan diciendo que no pero por dentro se mueren de ganas.

*De ganas de matarte*, pensó Helena para sí, pero por fuera sonrió. Ya ni siquiera le restaban energías para aborrecer a Hernán, pensaba que hasta podía ser su amiga. Tontos así había de sobra, pero ahora que se permitía ver a los hombres con otros ojos, se daba cuenta de que ese tenía un aspecto tierno que a fin de cuentas la conmovía.

—Seguro que sí, Hernán  
—se burló, pero él no se dio  
por aludido—. ¿Querés otra  
porción de pizza?

Ni bien Pedro le entregó el  
papel que Helena le había  
enviado, Mariano lo  
desplegó.

«*Reporte de Lectura*», leyó.  
Y debajo: «*Me metiste en la  
boca del lobo sin advertirme  
nada. Eso no se hace, ¡estoy  
muy enojada! Olvídate de  
que te vaya a acompañar a  
la fiesta*».

Rió con muchas ganas  
hasta que Pedro le habló.

—No pude dejar a Helena

en su casa —anunció.  
Mariano lo miró de inmediato.

—¿Por qué? —interrogó preocupado. Temía que por su enojo ella se hubiera vuelto sola desde el club y que Pedro se lo hubiera permitido.

—Me pidió que la llevara a otra parte —explicó el mayordomo—. Se encontró con un hombre.

Mariano frunció el ceño y recibió con desagrado el teléfono celular que Pedro le extendió. Al observar la imagen que allí se reflejaba,



su disgusto creció.

—Lo conozco —dijo—.

Trabajaba como recepcionista en el hotel de Buenos Aires, pero lo despedimos porque era un irresponsable. Helena no lo soporta, ¿por qué salió con él? ¿Tienen una relación? — se le hacía difícil de creer, pero no podía descartar la posibilidad solo por intuición.

Pedro enarcó las cejas. Mariano podía disimular todo lo que quisiera, pero él ya se había dado cuenta de que Helena le importaba.

Jamás había compartido sus secretos con nadie, y que la hubiera llevado a Piriápolis lo delataba casi tanto como su mirada cada vez que la veía.

—Eso no puedo responderlo —lamentó el mayordomo—, pero en el momento supe que a usted le hubiera gustado que la siguiera para asegurarme de que llegara bien a su casa. Así que la seguí.

«Para que llegara bien a su casa» era solo parte de la verdad, y los dos lo sabían. Mariano querría saber

también si había algo más que amistad entre Helena y ese hombre.

—¿Y llegó bien? — preguntó Mariano siguiendo el juego de metáforas. Pedro asintió.

—Llegó a su casa después de pasar por una pizzería, conversar con el sujeto de la foto y saludarlo con un beso en la mejilla —destacó las tres últimas palabras—. Como dos conocidos que se encuentran para hablar de la rutina.

Mariano sonrió, devolvió el celular a Pedro y se volvió

hacia el escritorio, donde arrojó el papel que Helena le había enviado. Se lo notaba aliviado.

—No sé qué haría sin vos —dijo a su hombre de confianza.

—Lo mismo pienso yo —replicó Pedro antes de retirarse del estudio.

EL miércoles, un cadete se aproximó a la recepción del hotel. Lo atendió la recepcionista del turno mañana a la que Helena servía como refuerzo.

—¿Helena López? — preguntó el joven. Helena alzó la cabeza de inmediato. Su compañera ya la miraba de reojo como si tuviera la obligación de contarle por qué le llevaban un envío personal al trabajo y, sobre

todo, qué era y de quién provenía.

—Soy yo —se apresuró a intervenir.

En cuanto divisó la forma del paquete de envoltorio negro, supo que era de Mariano y que se trataba de otra caja. El misterio sería descubrir qué contenía. Firmó la conformidad y escondió el bulto debajo del mostrador.

—¿No pensás abrirlo? —le preguntó su compañera.

—Acá no —respondió Helena nerviosa. Miraba hacia todas partes pensando

que Mariano podía estar espiándola—. Si me cubrís, voy al vestuario.

—Con una condición — aceptó la mujer—. ¡Que me cuentes qué hay adentro!

—Seguro —sonrió Helena, pero mentía. Si no sabía qué contenía la caja, jamás podría prometer que hablaría acerca de ello.

Se alejó con su paquete rumbo a los vestuarios. En el trayecto miró con cariño un basurero. Ansiaba ser capaz de tirar la caja a la basura, pero fue imposible luchar contra sus sentimientos y

acabó investigándola. Se sentó en un banco y rompió el envoltorio.

Había pasado la mañana pensando en que esa tarde debiera haberse reencontrado con Mariano, pero eso no sucedería. Tenía que apartarse de él antes de que fuera demasiado tarde y quizás ya lo era. Por algo estaba abriendo la caja a escondidas de su compañera de turno en lugar de haberla tirado, y aunque sabía que no debía, no podía detener los dedos.

Se encontró con un sobre.



Cuando lo abrió descubrió que se trataba de una tarjeta y una nota. Tibaldo Joyas invitaba al señor Mariano Rizzi a participar de su «Fiesta de los diamantes» ese sábado. No la sorprendió, Pedro le había anunciado que tenían un evento. La nota escrita con letra de Mariano decía que para ese día tenía que haber leído al menos tres de los libros que se había llevado.

—Soñá despierto —acusó Helena escondiendo la caja en su armario. Pensaba llevarla a su casa y guardarla

en el placard, como había hecho con las demás.

—¿Y qué era? —le preguntó su compañera ni bien ella regresó al mostrador.

—Invitaciones para la fiesta de gala de un joyero —contestó Helena. Se produjo un instante de silencio. Cuando la otra comprendió la broma, se echó a reír sin parar. Al parecer Helena no quería contarle qué le habían regalado y quiso respetarla.

Era el primer miércoles en varias semanas que no haría

nada relacionado con Mariano más que trabajar en su hotel. Contener el impulso de retornar a la mansión le costó tanto trabajo como volver a entrar a la clase de los miércoles en la universidad y aguantar las indirectas del profesor porque los había abandonado durante todo ese tiempo. Debajo del banco, el libro sobre inteligencia emocional paliaba las horas lejos de Mariano. No sabía para qué continuaba leyéndolo si trataba de convencerse de que estaba

enojada y de que no tenía que volver a verlo, quizás porque en lo más profundo de su corazón sabía que no resistiría mucho tiempo más sin él.

El jueves pasó sin mayores sobresaltos. Ni cajas, ni automóviles esperándola, ni llamados telefónicos. El viernes creyó que tal vez Mariano buscaría contactarse con ella, ya que era otro día de encuentros, pero nada sucedió. El sábado, los nervios carcomían a Helena. Tenía una tarjeta de invitación a

una fiesta y unas ganas locas de ir. Sin embargo, no se movió de su casa, ni siquiera salió de su cuarto, como si pudiera convertirlo en una prisión que le impidiera cometer más errores.

A las nueve de la noche, el timbre la hizo temblar. Se levantó corriendo de la cama y se acercó al portero eléctrico, pero ya era demasiado tarde. Cristina acababa de cortar.

—¿Quién era? —interrogó a su madre.

—Un amigo tuyo —replicó Cristina sonriente.

—¿Y qué dijo?

—Que venía a matarte — siguió explicando Cristina entre risas—. No me dijiste que tenías un amigo —rozó el brazo de su hija, sugestiva—, y como me cayó tan simpático, lo hice pasar.

—¡¿Lo hiciste pasar?!

Helena se miró la remera de Los Piojos caída de hombros, los shorts de jean rotos y las ojotas rosadas.

—No me digas que sentís vergüenza de tu casa y de tu familia —le dijo Cristina—. ¿No viste que me teñí el pelo?

Helena negó en silencio. Claro que el problema no eran su casa ni su familia. O sí, quizás lo hubieran sido en el pasado, pero esa noche no.

—No es eso, es que... — no podía explicarle. Además, el timbre las interrumpió.

—Anda a cambiarte, que no te vea tan desgredada — le ordenó Cristina—. Yo lo entretengo un rato mientras vos...

—¡No! —aunque no quería que Mariano la viese vestida de entre casa,

consideró que el remedio sería peor que la enfermedad. No podía dejarlo solo con su madre.

Abrió la puerta, y ni bien vio la figura de Mariano del otro lado del umbral, se quedó congelada. Siempre que lo veía después de muchos días, así fuera después de algunas horas, le parecía más atractivo. En ese momento llevaba un esmoquin negro y esbozaba la sonrisa más descarada del mundo.

—Vamos a llegar tarde a la fiesta —le recordó él con



amabilidad. Cristina se  
asomó por sobre el hombro  
de su hija y Mariano la miró  
—. Señora —saludó  
inclinando la cabeza.

Solo eso le faltaba, que su  
madre le sonriera a Mariano  
Rizzi como le sonreía a  
Nicolás Hagen. Que ni por  
casualidad se pensara que  
podían tener algo en común  
o que ese hombre se  
convertiría en su próximo  
yerno.

—No voy a ir a ninguna  
fiesta —defendió Helena.

—¿Por qué no? —se  
entrometió su madre. Helena

le pisó los dedos de los pies.

—Eso mismo me pregunto yo —intervino Mariano sonriente.

—Porque no —contestó Helena. Cristina ya no habló.

—Bueno, entonces puedo ir con tu mamá —siguió diciendo Mariano y miró a Cristina—. Tan bella y joven como la hija —Cristina sonrió sin despegar los labios, pero hubiera deseado ser todavía más linda para reír a gusto—. Se lo digo en serio, Cristina —continuó él—. ¿Me acompaña a la

fiesta? No quiero ir solo.

—¡De ninguna manera! —  
intervino Helena sin  
extrañarse porque él supiera  
el nombre de su madre.  
Sabía que Cristina no iba a  
aceptar, pero Mariano tenía  
un poder sobrenatural para  
convencer a la gente y...  
¡claro! ¡La psicología, el  
*coaching*, el liderazgo y  
todas esas manipulaciones  
que pretendía que ella  
también aprendiera! ¡Esas  
disciplinas eran en parte  
culpables de que nadie se le  
resistiese! Tenía que acabar  
de leer esos libros con

urgencia, y apenas había cumplido con la tarea de leer dos—. Está bien. Espérame abajo —determinó.

—¿Por qué? —volvió a intervenir Cristina—. Pase, le sirvo un vaso de jugo.

Helena la miró como si deseara ahorcarla, pero no hizo tiempo a matar a su madre porque Mariano dio un paso adelante y se internó en el departamento sin más preámbulos.

—Me encanta el jugo —aceptó. Entonces Helena dirigió su mirada asesina a Mariano, quien le sonrió.

Después se encerró en su habitación.

Apresurada, revisó el placard y eligió un vestido gris que le había dado su hermana. Se vistió tan rápido que casi se cayó al ponerse los zapatos sin sentarse en la cama. El vestido de fina gasa se mecía con el movimiento de su cuerpo, el cabello sujeto apenas por una hebilla danzaba con su caminar. Los zapatos le apretaban un poco, pero eran tolerables. Procuró maquillarse con tonos suaves y salió del

cuarto. Cuando llegó a la cocina, encontró que su madre y Mariano reían, y Cristina ya no pegaba los labios. Mariano la había hecho libre.

Masculló un insulto. No entendía qué raro poder tenía ese hombre sobre la gente ni terminaba de convencerla el hecho de que hubiera aprendido esas técnicas con los libros. Sin dudas tenía poderes mentales. Ahora comprendía por qué parecía leer sus pensamientos, por qué era exitoso.

Mariano percibió que Helena ya se hallaba en el cuarto y giró la cabeza hacia ella. La vio tan hermosa que su propio corazón dio un tumbo y le costó tanto trabajo sosegarlo que debió poner cara de preocupado, porque Helena le preguntó viéndose los pies:

—¿Hice algo mal?

—No —reaccionó él—. Es perfecto. Vos sos perfecta. Helena sonrió rígida. Cristina también la miraba. —¡Estás hermosa! —exclamó con naturalidad—. ¿Me dejas que te saque una

foto?

—¡No, mamá! —se acobardó Helena. —Una sola —suplicó la madre.

Mariano tomó a Helena de la cintura y sonrió. Ella pretendió escapar, pero para cuando pudo apartarse un milímetro de él, Cristina ya había disparado la cámara del teléfono celular y ella había quedado inmortalizada en su foto.

Subió al Mercedes de Mariano seria y enojada. Adentro, se cruzó de brazos.

—Quiero saber quién te dio permiso para aparecer en



mi casa y entrometerse en mi vida de esta manera — demandó. Mariano terminó de cerrar la puerta y Pedro arrancó el auto.

—Todavía no termino de ubicarme en el asiento y ya me estás reclamando —se burló. Helena no le siguió el juego.

—¿Por qué sabías para qué marca trabajaba mi hermana y el nombre de mi madre? —preguntó—. La ropa que me mandaste el domingo era de la marca para la que trabaja Lavinia.

—Lo primero es muy

sencillo —explicó él sin inmutarse—. Me contaste que el vestido que llevabas la noche que te invité al ballet lo había hecho tu hermana. Recordaba la marca porque la observación es otra cualidad que los dos tenemos innata y así fue como lo supe —*creíble*, pensó Helena. Faltaba explicar lo de su madre.

—¿Y el nombre de mi madre?

—Eso me costó un poco más de trabajo —confesó Mariano—. Me dijiste que tenías un cuñado

constructor, Nicolás Hagen —Helena tembló—. Bueno, coincidimos en un lugar y le di conversación.

—¿Estuviste hablando con Nick? —masculló. No quería que su familia pensara que era la prostituta fina de su jefe.

—No es difícil, lo conoce todo el mundo y es muy sociable —explicó Mariano sin inmutarse—. Ah, y todo lo que decías acerca de tu hermana es cierto: es hermosa, sencilla y bondadosa. Pero no es tonta; es muy inteligente, como

vos —él sonreía mientras que Helena se ponía cada vez más pálida—. Bueno, con un poco de habilidad uno puede conducir los temas de conversación hacia donde quiere y así fue como a ella se le escapó el nombre de tu madre.

—Ya veo —se ofuscó Helena, temerosa.

—La diferencia entre vos y tu hermana no está en la bondad, aunque creas lo contrario —Helena volvió a mirarlo intrigada, no tenía idea de lo que él iba a decir—. Está en sus almas. Ella

nunca vivió en la oscuridad.

—Vos no sabes nada de nuestras vidas —defendió Helena. Haberle dejado un diario no significaba que él lo supiera todo, ni siquiera que pudiera imaginarlo.

—No, no lo sé, pero lo presiento —defendió Mariano—. Lo leo en sus ojos y en los tuyos. Así es como apuesto a que tu hermana no lo pasó nada bien, pero nunca vivió como nosotros... —se acercó a Helena para susurrar—. Nuestras almas, a diferencia de la de ella, son gatos

nocturnos —hablaba con tanta profundidad que a Helena le temblaba el pulso. Él se alejó—. Será por eso que tu celular suena con *En la ciudad de la furia*.

Ella entrecerró los ojos. ¿Acaso quedaba algo que pudiera contarle sin que él ya lo supiera?

—¿Y eso cómo lo supiste? —preguntó.

—Ese dato se lo saqué a Cinthia Barrera.

—¡Eso! —recordó Helena de pronto—. ¿Por qué me mandaste a la boca del lobo? ¿Por qué me metiste en un

antro donde podía encontrar a todas tus amantes juntas y a las esposas de tus accionistas, que se piensan que yo voy a ser la tuya?

Mariano rió.

—¿Estás segura de que estaban todas? —se burló. Helena apretó los puños—. Te envié porque tenía que ponerte a prueba, y fuiste muy inteligente —indicó más serio—. Saliste airosa de la situación y eso es muy bueno. Es un entrenamiento.

—¡No me importa! —reclamó Helena—. ¡Me hiciste sentir tan

avergonzada!

—¿Por qué? —él volvió a reír y le tomó la mano. El roce estremeció a Helena—. Las mujeres importantes no sienten vergüenza. Las mujeres poderosas, como lo serás vos, no se inclinan ante nadie.

—Yo no soy importante ni poderosa. —Eso lo veremos.

—Ya no sé si quiero ser tu socia —masculló ella cabizbaja.

—Yo a veces también dudo de involucrarte en esto, pero ya es tarde para dar marcha atrás al plan —



indicó él con frialdad. Después de todo, hablaba de un negocio. Helena pestañeó con ligereza.

—Esto no me gusta — susurró mirando las manos unidas. Retiró la suya despacio, como apartando con ella sentimientos.

—Son las cosas que hacemos los seres de la noche —replicó él muy sereno.

—¿Cómo despedir empleados? —aprovechó a enrostrar ella. —Lo decís por ese tal Hernán Fraga —supuso Mariano con una

sonrisa.

—Al parecer sabes bien de quién te hablo —ironizó Helena.

—Ya vamos a conversar acerca de ese hombre, pero que lo haya despedido no tiene nada que ver con vos —quiso aclarar él—. Fumaba en el baño, no cumplía con sus obligaciones y sobrecargaba de trabajo a sus compañeros. No sirve para este empleo, tiene que hacer otra cosa, y vos lo sabes bien. Si estuvieras en mi lugar, habrías hecho lo mismo.

Helena no respondió. Giró la cabeza y ahuyentó el rencor mirando por la ventanilla. Así permaneció el resto del trayecto.

La fiesta se desarrollaba en una casona de Vicente López. Las luces del camino de entrada estaban encendidas, presagiaban el colorido del interior. Descendieron del auto y se encaminaron hacia la puerta, donde los recibió un agente de seguridad y una recepcionista que buscó sus nombres en una lista.

Dentro de la casa, se

ingresaba a una sala que había sido decorada con largos cortinados rojos que pendían desde una estructura metálica hacia el piso. Se trataba de un laberinto de tela por el que había que internarse y, mientras se recorría en busca de salir del otro lado del pasaje, apreciar la exposición de pinturas que allí se desarrollaba. Mariano le tomó la mano y la instó a caminar hacia adentro.

—No te asustes, esta es la excentricidad más simple que Tibaldo puede hacer —

le explicó—. Su esposa es escultora. El año pasado hicieron esculturas con modelos vivos... desnudos.

—Y vos posaste para ella —se burló Helena. Mariano rió.

—Casi. Si ella hubiera sido más joven posiblemente habría accedido, pero a solas en un cuarto. Ya lo sabes, me gustan las cosas raras — Helena le dirigió una mirada pétrea. Mariano se detuvo para verla a los ojos, había dejado las bromas de lado—. Helen, nuestro acuerdo no implica que tengamos que

ser fieles el uno al otro, pero me gustaría que mientras exista ninguno de los dos tenga relaciones con otras personas. Ya sabes a lo que me refiero, a lo que pasó después de que fuiste al club, a tu encuentro con Hernán Fraga.

Helena sabía que Pedro le había contado a Mariano de su encuentro con Hernán y, para sincerarse, había esperado con ansias que Mariano se lo recriminase.

—Yo no puedo acabar con todas las relaciones de mi vida porque a vos se te

ocurre que seamos socios y amantes —replicó.

Mariano calló porque dos personas les pasaron por al lado para seguir el laberinto. Corrió a Helena de lugar y se interpuso entre ella y la gente para que no se la llevaran por delante. El camino era estrecho y las risas de los intrusos tardaron en alejarse. Después se aproximó a su oído y siguió diciéndole:

—No había terminado. Me refiero a tu encuentro con Hernán como un ejemplo. Sé que con ese hombre no pasó

nada porque te observé el día que me acerqué a vos en el hotel y noté que te resulta insoportable. Lo sé además porque después del club, Pedro te siguió para asegurarse de que llegaras bien a tu casa, y te despediste de él en la pizzería. Por otra parte, me refiero a que quiero pedirte disculpas —Helena se apartó y lo miró con los ojos muy abiertos. No esperaba eso, pero ahora necesitaba una explicación. Mariano se la dio—. Si en el club te cruzaste con alguna de las



mujeres que pasaron por mi vida, no fue mi tención. Si sos víctima de sus miradas o de sus habladurías, será mi culpa. Créeme que lo lamento y que voy a hacer todo lo posible para que nadie trate de destrozarte, pero vas a ocupar una posición que genera chismes, odio y envidia. Eso incluye a los accionistas de mi empresa, por eso es necesario que te instruya. Perdóname.

Helena respiraba con agitación. No sabía si creerle, no sabía si abrazarlo

y besarlo, como le dictaba su corazón que hiciese, o darle una cachetada. Acabó bajando los ojos y asintiendo con la cabeza. Puro silencio.

Sintió que la mano de Mariano rozaba la suya. Percibió que su aliento se mezclaba con el perfume de su piel acaramelada, y alzó los ojos para verlo. El gris la devoraba, iba ternándose en ella como en su corazón se internaban las lágrimas. Intentó resistirse, pero los dedos de Mariano recorrieron despacio el trayecto que los separaba de

su rostro. Le rodearon las mejillas, le atraparon el cuello, y casi en el mismo movimiento tierno y acompasado, los labios masculinos rozaron su pómulo.

—¿Cómo hago ahora para borrar el beso de ese hombre? —le susurró él junto a la mejilla que Hernán le había besado. Después se deslizó hacia su boca—. ¿Cómo borro los de todos los hombres que te besaron?

Fue adelantar un pie y caer en el abismo: los labios se rozaron, y el mundo se

resumió a ellos dos por un momento. Mariano la besó con determinación, con dolor y con lujuria. Se proponía borrar su pasado y que Helena fuera solo suya, que le perteneciera.

La impulsó hacia atrás y la obligó a atravesar el cortinado hasta ocultarse de los ojos de los posibles transeúntes entre otras telas de terciopelo rojo. Le recorrió la espalda con una uña, le besó el cuello con la lengua.

Helena pretendió hablar, pero Mariano la calló

aproximándosele. Se le acercó solo para respirarla, los ojos grises presos del marrón que lo observaba, tembloroso, desde las profundidades, le rozó los labios húmedos con un dedo.

El corazón de Helena se aceleró a ritmo inusitado. Respiró a Mariano del mismo modo en que él la respiraba a ella, lo miró como él la miraba, y después dejó que sus dedos se encaminaran de los labios a su mejilla y que la acariciaran de forma lenta y suave, sin apuro alguno, sin

que mediara la razón en ningún acto.

Helena se estremeció de gozo. Se aferró a las caderas de Mariano y pegó ambos sexos. Un gemido escapó de su garganta.

La mano del hombre abarcó todo el pecho de la mujer. Su mejilla acarició la de ella hasta que los labios volvieron a encontrarse y se abrieron. Se abrieron dando paso a la calidez de las bocas, a la intimidad de lo húmedo. Helena deslizó las manos hacia los hombros de Mariano y los apretó con la

libertad de sentirlo suyo.

—Quiero que este momento dure para siempre —susurró contra él.

—Eso depende de nosotros —replicó Mariano mientras la acariciaba—. En este momento, tus labios son míos —determinó—, vos sos mía. Y yo soy tuyo.

Helena supo en ese breve instante que no quería perderlo. Él no quería pensar en nada, en ese momento no era capaz de controlarse. Sus dedos se deslizaron por el cuello femenino hacia la nuca, donde se enredaron

con el cabello castaño.

Era como soñar. Era como vivir.

Unida otra vez a Mariano, Helena dejó de pensar y le desabotonó el saco. Él se ocupó del cierre del pantalón y después cargó a la mujer sobre las caderas. Le costó el esfuerzo, pero pronto la sed de ella apagó la molestia y la revistió de deseo.

El miembro se deslizó lento en el interior de Helena. La acarició al abrirse camino entre los pliegues externos de su sexo, después la encendió cuando



alcanzó el trayecto interno. Ella se echó hacia atrás y se aferró a las cortinas con la boca entreabierta. Los ojos cerrados, la cabeza rozando las telas. Mariano le apretaba las nalgas contra su pelvis y jugaba a rozarle el clítoris con su cuerpo. De pronto Helena echó la cabeza hacia adelante y abrió los ojos. Su mirada se cruzó con la de Mariano y entonces compartieron tanta lujuria, que los atacó un orgasmo difícil de callar. Lo hicieron a regañadientes, solo porque del otro lado del

cortinado se oía circular la gente.

Tras el episodio que la había dejado sin aliento, Helena apoyó la frente contra el hombro de Mariano y se abrazó a su espalda. Era cierto, quería que ese momento durara para siempre, pero el tiempo seguía corriendo, la vida seguía su curso, y cada instante que pasaba temblaba de incertidumbre.

Para abandonar el interior de Helena, él la sostuvo de las nalgas y la dejó con suavidad en el piso. Ella lo

miraba como a un fantasma, ella lo veía... con sufrimiento. Tenía que sentir placer, no dolor.

—Helen... —comenzó a advertir él con ese nuevo seudónimo que usaba para nombrarla.

—No me digas nada —lo interrumpió ella. Aunque no se convenció del todo, Mariano decidió respetarla.

—Vamos a pedir una habitación para que podamos recuperarnos un poco —sugirió tratando de ignorar otros pensamientos.

Tras acomodarse la ropa,

Mariano volvió a mirarla. Le pareció encantadora con las mejillas encendidas y los labios rojos que dejaba el sexo. Sin pensarlo alzó una mano y con ternura le apartó un mechón de pelo de la cara. Helena se estremeció. Había mucho más que un acuerdo en ese contacto, los latidos desbocados del corazón de Mariano lo delataban, pero presentía que él jamás se atrevería a reconocerlo.

Volvieron al camino de entrada tomados de la mano. A Helena dejó de importarle

si alguien la miraba para criticarla. Apenas alcanzaba a pensar en lo feliz que se sentía cada vez que estaba junto a Mariano y en que, como todo en la vida, no podía durar para siempre aunque lo deseara. En algún momento, por una u otra razón, acabaría.

Llegaron al final del laberinto y allí los recibió una larga mesa llena de alhajas de brillantes. La consigna era lucir una de ellas toda la noche y después devolverla. Mariano eligió un collar para Helena, firmó

un acuerdo de devolución y luego se lo colocó en el cuello.

—No quiero usar esto —farfulló ella mientras él le buscaba la vuelta al cierre—. Es demasiada responsabilidad para alguien como yo.

Mariano la calló besándola en el hombro.

—Una mujer poderosa no debe demostrar miedo —le dijo al oído haciéndola temblar, y se adentraron en la fiesta.

Mariano no tardó en ubicar a uno de los hijos de Tibaldo

y pedirle una habitación. Conversaron un momento y tras el breve intercambio de palabras, el hombre ordenó que uno de los organizadores acompañara a Mariano y a Helena a un cuarto.

Los condujeron por una zona de la casa en la que no había telas ni adornos. El piso de grandes cerámicos blancos y negros contribuía a decorar un living de sofás y muebles acabados en los mismos tonos. Todo confluía en una escalera de mármol y pasamanos de

hierro que los llevaba al primer piso.

El pasillo que direccionaba a las habitaciones estaba decorado por una alfombra con detalles orientales y muebles dorados. Había cuadros de reyes y de príncipes; todo era extravagante y derrochaba dinero.

Les ofrecieron un cuarto vistoso y amplio con baño privado. Mariano agradeció y cerró la puerta.

—Primero las chicas — indicó en broma en relación con el toilette. Helena



aceptó.

Salió renovada, extrañando ya el aroma de Mariano en su piel y la sensación de sus caricias.

—Estaba mirando ese cuadro —contó él señalando el horrible sujeto que decoraba la pared sobre la cama—;. Debe ser un antepasado de Tibaldo, una especie de Mercader de Venecia, porque de algún lado usurero tiene que haber sacado la joyería. Si hasta parece que tuviera un fantasma merodeándole al lado —Helena se aproximó

para ver mejor. Era cierto: había una pequeña mancha blanca junto al rostro arrugado del viejo que más que al Mercader de Venecia se parecía al protagonista de *Canción de Navidad*, uno de los pocos libros que había leído en la escuela. Rió de solo recordarlo.

—¿Vas a ir al baño? — preguntó poco después. Él asintió sonriente y se internó en el cuarto.

Helena suspiró pensando en la conversación que habían mantenido en el auto. No sabía cómo salir del

círculo en el que se había encerrado sin perder por ello a Mariano. Huir de su acuerdo significaría perderlo para siempre.

—Los cuadros de la exposición también eran muy feos —quiso evadirse de sus miedos y de sus confusiones con la conversación—. Ese de los cuernos me pareció diabólico y desagradable, no sé quién pueda comprarlo.

Mariano dejó correr el agua del retrete sin moverse. De pie y con una mano apoyada en la pared, rogó

que la depresión se fuera.  
¿Qué le estaba ocurriendo?  
¿Por qué se sentía tan vulnerable y débil?

Los síntomas lo tomaron por sorpresa, como la noche en que se había negado a consumir en el departamento. Nunca antes había sentido la necesidad de drogarse, era algo que hacía habitualmente porque lo ayudaba a olvidar y a sentirse bien, y jamás pensó que podía convertirse en un requerimiento para vivir. Quizás siempre lo había sido y hasta que no había

suspendido la toma, no se había dado cuenta.

No soportaba más, necesitaba consumir o sentía que moriría.

—¿Y el cuadro de la vaca?  
—siguió diciendo Helena desde la cama—. Es odioso y parece hecho por un nenito de cinco años. ¡Mi hermano dibuja mejor!

Comenzó a respirar con dificultad. Tenía que aguantar, por eso se movió de lugar bruscamente y acabó chocando contra una pared. Apoyó los codos sobre los azulejos dorados y

la frente sobre los antebrazos, pero aunque intentaba dispersar los pensamientos, solo podía sentir que se ahogaba.

Un profundo estado de depresión se apoderó de él. Solo podía pensar en soledad, culpa y muerte. No quería vivir. ¿Por qué entonces se molestaba en tratar de respirar?

«¡Al mar, Joco! ¡Al mar!», imaginó su propia voz de niño.

«Por tu culpa. Me dejaste morir. Es tu culpa», estaba seguro de que le respondería

su hermano.

—¡Mentira! —exclamó, y acompañó la palabra con un golpe de puño a la pared. Había pasado a sentirse irritado.

—Mariano, ¿estás bien? —oyó que interrogaba Helena del otro lado de la puerta.

No estaba solo.

—No me dejes morir —susurró casi sin aire—. Abrazame... Y cayó de rodillas.

Tenía que resistir, pero era débil, y si no hacía algo pronto, sentía que moriría.

Hurgó en el bolsillo interno del saco y extrajo de allí la cocaína que por suerte llevaba consigo, nunca había asegurado que por evitarla jamás volvería a consumir. De solo pensar que estaba próximo a sentirse vivo de nuevo, pudo preparar todo muy rápido. Una vez que lo tuvo listo, pensó que era una pena que no pudiera resistir, que necesitara olvidar.

—¿Mariano? —se oyó otra vez la voz de Helena—. ¿Estás ahí?

No quería escucharla hablar cuando pecaba. No



quería mezclarla con lo que estaba haciendo, Helena no se lo merecía. Si respondía, temía asustarla, de modo que apresuró la inhalación.

Al acabar, escondió los elementos en su saco. Sintió el efecto de la droga al instante, y se respaldó en la pared para atenuarlo. Necesitaba energía, no que se notara que había consumido.

Helena trató de abrir la puerta. No pudo porque él la había cerrado con llave.

—Ya salgo —dijo para dejarla tranquila.

—¡Me asustaste! —  
contestó ella. Helena reía, y  
a él le parecía que el mundo  
se resumía a su risa.

—Perdóname —respondió  
cabizbajo. Pero en realidad  
no hablaba de su falta de  
respuesta, sino de haber  
pecado una noche que iba a  
pasar con ella. Hablaba de  
sentirse muerto cuando ella  
le regalaba vida.

Unos minutos después,  
salió del baño renovado, con  
más energía y ganas de  
socializar que nunca.

—No sabes las ganas que  
tengo de bailar con vos —

dijo sonriente, como si la vida se resumiera a ese instante de gloria pasajera.

Al verlo y escucharlo, Helena perdió todo vestigio de sonrisa, se quedó paralizada cuando un escalofrío le recorrió la espalda. Sucedió después de que notó sutiles diferencias en los ojos de Mariano y en su conducta. Tenía las pupilas dilatadas, y parecía feliz y excitado.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Si la mirada extraña, el aire depresivo y los cambios de ánimo de

Mariano hacían evidente que él se drogaba, ¿cómo no lo había siquiera sospechado? Incluso el ambiente en el que lo había conocido y su adolescencia, la que él le había contado, lo delataban. Quizás nunca se había drogado estando con ella, y si lo había hecho la noche en que lo había conocido, estaba tan nerviosa que no se había dado cuenta. Ahora que había pasado tiempo con él, sabía que actuaba de manera extraña. Era una persona solitaria, sin embargo esa noche parecía

dispuesto a llevarse el mundo por delante, y no había rastros de tristeza en su voz. Conocía los síntomas de las drogas desde que tenía once años y se había cansado de verlos mientras trabajaba como prostituta, por eso no tenía dudas de lo que él acababa de hacer.

Tembló de solo pensar que repetiría la historia de su madre. Se le erizó la piel al comprender que no tenía idea de cómo salvar a Mariano.

LA fiesta era en el jardín de atrás de la mansión. Las mesas se hallaban dispersas sobre una gran superficie revestida de baldosas blancas y negras mientras que se habían montado inmensas carpas blancas para cubrirlas. El ambiente estaba templado y olía a perfumes variados. Las mujeres llevaban vestidos exclusivos, y los trajes de los hombres eran

impecables.

Aunque Helena estaba sumida en sus propios pensamientos, de pronto la atacó el temor de encontrarse con Nick y con Lavinia. No se le había ocurrido antes, pero ahora que lo pensaba, de coincidir en ese lugar, ellos podrían pensar que ella había vuelto a trabajar como prostituta. No había otro modo de que hubiera conseguido entrar en esa fiesta.

Los buscó con la mirada, pero al parecer no estaban allí.

Mariano la condujo a la mesa asignada para ellos tomada de la cintura. Parecía más resuelto y firme que nunca. En el trayecto un hombre lo detuvo para estrecharle la mano y él respondió cortésmente al saludo.

En público no se comportaba como ella lo conocía íntimamente. Era sociable, fuerte y seguro. No había rasgos de la oscuridad que lo rodeaba, de la tristeza que a veces se le escapaba por los ojos. Al parecer Mariano solo mostraba su



lado oculto con ella o con las prostitutas, porque cuando lo había conocido le había parecido igual de extraño, en cambio ahora podía pasar por cualquiera de los demás hombres. Excepto para ella, porque para Helena él era único.

—Ella es Helena, mi socia —la presentó con el hombre con el que todavía estaba hablando.

Helena reaccionó al instante. La palabra «socia» en boca de Mariano acrecentó sus temores: dudaba más que nunca de si

debía continuar con el acuerdo o no. ¿Hasta cuándo conseguiría ignorar la verdad que acababa de descubrir? Si no discutió la afirmación fue solo porque presentía que de hacerlo podría ocasionarle problemas. Apenas se atrevió a sonreír al hombre que la observaba con expresión sorprendida y dejó que él le estrechara la mano.

—Te presento a Fernando Álvarez, accionista de nuestra compañía —explicó Mariano a Helena.

—Bienvenida, querida

Helena —replicó Fernando acariciándole sugestivamente la mano.

—Gracias —replicó ella con una sonrisa rígida.

A causa de la rara habilidad que tenía para semblantar a la gente, no le gustó el contacto del tal Fernando. Le pareció que la trataba como algunos de los que habían sido sus clientes, esos que ella odiaba, por esa razón procuró librarse de él muy rápido. No supo que los ojos de Fernando Álvarez la perseguirían por el resto de la velada.

Por suerte no les tocó compartir la mesa con ese hombre, porque Helena supo que no le habría resultado sencillo hacerlo. A cambio se encontraron con un matrimonio de unos treinta años y con una de las mujeres que ella conocía del club. Le sorprendió hallarla ahí, y supo que Mariano admiró la manera en que se habían saludado. Lo complacía que Helena se moviera en su mundo como una experta aunque todavía no lo fuera.

Cenaron y pasaron en la

mesa larga parte de la noche. Mientras conversaba con uno de los hombres, Mariano dejó un brazo sobre el respaldo de la silla de Helena y le acarició el hombro con el pulgar. El contacto la hizo estremecer.

—¿Querés que vayamos un rato adentro? —le preguntó él al oído al sentir que ella temblaba.

—Estoy bien, gracias —replicó Helena viéndolo a los ojos. Mariano no apartó la mirada como ella esperaba. Siguieron así, prendados el uno del otro,

hasta que la pregunta de un comensal distrajo su atención.

Helena, sin embargo, todavía se concentraba en Mariano. Él rió ante un comentario que alguien hizo y luego bajó la mirada antes de seguir hablando. Se veía tan seductor y fuerte que a ella se le aceleró el pulso. Se preguntó si eso era lo que sentía la gente cuando se enamoraba.

—Estás pensativa, y eso no es bueno —volvió a hablarle él al oído en cuanto pudo escapar de la

conversación con los demás —. ¿Tenes frío? —Helena negó con la cabeza—. Tenes que distenderte y pasarlo bien. Vamos a bailar — propuso él. Después de hablarle, miró a los demás integrantes de la mesa e hizo un anuncio—. Si me disculpan, tengo unas ganas incontenibles de bailar con mi socia.

Todos sonrieron y les hicieron gestos de complacencia. Mariano colocó las manos sobre el respaldo de la silla de Helena y ella no tuvo más

opción que levantarse y salir. Sentía que sus emociones se debatían entre el miedo y las sensaciones maravillosas que Mariano le brindaba.

Aunque sonaba una canción lenta que de ninguna manera se correspondía con Mariano, al parecer él estaba acostumbrado a bailar. Helena también, pero de otro modo. Se sintió incómoda por no conocer los pasos, sin embargo Mariano la guió muy bien y rió cuando ella le chocó la punta del zapato



sin querer.

—Sos tan hábil, tan poderosa, que te miran aunque estés conmigo —le susurró contra la boca.

—Me miran porque estoy con vos —replicó Helena, abrumada.

—Te miran porque les das miedo. Sos alguien destinado a grandes cosas.

Helena no se lo creía. Negó con la cabeza y escondió el rostro en el pecho de Mariano, donde reposó una mejilla. Su perfume colmó sus sentidos, su presencia llenaba su alma.

No quería perderlo. Se repitió por centésima vez en la noche que podía ignorar lo que sabía de él, eso que la impulsaba a salir corriendo, y así quizás jamás lo perdiera. Presentía que para Mariano, el negocio entre ambos también se desvanecía. Había mucho más que buenos tratos en sus acciones, había más que conveniencia en su mirada.

—¿Por qué no nos vamos?  
—interrogó ella todavía sin mirarlo.

—Yo hago lo que vos quieras —replicó él

acariciándole la espalda.

Helena lo dudó un instante: le gustaba bailar con Mariano, que él le enseñara en silencio los pasos y que mientras tanto la acariciara y le hiciera sentir que flotaba. Pero también añoraba la intimidad y el silencio.

—Vamos —dijo sin más, y él respetó su pedido.

Salieron al frente de la casa y allí esperaron a Pedro. Helena no podía creer que la noche hubiera pasado tan rápido, ya eran las seis y media de la mañana y estaba

amaneciendo.

En el auto, Mariano la abrazó contra su costado y Helena se apoyó sobre su pecho. Podía pasar así horas, sentía tanta felicidad, tanta paz, que le hacía creer que todavía había algo de luz esperándola.

—El lunes a las cuatro tenemos una visita en la casona —le contó él mientras le acariciaba la espalda—. Te conviene terminar con algunos libros, tenes que estar preparada.

Helena no quiso escuchar, no quería que nada le

recordara su acuerdo. Podía quedar en el pasado, porque cuando estaba con Mariano, sentía que todo era posible.

—No me lleves hasta Barracas —le pidió para no hacer caso a su insinuación—. Llévame a lo de mi hermana —dijo la dirección y Mariano se ocupó de transmitírsela a Pedro—. Salvo que quisieras llevarme a tu casa —agregó Helena instantes después removiéndose contra Mariano. Se adormecía. Él la miró con ternura y la besó en la cabeza.

—Va a ser mejor que te deje en lo de tu hermana, o no vas a dormir por mi culpa —murmuró contra su pelo.

Pasaron mucho tiempo abrazados en silencio, el auto avanzaba muy despacio. A Helena le gustaba sentir cerca a Mariano, que su respiración se mezclara con la de ella, y en busca de que eso sucediera, alzó la cabeza al mismo tiempo que él bajó la suya. Se miraron y un momento después, acabaron uniendo los labios. Mariano alzó una mano y enredó los

dedos en el largo cabello castaño de Helena. La apretó más contra su boca y la invadió con su lengua.

Ella se agitó. Movi6 la mano y lleg6 hasta el vientre de Mariano. Sigui6 subiendo y le acarici6 el pecho. Lo que estaba sintiendo no pod6a compararse con nada. Era lo m6s bello y especial que le hab6a pasado en la vida oscura que hab6a llevado. Era como un instante de luz.

Dejaron de besarse cuando el auto se detuvo. Hab6an llegado a destino. Mariano

descendió para acompañarla a la puerta del edificio y Helena lo despidió con un abrazo y un beso en la mejilla. Sus ojos brillaban cada vez que lo veía.

—Nos vemos mañana —lo saludó ella.

—Hasta mañana —contestó él y la besó otra vez en la boca. Lo hizo con tanta suavidad que Helena se estremeció—. Espero a que entres —dijo después.

Helena tocó el timbre y esperó a que la atendieran. Mariano reconoció la voz de Nick en el portero eléctrico,



pero no se vieron porque nadie bajó. Helena entró al edificio y se despidió agitando una mano.

Cuando Lavinia la vio entrar al departamento, se lanzó hacia ella como una madre a una hija.

—¡Qué lindo te queda el vestido que te regalé! — exclamó acariciando la tela—. Nunca te lo habías puesto, ¿en dónde lo estrenaste?

—Es una historia muy larga —se excusó Helena—. ¿Me prestas ropa? Voy a dormir un poco y después

me voy a casa. Mañana no voy a ir a trabajar.

—Claro que te presto — accedió Lavinia—, pero ni hablar de irte a tu casa. Te quedas a dormir y mañana te llevamos nosotros.

Helena accedió agradecida. Durmió un rato a la mañana, luego pasó la tarde con Nick y Lavinia, y por la noche solo pensó en Mariano. Sentía que se estaba acercando demasiado a él, y eso la asustaba, porque todavía no sabía si podría ayudarlo, ni si él se dejaría ayudar. De otro

modo, jamás podrían estar juntos. Lo que había descubierto en la fiesta la atemorizaba.

—¡Vamos, Hele! —la sacudió Lavinia por la mañana. Helena se removió molesta, había dormido con suerte una hora—. Son las ocho, a las nueve tengo que estar en una prueba de vestuario con unos trajes. Si te vamos a llevar hasta tu casa, no llego.

—¿De qué te preocupas? —masculló Helena, todavía dormida—. Todo el mundo sabe que llegas tarde a todos

lados, no te esperan temprano.

—No seas tonta, dale, cuando se está preparando un desfile que se te viene encima no existen las llegadas tarde. Te dejé ropa sobre la cama.

Después, todo quedó en silencio; su hermana se había alejado. Y aunque quería seguir durmiendo, reunió fuerza de voluntad y se levantó. Quería darse una ducha y desayunar algo antes de volver a casa. Además, tenía que dar parte de enferma al hotel para así

poder leer. El encuentro con la visita que Mariano le había predicho estaba cada vez más cerca y ella no podía perder el tiempo en nada más, ni siquiera en dormir.

Lavinia cargó el único traje que Nick no había llevado al auto y salió del departamento rumbo al ascensor. Accedió a él en pocos segundos, tardó un poco más en llegar a la planta baja y cuando así lo hizo, cruzó la puerta. Para llegar al auto, que ya estaba en la calle, debía atravesar el

jardín delantero del edificio, sin embargo, una voz la detuvo.

—¿Lavinia?

Giró hacia quien le hablaba y en el preciso instante en que lo vio, lo reconoció. Ella, que siempre tenía el rostro relajado, sintió que se le contraía. Octavio Larrazábal, a quien jamás había visto antes, era más parecido a Nick de lo que alguna vez hubiera imaginado. Atractivo como él, con la voz masculina y poderosa de su hijo.

—Soy... —siguió el

hombre una vez que había obtenido la atención de la mujer. Ella lo interrumpió.

—Ya sé quién es usted — dijo con el ceño fruncido. Apretaba el traje que llevaba contra el estómago.

No sabía qué quería Octavio Larrazábal allí, pero si alguna vez había experimentado temor porque volviera a la vida de Nick, ahora sentía una extraña confusión. Frente a frente, él ya no le despertaba miedo, sino intriga, porque percibía que en su interior había buenas intenciones. Había

sido terrible con Nick, lo sabía, pero ahora hasta parecía haber cambiado.

—Supe por un conocido en común que van a ser padres —siguió diciendo el hombre—. Los felicito.

—¿Por eso vino? —preguntó Lavinia sin ser descortés, pero con cierta desconfianza. Él bajó la mirada. Se hizo un instante de silencio.

—Vine por muchas cosas —confesó al final.

No hizo tiempo a decir más. Nick se le aproximó como una fiera y se puso



delante de Lavinia como si Octavio Larrazábal hubiera intentado dañarla.

—No sé qué te hizo pensar que podías aparecer por acá, pero te equivocaste —habló en un susurro helado—. Quiero que te alejes de mi familia.

—Yo... —intentó explicarse el hombre, pero Nick no lo dejó hablar.

—No quiero que te acerques a mi familia nunca —le repitió. —Nick —quiso intervenir Lavinia, pero Nick no le prestó atención.

—Me ignoraste durante

treinta y cinco años, cada vez que te veía sentía que era una mierda, y viví como una mierda mucho tiempo en parte gracias a vos. Así que no vas a devolverme ahí —siguió recriminando él. Lavinia ya no quiso hablar. Nick tenía que descargar lo que había callado durante tantos años, sería sano para todos—. Creo que fui claro cuando te dije que no quería saber nada más de vos.

—No debí haber venido —contestó Octavio dispuesto a volverse por donde había llegado, pero Lavinia se

adelantó un paso para detenerlo. Eso sí que no podía permitirlo.

—¡No! —exclamó movida por su instinto—. No se vaya.

—Anda adentro —le indicó Nick. Su tono de voz cambiaba cuando se dirigía a ella, pero aún así acababa de darle una orden, algo que nunca hacía, y Lavinia no estaba dispuesta a respetarla.

—No me des órdenes —le dijo, y luego volvió a Octavio—. Señor Larrazábal, déme una tarjeta con su número de teléfono.

—¡No! —gritó Nick.  
Octavio no sabía qué hacer.  
Miraba a Nick y a Lavinia  
alternadamente, preso de la  
confusión.

—Démela —insistió  
Lavinia con la mano  
extendida hacia él.

Nick se dirigió "a la puerta  
del edificio y asestó el puño  
contra la pared. Lavinia dio  
un respingo por el susto, los  
golpes siempre le  
recordaban la violencia que  
se vivía en su casa con Josué  
y su pasado, pero Nick no  
era ese hombre y sabía que  
jamás le haría daño.

—Será mejor que... —  
comenzó a decir Octavio con la mano en el bolsillo interno del saco, sin saber si extraer la tarjeta o no. Su intención era prevenir una discusión en la pareja, pero Lavinia no lo dejó hablar.

—¡Démela! —le gritó al tiempo que lo miraba con insistencia. Sabía tratar con su esposo, solo necesitaba el número del padre y que se fuera. En ese estado, Nick no iba a escuchar a nadie.

Octavio dejó caer la tarjeta personal a la mano de Lavinia y después la miró

lleno de interrogantes. No entendía a su hijo, nunca lo había hecho en realidad.

—Lo vamos a llamar — prometió ella.

—¡No hagas esto! — reclamó Nick. Se sentía frustrado, Lavinia lo traicionaba.

—Ahora vayase —le indicó ella al hombre—. Vayase tranquilo.

Octavio no dudó en obedecer la orden que le daba ese angelito rubio de ojos verdes al que llamaban Lavinia. Se alejó confundido, pero con cierra

paz de espíritu que tal vez nunca antes había sentido.

—No puedo creer que hayas hecho esto —le dijo Nick volviéndose al interior del edificio. Se internó en el ascensor, pero no lo dejó partir sin esperar a Lavinia, que subió con él.

Apenas entró a su casa, descargó su ira otra vez contra la pared.

—¿Podes dejar de hacer eso, por favor? —le pidió Lavinia tras el golpe.

—¿Qué pasa? —interrogó Helena, que acababa de salir del baño. Lavinia la miró.

—Quédate en la habitación, por favor — pidió. Aunque presa del miedo y de la duda, Helena obedeció.

La breve conversación entre Helena y Lavinia sirvió para que Nick reaccionara. Reconoció dónde estaba, a quién tenía delante de sí, y se sintió culpable.

—Perdón —susurró—. No me di cuenta. ¿Estás bien?

—Yo estoy bien — aseguró Lavinia con serenidad—. Pero quiero que te sientes —señaló un



sillón—. ¿Podes sentarte ahí?

Nick suspiró y obedeció el pedido. Se sentó en el sofá de dos cuerpos y ella lo hizo en la mesita que estaba delante de él.

—Ahora necesito que me escuches. ¿Me vas a escuchar? —propuso. Nick asintió en silencio—. Yo sé que es difícil que lo comprendas ahora, pero prométeme que lo vas a pensar —le dijo. Nick se mantuvo callado—. Entiendo lo que sentís, no pienses que no: tenes miedo

de los recuerdos que Octavio trae aparejados, y además sentís que dándole espacio en tu vida estarías traicionando a tu mamá — Nick bajó la mirada. No podía creer cuánto lo conocía Lavinia—. Ni bien Elizabeth llamó, yo tuve el mismo miedo del pasado que sentís vos, pero ahora que vi a Octavio, pienso que no hay nada que temer. La realidad tiene múltiples facetas, y me parece que hasta hoy la habías mirado de un solo lado: del tuyo. La gente es un misterio que

difícilmente podemos develar, y quizás lo que recordás son sentimientos, más que realidades; tal vez no todo lo que tu padre o su esposa hacían era motivado por lo que siempre te pareció a vos. Sería bueno acercarnos a ellos para descubrir esos motivos y que eso te ayude a sanar. Por otra parte, creo que tu mamá también habría querido que tu corazón se reconciliase con tu padre, que puedas perdonar, y quizás el momento llegó.

—Es fácil hacer las paces

con el adulto que soy, pero golpearon al niño que fui. Él nunca va a cambiar —se excusó Nick.

—Lo sabemos, pero es hora de que dejes de culpar a los demás por el camino que elegiste vos —respondió Lavinia muy serena. Nick la escuchó—. Ellos te habrán empujado ahí, pero seguiste ese camino de oscuridad y cerrazón porque eras vos el que no sabía lidiar con el dolor. ¿Sabes cómo hacerlo ahora?

Él suspiró y después se encogió de hombros.

—No sé —replicó negando con la cabeza—. Puede ser. Sí.

—Bien —aprobó ella—. Eso es lo que hace un adulto —luego volvió al tema original—. Octavio se está poniendo viejo, Nick, y nadie quiere sentirse solo cuando llega a esa edad —siguió explicando—. Sé que quizás te parece que es demasiado tarde, pero sería peor que jamás hubiera tratado de acercarse a vos —se produjo un instante de silencio en el que ninguno habló—. Déjame que guarde

su número en mi cajón de la mesa de luz —propuso ella después—, y si algún día querés llamarlo y darte una oportunidad de sanar, ahí estará para vos.

—¿Y si no es reparador?

—Siempre lo será, porque sabrás que hiciste todo lo posible por él y por vos mismo. Esa será tu sanación. Pasaron otro momento en silencio.

—Perdón —insistió él cabizbajo—. Me comporté como un primate.

—Está bien —sonrió Lavinia, tentada por la

expresión—. Quizás el primate quiera un poco de chocolate en lugar de bananas —ofreció. Nick rió.

Helena evitó preguntar qué había pasado esa mañana en casa de su hermana porque estaba sumida en sus propias preocupaciones. Como

ninguno quería confesar nada, los tres se mantuvieron en silencio durante el trayecto que recorrieron desde Puerto Madero hasta Barracas.

Al llegar a la puerta del edificio, Lavinia bajó de la camioneta con ella. Entró al

departamento, saludó a Héctor y dio algo a Cristina antes de retirarse a las apuradas. Helena entendió que le estaba entregando el dinero para el dentista, y al no haber sido incluida en el asunto, no dijo nada. Tenía sueño, ansiaba dormir un poco más, pero debía completar uno de los libros que le había dado Mariano, así que pasó las horas leyendo.

Esa tarde iría a la casona. Él le había anunciado que recibirían visitas peligrosas y tenía que estar preparada.



PRESINTIENDO que la visita anunciada por Mariano sería desagradable, Helena optó por utilizar un pantalón de vestir, una blusa azul y zapatos negros. Esperaba favorecer con ello la imagen de socia que él le estaba armando. Por un lado quería romper el acuerdo y por el otro no se sentía capaz de hacerlo.

Descendió del taxi que la había dejado en la puerta de

la casona y corrió a la reja. Hizo sonar el timbre y le abrieron enseguida. Se había atrasado diez minutos.

—Usted llega tarde, y la visita llegó demasiado temprano —indicó Pedro después de abrir la puerta—. Sígame.

Helena se insultó por dentro. Siempre llegaba temprano a todas partes y una vez que se atrasaba, la visita llegaba antes de tiempo.

Pedro la condujo hacia una sala de estar que desconocía. Las paredes estaban

revestidas con paneles de madera oscura y los tapizados, como las lámparas, eran verdes. Una enorme biblioteca recubría el fondo y delante de ella, un magnífico escritorio se ocultaba entre sombras.

En uno de los sillones cercanos a la puerta, una mujer muy rubia y de porte soberano bebía de una taza de té. En el asiento que estaba del otro lado de la mesita, Mariano esperaba inmóvil a que ella acabara aquella acción. La mujer apresuró el trago en cuanto

vio que alguien entraba al recinto.

—¿Y ella es...? —  
interrogó al ver que Helena se les aproximaba.

Mariano giró la cabeza y también se quedó prendado de Helena. Cada vez que la miraba sentía un extraño orgullo por ella me imaginaba cuánto sería capaz de hacer si alguien le daba las herramientas adecuadas.

—Es Helena, mi socia —  
respondió extendiendo la mano hacia Helena. La rubia lució desencajada, al parecer

había imaginado que la socia de Mariano sería diferente.

—¿Esta es tu socia? —  
masculló.

La duda renovó el lado rebelde de Helena, ese que se parecía tanto al de Mariano, y eso la llevó a tomar la mano que él le ofrecía. Después dejó la cartera en un rincón del sillón y se sentó a su lado sin separarse de él.

—Helena, esta es Ana, mi prima —explicó Mariano con calma.

Helena asintió sin dedicar una sola palabra a la extraña,

ni siquiera un escueto «mucho gusto». Ana tampoco lo esperaba, puesto que a pesar de haber estudiado a Helena de arriba abajo, continuaba concentrada en su primo.

—Me llamaron muy preocupados tus accionistas y me contaron que pensabas incluir a alguien más en la cadena, pero jamás dijeron que fuera tu... socia —dejó entrever un doble sentido. Se hacía evidente que para Ana, «socia» significaba amante.

—Ya ves —sonrió Mariano sin corregir a Ana

—, la vida está llena de sorpresas.

Helena sofocó una risa. Ahora que conocía mejor a Mariano, sabía cuándo bromeaba, y sin dudas en ese momento se estaba burlando de su prima. También se sorprendió por lo rápido que ella misma había conseguido extraer conclusiones acerca de la mujer: buscaba allí algo que sin dudas no era conveniente para Mariano, sino solo para ella misma.

—Supuse que algo no estaba bien porque nadie se

tragó el cuento de tu negocio personal —siguió explicando la prima—, pero no imaginé que la persona que ibas a incluir era una inexperta.

—Te aseguro que no lo es —aclaró Mariano con calma. Ana volvió a mirar a Helena de arriba abajo.

—Salta a la vista —la ofendió. Helena no lo podía creer, ¡hablar mal de ella sin escrúpulos! Se quedó boquiabierta.

—Quien esté al frente de mi cadena no es de tu incumbencia —le recordó



Mariano.

—Lo es si Adrián está involucrado —defendió la rubia—. Mi marido trabaja en la gerencia de la sucursal de Punta del Este desde hace años. Si querías incluir a alguien más en el directorio de tu cadena, me parece que primero deberías haber pensado en tu familia y no en una extraña.

Mariano sonrió cabizbajo.

—Helena es como de la familia —replicó tranquilo como nunca en la vida. La otra soltó una risa y se dispuso a hablar, pero

Helena la interrumpió.

—Querida Ana: desde que estoy sentada aquí usted pretende fingir que yo no estoy presente, pero muy a su pesar, acá me tiene, y no me voy a ir. Lo que es más: si no quiere que su marido sea retirado de su puesto ni bien me incorpore a Hoteles Rizzi, le conviene levantarse de ese asiento y retirarse ahora mismo de esta casa de la que no se llevará nada. Se lo estoy pidiendo por las buenas, no demore más de un minuto en irse porque me obligará a pedírselo por las

malas.

—¡Mariano! —gritó la mujer—. ¡Permitís que una extraña insulte a tu familia!

—Ya escuchó, nosotros somos su familia —respondió Helena. Mariano gozaba de todo mudo.

—¿«Nosotros»? —repitió Ana.

—Yo, y el hijo que estamos esperando.

Ana permaneció paralizada en el asiento un momento, con los ojos clavados en el vientre plano de Helena, incapaz de procesar la información que

le brindaban. Luego recogió sus cosas y se puso de pie.

—Mariano, pedile a Pedro que me lleve hasta el puerto.

—No —se entrometió Helena—. Le dije que no se llevaría nada de esta casa y eso incluye el transporte de Pedro. Estoy segura de que tiene un teléfono celular y puede pedirse un taxi usted misma desde la puerta.

Helena sabía que con eso la castigaría y le dejaría claro quién mandaba a partir de ese momento. Que Mariano no se entrometiera en su decisión y que hasta

pareciera disfrutar de todo la relajó para seguir actuando.

Ana tuvo que irse sin la promesa de que su marido integraría el directorio de los hoteles y sin transporte asegurado hasta el puerto.

Mariano espió por la ventana cómo su prima se las ingeniaba para sostener la gran cartera que llevaba, extraer el celular y hablar con una operadora que pudiera conseguirle un taxi. Después se volvió hacia Helena y estalló en risas. Se dejó caer relajado en el lugar que antes había ocupado su

prima. Helena no lo había visto reír tanto jamás.

—¡Estuviste genial! — exclamó él, feliz—. ¡Dura, fabulosa! Sos una alumna que merece más que un sobresaliente.

Helena se mantenía callada. A ella no le hacía ninguna gracia lidiar con las larvas que querían aprovecharse de Mariano.

—¡El castigo del taxi fue impresionante! —exclamó él todavía riéndose de su prima—. ¡Y eso que le dijiste acerca de un hijo nuestro! ¡Esa mentira fue sublime! —

se produjo un instante de silencio en el que solo se oyó acabar la risa de Mariano. Ante el silencio sepulcral de Helena, él arremetió—. ¡Vamos! ¡Tenes que estar contenta!

—¿Porque los pocos familiares que te quedan son una basura? —respondió ella muy seria—. Perdóname, Mariano, pero es imposible que me sienta contenta por eso. Además, ¿no tenes miedo de que sepan que no soy más que una recepcionista? Me enviás a un club donde están las

esposas de tus accionistas, me llevas a una fiesta de gente de la alta sociedad y ahora me presentas con tu familia, ¿no te parece que alguien se puede enterar de dónde vengo y arruinar tus planes?

Él negó con la cabeza.

—Ellos no buscan entre los empleados de bajo rango y jamás pisan los hoteles, no podrían siquiera imaginarlo —aseguró—. Estoy seguro de que están desesperados como ratas, buscando en las alcantarillas información sobre cualquier Helena que



haya presidido algún hotel de categoría o que sea la amante de algún rico. Aun así, de importarme que sepan quién sos, ya te habría prohibido seguir en la recepción del hotel.

—Pero yo tengo miedo — contestó Helena sin reparos —. Tengo miedo de que por temor a lo que estás por hacer, hagan algo contra vos. Ese hombre que me presentaste en la fiesta no me gusta.

Se produjo un instante de silencio en el que Mariano sintió que lo arrojaban en

caída libre desde un edificio. No podía permitir que Helena se preocupara o que albergara verdadero afecto hacia él. No lo merecía.

—No te preocupes, ese hombre era amigo de mi padre y sería el último que haría algo contra nosotros —le dijo para tranquilizarla—. Helena... —masculló a continuación. Intentaría serenarla—. Deja que yo me ocupe. Te noto muy nerviosa, y eso no me gusta. Es mi culpa y lo lamento.

Se puso de pie y se le acercó sin hacer ruido, como

un espectro. Helena alzó la mirada hacia él y se dejó acariciar la mejilla por la mano cálida de Mariano, que la estudiaba con ternura en los ojos.

—Helena... —le habló, después se le acercó y le rozó los labios con los suyos —. No sabes cuan importante es para mí que estés conmigo.

Poco a poco Helena cedió y se entregó al beso. Le rodeó el cuello con los brazos y se afirmó contra él, que estaba de rodillas entre sus piernas.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? —le preguntó Mariano mientras alternadamente le besaba el hombro apartando la tela de la blusa con dos dedos.

—Te necesito —respondió Helena—. Siempre ansio más de vos y del placer que solo vos sabes darme.

—Solo yo no —la corrigió él besándola detrás de la oreja—. Ansias el placer que yo te demostré que puedes sentir, pero muchos pueden ofrecerte incluso más que yo —ella iba a discutir, Mariano lo sabía, por eso

dijo algo más—. Quiero desnudarte.

Se echó hacia atrás y llevó los dedos al cierre del pantalón de Helena. Lo desprendió, y luego deslizó la tela por sus piernas hasta dejarla enrollada a sus pies. La descalzó y terminó de quitarle la prenda. Después se le acercó otra vez.

Helena alzó los brazos para que él pudiera quitarle la blusa, que terminó en el respaldo del sillón. Tras acabar con lo que hacía, Mariano se puso de rodillas y la miró. Cerró los ojos y le

besó el vientre. Habría sido hermoso tener un hijo con Helena. Habría sido mágico ser otra persona para merecer verlo crecer, jugar y hacerlo feliz. Le hubiera prestado atención, lo hubiera abrazado cada vez que estuviera triste y se hubiera reído con él cuando estuviera contento. Todo lo que Joaquín había hecho con él y mucho más.

—¿Te gusta que estemos juntos? —le preguntó viéndola desde ese sitio donde antes había apoyado los labios. Helena no

respondió, apenas pestañeó para soportar ese sentimiento de vacío y dolor que a veces él le despertaba y ella no sabía describir—. ¿Escuchas eso? Es mi corazón, y si volvió a latir es gracias a vos —le besó un pecho en donde se avistaba la piel, le besó la zona donde latía el corazón de Helena, que se derretía con cada contacto, y volvió a mirarla. Helena temblaba.

Eso no era amor, se repitió Mariano para sí. No tenía idea de dónde le surgían las cosas que decía sin pensar,

ni de dónde le surgían a Helena, si lo único que los unía era el buen sexo y un acuerdo de negocios, pero no se atrevió a callarlas.

Se movió con rapidez para recostarla en el sofá y quedar sobre ella. Se sostenía del respaldo mullido de cuero color verde pino, sofocaba su sed de ella con la fantasía de lo que venía después. Su lengua rozó el lóbulo de la oreja femenina; a Helena se le erizó la piel y reaccionó ante el contacto. Volvió a tomar el rostro de Mariano entre



las manos para darle otro beso. Quería sentir que estaban unidos, y el modo más cercano a ello por el momento era a través de los labios.

Mariano deslizó una mano por el costado del cuerpo de Helena. Mientras él hacía eso, ella sentía que una electricidad se extendía desde el flanco de su pecho hasta su cadera, pasando por las costillas y la cintura. Después él se deslizó hacia atrás y se deshizo de la ropa interior que ocultaba la zona más íntima de la mujer. Le

acarició el vientre a la vez que su lengua se deslizaba por la cavidad femenina rumbo a la oscuridad deseada.

Mareas de placer invadieron la pelvis de Helena. Ella se arqueó hacia Mariano y se mordió la mano para no gritar. Temía que Pedro los oyese, ya que había visto que el hombre estaba en casa ese día, pero gemir le fue inevitable.

La lengua de Mariano era cálida y se movía de a ratos lentamente, en otros momentos como si estuviera

participando en una carrera a ver quién resistía más: si él o ella. Ganó él. Helena se retorció presa de su orgasmo y le exigió que se internara en su cuerpo tomándolo de los hombros.

Mariano no tuvo que esperar para hacerlo, verla gozar de tanto placer lo había dejado hambriento de su interior. Protegerse en ella de nuevo significó más de lo que esperaba, siempre lo hacía a la vez débil y fuerte.

Se movió con cuidado, no desperdició un solo instante

de la vida que estaba sintiendo. Sí, beber de esa vida lo renovaba porque ahora quería salvarse, aunque todavía pensaba que no lo merecía. Otra vez cambiaba de ánimo, pensaba en oscuridad y vacío. Sacudió la cabeza para apartar esos sentimientos y volvió a besar a la mujer que se entregaba a sus caricias.

—Mariano —oyó que Helena lo llamaba al tiempo que le acariciaba el cabello—. Te quiero.

Fue un latigazo para su espíritu consternado, pero

una inyección de adrenalina para su libido. Enredó los dedos con los de Helena, y con la fuerza de su cuerpo se impulsó todavía más adentro de la cavidad que lo recibía. Para Helena se sentía como flotar en una nube, apretaba las piernas alrededor de la cadera de Mariano y se dejaba transportar por él adonde quisiera llevarla. Si era necesario, lo seguiría al infierno; después de todo, ella era una pecadora, y le esperaba el mismo destino.

Otra vez gimió de excitación, contrajo los pies

y las piernas porque así sentía mucho más, y su instinto no se equivocó. Él bajó el mentón y le rozó un pecho con la lengua. Quitó su mano de la de ella y con dos dedos le rozó un pezón. Lo succionó, y Helena se sintió estallar. Le dolía allí donde ambos cuerpos se chocaban y a la vez le producía la mayor satisfacción. El roce y el miembro caliente unido a su intimidad le hicieron perder la razón, sentía que se humedecía cada vez más y que el camino se acortaba.

Eso no era el infierno, era el cielo, y le encantaba.

Mariano rugió, Helena gritó, y Pedro los oyó desde el living. Sonrió pensando en que esa mujer era la única que podía ayudar a su querido jefe para que al fin hallara la paz que merecía.

Media hora después, Helena todavía yacía en brazos de Mariano, acurrucada contra él en el sillón. Se adormecía por la falta de horas de sueño de la noche y más cuando él le acariciaba la espalda con un dedo y respiraba sobre su

frente.

—Helen —le habló en susurros. Ella se removió para indicarle que lo escuchaba, pero no tenía fuerzas para hablar—. Quiero que me cuentes por qué no dormiste anoche.

La afirmación consiguió sobresaltarla. Miró a Mariano alzando los ojos y dejó escapar el aire.

—¿Y vos cómo sabes eso? —le preguntó. Él dejó escapar una sonrisa.

—Porque vos acabas de confirmármelo —se burló—. Tené más cuidado, un error



así con la gente equivocada puede costarte muy caro. Y si te lo pregunté, fue porque primero lo sospeché por tus ojos. Están rojos, como si no hubieran descansado —le acarició la nariz—, y tu mente tampoco.

Helena lo miraba entre la realidad y el sueño. La voz pacífica de Mariano la transportaba, le hacía pensar que quizás se había quedado dormida. Se mordió el labio enrojecido por la calidez de los besos masculinos y el recuerdo del sexo.

—Estuve leyendo tus

libros —explicó. No podía decirle que había pasado la noche despierta pensando en ayudarlo o en huir de él, ni se atrevía a confesar que ya sabía su secreto.

Mariano sonrió entrecerrando los ojos y le besó la frente. No había caído en la mentira.

—A mí no me engañas, mentirosita —le dijo.

Helena resolvió que quizás ella debía dar el primer paso. Si de verdad tenían un acuerdo, una relación o lo que fuese aquel vínculo extraño que los unía,

convenía decir la verdad. Entonces se separó de Mariano, se sentó en el sillón y lo miró a los ojos.

—Estuve pensando en vos y en lo que siento —confesó—. Sé que hay algo que no me estás diciendo, y me gustaría que fueras honesto conmigo.

Mariano procesó la revelación tan rápido como su enojo se lo permitió. Sabía que Helena no había pensado en él en sentido sexual y mucho menos de negocios.

—¿Por qué pensás en mí?

—interrogó muy seco.

—¿Por qué te parece que lo hago? —replicó Helena al notar su descontento, aunque no se sorprendió porque él no se atreviera a confesar su adicción. Así actuaban los adictos.

—No sé, pero no quiero que lo hagas.

Helena se molestó por la actitud de Mariano, se sentía defraudada porque él jamás aceptaría lo que estaba haciendo, y eso lo convertía en alguien igual al adicto que mejor había conocido. Se puso de pie y se colocó

los pantalones.

—¿Me escuchaste? —le reclamó él—. No quiero que confundas las cosas.

—No vas a darme órdenes, y menos sobre mis sentimientos —replicó Helena abrochándose el botón. No solo le molestaba que Mariano pretendiera mandar sobre sus emociones, sino también que esquivara su insinuación de que le estaba ocultando algo.

—Nunca te prohibí nada, Helena, pero no vas pensar en mí de otra manera que no sea el acuerdo que tenemos

—contestó él—. ¿Por qué te estás vistiendo?

Helena lo miró incrédula.

—Porque en este momento la desnudez me incomoda — se sinceró. Luego se sentó otra vez en el sillón para recoger la blusa. Estaba demasiado lejos, se había caído, por eso Mariano se inclinó para alcanzársela sin que ella tuviera que hacer el esfuerzo.

—Por favor, prométeme que no te vas a hacer preguntas —pidió sin entregarle lo que ella deseaba, que era su ropa.

—Dame la blusa —exigió Helena—. Y no, no te lo prometo.

Mariano negó con la cabeza.

—Helena —su voz sonó dura y lo sería—. Tenemos un acuerdo.

—Ya no quiero que me instruyas, Mariano —replicó Helena. Le salió del alma. Si él no podía alejarse de las drogas, ella tendría que alejarse de él.

—Ese fue nuestro trato —le recordó Mariano, lacónico.

—¡Pero ya no lo quiero!

Mariano tomó una inspiración profunda. No podía permitir que Helena se diera cuenta de su verdad porque no quería perderla, pero a la vez sabía que tenía que dejarla ir. Ella le había dicho que lo quería, y aunque pretendiera negarlo, lo notaba desde mucho antes que lo dijera. Siempre había tenido claro que nadie debía enamorarse de él, y nunca había tenido problemas con eso hasta el momento. Con Helena, todo se le iba de las manos, y esa falta de control lo hizo sonar todavía más



cruel.

—Esta noche te vas a quedar conmigo, y yo me voy a encargar de que duermas —sentenció—.

Mañana vamos a ir al club, vamos a pasar el día en la pileta y...

—No —lo interrumpió Helena.

—...conversaremos con otras parejas —continuó él ignorando su intervención—. Si querés también podemos ir de compras.

—¡No, Mariano, no! —gritó ella—. No quiero volver al club ni quiero ir de

compras. Tampoco pienso que vos estés de humor para eso.

—¡Por supuesto que estoy de humor! —replicó él estirando las piernas.

—¡Basta! —replicó Helena arrancándole la blusa de entre las manos. Se la puso a ciegas.

—Ese fue nuestro acuerdo —clamó él con la voz potente, tomando una posición más ortodoxa—. Vos dejabas que yo te instruyera y yo te demostraba que podías sentir. Sin preocupaciones ni

amor. ¡Sin involucrarnos sentimentalmente, Helena, y hoy me dijiste que me querías!

—Lo lamento, señor inteligencia, pero yo no puedo dejar de sentir. Vos lo provocaste.

—¿Estás diciendo que estás enamorada de mí? Una cosa es que me quieras, otra distinta es que me ames.

Mariano esperaba una respuesta enseguida. Si Helena le confirmaba lo que temía, tendría que cancelar el acuerdo cuanto antes. Pero Helena no se atrevió a

responder. ¿Cómo saber si lo amaba? ¿Cómo atreverse a reconocerlo si durante algunos segundos ansiaba pasar la vida a su lado y en otros solo deseaba salir corriendo?

—Solo estoy diciendo que pienso en vos y que sé que me estás ocultando algo — contestó temblorosa. Mariano endureció su corazón todavía más, de lo contrario lo derrotaría. Sabía que si Helena se enamoraba era en parte porque él la había confundido, pero no podía controlar sus propios

sentimientos. Por eso decidió acabar con el error en ese preciso momento.

—Tenes bien claro que yo no pienso en vos, ¿cierto? — le dijo, antes para convencerse él que para convencerla a ella—. Y que jamás te amaré. No te amo.

Helena sintió que Mariano le enterraba un puñal, pero hinchó el pecho para recibirlo. Después de todo, ese había sido el acuerdo, no involucrar los sentimientos, y si ella lo rompía, era su problema. Él jamás le había prometido nada distinto.

—No tenes ni que decirlo  
—contestó antes de tomar el  
bolso, y salió de la sala.

Llegó a la puerta de  
entrada, pero la encontró  
cerrada. Hurgó en el bolso  
en busca de su llave, pero no  
la encontraba.

—Pedro —llamó primero  
en un tono de voz bajo,  
después gritó—. ¡Pedro!

—Pedro no va a responder  
a tu llamado —le contestó  
Mariano con el costado  
apoyado en el umbral de la  
puerta de la sala. Helena lo  
miró con el ceño fruncido.  
Él dio un paso hacia ella—.

Yo le ordené que no te abriera desde el teléfono de la sala.

—¿Por qué?! —reclamó Helena—. Me estás secuestrando y eso te puede salir muy caro.

Mariano se encogió de hombros disimulando una sonrisa.

—No tengo nada que perder —replicó muy sereno. Esperaba que con su actitud más relajada ella también se tranquilizase—. Te dije que pasarías la noche conmigo y que yo me aseguraría de que durmieras.

—Eso no me parece que sea no pensar en alguien — devolvió la estocada. Mariano supo que estaba atrapado, pero la esquivó con suerte.

—Se llama hacer respetar nuestro acuerdo. Voy llevarte a la cama ya mismo. Vamos a dormir desde ahora hasta mañana.

Helena sonrió con ironía. Ella nunca respetaba órdenes, y esa no sería la excepción. Le seguiría la corriente mientras tramaba otros planes.

Mariano la llevó a la



habitación que ocupaba cada noche. Lucía mucho más moderna que las otras: estaba decorada en gris y negro, y la cama era inmensa. Había un vestidor espejado y un baño en suite con hidromasaje.

—Podemos darnos un baño —le ofreció él acariciándole los hombros—. Después puedo asegurarme de que te dé sueño dejándote agotada de gozo —le prometió besándole el cuello. Helena se apartó.

—No quiero —le dijo—.

No quiero hacer el amor.

Se sentó en la cama. Mariano asintió a su negativa y se alejó un momento. Regresó con una camiseta que le pertenecía.

—Es para que duermas más cómoda —le dijo entregándosela.

Helena la aceptó pero no se desnudó delante de él; para cambiarse se internó en el baño y salió estirando la remera para que le cubriera la cola. Después se metió en la cama, se aseguró de dejar su cartera al lado y se cubrió con la sábana.

—Hace frío para estar tan desabrigada —le dijo él, y la cubrió con el acolchado. Luego se quitó la ropa de pie detrás de la cama—. ¿Necesitas algo antes de que me acueste? —preguntó una vez que había terminado con las prendas.

Helena no respondió. Se quedó quieta y callada incluso cuando Mariano se acostó a su lado solo con el boxer puesto y la abrazó. Hubiera deseado tener la piel al descubierto para sentir la de él, pero resistió su impulso de devolverle el

abrazo, decirle que todo iba a estar bien, que contaba con ella. Se había hecho adicta a Mariano, pero toda adicción tenía una cura, y ella debía encontrar la propia.

Mariano le acarició el brazo de manera tan suave que le dio escalofríos. Los mismos dedos se deslizaron por el costado cubierto por la remera hasta la pierna, donde volvieron a encontrarse con su piel y a estremecerla. Él siguió el recorrido levantando la tela para alcanzar su vientre, sobre el que dejó la palma

de la mano. Su calor se fusionó con el de Helena, y el alma de la mujer brotó en sus ojos iluminados.

Mariano se quedó quieto en esas sensaciones que también experimentaba. ¿Por qué la mentira de Helena sobre un hijo lo había hecho reflexionar sobre sus deseos? ¿Cómo podía ansiar un futuro con ella, condenándola a un ser como él? No podía pretender eso, sería arruinarle la vida; tembló de solo pensarlo. Era un egoísta, siempre lo había sido, y ahora se sentía

culpable por haber intentado algo que a Helena le hubiera hecho daño.

Helena, por su parte, ya no quería pensar en nada. Para ello le sirvió planificar cómo actuaría ni bien percibiera que Mariano se había dormido. Encendería el velador y esperaría un momento. Si él no se despertaba, buscaría los tres libros que llevaba en el bolso y abriría el que estaba leyendo en la página en la que había quedado. Así adelantaría lecturas y se dispersaría.

Siguió los pasos al pie de la letra y, dos horas después, se hallaba leyendo sin tregua. Dos libros más la esperaban sobre la mesa de luz.

Mariano abrió los ojos en medio de la noche y descubrió que la lámpara continuaba encendida.

—Helena —murmuró—.  
Deja de leer. Dormí.

—No —contestó ella—.  
Ya termino con este y tengo que acabar dos más.

Mariano comprendió que era la madrugada del día siguiente a cuando se habían

acostado. Eso lo enfureció porque no podía controlar lo que él mismo había provocado, no podía detener el curso del sufrimiento de Helena.

—Déjalo ahora —ordenó  
falto de compasión.

—Shh —le chistó ella,  
absorta en lo que leía. Tenía  
que adentrarse en el  
contenido si quería  
comprenderlo a la  
perfección.

Mariano no lo entendió  
así. Le arrebató el libro de  
las manos y lo arrojó contra  
la pared. Helena se



sobresaltó por su actitud, jamás lo había visto tan impulsivo.

—No lo leas —repitió él en un susurro.

—Si te molestaba la luz, me hubieras dejado ir a mi casa —le espetó ella.

—¡No me molesta la estúpida luz! —reclamó él alzando la voz—. ¡Me molesta que te preocupes, Helena! ¡Que sufras! —cruzó una mano por delante de ella y arrojó los otros dos libros de la mesa de luz al piso—. ¡Quémalos! —acabó por decir.

Después de hacer eso, se sentó sobre la cama, giró y le dio la espalda. Helena volvió a respirar, había contenido el aire durante todo ese tiempo.

Así actuaban todos los adictos, cambiaban de ánimo como corrían las agujas del reloj y algunas de esas veces, se tornaban violentos.

Presa de ese miedo, dejó la cama y se arrodilló para recuperar los libros.

Mariano se tomó la frente con las manos. No entendía lo que hacía, no alcanzaba a comprender la magnitud de

los sentimientos que lo aquejaban. De pronto giró la cabeza y vio a Helena de rodillas, recogiendo libros como alguna vez habría recogido dinero por su trabajo, y se sintió morir. Saltó de la cama y se arrojó frente a ella.

—Perdóname —le dijo—. Yo no soy violento, no grito a las mujeres, no les hago sentir miedo. No sé por qué lo hice con vos, por favor perdóname.

Puso sus manos entre las de ella para ayudarla a recoger los libros.

—Déjalos —ordenó Helena en susurros, pero él no le prestó atención—. ¡Te dije que los dejaras! —le gritó.

En ese instante, Mariano comprendió lo lejos que había llegado con su actitud, y no sabía cómo volver atrás. Entonces hizo lo que le dictaba su corazón: le tomó la barbilla con una mano y la obligó a mirarlo.

—Yo también te quiero —murmuró temblando.

Helena emitió un sonido ahogado y se quedó en silencio, pero en su interior

estaba gritando. Mariano la quería, al menos la necesitaba más allá de su plan. ¿Le bastaría con eso? En aquel instante, no le importó. Sentía que la confesión de él le hacía latir el corazón y el alma, y eso le bastaba.

Tenía los ojos húmedos. Mariano la abrazó y le acarició el cabello. Su contacto la estremeció: la frase «te quiero» se materializó en su calor y en la delicadeza con que la trataba.

—No es que quiera que

apagues la luz, ni siquiera quiero que te vayas de mi casa nunca —confesó él agitado—. Es que no quiero que sufras por mí, Helena... no lo merezco. Por favor, no llores.

Pero Helena ya no lloraba. Se había quedado tiesa al pensar que si no hacía algo por Mariano pronto, tendría que dejarlo.

*Podes resistirlo, le dijo su conciencia. No olvides que vos también sos una pecadora.* Pero temía no soportar.

Helena permaneció

acurrucada contra el pecho de Mariano hasta que las fuerzas volvieron a su cuerpo. Tras regresar a la cama, decidió apagar la luz y dormir. Le vino muy bien porque las horas de insomnio de la noche anterior habían sido devastadoras, y de no haber descansado esa madrugada tampoco, tal vez se hubiera desmayado durante el día. No podía pasar tanto tiempo despierta.

Si bien Mariano la abrazó toda la noche y ella se sintió reconfortada contra su pecho

desnudo, no podía olvidar lo que él le ocultaba, y tampoco el temor que eso le producía.

El desayuno se desarrolló en tenso silencio. No cruzaron palabra hasta que él decidió hablar.

—Vamos a hacer algo —le propuso—. Vas a abandonar los libros que te di y voy a tratar de enseñarte yo su contenido como sea. Prométeme que vas a descansar lo suficiente, que no te vas a torturar con el pensamiento —se aproximó más a ella antes de seguir



hablando—. No pienses en mí, Helena, no lo valgo.

—¿Y si no es así? — contestó ella cada vez más convencida de que Mariano le ocultaba mucho más de lo que ya sabía.

—No lo valgo —repitió él con seguridad—. Helena... —esperó—. Por favor...

¿A qué le tenía miedo? ¿A que ella lo aferrara a la vida, a creer que ya no merecía la muerte? Helena comenzaba a comprenderlo, y eso le helaba la sangre.

Mariano no dejó que se fuera sola. Ordenó a Pedro

que la llevara hasta su casa y Helena sabía bien por qué lo hacía: la estaba cuidando. Le agradeció el gesto y subió al auto, pero ni bien atravesaron la verja, ella cambió los planes.

—PEDRO, no me lleve hasta Barracas —ordenó—. Necesito que me diga quién es el médico de cabecera de Mariano. Tiene uno, ¿no?

La conciencia de Pedro se sacudió con la pregunta. Reconocer que Helena, quien en un primer momento creyó que sería la tumba de Mariano, iba a ser su salvación, lo llenó de esperanza.

—El señor... —comenzó a

excusarse el hombre. Helena lo interrumpió.

—¿Hace falta que le explique por qué mis órdenes son importantes?

Pedro no dio respuesta. Tan solo encendió el motor del Mercedes y salió del predio de la casona. Por la dirección que tomaron, Helena supo que no iban hacia Barracas.

Viéndola por el espejo retrovisor, Pedro sonrió. La iba a ayudar, sí, porque era la única que podía rescatar a su querido Mariano.

Se detuvieron frente a un

edificio en Recoleta.

—Es en el cuarto piso, departamento E. Pregunte por el doctor Fernández — anunció Pedro.

Helena descendió del coche y se aproximó al portero eléctrico. Dudó, pero hizo sonar el timbre.

—¿Quién es? —respondió una mujer del otro lado.

—Mi nombre es Helena, soy la... novia de Mariano Rizzi y necesito hablar con el doctor Fernández con urgencia —explicó ella.

La puerta se abrió. Helena miró a Pedro buscando su

aprobación, y obtuvo su complicidad. El hombre asintió con la cabeza en absoluto silencio y le transmitió seguridad con la mirada.

El camino hasta el consultorio se le hizo largo. Pensó en volverse y seguir en la mentira, era más tentador que la dolorosa verdad, pero no podía hacerlo. Necesitaba que alguien al fin la convenciera de que los engaños solo generaban más problemas y de que tenía que huir de Mariano cuanto antes.

Tocó a la puerta y le abrieron enseguida. La secretaria de Fernández la hizo esperar en un living de alta categoría y le ofreció un vaso de agua. Helena lo rechazó. Diez minutos después, la puerta del consultorio se abrió y Fernández se despidió de la paciente que ya se iba. Helena se puso de pie y el hombre se le acercó.

—Helena —la nombró el doctor extendiendo la mano que luego ella estrecharía—. Me sorprendió su visita, nunca supe que Mariano

tenía novia.

El médico se guardó para sí que se le hacía muy difícil de creer dada la vida ligera que Mariano siempre había llevado. Por respeto a la joven, eso lo calló.

—Pero es cierto —mintió Helena, sorprendida por lo fácil que podía leer los pensamientos del doctor.

—Comprendo —aceptó el hombre—. Pase, por favor —indicó. Si no se ocupaba de Mariano cuando su novia lo visitaba, jamás conseguiría hacerlo. Entraron y se sentaron al



escritorio—. ¿Hace mucho que son novios? —preguntó Fernández, especulativo, aunque confiaba en la palabra de Helena. Ninguna otra mujer de Mariano habría llegado a su consultorio de no ser su novia.

—Unos meses —respondió Helena. ¿Cómo decirle que apenas llevaban siendo «no sabía qué» varias semanas?—. ¿Y usted? ¿Hace mucho que conoce a Mariano?

—¡De toda la vida! —contestó el médico, casi

orgullosa por su logro. Se relajó ante la mirada de Helena y respondió con soltura—. Fui amigo de su abuelo, vi crecer su cadena de hoteles y luego lo vi morir. También a su hijo y al resto de su familia, fue una tragedia que nos sorprendió a todos.

—Puedo imaginarlo —asintió Helena—. Entonces Mariano quedó en coma.

—Así fue —confirmó el médico—. Pero creo que el coma no fue lo más difícil para él, sino volver a la vida. Su familia ya no estaba y...

lo que decía la gente...

Helena no quería que él se interrumpiese.

—¿Qué decía la gente? — preguntó. Fernández enarcó las cejas y cuadró los hombros.

—Que era su culpa, que su rebeldía había llevado a su familia a la muerte... La gente a veces es muy dura, sobre todo en su ambiente. No se lo decían a la cara, pero lo hablaban a escondidas o lo pensaban, y él, con su extraña intuición, lo sabía.

Helena sintió ganas de

vomitara. Esa gente le daba asco y los hubiera puesto en su lugar a todos por haber dañado a Mariano.

—Eso no fue justo — masculló haciendo acopio de todo su autocontrol para no dejarse vencer por la ira.

—Claro que no fue justo, pero solo los que queríamos a Mariano para bien entendíamos su dolor — expresó el doctor. Helena asintió consternada y decidió explicar el motivo de la visita. No podía extender más el asunto.

—Quiero hablarle de algo

—anunció. Cada palabra de Fernández le abría la puerta a un dato nuevo, pero ahora que ella tenía que hablar, había bajado la mirada. No sabía cómo seguir—. Quiero ayudar a Mariano, pero no sé cómo, y pensé que usted podría colaborar, que entre los dos lo sacaríamos adelante. Él... está enfermo.

—¿Enfermo? —masculló el médico frunciendo el ceño—. ¿Enfermo cómo?

Helena tembló. Jamás había admitido en voz alta la verdad que conocía, y no sabía si podría ser directa

respecto del tema en ese momento tampoco.

—Creo que tiene ese tipo de enfermedades que, con el tiempo, uno no puede controlar —trató de aclarar. Sabía que estaba dando vueltas y pensó que con ello solo conseguía confundir más al médico. Sin embargo, él enarcó las cejas en gesto comprensivo.

—Ah, eso —asintió muy sereno—. Helena, más allá del accidente donde murió su familia, Mariano siempre fue un chico muy sano. Excepto por lo que usted y

yo sabemos.

—¡Entonces usted lo sabía! —exclamó ella. No podía creer que un médico supiera algo así de un paciente y no hiciera nada. ¿Qué clase de doctor era?

Fernández se encogió de hombros. Faltaría al secreto profesional, pero quizás al fin había aparecido alguien que pudiera ayudar a Mariano, y así bien valía la falta.

—En estudios de rutina, siempre noté lo que estaba haciendo —explicó—. Lo hablamos, pero ya sabe

cómo es Mariano. Aunque él se define como un consumidor social, le ofrecí tratamientos y los rechazó. Es más, me prohibió meterme —se hizo un instante de silencio en el que Helena sintió que el alma la abandonaba—. Yo juzgué que sería peor que se alejara de mí, entonces callé. Así al menos puedo evaluar si empeora, o si lo que hace le trae consecuencias irreversibles. No es su caso por ahora, pero si no se trata, no puedo prometer que eso permanecerá así por siempre



—se produjo otro instante de silencio que ni Fernández ni Helena se atrevieron a romper. Luego el médico continuó—: Él no quiere vivir, y creo que los dos sabemos la razón.

Helena tembló de impotencia. ¿Hasta cuándo iba a negar la verdad solo porque necesitaba a Mariano? ¿Cómo podía siquiera cruzársele por la cabeza la posibilidad de seguir con él después de saber quién era? Conocía el efecto de las drogas más de lo que deseaba, sabía las

cosas que una persona era capaz de hacer cuando caía presa de la adicción, y a juzgar por lo que conocía de Mariano, le constaba que eso podía ocurrir. Algún día su consumo se agravaría y ella no quería ser su víctima. Había sido víctima de alguien una vez, no lo sería dos: había escapado de Josué y no acabaría con alguien igual. Si Mariano había rechazado los tratamientos de recuperación, a la larga acabaría como el ex marido de su madre y, tal como

temía, ella no pudo resistir esa verdad. Pero si la había buscado era porque ya no necesitaba más mentiras, y aunque se sintió morir, decidió acabar con la única fuente de vida que alguna vez había conocido: debía alejarse de Mariano.

Trató de focalizar los ojos en el médico, pero le fue imposible hacerlo; sentía que su vida se acababa. Se puso de pie tras dar las gracias y salió corriendo del consultorio.

Primero pensó en huir a su casa sin que Pedro la viera,

pero el aire de la calle la ayudó a serenarse y decidió ir al auto. Después de todo, tampoco podía dejar a Mariano sin que él se enterase del motivo; la buscaría por cielo y tierra hasta encontrarla, y entonces todo sería más difícil. Si estaba afectado por las drogas, hasta podía atentar contra su familia, y no podía ponerlos en peligro.

Sin embargo, muy dentro de ella sabía que, en realidad, su miedo más profundo era abandonarlo. Por más que la verdad

acerca de él se impusiera, en su corazón jamás le bastaría nada para agradecerle lo que él había hecho por ella. Le había demostrado que todavía podía sentir, la había hecho mujer, y con eso le había devuelto la vida. ¿Cómo retribuirle tanto? Al menos debía darle una explicación de por qué se alejaba, por eso pidió a Pedro que la llevara de regreso a la casona.

—El señor no está ahí, tenía una reunión —  
respondió el hombre—. Me llamó desde su oficina

preguntándome si la había dejado sana y salva en su casa —comentó—. Tuve que mentirle, señorita Helena, a mí no me gusta hacer eso.

—Ya lo sé y te lo agradezco —contestó ella—, pero usted sabe tan bien como yo que esto es necesario.

—Lo sé —afirmó él—. Por eso le mentí.

Helena sonrió rígida y Pedro la vio por el espejo retrovisor. Notaba que ella estaba nerviosa y que tenía miedo. Supuso que acababa

de enterarse de la verdad acerca de su querido jefe y eso la había asustado. Tenía que saber que él no era malo y que solo estaba sufriendo.

—Mariano jamás le haría daño —se atrevió a decir con voz calma.

Helena lo oyó, pero se quedó en silencio.

Mariano supo ni bien entró a la sala de reuniones que los miembros de su directorio exigían una junta inmediata porque algo se traían entre manos. Sabía que estaba rodeado de traidores que debían pensar

que él iba a pagarles con la misma moneda, así se movía la gente en su mundo, y por eso era tan importante que Helena aprendiera a desempeñarse allí sin salir herida. Era fuerte e inteligente, sin dudas lo conseguiría.

—Buenos días —dijo al tiempo que arrojaba el saco sobre el respaldo de la silla.

—¿Cómo te está yendo en tu negocio personal? — lanzó Jonathan como si estuviera haciendo una gran pregunta. Fernando y Ezequiel sofocaron una risa;



los dos creían que Mariano contraería matrimonio y que Jonathan se sentía un rey porque él también conocía ese dato.

—Más que bien —mintió Mariano pensando en cuánto le estaba costando últimamente que Helena se dejase instruir. Ese era su negocio personal, y no podía concretarlo.

—Nos alegramos, sin dudas —enarcó las cejas Sergio Ávalos—. De todos modos, quizás tengas un momento para detenerte a pensar todavía en tus hoteles

y decidas no incluir en tu directorio a una recepcionista prostituta.

Fue como una bomba. Mariano asentó los puños sobre la mesa por no asestárselos a Sergio en la cara. ¿Cómo conseguían llegar a la información? Sin dudas sus accionistas tenían contactos que él ni siquiera imaginaba. La ambición podía más que cualquier barrera ética.

—Con prostituta debes referirte a que va a ser tu jefa —replicó entre dientes.

—Nos alegramos por tu

negocio personal, Mariano, en serio —se entrometió Ezequiel Barrera pretendiendo ignorar lo que acababa de decir Sergio—. El problema es que ya no nos sentimos seguros con vos al mando. Estás distraído de los objetivos, estás preocupado.

—Para dejarme tranquilo va a estar Helena —replicó Mariano.

—Te conviene tomarte un descanso —indicó Ezequiel ignorando la intervención de su jefe—. Mientras tanto, yo puedo hacerme cargo de la

presidencia. Estoy lanzando mi candidatura como presidente de la compañía —propuso. Mariano sonrió.

—No hay trato —aseguró—. Esto que ustedes hacen es la verdadera prostitución: venden su integridad por poder y dinero.

—No es mala idea, Ezequiel Barrera está capacitado para el puesto —intervino Emilia. Pobre Emilia, pensaba Mariano, no tenía idea de con quiénes se estaba metiendo. Fue más benévolo con ella y siguió hablando tan sereno como

de costumbre.

—El que no se sienta seguro con mis decisiones, puede irse por esa puerta — señaló—. Yo mismo le compraré sus acciones. ¡Vamos!, ¿quién vende? — se hizo silencio—. Me lo imaginaba —recogió el saco y se aproximó a la puerta—. Que tengan buen día.

Enojado como estaba, salió de la sala de reuniones y se encaminó a su oficina.

—Señor —le habló su secretaria ni bien lo vio salir de la reunión—. Pedro llamó, dice que Helena lo

espera en su casa.

Mariano frunció el ceño, preocupado. ¿Por qué habría regresado Helena tan pronto? Pensó en la conversación que habían mantenido en la mañana, incluso temió porque le hubiera ocurrido algo. Agradeció a la mujer y se dirigió a su auto sin pasar antes por su oficina.

Al llegar a la casona, encontró a Pedro en el living, quien le indicó que Helena lo esperaba en su habitación. Dejó el saco en el pasamanos de la escalera

y corrió arriba para encontrarse con ella. La halló sentada en la orilla de la cama.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Se sintió tranquilo al verla sana y salva físicamente, pero se hacía evidente que su interior debía de ser un caos, y eso le preocupó. Dio otro paso adentro y extendió una mano para acariciarle una mejilla, pero Helena lo esquivó. Al fin lo miró a los ojos y en los de ella destellaban la indignación y el miedo.

—No vamos a volver a vernos —soltó Helena con la voz quebrada.

—Helena... —intentó hablar él, pero ella no se lo permitió.

—No quiero que me busques, y no quiero que te acerques a mi familia —ordenó—. Si vine fue solo por eso: de saber que estás merodeando...

—Por favor —la interrumpió Mariano con la voz muy calma. La notaba nerviosa y quería tranquilizarla.—. ¿Podemos hablar? —preguntó cuándo



se hizo silencio.

En su corazón, Helena sabía que no había ido a ver a Mariano solo por proteger a su familia, sino porque él era importante para ella y porque en el fondo, quizás todavía esperaba un milagro.

—No puedo, lo lamento—respondió refiriéndose al pecado de Mariano—. Lo intenté, pero no puedo soportarlo.

Mariano comprendió que de alguna manera, Helena había llegado a la verdad que él había intentado ocultarle. Tendría que haber

imaginado que el problema iba por ese lado y que en algún momento estallaría, ¿pero qué iba a decirle? Tenía razón de sentir miedo y odio hacia él, porque no merecía más que esos sentimientos.

—No quiero que sientas miedo —dijo en voz muy baja—. No me voy a acercar a tu familia nunca más —prometió—. Tampoco a vos. Yo jamás te lastimaría —juró, y no mentía. Antes de dañar a Helena prefería herirse a sí mismo, porque a ella solo deseaba cuidarla y

hacerla feliz. Él revivía cuando la veía sonreír, y si tenía que morir para que ella sonriese, así lo haría. Estar lejos de Helena sería como la muerte.

—Eso lo dicen todos —lo acusó ella, presa de sus propios fantasmas—. Josué también lo decía, pero ya ves, no solo se hizo daño a sí mismo, sino también a mi madre, a mi hermana, a mí, y a cualquiera que lo rodeaba —lloraba. Mariano no resistía verla llorar, y menos por su culpa.

—Está bien —aceptó con

voz serena, aunque por dentro se fuera rompiendo todavía más de lo que ya estaba. Después de todo, su destino era la soledad, y en ese momento se conformaba con secar las lágrimas de Helena aun en la distancia. Lo hubiera hecho con las manos, pero presentía que ella lo rechazaría, y él no tenía derecho a tocarla. Estaba sucio y no quería mancharla.

—También renuncio al hotel —lanzó Helena sin siquiera mirarlo. Mariano negó con la cabeza. No

podía permitir que eso sucediera, Helena necesitaba el trabajo y hasta pensaba ascenderla de igual manera. Era una recepcionista capaz y sería una brillante administrativa.

—No es necesario que hagas eso —replicó tratando de mantener la calma—. Todo es mi culpa y lo lamento. Te prometo que no me voy a acercar a vos, esto no tiene nada que ver con tu trabajo. Podes estar tranquila.

—No puedo seguir donde estés cerca —replicó ella.

Sonaba muy convencida, y Mariano no sabía cómo hacer para retenerla.

—Perdóname —dijo con sinceridad. Los ojos le escocían.

—¡No, no te perdono! —le gritó Helena, que había pasado a lucir furiosa. Mariano no luchaba por retenerla, se resignaba a perderla porque, lo sabía, él sentía que no merecía nada más que heridas.

—Me lo merezco —asumió Mariano.

—¡Me mentiste! —reclamó Helena sin saber

bien qué pretendía—. Y yo quise creer tu mentira, pero siempre supe lo que me ocultabas.

—Lo sé —confesó él cabizbajo. Helena había convivido con las drogas, ¿cómo no iba a saber lo que él hacía?

—¿Qué es lo que querés olvidar con la droga? —le preguntó entonces ella, dolida—. No lo entiendo, ¿por qué te haces daño con algo que te puede llegar a matar? ¿Por qué rechazaste los tratamientos que te ofrecieron? ¿Tanto te afecta

eso que tomas?

—Sería conveniente que te tranquilizaras —le sugirió él tratando de esquivar la insinuación. Se sentó en la cama sin mirarla.

—¡Lo que estás haciendo está mal! —reclamó Helena—. Querés vivir, ¿no? Cualquiera en tu situación lo querría, ¿por qué vos no? Sos el hombre más inteligente que vi en mi vida, por eso quiero saber por qué en esto sos tan estúpido —insistió ella—. Hablame de tu hermano.

«Te voy a hablar de una



porción de mi vida», le había dicho él la única vez que había hablado de Joaquín. «Quizás del único tiempo en que en realidad viví», había asegurado. Claro, porque sentía que estaba muerto desde hacía diecisiete años, y Helena ya lo sabía. Acababa de comprenderlo, y se le erizaba la piel de solo pensarse en lugar de Mariano, porque ella, aunque por otras razones, había vivido lo mismo.

Él se sintió descolocado por el pedido, imposibilitado

de dar una respuesta. El recuerdo dolía demasiado, siempre generaba el mismo efecto.

—Ya te conté todo lo que tenía para decir —se excusó.

—No lo creo —replicó ella enseguida—. Vos mismo lo dijiste, la gente a veces necesita que le mientan, pero yo no lo necesito más. No comprendo por qué elegís la muerte.

Mariano bajó la mirada. No podía seguir ocultando la verdad a Helena, ella no merecía más mentiras.

—Yo no valgo la pena —

dijo—. Viví una vida prestada diecisiete años, es justo que la devuelva.

—Estás más loco de lo que yo pensaba —discutió Helena negando con la cabeza—. ¿Quién sos vos para asegurar que viviste una vida prestada?

—Yo no merecía vivir —contestó él antes de alzar la cabeza y enfrentar la verdad que ella desconocía—. ¡Yo no era más que un idiota! Nunca busqué el amor de mis padres, nunca hice nada por nadie más que por mí mismo. Joaquín era tan

diferente... él era responsable, era bueno, era... el padre que yo no tenía.

Sí que Mariano buscaba el amor de sus padres, pensaba Helena, solo que no de la misma manera que su hermano. ¿Por qué no lo reconocía?

—¿Y eso qué? —lo increpó enternecida—. Las personas buenas mueren al igual que las malas, y tu hermano era bueno, pero vos también lo sos.

—Yo no soy bueno, nunca lo fui —trató de convencerla él. Al decir eso bajó la

cabeza.

—Para algo sirve todo lo que me hiciste leer: bajaste la mirada, sabes que estás mintiendo —Mariano alzó los ojos hacia ella muy rápido, casi como si pretendiera demostrarle que no mentía—. Vivís en el pasado, en la misma casa, con el mismo auto... como si tu vida se hubiera detenido hace diecisiete años —siguió diciendo ella, y con sus palabras provocó lo inesperado.

—Yo tendría que haber muerto, no Joaquín —

aseguró Mariano—. Mi vida no valía nada, en cambio él estaba destinado a hacer grandes cosas.

—¿¿Por qué?! —se desesperó Helena—. ¿Quién te crees que sos para decidir quién merece la vida y quién merece la muerte? ¿Dios, el destino? Para tu información no sos más que un adicto con tendencias suicidas que en lugar de apretar un gatillo se entrega a la muerte lenta y dulce de las drogas — vaciló, pero no se detuvo—. ¡No lo entiendo! —exclamó—. ¡No entiendo cómo

podes aparentar frialdad cuando se percibe que estás temblando de miedo! ¡Te empeñas en existir como un fantasma desde que tu hermano está muerto!

Mariano se puso de pie furioso, incapaz de tolerar la verdad que allí se desnudaba.

—¡No te di el derecho de entrometerte en mis elecciones! —vociferó. Al fin gritaba, al fin sentía—. La única regla de nuestro acuerdo es no enamorarnos.

—¡Pero te amo y quiero que vivas! —gritó Helena en

respuesta—. Veo la muerte en tus ojos y siento que yo también me muero.

El silencio que siguió a aquella confesión solo se vio opacado por el golpe que Mariano asestó al respaldo de la cama. Helena dio un respingo. Impresionada por el ruido seco de la madera al chocar con el puño del hombre, se puso de pie abatida. Él giró hacia ella.

—No quiero que me dejes —masculló tratando de serenarse. El alma de Helena se sacudió con la confesión de Mariano, pero no podía



tenderle la mano mientras él cavaba su propia tumba.

—Pero tengo que hacerlo —replicó ella procurando mostrarse segura—. Te dejo porque no voy a ser la sombra que sostenga tu mano cuando exhales el último suspiro pensando en que al otro día voy a pasar una linda tarde de compras con tu fortuna. Si alguna vez pensaste que era ese tipo de mujer, estabas muy equivocado. Ya ves, no siempre es tan útil ser un mentalista.

Ella giró sobre los talones

para encaminarse a la puerta.

—¡Helena! —le gritó Mariano—. ¡Helena, quédate conmigo!

Corrió detrás de ella. En su desesperación, la tomó del brazo para que no lo abandonara. Tenía los ojos húmedos.

—¡No quiero, no me toques! —gritó Helena removiéndose para soltarse. Si solo deseaba que él la tocara, ¿por qué lo rechazaba? Mariano intentó abrazarla, pero ella lo empujó hacia atrás. Él se alejó para que no se hiciera

daño.

—Estoy enfermo —  
reconoció cabizbajo.

El cuerpo de Helena se sacudió como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Nunca había visto miedo en los ojos de Mariano, pero no solo estaban llenos de ese sentimiento, sino además de angustia, soledad y depresión.

—Perdóname —lloró entonces ella—. No puedo quedarme al lado tuyo, no puedo soportar que seas como el hombre que me arruinó la vida.

—Yo no soy como él —  
replicó Mariano con  
seguridad estremecedora—.  
Antes de lastimarte,  
preferiría estar muerto.

Helena lo sabía, pero no  
podía reconocerlo.

—Tampoco puedo estar a  
tu lado por un acuerdo —  
siguió diciendo, entristecida  
—. Al principio creí que esta  
historia rara que teníamos  
me satisfacía, pero ahora sé  
que no. Tal vez sí merezco  
ser amada, y si no puedes  
darme eso, va a ser mejor  
que te busques a otra.

Con el alma hecha un

nudo, Helena se volvió y se alejó de él sin que nada pudiera retenerla. Mariano se quedó callado y quieto en medio del silencio. Solo oyó los pasos de Helena y el movimiento de la puerta del cuarto al abrirse, y descubrió que el dolor más agudo que sentía era perderla.

—Helena... —la llamó en un susurro.

—Renuncio a vos y al trabajo en el hotel, Mariano —le aseguró ella por si él pretendía detenerla—. Que lo pases bien con la muerte.

Mariano se dejó caer en la

cama como si su alma se hubiera apagado. De pronto reaccionó, tomó el teléfono de la cómoda y marcó un número.

—Pedro, Helena está bajando, llévala hasta su casa —pidió.

Después cortó y permaneció inmóvil allí, pensando en qué valía más la pena: seguir un camino de muerte para pagar una vieja deuda con su querido hermano, o ser el mismo egoísta de siempre y vivir para quedarse con su amada Helena. Porque él también la

amaba, y estaba más aterrado por eso que por la misma muerte.

—No puedo descubrir todo esto ahora... — murmuró para sí. Y se quedó en silencio.

HELENA se había ocultado en su cama, tal como cuando era niña. Cubierta por la sábana y el acolchado hasta la cabeza, soportaba el calor que tanto abrigo le hacía sentir solo para que nadie viera el estado en el que se encontraba.

Lloraba a mares, aferrada a la almohada. El motivo principal era lo mal que había actuado con Mariano. ¿Por qué lo condenaba? Él



no la había juzgado por su pasado, que *tan* difícil de aceptar era; por el contrario, la había ayudado a renacer. ¿Por qué no hacía lo mismo ella, ayudarlo a salir adelante?

Reconoció que, aunque pretendiera ignorar su infancia, al fin y al cabo Josué siempre reaparecía para convertirla en una niña de nuevo. Había dejado a Mariano solo por miedo de sus propios recuerdos en lugar de dar una oportunidad al futuro. Mariano le había demostrado que no era como

Josué, para ella era distinto de cualquier otro hombre, entonces, ¿por qué lo juzgaba?

Se dio cuenta de que, tal como había hecho después de que Josué intentara abusar de Lavinia y cuando intentó lo mismo con ella, estaba escapando del problema en lugar de afrontarlo. No podía seguir actuando de esa manera, tenía que aprender que la vida que estaba esperando no iría a buscarla, ella tenía que ir en su búsqueda. Y si sabía que Mariano la amaba

pero no quería reconocerlo, debía trabajar también para que eso se revirtiera.

Se sintió desolada. Mariano había hecho todo por ella, y los dos llevaban impresas las marcas de la vida, pero ante la de él, ella había huido. Había actuado mal con Mariano y además sentía que no podía seguir adelante si no era a su lado. Iría a verlo al día siguiente. No sabía cómo haría para volver con él y ayudarlo, pero lo conseguiría. Tenía que hacerlo renacer, como él había hecho con ella. De

otro modo no podrían estar juntos nunca.

—Hele... —escuchó la voz de su hermano.

—Perdóname, Cotito, ahora no puedo —le dijo procurando que su voz no sonara desfigurada por el llanto.

—¿Estás ocupada? —insistió el nene. Helena sofocó un espasmo.

—Sí —dijo finalmente—. Anda con mamá. —Te llama Lavinia por teléfono.

No tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera con su hermana. Sentía que su

mundo se había derrumbado: perdería a Mariano por culpa de sus temores y de lo poco que él se valoraba a sí mismo. Sin embargo, decidió ocultar todo eso a su familia. No quería confesar que estaba enamorada de un fantasma, ni decepcionar a su hermana y a Nick desperdiciando todo lo que habían hecho por ella.

—Hele... —insistió Héctor. Helena suspiró y se secó las mejillas con la sábana.

—Pásame el teléfono por acá —dijo sacando

solamente una mano. No quería que su hermano la viera llorar, ella jamás lo hacía. Héctor obedeció y Helena se llevó el aparato al oído—. Andate y cerra la puerta —ordenó antes de hablar a Lavinia. Héctor volvió a obedecer—. Hola.

—¡Hele! Necesito que me ayudes. ¿Estás bien? —dijo la voz del otro lado de la línea. Lavinia siempre sonaba feliz y merecía serlo, pero a ella, que estaba tan sensible, la voz de su hermana le trajo recuerdos y los recuerdos, más llanto.

—Estoy resfriada —  
mintió.

—Decime la verdad, ¿qué te pasa? —reclamó Lavinia, pero después recordó que ella nunca era la preferida de su hermana para desahogarse, y que lo único que le importaba era que lo hiciera, por eso le ofreció otra cosa—. ¿Querés que te pase con Nick?

—No, no hace falta —contestó Helena—. De verdad, estoy resfriada, no sé por qué supusiste que me tenía que pasar algo. ¿Para qué me llamabas?

Lavinia supo que su hermana mentía, pero pensó que con lo que tenía para decirle la ayudaría a salir de la tristeza que se le evidenciaba en la voz. Pensó que se trataba de otra pelea con Cristina o de Josué.

—Necesito que me ayudes. Estoy en el desfile, faltaron dos modelos y no encontramos reemplazante.

—¿Qué? —Helena ya se había dado cuenta de que Lavinia no estaba tranquila en casa porque gritaba para hablar y se oía un murmullo tremendo detrás de su voz,



pero jamás pensó que el llamado encerraría los fines que ahora imaginaba.

—Eso, que tenes que cubrir aunque sea el lugar de una —explicó Lavinia—. Te lo suplico.

—¡De ninguna manera! —en lugar de llorar, ahora Helena reía—. ¡Yo no quiero ser modelo! Me da vergüenza, no sirvo para pasar luciendo un vestidito y sonriendo como una idiota.

—Como una idiota no, como la chica preciosa que sos —defendió su hermana.

—Lo decís porque te

conviene.

—Por favor, estamos en el hotel, la gente ya está ubicada en sus lugares y a mí me faltan dos modelos. ¡Te lo pido! Yo nunca te pido nada.

Helena suspiró otra vez en ese rato, sin saber qué hacer. Era cierto, su hermana nunca le pedía nada, siempre la había ayudado sin esperar algo a cambio y negarse ahora que la necesitaba le parecía un acto innoble.

—Está bien —aceptó con resignación, pensando en la cantidad de maquillaje que

necesitaría para disimular el llanto—. ¿A dónde tengo que ir?

Arrojado sobre la cama, Mariano se estremeció. En su imaginación, sintió que Helena le acariciaba el cabello, después que sus manos cálidas y suaves se deslizaban por su espalda rumbo a la cadera. El jamás había sido acariciado de ese modo, como lo habría hecho una madre, como lo habría hecho una esposa. Y aunque temió porque la única regla del acuerdo ya se había roto, no tenía fuerzas para alejarse

de la fantasía. No quería que su relación con Helena se terminara.

De pronto se figuró que la veía llorar y que las lágrimas se derramaban sobre su hombro.

—No quiero que sufras — murmuraba entonces para ella—. Perdóname — agregaba agitado.

Sin decir más, Helena se pegaba a él y le rodeaba el cuello con los brazos. Lo apretaba contra su cuerpo como si intentara hacerse una con él y le besaba la mejilla.

—No me pidas perdón —  
le pedía, y lo abrazaba con  
más fuerza.

Mariano se sintió  
reconfortado con la  
contención que Helena le  
brindaba en su sueño, y se  
imaginó rodeándole la  
cintura con las manos.  
Luego que la apretaba más y  
se escondía entre su cuello y  
su hombro.

¿Pero por qué estaba ahí,  
tan solo conjeturando? ¿Por  
qué se empeñaba en vivir de  
fantasías si afuera lo  
esperaba la realidad?

Repasó mentalmente todo

lo que había sucedido hasta llegar al punto en el que se encontraba y descubrió que todavía podía reparar algunos daños. Tal vez jamás consiguiera librarse del pasado, pero tenía la opción de transformar el presente y no debía desperdiciarla. No se creía merecedor de nada bueno, pero cuando estaba con Helena se sentía bien, se sentía vivo, y por Dios que esa sensación era mucho más hermosa que cualquier otra que hubiera experimentado nunca. Se dio

cuenta de que al fin tenía un sueño, y de que él decidía si quería perseguirlo o no.

Toda elección implica resignación, y como no podía resignar a Helena, resignó fantasmas. Por eso, dos horas después de que Helena hubiera partido rumbo al desfile en un taxi que le había enviado Lavinia, el timbre sonó en el departamento.

Cristina descolgó el portero eléctrico y en cuanto vio que en la pantalla se reflejaba la imagen del «amigo» de su hija, le abrió

la puerta de calle. Mariano se encontró con que la madre de Helena lo esperaba en la puerta de su casa.

—Helena no está —le anunció—, pero imaginé que querría esperarla o que le diga dónde puede encontrarla.

—Preferiría que me dijera dónde puedo encontrarla —pidió Mariano sonriente. Cristina le devolvió la sonrisa. —Con gusto.

—Señor, no pude terminar el trabajo —murmuró el encapuchado entre las sombras del garaje de



Mariano Rizzi, con la voz convertida en susurros helados.

—¿Cómo que no pudiste terminar el trabajo? —le respondieron del otro lado de la línea.

—Salió inesperadamente y tuve que dejarlo por la mitad.

—¿Tendrá el mismo efecto?

—Puede que tarde un poco más, pero sí. El auto va a fallar.

Helena terminó de acomodarse el vestido que tenía que lucir en el desfile y

recogió la varilla que una asistente le había dejado. Imitaba una varita mágica. Ya la habían mantenido sentada delante de un inmenso espejo iluminado para maquillarla y arreglarle el cabello, que le caía lleno de bucles sobre la espalda y los hombros. ¡Qué pintura más exagerada en los ojos!, pensaba, después la gente se quejaba de las prostitutas. Le habían hecho con las sombras una colilla verde y azul que sobresalía la línea imaginaria del final de la ceja y hasta le habían

pegado pestañas postizas.

—¿Estás lista? —le preguntó Lavinia—. Mira que ya te toca a vos.

—Me siento una estúpida —se quejó Helena—. ¿A quién se le ocurrió hacer una línea de vestidos de fiesta inspirados en cuentos de hadas?

Lavinia rió.

—A Edgardo, a él le gustan esas fantasías, pero vos no te preocupes. Por lo menos no te tocó la Cenicienta, te tocó Campanita —le guiñó el ojo como si eso pudiera consolar

a su hermana, aunque sabía que no lo hacía. Se daba cuenta de que a Helena le pasaba algo y ya no aguantaba verla tan triste en silencio—. Decime qué te pasa —pidió. Helena se humedeció los labios, sacudida por la pregunta.

—Nada —contestó.

—Por favor, confía en mí —replicó Lavinia apoyando una mano sobre su brazo lleno de brillitos—. Estás triste y yo me doy cuenta. ¿Es por mamá? No te preocupes por eso, Nick y yo... —Helena sabía que no

podía seguir callada, por eso interrumpió a su hermana para confesarle algo.

—¿Te acordás de cuando hablábamos de los ángeles negros? —preguntó. Lavinia frunció el ceño confundida, pero asintió con la cabeza. Helena se tomó un instante para continuar—. Bueno... —susurró—. Nick no era el último.

Un grito anunció la siguiente pasada y el tiempo pareció acelerarse.

—¿Querés decir que...? —masculló Lavinia.

—¡Ya es la hora! —las

instó un organizador y tomó a Helena de la cintura para encaminarla a la zona anterior a la pasarela. Lavinia los siguió.

—¿Vas a estar bien? — preguntó a su hermana antes de que se le escabullera.

Helena alcanzó a ver la multitud tras los cortinados blancos que la separaban de la exposición pública. Percibió el calor de las luces, oyó el ruido de los murmullos, de las risas y de los flashes, y sintió que se desmayaba. Sin embargo, respondió:

—Sí. Quédate tranquila.

Lo hago por vos.

Los presentadores nombraron la colección que se avecinaba. *Love comes again* empezó a sonar a todo volumen y a Helena le pareció lo más estúpido del mundo, después de la purpurina con la que le habían bañado el cuerpo y la cara.

—¡Suerte! —le gritó Lavinia al tiempo que el organizador empujaba a Helena hacia adelante.

Quedó frente a la muchedumbre, revoleando

los ojos para uno y otro lado, sin saber bien qué hacer. Resopló como una nena yendo al colegio y avanzó sin demasiado entusiasmo. Muchos ojos se habían fijado en ella cuando bailaba en el caño y eso no le había dado vergüenza porque había estado actuando, pero ser modelo sintiéndose Helena... Ser modelo no estaba en sus planes, y quizás tampoco volver a ser Helena. Ese era un logro que le debía a Mariano, y su recuerdo volvió a opacarle la mirada.



El vestido era verde y le llegaba a los tobillos. Tenía detalles más oscuros que imitaban hojas de árboles, pero todo había que interpretarlo usando la imaginación. Menos mal que no la pusieron a desfilar con Peter Pan, porque no habría podido caminar por el ataque de risa. El pensamiento, al menos, logró arrancarle una sonrisa.

Llegó a la otra punta de la pasarela y de pronto recordó que tenía en la mano la varilla de utilería, así que la usó. Alzó la mano con ella y

sonrió con la otra en la cadera. Sin que siquiera ella pudiera creerlo, despertó aplausos.

—Pero qué vivos — murmuró al darse cuenta de que a la gente, en el contexto que fuese, la insinuación sensual la complacía.

Satisfecha con lo que había logrado sin demasiado esfuerzo, dio la espalda al público y algunos pasos de regreso al fondo. Con suerte todo eso acabaría en cinco, cuatro... llegó hasta cero y casi se arrojó detrás del escenario para no tener que

llegar a menos uno.

Al fin se liberaba de esa tortura. Arrojó la varita mágica sobre un mostrador y se encaminó con urgencia hacia donde pudiera deshacerse de los brillitos.

—¡Estuviste fantástica! — exclamó Lavinia rodeándole la cintura por la espalda. Apoyó la cabeza sobre su omóplato para abrazarla.

—No me digas que tengo que salir de nuevo porque te voy a exigir que me pagues —bromeó Helena.

—No, quédate tranquila — la serenó Lavinia, que ya se

había parado a su lado—, solo faltan los vestidos de novia y ya terminamos.

Se alejó cuando la llamaron para que diera el visto bueno a unos cambios de último momento. Entonces Helena se sentó de espaldas a un espejo y comenzó a quitarse la purpurina con algodón. No era fácil, la tenía tan adherida al cuerpo que si no se daba una ducha, dudaba de que desapareciera por completo. Todavía luchaba por librarse de ella cuando una fila de seis modelos con

sus vestidos blancos le pasó por delante de los ojos. Tuvo que encoger los pies para que no se la llevaran por delante.

Cinco minutos después, oyó los aplausos y vio que Lavinia acompañaba a su jefe hasta la salida a la pasarela. Iba leyéndole un papel, seguro parte del discurso que él tenía que dar. Javier la invitó a acompañarlo, pero Lavinia se negó. Entonces Helena se puso de pie y le dio un ligero empujón.

—Ahora te toca a vos —le

dijo vengativa, y a pesar de que Lavinia se puso roja como el decorado, acabó en la pasarela.

Diez minutos más tarde, volvió para obligar a Helena a acompañarla a un salón del hotel donde se realizaría un cóctel.

—No traje ropa para un cóctel —se excusó Helena, que todavía ni siquiera se había puesto el jean y la remera con los que había llegado al desfile.

—No hace falta, las modelos vienen con vestidos nuestros —la serenó Lavinia

— Dale, acompáñame.

Entró al salón con Helena, pero ni bien la vieron llegar, varias personas se le aproximaron para hablarle y tuvo que ocuparse de ellos. Con el transcurrir de los minutos, Helena acabó sentada en un rincón, buscando evadirse del ambiente con el pensamiento. Cuando quería era simpática y conversadora, pero esa noche no tenía ganas de fingir. Tal vez se debía a la vida que había llevado o a lo triste que se ponía cada vez

que pensaba en Mariano, pero prefería la soledad.

Estudió el ambiente con insatisfacción. Los murmullos eran ensordecedores y todo lucía tan frívolo e irreal que por un instante le pareció salido de un libro. El salón estaba decorado en tonos dorados, los manteles eran blancos con cubiertas amarillas y las sillas mantenían el color oro de las lámparas. Había centros de mesa con el logotipo de la marca de ropa y una pantalla gigante en la que se reproducían imágenes



del desfile. Alcanzó a verse en una de ellas y casi se murió de la vergüenza. Le hubiera gustado que se abriera un pozo en la tierra y se la tragase.

—¿Cómo me perdí de eso?

—oyó de pronto.

Giró la cabeza hacia la fuente del sonido que se superponía a las demás voces que poblaban el recinto y se quedó paralizada. Mariano estaba a su lado, de pie junto a la silla, y observaba la pantalla de brazos cruzados con una sonrisa.

—Sos tan hermosa —  
siguió diciendo.

Helena no pudo resistirlo. Se puso de pie de un salto y todo lo que pudo hacer fue abrazarlo.

—Perdóname —suplicó llorando—. Yo sé quién sos, y no quise decir eso que dije. Estamos juntos en esto. No estás solo, yo estoy con vos.

Mariano se quedó quieto, sorprendido por la magnitud de las emociones que experimentaba. Nunca pensó que la realidad sería mucho más especial que la fantasía, que no existiría punto de

comparación posible entre ambas. Sintió que las lágrimas de Helena se derramaban sobre su hombro y se acordó del sueño.

«No quiero que sufras», le decía él en lo que había imaginado, «perdóname». Pero no fue eso lo que dijo en la realidad.

—Voy a hacerlo —dejó escapar al tiempo que abrazaba a Helena por la cintura. La apretó contra su cuerpo para sentirla más cerca, para que fuera parte de él mismo.

—No entiendo —masculló

ella en medio del  
desconcierto.

—Que voy a tratarme —  
aclaró él sin vueltas—,  
porque soy un egoísta,  
siempre lo fui, y no quiero  
separarme de vos —dejó  
escapar el aire de adentro—.  
No quiero estar muerto —  
Helena pestañeó y trató de  
respirar, pero sus pulmones  
le negaban el aire—. Te amo  
—siguió confesando  
Mariano.

Helena tragó con fuerza,  
se sentía como en un sueño  
y quería que esa sensación  
durase para siempre.

Congelar ese momento y vivir en él eternamente.

—No quiero compartirme con nadie —siguió explicando Mariano—, al menos no en este momento. ¿Podemos irnos? —preguntó. Helena se apartó de él y lo miró encandilada.

—Me encantaría —aceptó. Y abandonaron del lugar.

Nick abrazó a Lavinia desde atrás. Le dio un beso en la mejilla y después le sacó la bandita elástica dorada que le sujetaba el cabello para ponérsela de nuevo de forma más prolija;

se había desaliñado de ir y venir organizando todo. Para eso comenzó a peinarla con los dedos. Mientras tanto, ella observaba boquiabierta el sitio del que su hermana acababa de desaparecer. No se había atrevido a acercarse porque presentía que no había peligro, solo estaba asombrada.

—Su ángel negro — susurró como hipnotizada.

—¿Qué? —le preguntó Nick sonriente.

—¿No viste eso? —interrogó entonces a su marido—. ¿Ese no era el

jefe de Helena, el hombre que estuvo conversando con nosotros en la fiesta del banco?

—Sí, era él —respondió Nick concentrado en lo que hacía.

—¿Al final Helena aceptó que se lo presentaras? Me volviste loca todo el camino de vuelta diciéndome que era el hombre justo para ella, que lo ibas a agregar a la lista de candidatos.

—No —masculló Nick. Lavinia rió incrédula.

—Dale, no me mientas —exigió. Nick se movió sin

soltarle el pelo y la miró a los ojos para que ella supiera con certeza que no le mentía.

—Yo no tuve nada que ver —le aseguró—. Te lo juro —tras decir eso, volvió a lo que hacía.

—¿Y cómo estás tan tranquilo con la sorpresa que nos acabamos de llevar? ¿Ya sabías que ella estaba saliendo con él? —se ofuscó Lavinia. Nick terminó de acomodarle el cabello y le apretó la espalda contra su pecho rodeándole la cintura.

—No lo sabía —dijo.



Luego le dio otro beso en la mejilla y apoyó el mentón en su hombro—. Pero me siento tranquilo porque en el fondo siempre supe que ese sería el elegido.

Un fotógrafo se les acercó y les pidió una toma. Nick abrazó más a Lavinia y le habló al oído con voz seductora.

—Menos mal que te peiné —bromeó y alzó los ojos hacia la cámara. Justo cuando el fotógrafo hizo la toma, Lavinia reía del chiste.

Helena y Mariano invadieron el Mercedes

presos del mismo fuego. Él le tomó el rostro entre las manos y ella hizo lo mismo con el del hombre, se miraron un momento y después se encontraron en un beso húmedo y rápido, sediento del otro. Él la miraba porque ella era su sueño, y se había convertido en realidad.

Helena deslizó las manos de las mejillas a la nuca de Mariano, él enredó los dedos en el largo cabello femenino. La había visto tan hermosa con la purpurina que le iluminaba la cara, tan

sensual envuelta en ese vestido de cuento de hadas, que la hubiera llevado al país de Nunca Jamás. Ella le leyó la mente, porque alzó la mirada y sonrió con aire involuntariamente infantil. El amor era como volver a nacer.

—Entré al hotel de la competencia por vos —le dijo Mariano y le besó la comisura de los labios—. Me merezco que seas buena conmigo, hadita.

El coche se puso en movimiento. Helena sabía que Pedro iba al volante y

que la ventanilla que los ponía en contacto estaba cerrada. Por eso se levantó del asiento y se estableció sobre Mariano.

—Voy a ser muy buena — le prometió.

Otro beso les arrebató las palabras; las lenguas se encontraron y los labios se estremecieron por las caricias. Los dedos de Mariano se deslizaron por toda la columna de Helena, que se abrazaba a su cuello mientras le rozaba el miembro ya listo para ella. Mariano deslizó las manos

hacia donde ella estaba sentada y luego los dedos por dentro del culotte que llevaba puesto hasta rozarle el clítoris. Helena gimió, también bajó una mano y atrapó el cierre de los pantalones de Mariano. Hurgó a ciegas hasta dejar su masculinidad al descubierto; viril, maravillosa.

La mano del hombre volvió a cambiar de sitio, esta vez subió hacia el cierre del vestido de Helena y lo desprendió. La tela cayó sobre su vientre y así se

avistaron los pechos. Se alejó para contemplarlos. Los pezones rosados y erguidos le pedían un roce de sus labios, y él se lo dio satisfecho.

Helena echó la cabeza atrás y tomó la de Mariano entre las manos. Lo condujo al otro pezón y con sus movimientos de cadera le exigió otro beso en esa zona que tanto bien le producía. Se humedeció los labios reseco, respiró la piel de Mariano y le lamió el cuello.

Mientras seguía acariciándolo con besos en

distintas partes del cuerpo, le desabotonó la camisa. El pectoral y el vientre masculino quedaron pronto al descubierto y ella también quiso admirarlos. Deslizó las manos por su pecho muy despacio y después volvió a besarlo en los labios.

Mariano la acercó tomándola de las nalgas. Después la mantuvo allí con una mano y devolvió la otra a la ropa interior que a ella le quedaba puesta. La corrió de sitio hasta alcanzar los pliegues vaginales y poder introducir un dedo entre

ellos, quería acariciarlos. La cosquilla suave y húmeda que él le produjo hizo jadear a Helena.

Ella se levantó y volvió a caer esperanzada en que el miembro de Mariano la invadiese, pero eso no sucedió. Él la ayudó a colocarse alzándola de nuevo y ayudándose para entrar en el sitio correcto cuando ella se dejase caer de nuevo. Percibir que poco a poco se internaba en la mujer le encendió la mirada. La piel de su cuerpo ardía y el fuego de sus ojos la



incendiaba.

—Te amo —le dijo él viendo cómo Helena se movía con su miembro adentro. Nunca había dicho eso a nadie, se sentía como respirar después de haber contenido el aire toda la vida. Ella le tomó el rostro entre las manos y se aproximó a sus labios.

—Te amo —contestó dentro de su boca. Tampoco había pronunciado jamás esas palabras y decirlas al mismo tiempo que las escuchaba la emocionaba casi al punto de las lágrimas.

El beso se concretó en el momento exacto en que en el interior de ambos estallaba el orgasmo. Procuraron no gritar y gracias al tránsito de la Capital y el ruido del motor del coche, los gemidos que huyeron de sus gargantas se apagaron.

Mariano le asentó el dedo pulgar sobre los labios, los acarició viéndola a los ojos, todavía dentro de ella.

—Toda otra cosa contraria a que te amo es mentira — juró—. Si lo dije, lo lamento. Te pido perdón por

todo el daño que te haya causado. No quiero que sientas miedo de mí nunca.

Helena lo abrazó todavía unida a él a través del sexo, pero también por algo que jamás pensó que podría ligarla a ningún hombre: el amor que sentía por él y el que él sentía por ella.

Poco después, acabó adormeciéndose en brazos de Mariano, cubierta por su saco y por la promesa de que tenían toda la vida por delante para estar juntos.

El enredó los dedos con los suyos. Los dos miraron

las manos, unidas como antes lo habían estado sus sexos.

—Sabes que amas a alguien cuando no te asusta el silencio —le dijo ella con la mirada profunda y una sonrisa calma—. Nunca pensé que este sería el modo en que acabaría mi vida —confesó con el corazón anudado. Mariano le alzó la cabeza tomándola de la barbilla y la miró a los ojos.

—Tu vida recién comienza —le aseguró antes de besarla—. Y si la mía tuviera que terminar, quiero

que sepas que no podría haber sido más feliz.

—No se va a terminar —le prometió Helena.

Un movimiento brusco sacudió el auto. Mariano se irguió enseguida y dejó a Helena sentada a la derecha. Abrió la ventanilla que lo comunicaba con Pedro. El coche se movía como si el chofer se hubiera desmayado.

—¡Pedro! —exclamó.

—¡Nos quedamos sin frenos! —le anunció el mayordomo tratando de controlar el auto.

Mariano se sintió inútil. De haber estado al volante, habría hecho todo cuanto estaba a su alcance para dominar el vehículo y que a Helena no le ocurriese nada, pero en esa posición lo único que podía hacer era confiar en Pedro y tratar de proteger a Helena con su vida. En una fracción de segundo le colocó el cinturón de seguridad y se interpuso entre ella y el asiento delantero.

Helena lo abrazó. Iba a exigirle que él también se colocara el cinto, pero todo

sucedió tan rápido que no hizo tiempo siquiera a pronunciar la primera palabra. Mariano no la escuchó porque desapareció de la realidad.

El ruido de las llantas contra el asfalto y el envión con que el auto giró para doblar una esquina dispararon recuerdos en su mente. Diecisiete años atrás ya lo había vivido.

Se acordó de todo de golpe: el grito ahogado de su madre, la desesperación de su padre por controlar el volante, la intención de su

hermano, que había sido protegerlo. Luego el vuelco. Los fierros se retorcían, las luces titilaban, las personas se tornaban frías. Después, todo había quedado en silencio. Solo un sonido monótono y débil interrumpía la noche: una gota que se oía una y otra vez. Una y otra vez... Afuera goteaban la lluvia y la gasolina, y adentro la sangre le iba cubriendo la cara. De nuevo, y otra, y otra más. Los ojos fijos, el cuerpo inmóvil.

—*Pendejo de mierda, de*



*esta te salvaste, pero de la próxima...*

—¡Mariano! —oyó la voz de Helena a lo lejos—. ¡Mariano!

Ella lo sacudía desesperada, tenía miedo de que hubiera entrado en *shock*. Él reaccionó. Alzó las manos, le tomó el rostro entre ellas y le apretó las mejillas.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Te lastimaste?

—No —respondió Helena temblorosa—. ¿Y vos estás bien? —le preguntó. Él la abrazó. No podía responder

esa pregunta.

Al ver que Mariano se encontraba bien, Pedro bajó del auto y trató de explicar lo ocurrido al dueño del vehículo que habían chocado.

Una vez en la casona, Mariano se ocupó de que Helena se acostara y se quedara dormida. Luego llamó a Cristina y le avisó que su hija pasaría la noche en su casa. Omitió contarle lo del choque para que no se preocupara; después de todo, gracias a las maniobras hábiles de Pedro, no había

pasado nada.

El día había sido largo, y todavía no acababa. Se encerró en el estudio y bebió un vaso de whisky. Necesitaba despejar la mente.

—Pedro —llamó por el intercomunicador—. Vení, por favor.

En pocos minutos, el hombre se halló frente a él.

—Cerra la puerta —le ordenó Mariano. Pedro obedeció—. Necesito que me cuentes todo lo que recuerdes acerca del accidente en el que Joaquín

nos dejó.

—Fue hace diecisiete años... —masculló el mayordomo, confundido.

—Lo sé, pero necesito saber algunos detalles. Por ejemplo, quién fue el primero en llegar a donde me internaron de urgencia.

—Fue en Entre Ríos, todavía no habían llegado a Buenos Aires —contó Pedro.

—Ya lo sé, pero ¿quién llegó primero? —insistió Mariano.

—A mí me avisaron y pronto emprendí el viaje,

pero el primero en llegar fue Fernando Álvarez, el mejor amigo de su padre.

Mariano asintió en silencio. No podía acusar a nadie por una frase que recordaba fuera de contexto, no sabía si la había oído apenas había sufrido el accidente, estando en coma o mientras despertaba. Tampoco podía aseverar que hubiera sido dicha, quizás solo era un producto de su imaginación. Se regía más por corazonadas que por recuerdos, y eso se sentía como caminar al borde de

una cornisa.

¿De quién era esa voz? De un hombre, estaba seguro, ¿pero de cuál?

ESA mañana, Cristina respondió al portero eléctrico pensando que Helena regresaba a casa sin llaves. Dado el modo en que le había contado Lavinia que había abandonado el desfile, volvería sin sus pertenencias porque su hermana se había quedado con su bolso, pero se llevó una sorpresa desagradable. Quien la visitaba era Josué.

Lo hizo pasar solo porque

tenía que poner fin a la situación de una buena vez. Decirle por teléfono que no iba a estar o que justo la llamaba cuando dormía eran excusas agotadas.

—Héctor, anda a tu cuarto y oigas lo que oigas, no salgas —ordenó. Presintiendo que su madre hablaba en serio, el niño no se resistió y obedeció la orden.

Por primera vez desde que Cristina conocía a ese hombre, al verlo a la cara sintió asco. El amor no se desterraba del corazón tan



rápido, pero sí las mentiras, y ella había estado engañada por él tantos años...

—Quiero que hablemos — le dijo encaminándolo a la cocina para que su hijo no los escuchara.

—¿Héctor? —preguntó Josué.

—No está —mintió Cristina.

—Estás muy linda — comentó él; la encontraba renovada. Se había dado cuenta desde que la había visto: Cristina se había teñido el pelo, estaba mejor vestida y ya no ocultaba lo

que había descuidado en otro tiempo porque había solucionado esos problemas.

Ella no respondió. Josué se quedó de pie delante del horno. Cristina se aferró a una silla para darse fuerzas y soportarlo dentro de su casa, en el mismo cuarto. Le miró las manos y pensó que con esos mismos dedos él había... No quería recordarlo por eso volvió a sus ojos oscuros y enfermos.

—No quiero que volvamos a vernos —dijo con entereza—. Y tampoco quiero que Héctor vuelva a verte.

Un hombre como Josué no era un buen ejemplo para su hijo, y aunque le doliera en el alma, tendría que alejarlos. Josué se mostró sorprendido, pero ella no lo dejó hacer preguntas. De todos modos iba a explicarse.

—Te lo he perdonado todo —tembló porque sin darse cuenta, lloraba—. Que seas alcohólico y drogadicto, que no trabajes, incluso que me hayas golpeado. Todo porque te amaba y también porque yo... yo no me quería. La verdad es que me

doy cuenta de que después de la muerte del papá de Lavinia, pensé que yo no merecía ser feliz otra vez, tener un hombre hermoso como él a mi lado, y busqué todas porquerías —comenzó a llorar convulsivamente. Le dolía el alma cada vez que recordaba a su amado Carlos —. Hoy pienso que eso no es así, porque algo me abrió los ojos y creo que se puede salir adelante. Mi hija Helena me demostró que se puede volver a sentir amor por una misma, y hay algo que no puedo perdonarte:

que hayas intentado abusar de mis hijas —tomó una honda inspiración e intentó serenarse—. Gracias a Dios no pudiste arruinarles la vida, o quizás en parte sí, pero ellas tienen algo que no tuve yo: la fuerza para renacer a tiempo, para no acarrear a otros el mismo destino de una cobarde, como hice yo con ellas y conmigo. Lo lamento, pero voy a llevar toda esta información a un juez y le voy a pedir que te prohíba acercarte a Héctor. Puedo darle un padre mejor, o me

quedaré sola con él, pero para disfrutar de mi vida, para volver a ser yo misma y no la sombra de nadie.

Se quedó callada, jamás pensó que Josué la dejaría hablar tanto, que acabaría expresando todo eso. Creyó que él le gritaría, o que alzaría la mano para golpearla como tantas veces había hecho, pero nada de eso ocurrió. La reacción de Josué fue imprevisible. Bajó la cabeza, se estudió los zapatos y asintió resignado.

—Venía a contarte que conseguí un trabajo y que

me está yendo muy bien en el grupo de ayuda para adictos —comentó en voz muy baja—. Una de las tareas que nos asignaron es que pidamos perdón a las personas que dañamos, y me parece que no podían habérmelo pedido en mejor momento. Tienes razón en todo lo que dijiste, y como muestra de que de verdad te quiero pedir disculpas, acepto lo que me pediste. Vamos a concertar un divorcio y Héctor me tendrá presente con el sueldo que le mande. Si puedo o no verlo,

que lo decida el juez.

Cristina suspiró con pena y alivio, pero no podía perdonarlo de nuevo. Aunque sus palabras y la sinceridad que emanaba de su voz le rompieran el corazón, sus hijos valían mucho más que nada. Y ahora pensaba que ella valía también. El descuido que antes tenía en su casa y en su estética no era más que una muestra de lo deshojado que tenía el interior, el que iría decorando poco a poco hasta que su alma volviera a brillar y a sonreír como



cuando una tarde en la escuela vespertina, el profesor Carlos Dickinson había entrado por la puerta del aula y le había arrancado una ensoñación.

Primero sintió una cosquilla en la mano. La movió dormida y suspiró. No supo cuánto tiempo después sintió lo mismo en la frente. Esa vez trató de apartar lo que la estaba despertando con un manotazo, pero se chocó con una descarga de sensaciones. Acababa de tocar la piel del antebrazo de Mariano, y eso

la hizo sonreír.

—¿Tenes hambre? —le preguntó él acariciándole la mejilla. Helena sonrió.

—Mucho —respondió entre sueños.

—Te preparé cosas ricas y te tengo una sorpresa.

Abrió los ojos entusiasmada. Se sentó en la cama y encontró que a su lado había una bandeja llena de lo que Mariano había predicho: una porción de torta, té, jugo de frutas y medialunas.

—¿Vos lo hiciste? —interrogó ella.

—Todo menos las medialunas —contestó él. Helena sonrió con alegría y bebió primero un largo sorbo de jugo.

—Me vas a malacostumbrar —advirtió. —Esa es la idea —respondió él acariciándole la mano. — ¿Y cuál es la sorpresa? — siguió preguntando ella. Mariano bajo la mirada.

—Llamé al doctor Fernández —contó. Luego volvió a mirarla para continuar—. Mañana veo a un especialista en adictos. Me niego a convertirme en

uno.

Helena se mordió el labio. Estaba emocionada.

—Gracias —fue lo que le nació decir. Mariano negó con la cabeza.

—Yo te lo agradezco —la corrigió.

Pensaba que de no haber sido por ella habría seguido pensando que su vida no valía la pena, pero ahora tenía que vivir más que nunca. Que no le faltara la vida porque primero tenía que proteger a Helena y después hacer justicia por la muerte de su hermano.

Quizás él no había sido el culpable de la muerte de Joaquín. No, no lo había sido, porque ese accidente estaba destinado a suceder volviendo de Piriápolis o en cualquier otra parte, y no había sido planeado por Dios.

Nunca se le hubiera ocurrido pensar que la muerte de sus padres y de su hermano podía no haber sido accidental. Sus accionistas y los demás familiares que le quedaban eran ambiciosos, pero no asesinos, o al menos eso había pensado hasta ese

día, porque sus padres no tenían enemigos políticos ni negocios oscuros que pudieran haberles ocasionado la muerte. Salvo que él no supiera que sus padres tenían una vida secreta, el asesino tenía que estar entre sus allegados.

—Helen... —volvió a dirigirse a Helena—. No quiero ocultarte nada. Hay algo que me tiene preocupado.

Ella sabía semblantear casi tan bien como él y ya se había dado cuenta de que algo estaba mal.

—¿Qué es? —preguntó.

Mariano no pensaba mentirle. Helena era tan o más fuerte que él y merecía saber la verdad.

—Pienso que lo que nos pasó anoche no fue un accidente.

A Helena la frase le dio escalofríos, pero no lo demostró. Mariano la necesitaba a su lado y allí estaría.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—No, pero quiero averiguarlo. En este momento Pedro está

revisando la cinta de seguridad del garaje. Resonaron varios golpes a la puerta.

—Señor —se oyó la voz de Pedro. Mariano se puso de pie y fue a su encuentro —. Tiene que ver esto.

Bajaron las escaleras y se internaron en el estudio sin cerrar la puerta. Helena se cubrió con una salida de cama y los siguió. Pedro accionó la computadora y en ella se reflejó el video del garaje. La puerta se había abierto, un hombre encapuchado había entrado,



y entonces lo que Mariano sospechaba se había hecho realidad: el Mercedes había sido saboteado.

—¡Lo sabía!—gritó al tiempo que golpeaba el escritorio con el puño—. ¡Esta vez fallaste y no te voy a dejar ganar!

Helena, que había presenciado la escena desde la puerta del estudio, pestañeó preguntándose por qué Mariano había dicho «esta vez». ¿Acaso en alguna oportunidad anterior ya habían intentado deshacerse de él? Por Dios,

no. ¿Qué haría sin Mariano?

—No entiendo por qué no sonaron las alarmas pero la cámara seguía funcionando —siguió hablando él a Pedro sin percatarse de que había testigos.

—Son circuitos separados —aclaró Pedro. Mariano continuó con un pedido.

—Quiero saber quién es ese hombre y, sobre todo, quién lo manda.

—¿Llamamos a la policía? —interrogó el mayordomo.

—No, todavía no —respondió Mariano alzando una mano. Pensaba a la

velocidad de la luz—. No quiero poner sobre aviso al que planificó todo esto. Primero vamos a tratar de encontrarlo, y después lo voy a hacer confesar.

Pedro asintió con la cabeza y se retiró esquivando a Helena. Ella entró al cuarto al tiempo que Mariano se dejaba caer sobre la silla, furioso y agotado. No había vuelto a consumir drogas ni lo haría jamás, por eso no sabía cuánto tiempo conservaría sus energías intactas o cuándo volvería a sufrir abstinencia. Resultaba

desesperante sentir que su cuerpo funcionaba como una batería que se agotaba y a la vez como una bomba de tiempo que podía estallar en cualquier momento.

Helena caminó hasta él, se sentó en el piso y apoyó una mano y la mejilla sobre sus rodillas. Mariano le acarició el cabello a la vez que dejaba escapar el aire de adentro.

No estaba solo, tenía a Helena. —Voy a llamar a mi mamá para que sepa que por unos cuantos días no voy a volver a casa —anunció ella

con voz calma. Estaba tan absorta en lo que les pasaba que no se lo creía—. Quiero quedarme con vos.

Mariano consideró que era una buena idea, porque además de sentirse acompañado, podría cuidar de Helena.

—No le digas en dónde estás —pidió, preocupado por su seguridad.

—No —aceptó ella—. Solo que estoy con vos y que se quede tranquila.

Helena se puso de pie y salió del estudio para llamar a su madre. Solo y en

silencio, Mariano comenzó a hurgar en su mente como en un rompecabezas al que le faltaban las mejores piezas. Necesitaba volver a la noche del accidente, por más que doliera. Tenía que recuperar los trozos de memoria que le faltaban.

«¡Qué vergüenza!», recordó que exclamaba su madre cuando él había abierto los ojos. «¡Yo quería la casa para mí este fin de semana!». Sí, eso estaba muy claro.

«Mamá...», le había respondido Joaquín. ¡Su

querido Joaquín, su hermano del alma! Cuánto hubiera dado por volver a oír su voz, sus retos, su risa. «No es para tanto».

«El yate no está, se lo presté a mi amiga para que pasee con el novio. Y esto da asco, llegué con mis amigos y pasé tanta vergüenza», había seguido su madre.

El yate no estaba, ¿quién se lo habría pedido? Su hermano había llegado a Piriápolis en avión. Si él había utilizado el barco, entonces su madre y su

padre se habían transportado desde Buenos Aires en el auto, pero no habían chocado en el trayecto de ida. Se habían accidentado a la vuelta y alguien se había asegurado de que no pudieran volver en otro transporte que no fuera en el coche pidiéndoles prestado el yate. Por lo tanto, si el vehículo había sido preparado para el accidente, como él sospechaba, lo habían hecho en Piriápolis. Y como el yate estaba en ese mismo lugar, quien lo había pedido prestado también



tenía que estar ahí para poder utilizarlo, o había llegado con sus padres.

En cuanto al diálogo, había un salto. Algo le faltaba.

«Nos vamos en el auto», seguía en su memoria, y eso lo había dicho su padre, pero sabía que faltaba algo. Su madre quería volver en el yate, ¿a quién le dejaría el auto para que se lo llevase a Buenos Aires?

En ese momento, Pedro volvió a entrar en el estudio.

—Pedro —habló Mariano—. ¿Sabes quién le había

pedido el yate prestado a mamá la noche del accidente?

En la vida de sus padres todo era tan confuso y desordenado que jamás se le había ocurrido pensar estratégicamente los pasos que habían dado la noche del accidente. Pedro, sin embargo, asintió con la cabeza porque era el que más recordaba.

—Fue Graciela, la madre de su prima Ana —aseguró. Y el recuerdo, como agua que brotaba de una cascada en pendiente, azotó a

Mariano.

—*Graciela me mata si se lo pido de vuelta. Fernando y ella... Y si el marido se entera... Bueno, olvídate — había dicho Maribel.*

—*Son amantes —repuso Joaquín—. No lo puedo creer, mamá, la esposa de tu hermano anda de amante con el mejor amigo de tu marido y vos les haces de cómplice prestándoles el yate para que se revuelquen.*

—*Nos vamos en el auto — determinó entonces Alberto para acabar con la conversación.*

—Quiero que te quedes con Helena —pidió Mariano a Pedro—. Yo voy a seguir mi intuición y mi memoria.

—¿Qué hiciste? —gritó Graciela a Fernando en el teléfono.

—Mamá, ¿qué pasa? —se entrometió Ana invadiendo la habitación donde su madre se ocultaba.

—Nada, salí del cuarto —ordenó la mujer. Ana obedeció con prisa y Graciela procuró hablar más bajo—. Habíamos quedado en que el marido de mi hija ocuparía el puesto —siguió

diciendo

al teléfono—. Me dijiste que Mariano pensaba incluir a alguien nuevo en el directorio, que Adrián podría ser su sucesor, y ahora me entero de que dejaste que uno de los Barrera pidiera la presidencia.

—El marido de tu hija no me sirve —replicó Fernando displicente—. Es un inútil.

Graciela se sintió dolida y defraudada. Se alegró de no haberle contado nada del encuentro que su hija había mantenido con Mariano.

—Pero viene dirigiendo la sucursal de Punta del Este desde hace años, le va muy bien, es un buen hombre — intentó excusarse—.  
Quedamos en que...

—Ya te dije que no —la interrumpió Fernando sin condescendencia.

¿Qué le importaba si Adrián era o no era un buen tipo? A él le interesaba que Ezequiel ocupara la presidencia, y si le había prometido otra cosa a Graciela era solo por si la necesitaba para algo, como hacía diecisiete años. Nada

más que eso. Graciela ni siquiera sabía que él la había utilizado para deshacerse de sus familiares antes, ni que la usaba para deshacerse de Mariano ahora.

Oyó el *bip* del llamado en espera.

—Me está entrando un llamado —anunció Fernando—. Tengo que cortar —presionó el botón sin decir adiós y atendió el otro llamado—. Hola.

—Buenos días, señor Álvarez, el señor Rizzi convoca a una reunión urgente en su oficina.

No agradeció a la secretaria que le transmitió la información y cortó el teléfono. A ver qué quería ahora ese desgraciado que no se había muerto junto con el estúpido de su mayordomo y su novia a la noche. ¡Eso sí que era esquivar la muerte! Qué lástima que la buena fortuna le fuera a durar tan poco. Desde que había comprobado en la fiesta del joyero que Mariano estaba sin dudas enamorado de su socia, pensaba deshacerse de él antes de que se casara y



dejara herederos.

Mariano leyó por segunda vez el informe confidencial que había obtenido de la historia de su propia empresa, cada vez más convencido de lo que sospechaba. No se había preocupado por saber antes los secretos que se ocultaban porque nunca pensó que fuera necesario, en realidad nunca pensó en nada más allá de su presente y su propio pasado.

Por ejemplo, aunque siempre supo que Francisco Álvarez, el padre de

Fernando, había fundado los hoteles junto con su abuelo, no se le ocurrió indagar por qué de pronto el padre de Fernando había desaparecido de la sociedad. A simple vista parecía que se había interesado por otros negocios y por eso cedió la presidencia, pero en realidad, posiblemente se hubiera ido porque había surgido alguna discordia entre él y su abuelo. Fernando y Alberto, su padre, habían sido amigos desde niños, y la discrepancia que surgió

entre los viejos, al parecer no opacó su cariño. O tal vez sí, estaba dispuesto a averiguarlo.

Guardó los documentos cuando resonaron tres golpes a la puerta.

—Adelante —dijo con voz fría. La secretaria abrió y dejó pasar a Fernando. Después cerró la puerta tras él.

El hombre miró hacia todas partes, se lo notaba descolocado.

—Yo no veo una reunión de negocios —planteó a Mariano, quien le sonrió en

gesto de paz. Por dentro, era un volcán en erupción.

—Es una reunión privada —contestó Mariano. Caminó hasta la ventana antes de seguir hablando. Fernando lo observaba quieto—. Estuve viendo unos documentos secretos y haciendo ciertas reflexiones. Tu padre fundó la cadena de hoteles junto con mi abuelo, y en sus orígenes, figuraron como Álvarez-Rizzi. De pronto tu padre se fue y no entiendo por qué no se llevó nada. Eso dicen estos documentos —señaló el

escritorio y luego volvió a mirar por la ventana. Una paloma alzaba el vuelo—. Me cuesta admitirlo, pero a mí me parece que mi abuelo estafó a tu padre —giró hacia Fernando con las manos en los bolsillos del pantalón. No era lo mismo estudiar su expresión a través de un vidrio que viéndolo a los ojos—. ¿Vos qué pensás?

Mariano supo que Fernando se había sorprendido por la actitud que había tomado, pero jamás lo admitiría.

—No entiendo por qué traes todo esto a cuento ahora —respondió Fernando fingiéndose desentendido.

—Porque me parece que si te debemos algo, sería justo que te paguemos —contestó Mariano—. Te ofrezco la presidencia de la empresa, yo me retiro.

Mientras que él apretaba los dientes, Fernando lució perdido.

—Yo no la quiero, dásela a Ezequiel Barrera —replicó apresurado.

—¿Por qué? —frunció el ceño Mariano—. Si es a vos

a quien le debemos la estafa que mi abuelo llevó en contra de tu padre, ¿por qué no puedes presidir los hoteles sin intermediarios?

Fernando no entendía nada, jamás pensó que Mariano le diría algo como eso. Entonces Mariano lo supo, ya no le cabían dudas: todos los gestos de Fernando le confirmaban lo que más temía. Sus ojos lo delataban, su postura lo consumía. Y entonces lanzó su estocada.

—De hecho me parece que hubiera sido más fácil que me contaras todo esto y me

pidieras el resarcimiento que merecías antes que quitarme todo lo que tenía —el respingo de Fernando fue imperceptible, pero Mariano lo notó al instante—. La verdad es que mis padres valían tan poco como yo, pero Joaquín... él sí valía la pena, y vos lo mataste. ¿Por qué?

—Estás demente —dejó escapar Fernando antes de darse la vuelta—. Las fiestitas esas a las que todo el mundo sabe que vas te dejaron mal de la cabeza —pretendía irse.



—¿Por qué me dejaste vivir todos estos años? — insistió Mariano sin tregua —. Hubiera sido fácil devolver los hoteles a las manos que pertenecían sin matar a nadie.

—No voy a seguir escuchando esto.

—Ahora tengo pruebas de que intentaste matarme de nuevo y me daría mucha pena verte preso pudiendo arreglar las cosas conmigo de otro modo.

Fernando tenía una mano en el pomo de la puerta, pero se volvió como una saeta

tras oír la acusación.

—¿Te das cuenta de que estás desvariando? —interrogó. Mariano sonreía. Fernando sonaba muy convincente, pero se había vuelto, señal de que se había preocupado y quería saber cuáles eran esas pruebas.

—Arreglemos las cosas de otra manera —le sugirió Mariano. —Yo no quiero la presidencia.

—No, ya sé, acabas de decirme que se la dé a Ezequiel, como pidió. Lo que me pregunto es por qué vos querés dársela.

Fernando asentó los puños sobre la mesa. Todo lo que se hallaba sobre el escritorio tembló con su golpe.

—¡Decime por qué me estás provocando! —gritó enfurecido. Mariano sonreía conteniendo la furia.

—Porque mataste a mi hermano —sentenció entrecerrando los ojos—. Ya sabemos quién fue el que saboteó mi auto anoche y él cantó tu nombre como el que le pagó para que hiciera el trabajo. Todavía me parece escuchar tu voz cuando supiste que me salvé del

primer accidente: «Pendejo de mierda, de esta te salvaste, pero de la próxima». Sé que lo dijiste vos, y por eso la policía ya está buscando en las cintas de seguridad del archivo de la clínica. El que no se va a salvar, esta vez, sos vos.

La culpa oscureció los ojos de Fernando. Tres corazones ausentes latían bajo el piso de la oficina y el sonido se replicaba en su interior

—¡Vos me facilitaste las cosas! —rugió como un animal enjaulado—. Eran una familia tan disfuncional

que nunca estaban juntos, no había oportunidad de sacarme a todos de encima con algo creíble y barato. Tu abuelo fue un estafador que pateó a mi padre en el culo y le regaló el imperio que tanto les había costado conseguir a un estúpido como tu padre, que no hizo más que llevarlo a la ruina. Se la pasaba festejando con tu madre, los políticos de turno y un par de artistas de moda. ¡En esas manos había caído mi herencia hotelera! Hasta que lo saqué del medio, al fin un Álvarez iba

a cuidar todo esto como corresponde. Pero no, el hijo pródigo quedó vivo y me arruinó los planes.

Mariano asintió en silencio. Su hermano había sido asesinado por el hombre que tenía delante de los ojos y él no se le arrojaba encima solo porque debía respetar otros planes, solo porque no quería ser como él. Pero lo hubiera matado.

—Duré sentado en la presidencia lo que un suspiro —continuó Fernando—. Y claro, ahí estaba Marianito Rizzi para

ser el nene de oro que se venía a ocupar de todo con veintiún pelotudos años. ¡Un pendejo de veintiuno le sacaba el lugar a un heredero de cuarenta! Entonces esperé, pensé que quizás la herencia no podía ser para mí, pero sí para Ezequiel, mi hijo. Sí, yo fui amante de su madre, como lo fui de tu tía Graciela y de tantas otras putas del directorio — agregó casi con orgullo—. Poniéndolo a Ezequiel al frente, ¿quién iba a sospechar de mí? Cuando lo investigaran, él estaría

limpio, y todos saldríamos ganando. Y sí, no es un Barrera, es un Álvarez, por eso estando él al mando, la herencia se me devolvería como siempre debió haber sido. Te dejé cuidársela, no hiciste mal las cosas, la empresa creció como nunca la había hecho crecer tu padre. Hasta que se te ocurrió la locura de regalársela a una completa desconocida, a una recepcionista que encima había sido prostituta. Lo sospeché desde que una noche los vi en la estancia,



vos nunca ibas ahí pero decidiste llevarla a ella, y lo comprobé cuando los encontré en la fiesta del joyero. Hasta las mujeres del club sabían que te ibas a casar con ella. ¡No podía permitirlo! ¡Una extraña en lo que era mío! ¡Te habías vuelto loco!

Mariano se había trasladado hasta quedar junto al escritorio, desde donde lo miraba en perfecto silencio. Decidió hablar solo cuando Fernando, desencajado como estaba, se quedó callado.

—Hay algo que aprendí en este último tiempo y es que yo no soy Dios y no tengo el poder de decidir quién vive y quién merece morir — confesó con la voz serena y el corazón limpio—. Pero vos tampoco lo sos, por eso lo que hiciste con mi familia hace diecisiete años y lo que trataste de hacer conmigo anoche es un acto de soberbia y de crueldad. Es una estafa, de modo que tu padre está en el cielo y vos vas a estar en el infierno, y ahí yo te voy a torturar, porque a los dos nos espera

el mismo destino.

Estiró la mano hacia el borde del escritorio e hizo sonar una alarma que solo se oía en la zona de seguridad del edificio. Los que allí recibían la señal dieron la orden a los que esperaban del otro lado de la puerta de la oficina a través de una radio, y en menos de cinco segundos, el lugar estuvo invadido de policías.

Fernando miró desorientado hacia todas partes. Mariano se volvió de espaldas a la escena, observó el cuadro de su abuelo que

presidía el recinto, e indicó con voz firme:

—Además de en la memoria de los testigos de la policía ocultos en el baño, toda la confesión está grabada en las cintas de seguridad y en las cámaras. Sean responsables con ellas.

Hasta que la oficina se desalojó, el tiempo se le hizo eterno. Cuando todo quedó en silencio, se sentó frente el escritorio y sonrió con los ojos húmedos. Un instante después, tomó el teléfono y llamó a su casa.

—Pedro, el encuentro salió

como esperábamos. Pásame urgente con Helena —tras una breve espera, ella respondió el llamado—. Todo está bien, no veo la hora de volver a vos — confesó. Helena jamás lo sabría, pero por la mejilla de Mariano se deslizó una lágrima—. Te amo.

Abandonó la oficina con un aire distinto. A pesar de lo que acababa de suceder, se sentía renovado. Su secretaria lo vio pasar y se preguntó si ese era el mismo Mariano que conocía desde hacía siete años, cuando

había empezado a trabajar para él. Sin dudas no, porque parecía otro hombre. Se preguntó dónde habría quedado el aura triste que siempre lo rodeaba, y por qué sonreía. No podía preguntárselo.

Mariano subió a su Porsche y salió del estacionamiento del edificio rumbo a la mansión. Encendió el estéreo, *Enjoy the silence* comenzó a sonar, y él subió el volumen. Sonrió otra vez. No veía la hora de llegar a casa, estrechar a Helena entre los

brazos y decirle cuánto la había extrañado. La vería correr hacia él, sentiría su respiración sobre su cuello, y él le tomaría la cintura. La alzaría en el aire y le diría que a partir de esa noche, comenzaban una nueva vida llena de sueños. Iniciaría su recuperación y al fin se libraría de los fantasmas que lo habían acosado durante años.

Quería llevar a Helena de viaje, quería hacerle el amor, algún día quería tener hijos con ella. Por primera vez pensó que iban a ser felices.

No supo del todo qué pasó ni cómo. Detenido en el semáforo, solo alcanzó a ver un automóvil negro de vidrios polarizados que se pegó tanto al suyo que casi lo chocó. Supo lo que ocurría al instante, y en busca de evitarlo, aceleró y giró el volante. Fue todo tan rápido que de pronto oyó ruido a vidrios y un ardor desconocido le invadió el cuerpo sin que supiera precisar dónde.

Cuando bajó la mirada, un rastro de sangre le cubría la camisa blanca.



No supo cuánto tiempo pasó hasta que abrió los ojos de nuevo. Veía árboles y el cielo oscuro. Le parecía que las cosas se movían. Resultaba imposible precisar si acaso tenía cuerpo, sentía que flotaba. Lo estaban trasladando.

«*Soltame la mano, Joco*», imaginaba. «*No me lleves todavía*».

Por primera vez en tantos años, Joaquín sonrió. Y fue más real que nunca.

«*Este es tu renacimiento*», le dijo. Y después todo quedó en silencio.

—SEÑORITA HELENA —  
le habló Pedro en el living.  
Acababa de atender la puerta  
—. No se asuste, pero el  
señor Mariano está en el  
hospital.

—¿Por qué? —preguntó  
Helena poniéndose de pie de  
un salto. No sabía qué  
pensar, el miedo le congeló  
la sangre.

—Alguien atentó contra su  
vida. Le dispararon.

Mientras Mariano se

entrevistaba con Fernando, Pedro se había quedado con Helena, por lo cual para enterarse de lo ocurrido tuvo que hablar con la secretaria a la vez que conducía al hospital. Tras cortar el llamado, explicó a Helena todo lo que había pasado y que si bien Fernando ya estaba en manos de la policía, sin dudas tenía encargado el asesinato desde antes. Él era el único sospechoso, además de Ezequiel Barrera, que era su cómplice.

En el hospital, no les

permitieron ver a Mariano, pero al menos se enteraron de que la bala había entrado por el hombro y había salido por la espalda. Helena se dejó caer en el asiento de la sala de espera, vencida por el agotamiento que le había producido el miedo. No le había rezado a nada ni a nadie en la vida, pero en ese momento se sentía capaz de lo que fuera con tal de que Mariano sanase.

Pedro le dijo que iba por un café y volvió a los cinco minutos con las manos vacías. Helena lo miró, y por

un instante sintió tanto miedo que le temblaron las piernas. Pedro lo notó y por eso rompió rápido el silencio.

—Le están suturando la herida —anunció.

Helena suspiró, se sentía angustiada. Entendía que la herida no había sido grave, pero en su corazón algo la dejaba intranquila. Temía que Mariano, al notar que le dispararían, hubiera buscado la muerte. ¿Y si él se había sentido aliviado de morir? ¿Y si había aceptado con resignación la bala para

pagar por la vida de su hermano? Esperaba que al saber que el accidente donde había muerto su familia no había sido su culpa, Mariano hubiera recapacitado, pero no lo sabría hasta hablar con él.

Una hora después, les anunciaron que podían entrar a verlo. Helena casi se arrojó sobre la puerta de la habitación y después sobre la camilla, pero al llegar junto a Mariano y ver que tenía vendado el hombro, temió hacerle daño y se quedó de pie junto a él, sin

hacer nada.

Mariano percibió su reacción y le sonrió con alivio.

—Hola, Helen —la saludó—. Estás muy linda. ¿No me das un beso?

Claro que le daba un beso, miles de besos. Pero había sentido tanto miedo durante todo ese tiempo que no le restaron fuerzas para hacer otra cosa que no fuera dejarse caer en la silla, esconder el rostro en el costado de Mariano y echarse a llorar.

—¡Hey! —le llamó la

atención él acariciándole el  
cabello con la mano que  
podía utilizar—. No llores,  
no pasa nada. Por favor...  
¿Vos estás bien? —como  
Helena no se movía, él  
insistió—. Helena, mírame.

Helena alzó la cabeza con  
timidez; nunca le había  
gustado que la vieran llorar.  
Tenía los ojos irritados, las  
mejillas húmedas, y le  
temblaban los labios.

—¿Leíste *La muerte en  
Venecia*'7d —le preguntó  
él. Helena ahogó una  
exclamación. ¿A qué venía  
semejante insignificancia en



un momento como ese? Apenas pudo negar con la cabeza. Mariano volvió a sonreír—. Esto se le parece bastante: la vida pretende acabarse cuando alcanzaste la perfección, la gloria terrenal.

—No digas eso —suplicó ella cabizbaja.

—Nunca me dejas terminar de hablar —se quejó Mariano—. Te iba a decir que la muerte puede embellecerse todo lo que quiera, pero yo siempre fui un rebelde, así que nunca voy a dejar que nos separe.

A pesar de que quería gritar y llorar de angustia, Helena acabó dejando escapar una sonrisa.

—Es imposible que jamás nos separe —lamentó—. Me conformo si me decís que intentaste que no nos separase ahora. Contame qué sentiste cuando notaste que te disparaban, decime qué hiciste.

Mariano esbozó una sonrisa que Helena juzgó distinta de todas las que le había visto antes. Parecía en paz, y hasta divertido.

—Primero te voy a decir

que vos me enseñaste que yo no tengo el poder de disponer quién vive y quién muere —le respondió Mariano, sereno como nunca antes—. Y además, estuve pensando mucho, y creo que tampoco fuimos tan malos. Los pecados a veces se describen de manera general, sin tener en cuenta que todo depende del interior del pecador. Se describen de manera superficial y prejuiciosa. Es tarde para que cambiemos, somos dos almas oscuras, pero eso me hace feliz. Te lo

escribí una vez: la felicidad está en nosotros mismos, entonces debemos encontrarla en esto que somos. ¿A vos no te hace feliz ser como sos?

Helena sonreía viéndose y acariciándose las muñecas. Quería que Mariano se recuperase para que se las rodeara con los dedos y le diera sus caricias.

—Si estoy con vos, me hace muy feliz, porque todo lo que viví, todo lo que pasé, fue el camino necesario para encontrarnos. Entonces valió la pena —respondió. En su

voz temblaba un deseo y en sus ojos vibraba el amor.

—Y a mí me hace feliz si estoy con vos —respondió Mariano con la misma mirada que Helena tenía—. Por otra parte, creo que sí anhelaba el cariño de mis padres después de todo, ¿qué niño no lo hace? —siguió resumiendo él todos los pensamientos que había tenido mientras había estado solo—. Pero era orgulloso y no quería suplicar, entonces me convertí en un rebelde, y así reclamaba su atención. Veía que Joaquín suplicaba

con sus actitudes y que una y otra vez era rechazado, por eso me preguntaba para qué intentar. Ya no me importa. Creo que me acostumbré a que vos me des ese tipo de cariño, y quiero responder. Quiero vivir para amarte.

En ese punto, Helena alzó la cabeza y lo miró entre sorprendida y temerosa.

—Vos obraste ese milagro en mí —siguió diciendo Mariano muy calmo—. Yo apenas estaba destinado a ser alguien que existió en el pasado, alguien que nadie recordaría y que aparecería

en alguna foto vieja de aquí a muchos años sin que a una sola persona le importase saber qué fue de mí. En cambio ahora sé que no hay mayor vida que quedarme adentro tuyo, física y espiritualmente. ¿Qué somos, mi Helena? Solo dos almas oscuras que se complementan. No odies tu pasado, él nos hace ser quienes somos —acabó diciendo, y tras un instante de silencio agregó—: Me haces muy feliz y te amo, por eso cuando presentí que me iban a disparar, sentí

rabia. Pretendían alejarme de vos, y yo no lo iba a permitir. Así que intenté huir. No me salió muy bien —reflexionó mirando su hombro vendado y encogiendo el que tenía sano —, pero podría haber sido peor.

Helena estalló en risas.

...

*Una semana después*



En la penumbra del cuarto, con el cajón de la mesa de luz abierto y el teléfono a un lado, Nick se preguntaba qué hacer. Observaba la tarjeta con el número de Octavio y en su mente se agolpaban el pasado, el presente y el futuro. ¿Qué tenía más peso? ¿Qué era más importante? Sin dudas el presente y el futuro, porque en ellos era o se proyectaba tan feliz, tan extasiado, que el pasado carecía de relevancia.

Tomó el teléfono y marcó los números despacio, no se sentía tan seguro como habría deseado. Escuchó el tono de llamada hasta que del otro lado descolgaron el auricular y resonó la voz de Octavio.

—Sí —dijo el hombre. Atendió él: le había dado su número directo y no el de una secretaria.

—Octavio, habla Nick.

El silencio del otro lado de la línea presagiaba duda y desconcierto. Quizás también un poco de temor, pero Nick prefirió no

detenerse a analizar esas emociones que le llegaban aún desde un teléfono.

—¿Hubo algún problema con el contrato? —interrogó Octavio. No cabía en su asombro: sabía que de ser ese el inconveniente, no sería Nick quien lo hubiese llamado, sino un abogado, a lo sumo un contador, pero hacía la pregunta por pura incredulidad de que su hijo lo estuviera llamando.

—Quería contarte que voy a ser papá —soltó Nick de pronto con voz serena. El silencio del otro lado volvió

a ser abrumador. Esperaba que Octavio soltara una risa de burla, quizás un sonido de «a mí qué me importa», pero eso no ocurrió. Entonces quien se quedó en silencio fue él.

—Ya me había llegado esa información —comentó Octavio sin demasiado entusiasmo, nunca lo demostraba—. Estoy muy contento por eso.

¿«Contento»? Aunque la frase había sonado inexpresiva, como era Octavio, el corazón de Nick se aceleró. Al menos había

dicho algo mejor de lo que él esperaba, y eso para un hombre como su padre era todo un logro.

—La verdad es que se siente como un milagro —respondió—. En algo así pensaba y me preguntaba qué sentiré cuando mi hijo me llame «papá» por primera vez. Mirarlo a los ojos, oír su voz...

—Es algo muy lindo —contó el hombre.

Nick se quedó atónito. Para lo frío y poco comunicativo que siempre había sido Octavio, que le

dijera que estaba muy contento y que algo era muy lindo, parecía una fantasía. Sus ojos trataban de focalizar un punto porque en la penumbra nada se veía. Todo se cerraba y la luz no se distinguía. Había que dejarla entrar.

—¿Te acordás de la primera vez que te llamé «papá»? —interrogó todavía sorprendido. Era una prueba, era un anhelo. Hubo un breve instante de silencio y luego resonó la voz.

—Sí, me acuerdo —replicó Octavio muy seguro

de lo que decía.

Se hizo silencio. Octavio siempre hacía eso, respondía con dos palabras y el resto lo guardaba adentro, como si pensara que la información que otorgaba pudiera utilizarse en su contra o como si no supiera expresarla. Quizás era eso, que no sabía cómo decirla. Y Nick reconoció que alguna vez también le había pasado lo mismo. Comprendió a Octavio, y con la comprensión pudo aceptar que en algo, quizás, se parecían, y que eso no era

tan malo.

—¿Me lo contás? —pidió Nick. Era un hecho que su madre nunca le había relatado y ahora ella ya no estaba para resumírselo.

Octavio no entendía cómo funcionaba la mente de su hijo, no sabía por qué le preguntaba eso, pero en lugar de tratar de interpretarlo, dejó de mirar los papeles que revisaba sobre su escritorio y tan solo dio una respuesta sincera. Se dedicó a él de manera exclusiva.

—Sí, bueno. Era de tarde y



estabas sentado en las rodillas de tu madre. Yo tomaba mate, había vuelto del trabajo. Entonces me señalaste, sonreíste y dijiste «papá». No me olvido, no.

Nick cerró los ojos, los apretó muy fuerte, y agradeció el milagro que tanto tiempo había esperado. Se repuso con voluntad de los accesos de sentimientos que lo aquejaban y siguió hablando. Pensaba acercarse a Octavio, pero no se entregaría. Debía resguardar su interior para su familia.

—El sábado vamos a

festejar... —no festejaban nada, pero tampoco quería hacer una invitación directa — vamos a festejar algo, y si querés podés venir a cenar con... Elizabeth.

Otro instante de silencio.

—Bueno —respondió Octavio—. Vamos a ir, claro. —Bien. Ya tenes la dirección de mi casa. Nos vemos. —Hasta el sábado.

Lavinia llegó tarde. Entró al departamento, encendió la luz del living, y ni bien se dio la vuelta para avanzar, se encontró con Nick. Estaba cruzado de brazos, con el

hombro apoyado en la abertura que conducía a las habitaciones.

—Esperaba que me llamaras para irte a buscar —le dijo él. Ella se encogió de hombros.

—No hacía falta, me tomé un taxi —respondió. Casi al mismo tiempo inclinó la cabeza hacia un costado para estudiar mejor a su marido. Algo tenía para contar—. ¿Estás bien?

Nick sonrió; sabía que Lavinia lo conocía mejor que nadie. Mientras ella se le acercaba, respiró

profundo antes de hablar.

—Todo esto que pasó con Helena y ese hombre me hizo pensar —hablaba con pausa, Lavinia lo escuchaba atenta y quieta delante de él—. La vida es muy corta. Suena a frase hecha, pero lo es.

—¿Me lo contás? —pidió Nick. Era un hecho que su madre nunca le había relatado y ahora ella ya no estaba para resumírselo.

Octavio no entendía cómo funcionaba la mente de su hijo, no sabía por qué le preguntaba eso, pero en

lugar de tratar de interpretarlo, dejó de mirar los papeles que revisaba sobre su escritorio y tan solo dio una respuesta sincera. Se dedicó a él de manera exclusiva.

—Sí, bueno. Era de tarde y estabas sentado en las rodillas de tu madre. Yo tomaba mate, había vuelto del trabajo. Entonces me señalaste, sonreíste y dijiste «papá». No me olvido, no.

Nick cerró los ojos, los apretó muy fuerte, y agradeció el milagro que tanto tiempo había esperado.

Se repuso con voluntad de los accesos de sentimientos que lo aquejaban y siguió hablando. Pensaba acercarse a Octavio, pero no se entregaría. Debía resguardar su interior para su familia.

—El sábado vamos a festejar... —no festejaban nada, pero tampoco quería hacer una invitación directa — vamos a festejar algo, y si querés podés venir a cenar con... Elizabeth.

Otro instante de silencio.

—Bueno —respondió Octavio—. Vamos a ir, claro. —Bien. Ya tenes la

dirección de mi casa. Nos vemos. —Hasta el sábado.

Lavinia llegó tarde. Entró al departamento, encendió la luz del living, y ni bien se dio la vuelta para avanzar, se encontró con Nick. Estaba cruzado de brazos, con el hombro apoyado en la abertura que conducía a las habitaciones.

—Esperaba que me llamaras para irte a buscar —le dijo él. Ella se encogió de hombros.

—No hacía falta, me tomé un taxi —respondió. Casi al mismo tiempo inclinó la

cabeza hacia un costado para estudiar mejor a su marido. Algo tenía para contar—. ¿Estás bien?

Nick sonrió; sabía que Lavinia lo conocía mejor que nadie. Mientras ella se le acercaba, respiró profundo antes de hablar.

—Todo esto que pasó con Helena y ese hombre me hizo pensar —hablaba con pausa, Lavinia lo escuchaba atenta y quieta delante de él—. La vida es muy corta. Suena a frase hecha, pero lo es.

—Sí, lo es —coincidió



ella.

—Entonces me pregunté si vale la pena esperar para hacer algunas cosas, y pensé también en que, lejos de la muerte, nosotros estamos a punto de dar vida —Lavinia sonrió. Ya estaba acostumbrada a esas profundidades y a lo complejo que era su marido. Los ojos de Nick brillaron —. Me imaginé el momento en que nuestro hijo me llame por primera vez «papá». Debe ser maravilloso.

Lavinia también brilló con el poder de su imaginación.

—Claro que sí —asintió.

—Y quiero ser bueno para él.

—Lo serás, el mejor padre del mundo —quiso tranquilizarlo ella porque sabía que no ser bueno para su hijo era un miedo profundo de Nick. Su padre no había sido bueno para él, y él temía ser igual para su bebé.

—Pero no podría serlo con rencor en el corazón —repuso Nick—. Por eso lo llamé.

Lavinia enarcó las cejas, sabía que su esposo hablaba

de Octavio.

—¿Y fue satisfactorio? —  
preguntó intrigada.

—Eso lo sabremos con el  
tiempo, creo yo —respondió  
él bajando la cabeza.  
Después la miró—. Le conté  
que vamos a tener un hijo y  
le pregunté si se acordaba de  
la primera vez que lo llamé  
«papá».

Lavinia sintió miedo por lo  
que Octavio pudiera haber  
respondido, pero algo le  
decía que el llamado había  
sido de provecho.

—¿Y qué te respondió? —  
indagó emocionada. Poco a

poco los ojos se le habían ido cargando de lágrimas sin que se diera cuenta.

—Me lo contó. Se acordaba de todo y con bastante detalle —contestó Nick manifestando la misma emoción en su voz—. Dijo, además, que es algo muy lindo. ¡Todo un logro para un hombre como él!

Una lágrima abandonó los ojos de Lavinia y murió en su sonrisa.

—Me pone muy feliz —confesó—. Es lo que tu mamá hubiera querido.

—Sí, lo sé —replicó él—.

Espero no te moleste, pero le dije que podía venir a cenar el sábado.

—No me molesta, me parece una noticia maravillosa —contestó ella—. Siempre que escondamos el desorden que tenemos en la mesa —agregó.

Nick rió y alzó una mano en gesto de juramento.

—Prometido —dijo, y después se besaron con amor y complicidad.

*UN mes después*

Cristina observó por centésima vez en la misma media hora las valijas de Helena y la ropa del pasado que su hija había puesto en bolsas para donar a alguien que las quisiera. Sentía que con cada nueva prenda que Helena descartaba o añadía a alguna maleta, se iba un

pedacito de sí misma.

—Helena, ¿estás segura?  
—le preguntó. No era la primera vez que lo hacía.

—Nunca estuve tan segura de nada en mi vida, mamá  
—replicó Helena, tan convencida que hasta Cristina parecía estarlo cuando ella le decía esas cosas.

—Pero fue todo tan rápido, y de pronto te mudas  
—confesó lo que temía. Helena la comprendió, pero no por eso dimitió en su certeza.

—Es para mejor —

respondió—. Es por mi bien.

Claro que era por su bien. No le gustaba incumplir promesas, y le había prometido a Mariano que iba a vivir una existencia feliz. Mudarse era parte esencial para conseguirlo.

Mientras doblaba una remera, su teléfono celular sonó. Acababa de entrar un mensaje de texto. «*Necesito que vengas a casa con urgencia. Pedro te espera abajo*», decía. Helena respondió apurada, «*ya voy*».

—Me tengo que ir —



anunció a su madre. El rostro de Cristina se transfiguró.

—Pero volvés, ¿no? —le preguntó.

—Sí, claro, no me voy a llevar nada ahora, vengo más tarde a recoger todo — Cristina asintió en silencio.

Se la veía triste—. Mamá...

—masculló Helena apretándole los brazos contra el cuerpo. A Cristina se le resbaló una lágrima.

—Es que te vas, y yo no pensé nunca en el momento en que te fueras a ir — confesó—. De Lavinia lo

esperaba y siempre estuve preparada para eso, pero de vos no, y me cuesta. No es que no quiera que vivas tu vida, pero te voy a extrañar de otra manera.

A Helena se le partió el corazón. Había aprendido a recibir y demostrar otro tipo de cariño, y no reparó en dárselo también a su madre. La atrajo hacía sí y la abrazó.

—Yo te voy a venir a visitar seguido, como hace Lavinia —prometió—. Y no te quedas sola, estás con Héctor, y seguro en algún

momento también estás con alguien más —se apartó para guiñarle el ojo.

—No lo creo —dijo Cristina cabizbaja—. Yo ya estoy grande para esas cosas, y hasta me da miedo intentarlo de nuevo.

—Esta vez pensá que va a ser distinto —le sugirió Helena. Lo había aprendido gracias a Lavinia—. Ahora perdóname, pero me tengo que ir. ¿Me perdonas?

—Claro que sí, anda a hacer tus cosas —le sonrió Cristina escurriéndose las lágrimas. Helena le dio un

beso en la mejilla y salió corriendo.

Bajó por el ascensor, salió del edificio y en la calle se encontró a Pedro en el Mercedes.

—¡Hola! —lo saludó. Subió al auto y se dejó transportar por su chofer.

La dejó del otro lado de la reja de la casona, cerca de la entrada. Helena subió los escalones que la conducían al porche con entusiasmo y halló que en la puerta había un papel pegado con cinta adhesiva.

«Tenes que entrar y

caminar hasta el pie de la escalera, donde encontrarás una nota».

Rió. Qué locura, pero cuánto la excitaba?. ¿Volvía el juego tan pronto? ¡Que nunca se acabe!

Obedeció la instrucción. Abrió la puerta, la cerró tras de sí y avanzó hasta el pie de la escalera, donde halló la nota.

«Esto es la búsqueda del tesoro. La primera pista está en un lugar que no está cerca de Kabul ni lejos de Gibraltar».

—¿Qué? —rió otra vez.

No había entendido nada. Pensó en la K y en la G, pensó en la ubicación de esos lugares, pensó... ¡claro! ¡En geografía!

Corrió a la sala donde había tenido lugar la exploración de su cuerpo y no se equivocó. Tras esa puerta encontró una de las cajas de metal y terciopelo. La abrió con entusiasmo; dentro halló algo que no esperaba: otra nota y su diario. Tomó ambos objetos y leyó presurosa:

«Lo leí entero y varias veces. Noté que la mayoría

de las cosas que has escrito fueron tristes. A partir de ahora, solo tenes que escribir cosas alegres».

Helena sonrió. ¡Lo amaba tanto!

La nota continuaba con la próxima pista:

«Estoy donde cantan las gaviotas y donde las rosas se cultivan mejor», leyó a continuación. Pensó en el patio de invierno, pensó en el jardín trasero y en una terraza, porque aunque nunca había estado en ese sector de la casa, seguro había una. Gaviotas y rosas;

las aves representaban la libertad y las rosas... ¡literatura! Estaba segura, se refería a la biblioteca, a donde la habían conducido los pétalos de rosas.

Se lanzó a correr hacia donde pensaba. En el trayecto recordó que su hermana, la angelical Lavinia, le había aconsejado que, a veces, convenía hacer trampa, y por eso se detuvo. ¿Y qué si probaba abrir otras habitaciones para saltar etapas? Probó con cualquier puerta y como no podía ser de otra manera, estaba



cerrada con llave. Rió complacida: Mariano la conocía tanto que había tomado precauciones para no ser engañado por ella.

Siguió el camino hasta la biblioteca y no se equivocó. Allí halló una nueva caja y otra nota en su interior.

«Esto lo escribí yo pensando en vos. No es muy bueno, pero espero te guste. Tengo la esperanza porque, después de todo, yo tampoco soy muy bueno e igual te gusto.

Si el pasado me busca, dile  
que he salido Si el futuro se  
apresura, dile que vaya más  
despacio Si el presente es  
umbroso, recuérdame la  
muerte

Y verás cómo el pasado se  
aleja Y el futuro ya no  
atemoriza.

Yo voy en su búsqueda.  
*Si en las sombras del destino  
me ves espiando en tu  
ventana es que te he  
perdido.*

Soy feliz incluso en la  
oscuridad si tu presencia es  
la que habla, y te amo  
aunque el silencio borre las

huellas de tu voz. Porque tus ojos me aman en la distancia

Y el sándalo endulza tu sabor.

*Todos buscan la felicidad,  
pero pocos se atreven a encontrarla.*

(Que no lo vea la que fue mi profesora de Literatura)»

Helena rió entre divertida y emocionada. Amaba ese poema, ¡como para no amarlo!, y se lo quería mostrar a todo el mundo. Pero era un secreto. Era lindo tener secretos

compartidos con alguien.

Le preocupó no ver otra instrucción. El juego no podía terminar en eso, tenía que haber algo más. Tanteó el interior aterciopelado de la caja, pero no había nada. Giró el papel que tenía entre las manos y del otro lado leyó una frase más: «Átame a la libertad».

Esa era la pista, estaba segura, y solo la llevó a pensar en un lugar: la habitación en la que por primera vez había pertenecido realmente a un hombre.

Se llevó el diario y el poema para huir en busca de la siguiente caja. No tenía idea de lo que podía encontrar, y eso la llevaba a ir más rápido. La curiosidad siempre había sido una de sus cualidades más destacadas.

Llegó a la puerta indicada con un presentimiento fabuloso, le latía tanto el corazón que podía escucharlo. Estiró la mano hacia el picaporte convencida de que abriría, pero al girar el pomo, encontró que la puerta

estaba cerrada con llave. El entusiasmo se deslizó por su cuerpo hasta derramarse a sus pies. No podía haberse equivocado, allí Mariano la había atado a su libertad porque le había mostrado por primera vez que era una mujer, que todavía podía sentir. Allí le había devuelto la vida, y si eso no era atar a alguien a la libertad, no sabía qué podía ser.

Escuchó algo. Bajó la cabeza en dirección al sonido y descubrió que por debajo de la puerta le estaban pasando otra nota.

¡Era allí, lo sabía, y ahí estaba Mariano!

«Tenes que abrir la puerta sin usar las manos», leyó, y luego escuchó que el cerrojo se corría. Se mordió el labio inferior a la vez que sonreía.

Ahora que la puerta estaba sin llave, podía hacer trampa y abrir con los dedos, pero consideró que no sería divertido. Se divertía mucho más cuando las reglas las ponía Mariano, así que dejó el diario, las notas y el poema a un costado, y se arrodilló. Después se inclinó hacia adelante.

Estudió el pomo dorado. Tenía que abrirlo sin usar las manos. ¡Vaya problema! Aproximó la boca y lo rodeó con los labios. Trató de hacerlo girar pero no podía, esa parte de su cuerpo era demasiado débil en comparación con la resistencia que le ofrecía el picaporte.

Entonces tuvo otra idea. Se recostó con la espalda en el piso y las piernas hacia la puerta. La falda que llevaba puesta se enroscó en su cadera, dejándole lo demás al descubierto. Rodeó el



pomo con los dedos del pie, lo hizo girar, y después abrió dando una ligera patada a la madera. Inclino la cabeza hacia un costado. Había quedado con las piernas estiradas en una pose tan sensual que a Mariano se le dibujó una sonrisa en la cara. Él, que se fingía siempre más serio que una estatua, se reía.

—Hola —lo saludó ella desde allí con voz seductora—. Te ves muy apuesto hoy.

—Solo para vos —asintió él desde el asiento donde se encontraba, un sillón de

cuero color verde pino.

El cuarto estaba en penumbras. Apenas una luz muy tenue se filtraba por las cortinas entreabiertas e iluminaba a Mariano, que estaba sentado delante de la ventana, viendo hacia la puerta con las piernas estiradas y la pose más liviana del mundo. Llevaba puestos un pantalón de vestir y un saco negro con finas rayas rojas desabotonado.

—Espero que eso para lo que me hayas hecho venir sea bueno —siguió diciendo Helena desde su posición

poco puritana—. Me interrumpiste cuando estaba empacando las cosas para mudarme a tu casa.

Mariano estaba absorto en la unión entre las piernas y las nalgas de Helena, blancas como algodón, suaves como la seda. La visión se acabó cuando ella se puso de pie.

—¿Puedo pasar? — preguntó mientras se acomodaba la falda y la camisa.

—Adelante —permitió Mariano.

Helena sonrió en gesto de

agradecimiento. Entró, cerró la puerta tras de sí para que la luz del pasillo no interrumpiera el misterio de adentro, y esperó.

Mariano no hacía más que mirarla en silencio, y ella sintió que él la desnudaba con la mirada. Ni siquiera rompieron el contacto visual cuando Mariano se puso de pie y se le aproximó. Se movía despacio, disfrutando cada paso.

Después de un tiempo que a Helena le pareció eterno, llegó hasta ella y alzó una mano. Un solo dedo se

asentó sobre el cabello de Helena, lo enredó y luego lo desenredó al ir bajando. Siguió adelante y se asentó un momento sobre su mejilla, para luego alcanzar su ropa. Comenzó a desabotonarle la camisa.

Helena sonrió complacida, un brillo de excitación le iluminaba la mirada. También llevó los dedos a la camisa de Mariano y la abrió en dos para admirar su torso y sus brazos desnudos. Era más atractivo de lo que alguna vez había imaginado, incluso con una cicatriz en el

hombro. Ella la rozó con la uña. Él bajó la cabeza.

—Ningún sueño es perfecto —masculló en relación con la herida.

—¿Qué? —sonrió Helena. No entendía lo del sueño.

—Nada —replicó él acabando de desabotonar la camisa femenina, la cual dejó caer luego a sus pies.

Mariano le quitó también el pantalón y el calzado. Hizo lo mismo con su propia ropa y después se miraron.

—¿Y ahora qué? —bromeó Helena con una sonrisa amplia. Mariano

también sonrió.

—Ahora hacemos que los sueños se hagan realidad — replicó en voz baja.

Se inclinó hacia Helena y le tomó el rostro entre las manos. Luego sus labios rozaron los de ella y una caricia suave los estremeció. Al comprender por dónde iba el encuentro, Helena se quedó sin aire. Sintió que podía echarse a llorar, víctima del deseo y la emoción.

Abrazó a Mariano cuando sintió que uno de sus dedos le acariciaba un pecho y

luego que el pulgar le rozaba el pezón. Tal como en la escena sexual perfecta que ella había escrito para él, se erizó al instante.

—Te deseo tanto —susurró Helena escondiendo el rostro en el cuello de Mariano.

—Porque no estás en mi cuerpo y no sabes cuánto te deseo yo a vos —replicó él pasando un dedo por la columna de Helena. Siguió el camino hacia su cadera y acabó con la palma de la mano en una de sus nalgas.

Respiró sobre su boca,



luego le rozó los labios con la lengua. Helena apretó los ojos con fuerza y alzó una mano para acariciar la mejilla de Mariano. Él llevó un dedo a los labios de Helena y los tocó de manera muy suave. Ella abrió la boca y le mordió el dedo, todavía con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia abajo.

Sintió que Mariano le acariciaba la cabeza. Se apegó a él y la piel de ambos se convirtió en un solo cuerpo. Lo abrazó por la cadera y recostó la mejilla

en su pecho. Mariano suspiró y le rodeó la cintura para apretarla contra sí y besarla en la coronilla.

La llevó hasta la cama, donde la sentó despacio. Cuando ella lo vio apoyar las manos a los costados de su cadera, comprendió que la intención de Mariano era que se deslizara hacia atrás, y así lo hizo. Acabó recostada sobre la almohada, con él establecido sobre ella.

Mariano la miró antes de volver a besarla. Helena cerró los ojos y cruzó las muñecas detrás de su cuello.

Abrió las piernas, le rodeó la cadera y lo apretó contra ella, quería sentir su erección e imaginar lo que seguía. Tal como en su sueño, Mariano no le dio el gusto tan rápido. Se deslizó hacia atrás al tiempo que sus manos le acariciaban los costados y su boca le besaba distintas partes del cuerpo. La mejilla, el cuello, el hombro, el brazo. Más abajo le besó el vientre y acabó succionándole el clítoris.

Helena gimió, se arqueó hacia él y apretó al borde de la cama para soportar tanta

excitación.

Se aferró al cabello de Mariano y jaló de él. Quería que dejara de torturarla y a la vez ansiaba más de esa tortura. Seguía moviéndose mientras él consumía todas sus energías en aquel beso oscuro y voraz que prodigaba a su sexo. La empujó al abismo a tal punto que Helena se sacudió y sin poder contenerse más, gritó su orgasmo.

Mariano no le dio tiempo a recuperarse que ya se había internado en ella. No pudo hacerlo despacio, como

Helena había imaginado. Tenía tanta sed de ella que apenas pudo soportar hasta ese instante para comenzar con sus embestidas y volver a hacerle perder noción del mundo.

Fue él quien esa vez apretó el respaldo de la cama. Helena le apretó las nalgas y lo empujó aún más adentro, quería sentirlo en su cuerpo así como lo sentía en su alma.

Mariano la miró. Sus ojos claros y oscuros se hundieron en los de ella y en ese instante, él comprendió

que el sexo era una gloria pasajera, como tantas cosas que había probado en su vida, pero el sexo con amor vivía para siempre.

—Te amo —dejó escapar casi sin aliento.

—Te amo —replicó Helena marcándole la espalda con las uñas. No recordaba que eso también lo había escrito en su escena de sexo ideal.

Y así como las sombras dan paso a la luz y las aves todavía cantan en las horas oscuras, la cima de la vida se concretó en un grito que

ahogaron con un beso profundo.

Instantes después, Helena se dio cuenta de que apretaba los ojos y los abrió. Vio que Mariano sonreía, y en su mirada brillaban la paz y la felicidad que habitaban en su alma. Ella también se sentía feliz.

Cerró los ojos de nuevo para contener las lágrimas. Poco más tarde volvió a abrirlos y encontró que Mariano la miraba. Se sintió tan comprendida, tan amada, que deseó cantar en el silencio.

—¿Así lo soñaste? —  
interrogó Mariano, todavía  
sonriente.

Helena le devolvió la  
sonrisa para replicar con voz  
calma:

—Esto es mucho mejor.



# Epílogo

PÁGINAS nuevas de mi diario.

A partir de hoy, no pienso escribir fechas. Es como si estrenara mi diario de nuevo y en él no caben los días ni las horas, porque no importa el *cuándo*, sino el *qué*. Mi vida se compone por momentos que me hacen ser quien soy, que me dan integridad y son uno conmigo, de modo que solo existen ellos y yo.

Mis días son muy felices aunque no pase nada extraordinario. Mariano y yo somos seres rutinarios. ¡Amamos la rutina! Pero también somos «los raritos», porque si la amamos es porque cuando la rompemos, la rompemos con todo. Hacemos cosas que no muchas parejas hacen. Como cuando pusimos *Strange love* a todo volumen, nos vestimos con ropa de cuero e investigamos cómo se usaban varios artefactos que desconocíamos. O cuando

apagamos todas las luces de la casa, la sumimos en oscuridad y silencio total, y nos buscamos a ciegas. Jugamos con los sentidos, gozamos de la imaginación.

Otra cosa que nos encanta son las situaciones extremas. Por ejemplo, hacer el amor en lugares públicos. Nos excita sobremanera tener sexo procurando no ser descubiertos. Hasta ahora, creo que lo hacemos bastante bien, aunque quién sabe, quizás nadie se anime a decirnos que nos vieron o escucharon. Tal vez hasta le

alegramos la noche a algún solitario.

A veces cuando llueve es una fiesta, sobre todo si la tormenta se desata de madrugada. Nos gusta salir al jardín y hacer el amor con el agua golpeándonos el cuerpo y los truenos como única música, además de nuestra respiración. Las gotas contra la piel duelen y así sabemos que estamos vivos. En la vida hay demasiadas cosas hermosas que pocos ven antes de morir. Son cosas que se esconden en lo simple, en lo

cotidiano, pero pasamos por este mundo buscando la grandeza en lo intangible e ignoramos lo que tenemos al alcance de la mano.

Más de una vez nos vestimos de maneras extrañas. Cualquiera diría que estamos locos, y quizás no se equivoquen, pero para nosotros todo significa algo. Un día me vestí con un traje de bailarina roto y Mariano me pintó los brazos y las piernas con pintura negra. Con eso me excitaba. Tal vez yo le quería decir que mis sueños estaban rotos,

pero él con su oscuridad los reparaba... es que él me da sueños nuevos.

Lo importante es que no me interesa lo que piense la gente, no me importa que me miren por lo que fui ni me interesa que me miren por lo que soy. De hecho un día estuve a punto de arrancar las primeras hojas del diario y quemarlas como si así quemara mi pasado, pero me arrepentí enseguida, por suerte. ¿Qué sentido tendría? Gracias a ese pasado soy quien soy, y me siento tan feliz ahora. Haber

conocido el dolor me hace valorar más la felicidad.

Si algo sabemos con certeza es que la vida es demasiado corta para desperdiciarla. Jugamos, porque la vida es un juego. Solo hay que atreverse a jugarlo.

Franco, Anabella

Una noche con ella. — la ed. — Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2013.

320 p.; 23 × 15 cm.

ISBN 978-950-15-2589-2

1. Narrativa Argentina. 2.

Novela Romántica. I. Título  
CDD A863

Diseño de portada e  
interior: Donagh I Matulích

Una noche con ella  
Anabella Franco 1 ra edición

© Anabella Franco, 2013

0 Ediciones B Argentina  
S.A., 2013 *para el sello*  
*Javier Vergara Editor*

Av. Paseo Colón 221, piso  
6 — Ciudad Autónoma de  
Buenos Aires, Argentina

[www.edicionesb.com.ar](http://www.edicionesb.com.ar)

M L@S 2013 D

ISBN: 978-950-15-2589-2

Impreso por Printing



Books, Mario Bravo 835,  
Avellaneda, en el mes de  
mayo de 2013.

Queda hecho el depósito  
que establece la Ley 11.723.  
Libro de edición argentina.



# Table of Contents

ANABELLA FRANCO

Sinopsis

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Epílogo